Rosa Garrido

LA HABITACIÓN DE MINERVA

Porque nadie da crédito a lo que sucede en las pesadillas o a lo que dicen los dementes o los moribundos

LA HABITACIÓN DE MINERVA

Rosa Garrido

octubre 2020
© Rosa Garrido
© Editorial Maluma, S.L.
editorialmaluma.com
info@editorialmaluma.com
Diseño de cubierta: GReal

Quedan prohibidos, dentro de los límites de la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de la editorial.

A mis padres: Josefina y Pepe.
GRACIAS por vuestro infinito amor,
OS ADORO

Miércoles, 21 de junio de 2023

Mi preciosa Minerva:

He escrito esta novela solo para tus ojos, con la esperanza de que la leas cuando tengas edad para comprender.

Han pasado cinco años desde aquel verano; eras tan pequeña… Sin embargo, yo me acuerdo como si fuera ayer y quiero ser tu memoria, todos seremos tu memoria. Las personas que vivieron con nosotros tan extraños sucesos me han ayudado a reconstruir paso a paso todo lo que ocurrió. Desde el amor y la sinceridad, hemos recopilado y trabado nuestros recuerdos para que te los cuente yo, y a mi manera (aunque he de admitir que he recurrido a la intuición en más de una ocasión: la omnisciencia y la omnipresencia son habilidades que nunca he poseído).

Sé que te hará sufrir, pero es necesario que conozcas esta historia, tu historia, para que puedas entender y aceptar lo extraordinario que hay en ti.

Te quiero,
Mamá

Minerva, María y Mario

1

Ahí está Minerva, muero de amor cuando la miro. Está rodeada de cajas en mitad de la habitación y atrapa con sus manos regordetas pajarillos invisibles, gorjea con ellos.

—Hola, Minerva, mi niña preciosa. ¿Qué haces? —Ni siquiera gira la cabeza. Deja de parlotear y se queda inmóvil con la cara orientada hacia el rincón que hay entre la puerta y el armario. Me acerco despacio, como si estuviera pisando un campo de minas; la niña sigue sin moverse, parece una muñeca de porcelana—. Minerva, ¿qué estás mirando?

No hay respuesta. Dirijo la vista hacia el rincón, no hay nada, de hecho, todas las paredes están desnudas. Llevamos dos días de mudanzas y los cuadros y las láminas son lo último que pondré. A pesar de ello, Minerva sigue con los ojos clavados en él. De repente, suelta unos ruiditos que en su idioma se traducen por «¿qué ha pasado, mami?», me mira, me echa los brazos y se pone a llorar. Es un llanto desconsolado, el mismo que emite cuando ha perdido algún juguete y no sabe dónde está ni cómo puede recuperarlo. Su gesto me dice que lo tengo que encontrar, y pronto.

—Cariño mío, ¿qué quieres?, no te entiendo…

La acuno impotente, como hacen millones de madres en todo el mundo, y busco con la vista cualquier cosa a su alrededor que pueda concursar en «¿Adivine qué ha perdido Minerva a las 16:30?». Primer premio: dejar de ver a tu hija llorando de desesperación. Nada, no hay manera, miro de nuevo el rincón, me levanto con la niña en brazos y me acerco a él. Instantáneamente Minerva se calla, sonríe y me da a entender que quiere que la baje, que ya está bien, que le gustaría explorar otros dos metros cuadrados de suelo, quizás, los que están más cerca de la ventana.

2

Dos días de mudanza y casi un año de obras, qué tortura, y todavía no hemos acabado. La casa se me hace eterna, confundo las habitaciones y me meto en la de matrimonio pensando que es la de los juguetes, en el ropero pensando que es el aseo… Mario y yo estamos fundidos, casi ni nos hablamos.

Con mi ascenso vimos la posibilidad de cumplir alguno de nuestros sueños, pero ha sido todo muy rápido, igual de rápido que fue el ascenso. Se nos ha ido de las manos: una casa, Villa María, con

el nombre en una baldosa de cerámica en la entrada, con piscina, con un jardín inmenso y con garaje para tres coches. La piscina tiene alguna fuga por arreglar y todavía hay que instalar la valla de seguridad. El jardín lleva años abandonado y las malas hierbas campan a sus anchas como en una minisabana. Tenemos nuestro propio león, un gato gordo y pelirrojo que se pasea con toda la tranquilidad del mundo por sus dominios mientras te mira orgulloso por encima del hombro. También hay un par de árboles muy viejos que habría que talar y metros de arriates y maceteros en los que plantar arbustos y macizos de flores. Eso me tocará a mí: yo soy la de las plantas, pero con el trabajo, la casa y Minerva, no tengo tiempo para hacer nada. Mario dice que, ahora que podemos permitírnoslo, contrate a un paisajista que se encargue de todo, o a una niñera, o incluso las dos cosas. Más historias que me vienen grandes, ¿una niñera?, ¿un paisajista? Mario insiste:

—Pues es una buena solución, y un interiorista también, así te libras de ir de compras mirando muebles, cortinas y todos esos rollos.

—Pero a mí me gusta hacer eso y tampoco ganamos tanto dinero. Es suficiente con buscar a alguien que cuide de la niña y lleve las tareas de la casa. Lo demás: poco a poco.

Dejo la taza de café en la encimera y agudizo el oído porque me ha parecido sentir a Minerva.

—Falsa alarma —me dice Mario mientras pone los ojos en blanco —. Relájate un poco, está como un cesto en su cuarto. Si se despierta, seguro que la oyes.

Ya está otra vez tratándome como si fuera una paranoica, cómo me fastidia. ¿De qué estábamos hablando…? Un interiorista… estanterías, cuadros, paredes, esquinas, rincones…

—¿Sabes que Minerva se quedó el otro día mirando un rincón de su cuarto totalmente quieta? No movía ni una pestaña y, de repente, dio un respingo y se puso a llorar desesperada, como molesta conmigo. Ya es la tercera vez que lo hace, y siempre en el mismo sitio.

—No me cuentes esas cosas que ya sabes que me dan mucho yuyu, a ver si va a ser verdad lo que decía la yaya *Marsia* de que los niños, hasta que empiezan a hablar, pueden ver cosas que los adultos no vemos.

Y lo peor de todo es que Mario lo dice en serio, que es capaz de creérselo. Ni siquiera sonríe mientras olisquea su café.

La yaya *Marsia* era una inmigrante brasileña que cuidó de Mario y de su hermana cuando eran pequeños y hasta bastante después. Según ella, en el momento en el que un niño es capaz de hablar y de hacerse entender, pierde la capacidad de ver a los espíritus, puesto que ya no puede guardar el secreto. Sostenía que a los adultos solo se nos

permite acceder a ese mundo cuando dormimos, cuando perdemos la razón o cuando estamos a un paso de la muerte porque nadie da crédito a lo que sucede en las pesadillas, o a lo que dicen los dementes o los moribundos, y porque, además, seríamos incapaces de soportar conscientemente los horrores que ese mundo arrastra consigo, sin volvernos locos… bonita contradicción. La yaya decía que únicamente los niños son suficientemente fuertes para convivir con ello, y solo durante un tiempo limitado. También contaba que la fuerza de esos entes reside precisamente en pasar desapercibidos para, de ese modo, conseguir sus propósitos.

La madre de Mario, Catalina, que es de mi misma opinión, a saber: todo eso no es real y además son tonterías, prohibió a Marcia Maria Rocha da Silva que hablase del tema en casa, pero Marcia rompió la prohibición en algún momento, seguramente en la preadolescencia de los chicos, y sembró la semillita en sus cerebros. En el de Mario cuajó convirtiéndolo en un adulto que ni cree ni deja de creer, pero que deja un pequeño resquicio a los espectros y a los fantasmas. En el de su hermana: es otro cantar.

—¿Al final se calmó? —me pregunta al ver que me he quedado callada.

—Sabía que no tenía que habértelo contado, puede ser déficit de atención o algo así y tú me vienes con espíritus. No es normal que se quede ausente de esa manera. Te aseguro que allí no había nada, no sentí escalofríos ni que se me erizara el vello de la nuca ni ninguna tontería por el estilo.

Me parece tan absurdo creer en esas cosas, me siento ridícula solo por el hecho de usar palabras como espectro o fantasma. Existe lo medible, lo lógico, no hay un «después» de la muerte, no hay un mundo paralelo poblado por almas perdidas. Cuando te mueres, la palmas y punto, no hay más, se apaga la luz: clic y te acabas. Es triste, pero es así, de hecho, a veces me sorprendo a mí misma deseando haber perdido la cabeza cuando esté cerca de la muerte. Debe ser terriblemente insoportable morir con la certeza de que después no hay nada más.

—Mujer, es broma. Estás que no aguantas ni una, no te reconozco. Tienes que descansar.

«¿Cuándo?», me pregunto, pero no merece la pena verbalizarlo, es mi respuesta de siempre y ya aburre. Mario sigue con su discurso:

—Vigilamos a Minerva, y si vemos que sigue haciendo cosas raras, la llevamos a la pediatra. No le des más importancia, cariño, ya sabemos que nuestra hija es algo… «especial»: ¿cuántos niños de su edad conoces que sepan caminar y que hasta chapurreen algunas palabras? —Se levanta como si acabase de arreglar el mundo con esa

frase y deja la taza de café vacía en el lavavajillas—. Me subo a corregir exámenes.

Y yo me quedo en la cocina a colocar las ollas, la vajilla, las latas de conserva, los paquetes de arroz… Es mejor que lo haga yo, soy la que cocina más a menudo, así sabré dónde están las cosas, como también sé dónde están los calcetines o los bodis de Minerva y los calzoncillos de Mario.

—¡CARIÑO! ¡Se me ha olvidado decirte que esta mañana, cuando saliste a correr con la niña, llamó tu asistente por teléfono! —Nooooo, no grites, Mario, por Dios…—. ¡Que la llames cuando puedas! —sigue diciéndome desde lo alto de la escalera. Demasiado tarde, Minerva empieza a lloriquear—. ¡LO SIENTO! —¿Eso también me lo tiene que decir gritando?

Cuando estoy enfilando las escaleras para ir a por la niña, Mario baja corriendo y me dice que ya se ocupa él de la pequeña, que deje de colocar los cacharros de la cocina y me eche una siesta, que ya intenta guardar las cosas él mientras le da la merienda a Minerva. Así es Mario: despistado, bienintencionado, llano, sin dobleces. Mañana, como todos los domingos, se ocupará de Minerva en cuanto se despierte y dejará que yo me quede durmiendo, por eso le quiero, porque se preocupa por mí, porque siempre ha estado a mi lado y nunca me reprocha nada.

Me voy a echar la siesta. Por suerte, Pilar volvió a llamar antes de comer y dejé solventado el tema: un viaje en ciernes.

En fin, hasta luego quehaceres de la casa.

3

Mientras yo duermo la siesta, Mario ha sentado a Minerva en la trona y, entre cucharada y cucharada de potito, va intentando colocar los cubiertos. Lo considera coser y cantar, no es nada complicado, pero no cuenta con la capacidad de Minerva para espurrear el potito de frutas o para tirarlo al suelo directamente, que es precisamente lo que ocurre. El proceso se complica un poquito: tiene que limpiar el potito, encontrar otro y abrirlo, darle de comer a la niña y colocar los cubiertos. Pero lo hace, tardará el triple de lo normal, la niña terminará de merendar a las siete de la tarde y la trona quedará llena de gotitas de potito porque solo habrá limpiado el suelo, pero lo hace. Entretanto, le explica a Minerva el porqué de su nombre. Le gusta contárselo de vez en cuando.

Mario se crio con su hermana en una familia modelo de clase media-alta. Su padre era arreglista de profesión y compositor de afición y Catalina vive sus últimos meses, previos a la jubilación, entre cuadros

como guía en un museo. Mi marido, rodeado como estaba de humanidades, se decidió sin dudarlo por la historia y la docencia. Ahora es profesor de Historia en un instituto, le encanta su trabajo y adora a los alumnos, y todo esto sin drogas ni psiquiatras de por medio. Siente debilidad por la mitología y por él llamamos Minerva a nuestra hija. A Catalina no le hizo mucha gracia porque no era el nombre de alguien de la familia, a mí personalmente me dio igual, Minerva es un nombre bonito y evitamos el riesgo de terminar llamándola Virtudes o Encarnación. Mi padre y su novia, ni se pronunciaron.

—Minerva era una diosa romana. La diosa de la sabiduría y de las artes. Era muy muy lista, como tu mamá, y valiente y un poco guerrera como tu mamá también, y una artista, aunque ahí no coinciden…, tu madre y las manualidades no se llevan muy bien: es más torpe que un cerrojo, pero esto negaré haberlo dicho. —Se despista un poco mirando la lengua de gato—. ¿Qué es esto y dónde lo pongo? —dice medio canturreando. Por fin se decide, se lo deja a la niña para que juegue con ella; ya la guardará después. Minerva la coge y la agita delante de sus ojos, bizquea mientras mira cómo ondea la goma naranja. Mario sigue dándole cucharadas de potito y entreteniéndola con su cháchara—. Pues eso, que sabía un montón, como mamá, que sabe hablar en otros idiomas. ¿A que a ti te gusta cuando te habla en alemán? ¡O no!, mejor en japonés, te gusta un montón, ¿a que sí? ¡¡¡*Conichiguáááá*!!! —Minerva se ríe al oír a Mario saludarla en japonés. Es verdad que le hace mucha gracia cuando lo hago, es el idioma con el que más se divierte—. Y también era aventurera y valiente, como mamá cuando le daba por bucear o tirarse en parapente sobre el mar, por eso a papá no le vas a hacer lo del rincón, ¿verdad? Solo a mami. Como me lo hagas a mí, no vuelvo a entrar en tu habitación en la vida.

No quiero estar aquí

4

Marita se baja del autobús mirando el móvil. No tropieza de milagro. Ha puesto la dirección en el navegador para no perderse; el día de la entrevista la llevó *in extremis* su hijo Daniel en coche y no sabe ni cuántas vueltas dieron antes de encontrar la casa. Va andando despacio, siguiendo la flechita azul prácticamente sin levantar los ojos de la pantalla. Gracias a la visión periférica, puede esquivar a una chica joven que ha salido a correr. Va llena de logotipos de marcas conocidas desde los calcetines hasta la gorra y, cuando pasa por su lado, hace como si no la hubiera visto, puede que realmente *no la haya visto*.

«Aquí nadie saluda», piensa Marita, es una de las cosas que echa de menos de Manila, eso y la música. Desde que llegó a España siempre ha trabajado para familias con dinero en barrios o urbanizaciones en las que la gente no te ve si vas uniformado, y menos aún, si tienes la piel oscura y los ojos rasgados. Pero pagan bien, muy muy bien, y ella lo vale. Nunca ha tenido una queja, lleva las casas y el cuidado de los niños como un reloj y habla con fluidez español e inglés. Ahora todos los padres quieren que hable en inglés con sus hijos, mejor para ella, más puntos a su favor.

El sueldo de su nuevo trabajo es menor de lo habitual, de hecho, solo fue a la entrevista porque le quedaba a veinte minutos en autobús de su casa, por probar. Pero le encantamos: le encantó que Mario le abriera la puerta con la ropa de estar en casa y que me esperasen juntos tomándose un café en la cocina como si fuera la vecina de al lado, le encantó que no nos molestásemos porque llegara tarde (solo faltaba…), le encantó poder vestirse como quisiera para trabajar y, sobre todo, le encantó Minerva, y como la cosa fue recíproca, ahí va: de camino a su primer día de trabajo en Villa María.

5

Lo que no le ha encantado a Marita es el gato.

—La señora no me dijo nada de un gato —le dice a Mario mientras deja el bolso en la encimera de la cocina. Lo mira recelosa, ese gato gordo ni siquiera se extraña de su presencia, parece primo hermano de la chica que hacía *footing*.

—El caso es que no es nuestro, pero se cuela en casa cada vez que puede. Intentamos echarlo, pero no hay manera. A mi mujer tampoco le hace gracia, sin embargo, es muy dócil con la niña y se nota que

está cuidado. Estamos intentando averiguar de quién es, por las vacunas y eso. ¿Tanto le molesta?

—No, en realidad estaba pensando en cocinarlo con arroz.

Mario, que está acelerado recogiendo papeles y buscando las llaves del coche, se para de repente y la mira muy serio. En ese instante, Marita agacha la cabeza y piensa contrariada:

«Ya la he fastidiado, ¿por qué no puedo estar calladita?».

—Si lo pilla, puede usted guisarlo como quiera.

Mario sonríe y Marita suspira de alivio:

—No me importa el gato, señor...

—Llámame Mario.

—No puedo, lo siento, señor, no me sale, imposible. Con respecto al gato —sigue antes de que Mario le replique—, no me gustan mucho, pero como a este no hay que darle de comer ni cambiarle la tierra ni nada de eso, no hay inconveniente.

—Bien, perfecto. Menos mal. Yo ya me tengo que ir, tengo clase. —Se queda parado en seco—. Marita, en Filipinas no os coméis a los gatos, ¿verdad?

—No, señor, y era más bien a los perros, pero gracias a Dios, el gobierno lo prohibió hace años.

Mario vuelve a acelerarse y a dar vueltas por la cocina:

—Estupendo. Mi mujer te ha dejado una nota pinchada en el tablón de corcho con todo lo que se le ha ocurrido y los teléfonos. Mi madre va a estar con vosotras todo el día por ser el primero, pero nos podéis llamar para lo que sea. ¡MAMÁÁÁ!

—Hijo, no hace falta que grites tanto, estaba aquí mismo —dice la mujer mientras baja por las escaleras con Minerva en los brazos—. ¿Para qué os habéis comprado una casa tan grande?, ¿para andar a gritos todo el día?

Catalina se prestó desde el primer momento a supervisar a Marita. Menos mal que ha podido pedirse el día en el museo. Es una gran suegra, con carácter, pero grande.

Después de las presentaciones, Mario por fin encuentra las llaves, besa a Minerva y a Catalina y sale corriendo por la puerta mientras se pone la chaqueta.

Se quedan los cuatro, Catalina, Minerva, Marita y Gatogordo, plantados en la entrada mirando la puerta.

—En fin, Manita, nos ponemos en marcha y te enseño dónde están las cosas y cómo hay que hacerlas. Mi nuera ha dejado una lista más larga que un día sin pan.

6

Cuando llegué a la oficina esta mañana temprano, me encontré la

mesa atiborrada de informes, pero todos perfectamente ordenados por Pilar. También me había preparado un café calentito y un dónut. La mesa parecía la maqueta de una ciudad, con sus avenidas, sus rascacielos y barrios residenciales, con su fuente y su plaza de toros. Hay que ver la memoria que tiene esta mujer, parece que está en el limbo todo el rato y, sin embargo, es capaz de recoger toda la información que le voy soltando sin orden ni concierto, completarla con los informes de los laboratorios y convertir el conjunto en una urbe.

Llevábamos muchos años avanzando muy poco o nada en la investigación, pero de un tiempo a esta parte, por fin, hemos conseguido resultados positivos. Todo se está acelerando: hay que abrir proyectos complementarios, contratar a más personal, realizar pruebas para buscar «agujeros» en esos resultados, comprar material, rendir cuentas a los directivos de la farmacéutica… mil cosas.

Lo de rendir cuentas es lo peor, lo bueno es que son reuniones repetitivas, no te tienes que preparar casi nada. Se resumen en: «date prisa en tener algo que vender que he invertido mucho dinero» a lo que tú respondes: «necesito más tiempo y más dinero».

Es la parte de mi trabajo que más odio. Al principio, cuando comencé como investigadora, me perdía entre las fórmulas buscando la estabilidad de los compuestos. Disfrutaba de verdad. Era como un juego, solo con escribir las fórmulas en una pizarra y mirarlas, mi cerebro empezaba a trabajar como el de Russell Crowe en *Una mente maravillosa,* solo que con química orgánica e inorgánica en lugar de ecuaciones matemáticas. Bueno, en realidad no era tan fácil, como tampoco lo era para John Nash. Tengo cierta facilidad para detectar patrones, pero eso solo no sirve; la mayor parte de mi vida la he pasado estudiando e investigando.

El caso es que, por entonces, no tenía que pensar en el dinero ni en las prisas, ni siquiera me planteaba si lo que hacíamos estaba bien o mal. Antes de terminar mi primer doctorado, varias farmacéuticas ya estaban llamando a mi puerta. El sueño de cualquier joven investigador: un campo interesante y recursos, *a priori*, casi ilimitados. Olvidé las contemplaciones.

Y ahora casi ni piso el laboratorio, estoy todo el día estudiando los informes que redactan los demás y de vez en cuando me meto en la investigación pura y dura cuando hay algún atasco. Tengo unos equipos estupendos en todos y cada uno de los proyectos que gestiono. Muchos de sus componentes son antiguos compañeros que saben cómo trabajo y que solo tienen que levantar el teléfono para pedirme lo que sea, que me pongo la bata y bajo al laboratorio en tres segundos.

Sigo sin contemplaciones, ya no por falta de madurez y exceso de entusiasmo, sino porque no tengo tiempo ni para planteármelo, y

quizás, tampoco quiera hacerlo porque atisbo la respuesta. Aun así, no puedo quejarme: dentro de cómo estaba el patio, creo que me quedé con la menos mala.

Es hora de comer y algunos edificios ya han desaparecido dejando solares que mañana Pilar, en un alarde de ingeniería, rellenará con más montones de papel.

—Hola, jefa. —Hablando del rey de Roma—. Te esperan para comer los proveedores de LBW.

—Dame un minuto, quiero llamar a mi suegra a ver cómo va la cosa en casa y después a Mario para darle el parte. —Miro el reloj y asiento—. Sí, ahora está libre... Lo dicho: enseguida bajo.

—Les aviso ahora mismo.

—Espera un momento, Pilar. —Justo se ha parado en el marco de la puerta. Veo como activa el «modo grabadora»—. Tenemos que hacer algún cambio con respecto a la organización de la documentación. —Extiendo la mano abierta sobre la ciudad de mi escritorio a la vez que Pilar empieza a torcer el gesto—. Yo también me manejo mejor así, con todo impreso. Me gusta poder tocar los folios y escribir mis notas, en fin, trabajar sobre algo tangible. Pero podrías hacer lo mismo en el escritorio de mi portátil: abres carpetas y metes los archivos con notas en lugar de los pósit. Tenemos que hacer un esfuerzo las dos.

Pilar se queda callada. No le gusta nada la idea. Es una mujer a la antigua usanza, lleva muchos años trabajando en lo mismo y de la misma manera y le cuesta aceptar críticas sobre cómo realiza su cometido, además, no se lleva bien con la informática.

No hay respuesta, yo sigo:

—Que conste que esto no es una queja, en absoluto. Estoy encantada contigo, pero es que entre tú y yo vamos a acabar solitas con el Amazonas.

—Está bien, lo intentaré. —Vaya, qué críptica y qué breve. Aunque ha ido mejor de lo que esperaba, no se la ve muy contrariada, ¿o sí?—. ¿Algo más? —me pregunta.

—No. Te veo después de comer. Mil gracias, Pilar.

Todavía no le he cogido el tranquillo a esta mujer. La veo alejarse hacia la puerta con su cuerpo rechoncho y su apretado caminar. No espero a que salga de la oficina para marcar el número de mi casa.

—Hola, Catalina. ¿Cómo os va por ahí?

—Hola, mi niña. Pues muy bien. Manita parece muy disciplinada, ha tomado notas y todo de lo que le iba diciendo. Por cierto, tienes que comprar otra marca de detergente para la ropa, el que usáis no vale un pimiento. He ordenado la estantería del cuarto de la plancha; según lo he puesto os apañaréis mucho mejor. También he colocado la

ropa de cama por tamaños y colores.

—¿Y Minerva? —consigo decir.

—Perfecta. Manita se lleva divinamente con ella. Se han amoldado muy bien. Ahora está levantándola de la siesta. Le he enseñado donde están los CD de música del abuelo Esteban para que se los ponga a la niña de vez en cuando... ¡Ya está aquí el gato otra vez! —Casi la oigo dar un respingo—. Tenéis que hacer algo con él, me da un asco que me muero cada vez que Minerva lo agarra del rabo. Si no lo echáis, un día lo cojo y lo tiro por la ventana. A saber si tiene pulgas o algo.

—Lo sé, Cata. Yo tampoco lo quiero en casa, pero no hay quien lo pille. Solo se deja coger por la niña. Se supone que Mario se va a ocupar de buscar a sus dueños, pero se ve que le ha tomado cariño al animal y se está haciendo el remolón. Escucha, ¿necesitas algo? Hoy llegaré tarde a casa porque tengo mucho que hacer; ahora voy a hablar con Mario y os puede llevar lo que sea.

—No, gracias, cariño. Tenemos de todo. Minerva está feliz, se ha tirado toda la mañana canturreando y corriendo detrás del gato. No veas lo bien y deprisa que anda cuando persigue al animal, y luego tiene que dar tres pasos para despedirse de mí y se cae cuatro veces. Manita le tararea canciones de su país. Es muy dulce.

—Cata, no se llama Manita, es Ma-ri-ta, con erre.

—Ma-ri-ta —repite—, no sé si seré capaz de retenerlo. Llevo toda la mañana llamándola Manita y la pobre no ha dicho ni mu… Bueno, tú no te preocupes por nada, está todo controlado. Concéntrate en tu trabajo para que puedas venirte cuanto antes.

—Gracias por todo, Catalina.

—No se merecen. Un beso.

—Un beso.

Bien, llamada de control número uno realizada, procedamos a la número dos. Mario responde a la primera:

—Hola, preciosa. ¿Cómo estás?, ¿mucho trabajo?

—Pues sí, aunque me ha cundido. ¿Y tú?

—Lo normal, los chicos andan con los nervios de punta pensando en la EvAU[1]. Entre las hormonas y el estrés, esto es una olla a presión. ¿Has hablado con mi madre?

—Sí, hace un segundo. Todo va bien. Tanto Minerva como ella están encantadas con Marita. Catalina la llama «Manita».

—¡Órale! —grita Mario riéndose.

—Tu madre insiste en que nos deshagamos del gato. Lógico. Si no averiguas de quién es, llamo a la perrera y que se lo lleven.

—Pero le pondrán la inyección… —me responde con pena, como si se la fueran a poner a él—. No te preocupes, mañana lo llevo al veterinario a ver si lleva el chip. Ya veré cómo lo hago para cogerlo.

—Gracias, cariño.

—Espera un momento, que se me está acabando la batería, un segundo…

—Mario, siempre estás igual… nunca te acuerdas de cargarlo… —le reprocho—. Un día lo vas a necesitar para algo importante y te lo vas a encontrar apagado.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes, ahora mismo lo enchufo. Estoy en la sala de profesores. Por aquí hay un enchufe…

Oigo como trastea y mueve cosas de aquí para allá, hasta que se da un golpe con algo y suelta una palabrota.

—Listo —me dice resoplando—. Ya estoy contigo.

—¿Estás bien?

—Sí, solo ha sido un golpecito de nada, está todo lleno de trastos y se me han caído un montón de archivadores encima.

—Vaya por Dios… Seguro que te pones a ordenarlo todo cuando acabes de hablar conmigo —afirmo con ironía—. Oye, hoy llegaré bastante tarde, tengo muchísima tarea acumulada.

—¿No pillarás a Minerva despierta?

—Seguramente no te pille ni a ti despierto.

—Qué lástima, con lo que me gustaría que me «pillaras»…

Sin querer, me imagino a Mario «pillándome». Se ve que ya se me ha pasado el periodo de ausencia de libido después de dar a luz a Minerva y esta ha vuelto por todo lo alto. Con solo imaginármelo abrazándome por detrás, apretándose contra mí, deslizando sus dedos por mi espalda, su lengua gordita dentro de mi boca… Se me acelera el pulso.

—Uhm… sí, eh…, eso tenemos que arreglarlo también. —Noto que me he puesto colorada—. Ahora te dejo que me están esperando para comer.

—Vale, que te sea leve y disfruta de la comida. ¡Ah!, casi se me olvida: me ha llamado mi hermana, nos invita a ver una obra de teatro que estrena con su grupo el sábado. ¿Podremos ir?

—Creo que sí, pero es un poco pronto para saberlo.

La hermana de Mario, Encarna –otra sufridora abnegada de la herencia de nombres familiares–, es una artista polifacética. Lo mismo te canta una balada medieval celta, que te baila una danza de la Polinesia o te recita a Neruda. Aún vive con su madre y va de trabajo en trabajo, ninguno le interesa, solo son obstáculos en su eterna búsqueda de la inspiración.

Nos despedimos dejando en suspenso el tema y, según cuelgo, aparece Simón por la puerta:

—¡Hola, jefa!

—Hola, Simón. Pasa.

Simón entra en el despacho cual torbellino y se sienta delante de mi mesa, inquieto como una pulga en verano.

—Vengo a invitarte a comer.

—No puedo, como con los alemanes. Tenemos que revisar los presupuestos para la compra de las autoclaves verticales, los sembradores automáticos y las cabinas de flujo.

Mi excompañero de laboratorio y, sin embargo, aún amigo, me mira y suspira sonriendo con dulzura. La luz se refleja en su calva y parece un pequeño buda en pleno éxtasis:

—No te compliques la vida, querida mía.

—¿Por?

—Qué lista eres para unas cosas y qué tonta para otras… No te van a aceptar la compra por muy bueno que sea el precio que consigas. —Me revuelvo en mi asiento—. Están inflando el presupuesto de I+D para justificar el precio de los medicamentos como hacen muchos laboratorios. No emplearán ni la mitad de lo que se supone, y si no, ya lo verás.

—No deberías ir soltando eso tan alegremente, Simón. Te puedes meter en un lío.

7

Todos hemos tenido algún «pringao» en clase cuando íbamos al instituto. Yo recuerdo sobre todo a unos mellizos, chico y chica, que siempre iban juntos. Eran muy callados, iban vestidos de forma anticuada y su higiene personal dejaba mucho que desear. Olían a rancio y el pelo, grasiento y lleno de caspa, se les pegaba a la frente.

Sorprendentemente, llevaban la ropa perfectamente planchada, él: polo y chinos con raya, ella: falda estampada por debajo de la rodilla y blusa. Puede que plancharan esa ropa una y otra vez sin lavarla jamás.

No me acuerdo de sus nombres, pero sí de cómo se metían mis compañeros con ellos y de la pena que eso me daba. Sin embargo, nunca hice nada.

Jacobo Becerra siempre va impecable: repeinado y limpio como una patena. Lleva prendas de marca «nisu» (ni su padre la conoce), saca buenas notas y está loco por la historia: es carne de cañón.

Mario se lo encuentra cuando sale de una tutoría con los padres de Jésica Cortés. La chica no da palo al agua, pero ellos insisten en que la niña estudia muchísimo y no entienden cómo le han podido quedar tantas asignaturas. Deberían preguntarle a su noviete qué estudian cuando se van juntos después de clase: sociología, anatomía, química…

—Hola, Mario.

—Hola, Jacobo. ¿Cómo te va?

El chico le sigue como un perrito abandonado. Casi siempre anda solo. Prefiere relacionarse con adultos y Mario es su adulto favorito.

—Bien, solo quería devolverte el libro. Me ha gustado mucho.

—Pues mañana tenía pensado ir a comprar el nuevo de Peridis: *La reina sin reino*. Tiene una pinta buenísima. Te lo paso, lo lees y me cuentas.

—Pero deberías leerlo tú primero.

Ambos han llegado al aparcamiento. Mientras Mario busca las llaves del Focus entre todos los trastos que lleva en la mochila y guarda la devolución de Jacobo, este permanece de pie esperando su respuesta. Como Mario se despiste, el chico se le va a meter en el coche.

—Yo tengo mucho que corregir —le explica abriendo la puerta y haciendo el ademán de subirse al automóvil— y una lectura a medias, así que en cuanto lo tenga, te lo presto.

Jacobo no se da por aludido y continúa inmóvil mirándolo. A Mario se le rompe el corazón, le dan ganas de llevárselo a casa y pasar la tarde juntos hablando de historia de la música como hacía su padre con él. Le gustaría *ser su padre*. Pero no se puede, Jacobo tiene su propia vida y su propia familia, aunque quizás no sea la más deseable.

—¡Ah no! Espera, mañana no puedo ir a comprar el libro, tengo que llevar al gato al veterinario.

Mario le explica al chico la historia de Gatogordo, el final que le espera al animal si no encuentra a sus dueños y sus problemas de logística para capturarlo.

—Yo tengo un trasportín —salta Jacobo entusiasmado—, y un método infalible para atrapar gatos: una lata de paté.

—Pues si te apetece, y en tu casa no te ponen objeciones, puedes venir mañana a Villa María y me ayudas con el bicho. También puedes acompañarme al veterinario, si quieres.

La cara de Jacobo es un poema:

—¡Claro que sí!

8

Es muy tarde. Toda la planta está vacía y a oscuras. En silencio, sin teléfonos sonando ni dedos aporreando teclados. Estoy sola, echo de menos a mi niña y a Mario, y tengo tanto sueño…

Mi escritorio es prácticamente un descampado. Debería irme ya, pero me queda muy poco para terminar el informe para el comité sobre el presupuesto de LBW.

Se me cierran los ojos. Intento despejarme mirando las luces que se adivinan en la ventana que queda al final de las oficinas, la puedo ver a través de la puerta de mi despacho, también veo las mesas vacías

y los equipos apagados o en suspenso con la lucecita roja. Todo en calma.

De repente oigo una silla arrastrarse como si alguien hubiera tropezado con ella. Qué raro, debe de ser en la sala de reuniones, es el único sitio en el que las sillas no tienen ruedas.

—¿Hola? —Nadie contesta. Me levanto tambaleándome como si estuviera borracha y agudizo el oído—. ¿Hola?

Nada. Es muy tarde para que alguien me quiera gastar una broma… Camino entre las mesas en dirección a la sala de reuniones. Todavía no sé dónde están los interruptores, así que me conformo con la luz que arroja mi despacho. Solo se oyen mis pasos y el suave golpeteo de una persiana que se mueve con el aire. Amenaza tormenta. La sala está desierta y todas las sillas en su lugar, quizás una de ellas no está del todo alineada con el resto, no podría asegurarlo. Debe de ser el sueño, oigo cosas que no existen.

Intento convencerme de que ya es hora de irse a casa, pero no soy lo suficientemente persuasiva y me siento de nuevo delante del portátil. Solo dos párrafos y me voy, solo dos. Sin embargo, me fallan las fuerzas. Apoyo las manos sobre el teclado y la cabeza encima de ellas, me rindo.

Oigo algo de nuevo, en esta ocasión suena como si alguien dejase caer un trapo mojado sobre el suelo, algo acuoso, pesado y muerto.

Levanto la cabeza.

Esta vez no pregunto, sigo escuchando:

—No quiero estar aquí.

Es una voz vieja, oxidada, tan ronca que no sé si es de hombre o de mujer. La he oído con la misma claridad con la que oigo los coches que pasan por la calle. Tengo el corazón a mil pulsaciones por minuto, puedo sentir cómo la sangre se agolpa en mi cuello, justo debajo de la nuca. Estoy segura de que no hay nadie en la planta, esto no puede estar pasando…, sin embargo, en la oscuridad, hay alguien que *no quiere estar aquí*.

Paralizada, me quedo mirando la puerta; sé que algo horrible va a surgir de entre las sombras, pero ¿el qué…?

Otro golpe. Otro algo húmedo y flácido ha caído al suelo, esta vez más cerca.

Levanto la cabeza.

Me echo hacia atrás e inspiro como si hubiera estado debajo del agua durante diez minutos. Una pesadilla, me he quedado dormida. Se acabó, me voy a casa.

9

Cuando salí de la oficina estaba tan espabilada con el susto que ni me

planteé pedir un taxi, pero ahora me pesa. Dejé la autovía hace un par de kilómetros y conduzco despacio por las calles de la urbanización. Es una urbanización vieja, de los años setenta. Ventajas: casas enormes, con buenos materiales y cada una distinta, nada de chalés adosados todos igualitos; desventajas: las zonas comunes están abandonadas, el asfalto se encuentra en malas condiciones, algunas farolas no funcionan o están cubiertas por la vegetación, los caminos son estrechos, mal señalizados…

En la radio Jim Morrison canta *Riders on the Storm,* no es una buena canción para mantenerse despierto. El suelo está mojado por la tormenta y el viento agita las ramas de los árboles con violencia, anunciando que va a llover de nuevo.

A lo lejos, en el recodo de eucaliptos, alguien camina por el arcén, alguien alto y extremadamente delgado. Parece una mujer. Tiene el cabello largo y mojado. Anda con un pequeño balanceo, renqueando rítmicamente, y sus brazos, largos y laxos, se mueven al compás. Es muy extraño, son casi las tres de la mañana de un jueves, ¿qué puede hacer esa señora por aquí sola y después de la tormenta que ha caído? Estoy tan cansada que a mi cerebro le cuesta encontrar respuestas lógicas.

Comienzo a reducir la velocidad; los faros del todoterreno iluminan únicamente sus piernas, delgadas y blancas como palillos.

Ahora ha llegado al puente de piedra que pasa sobre el arroyo. Sigue cojeando con algo más de esfuerzo debido a la pequeña pendiente que tiene la pasarela para salvar el riachuelo. En ese punto, la carretera se estrecha tanto que prácticamente no pueden pasar dos coches a la vez.

Toco el claxon para que se detenga, pero continúa caminando sin mirar atrás.

Ray Manzarek comienza el solo de órgano.

Aminoro y cuando estoy más cerca, veo su pelo entrecano; hasta puedo distinguir cómo le cae sobre los hombros en ondas brillantes y dispersas. Lleva una bata de flores azules sin mangas y unas zapatillas oscuras. En ningún momento gira la cabeza, es como si estuviera sorda o ausente.

Al llegar a su altura, el pie se me queda congelado y no soy capaz de pisar el freno. La mujer ha levantado la cabeza para mirarme. Su rostro es *El grito* de Munch. Durante unas décimas de segundo ha fijado sus ojos en los míos; son solo pupila, los tiene hundidos, más pequeños que las cuencas, negros y húmedos como dos aceitunas. Su piel se asemeja a la de un tambor, está tan tensa y apergaminada que hace que los huesos del cráneo se le marquen de manera exagerada y que sus pómulos sobresalgan casi tanto como su nariz. Me ha parecido que tiene una herida en la cabeza y parte del cuero cabelludo

desprendido.

Me ha mirado suplicante y perdida, como si me conociera.

Por fin consigo frenar. ¿Qué era esa monstruosidad? El agua que resbala por el cristal ha hecho que los rasgos de esa mujer se deformaran, o quizás sea víctima de una extraña enfermedad. No sé qué hacer. Tengo que recogerla, aunque me repugne; pero si retrocedo, podría atropellarla.

Me bajo del coche y voy a su encuentro.

¿De qué me conoce?

Comienza a llover con fuerza, y a pesar de haberme alejado unos pasos, sigo oyendo el órgano de los Doors.

10

Nunca la encontré. Caminé gritando desesperada carretera arriba carretera abajo. Llegué hasta el puente de piedra y volví al coche una decena de veces. Busqué entre los árboles y los matorrales. Las zarzas se enganchaban en mis pantalones, sin embargo, no había ni un trocito de tela con flores azules en sus espinas. La lluvia hacía que todo se duplicara, veía dos arcenes, dos coches, dos señales de prohibido el paso, pero ninguna mujer.

Llamé al 112 y avisaron a la Guardia Civil. Llegaron enseguida: dos coches patrulla y una ambulancia. Entre las sirenas y el agua que seguía cayendo, ya con más mansedumbre, la escena parecía un sueño. Los agentes recorrieron todo el perímetro mientras a mí me atendían los sanitarios. Debía tener una imagen horrible, como una loca que ha sido víctima de un accidente de tráfico, toda arañada, mojada y exhausta.

Ellos tampoco la encontraron. Después de tres horas interminables, recogieron todos los datos que conseguí darles y me llevaron a casa en la ambulancia, mientras un agente conducía mi coche.

Mario nos recibió en pijama, con los ojos todavía inflamados por el sueño. Lo llamé para ponerlo en antecedentes minutos antes de llegar al chalé y, cuando abrió la puerta, se lanzó hacia mí como si yo fuera la superviviente de un cataclismo apocalíptico.

Uno de los guardias me acompañó hasta la entrada para darme las últimas indicaciones:

—En un rato, en cuanto amanezca y haya más luz, volveremos a buscarla. No se preocupe, si usted la vio, daremos con ella. —«Claro que la vi, no estoy loca», aunque el hombre me miraba como si lo estuviera—. Si recuerda algo más, llame al cuartel y pregunte por mí, soy Emilio Guzmán. Descanse, lo necesita. Buenas noches a los dos.

Con el tranquilizante que me dieron dormí como un bebé, la pena

es que no le dieran otro a Mario.

Carne de gallina

11

Han pasado varios días y la Guardia Civil no ha encontrado absolutamente nada. Mario, entre bronca y bronca por no haberme ido antes a casa esa noche, intenta consolarme:

—La lluvia debió de borrar el rastro de esa señora. Conseguiría llegar a su casa, puede que sea una trastornada o una enferma y la familia esté avergonzada de que se les haya escapado, por eso nadie ha dicho nada.

Hoy celebramos el cumpleaños de Minerva en el jardín de Villa María. Marita y Catalina se han ocupado de todo, de los adornos, la comida y la bebida.

Aprovechando la coyuntura, me he pasado toda la mañana jugando con mi niña. He apagado el móvil y nos hemos ido a correr con el carro deportivo que me regaló mi cuñada –acertó de pleno con el regalo, aunque ha debido de hipotecarse para toda la vida–, después, nos hemos bañado juntas, hemos retozado en la cama y hemos hecho pompas en el jardín hasta la hora de comer.

Hace un día soleado de finales de primavera. Me encantan esos días, todo parece más nítido, más definido, como en una fotografía perfectamente enfocada. Una fotografía idílica: Marita y Catalina revolotean entre los invitados asegurándose de que no les falte de nada. Mi cuñada, la artista, está sentada con los niños en el césped junto al magnolio. Encarna les canta zarzuela. Desafina a propósito, o quizás no, pero cada vez que lo hace, los pequeños se ríen con ganas y aplauden entusiasmados. La tía Encarnación, hermana de Catalina y culpable de la onomástica de Encarna, escucha embelesada a su sobrina con el culo encajado en una silla plegable. Está justo detrás de los niños y de vez en cuando se la oye decir: «¡Qué bien canta esta niña! ¡Y hay que ver cómo interpreta!». Encarnación no tiene hijos y siente devoción por su sobrina, es su mayor fan.

También ha venido Simón a pesar de su famosa frase: «Tengo tres fobias: el bricolaje, los dentistas y los gatos». Aquí no le vamos a obligar a montar un armario del IKEA, pero Gatogordo ya se ha acercado a curiosear. Mi buda particular charla con Jacobo, seguramente sobre el gato. El muchacho lo escucha con interés, aunque se muere por contarle su aventura de caza menor con Mario; se lo pasaron de maravilla pergeñando estrategias y trampas para agarrar a la fiera. Lo metieron en el trasportín a base de cinco latas de paté de bonito y se fueron en el Focus de Mario a la clínica veterinaria que hay en la urbanización. El gato no paró de maullar durante todo

el camino, parecía que lo estuvieran destripando vivo. El veterinario lo reconoció nada más verlo, aunque no conseguía recordar el nombre de la dueña. Al revisar los datos del chip, la propietaria resultó ser una tal María del Carmen Aguirre de Anchorena. «Cuánto nombre para tan poco gato –pensó Jacobo–. Lo suyo es que fuera un gato "de marca", uno de angora o un persa. Este tiene más mezcla que yo». Mario, con su despiste habitual, tardó unos minutos en darse cuenta de que la señora Aguirre de Anchorena, era doña Carmen, la mujer que nos vendió la casa.

Jacobo sigue intentando hablar en los microsegundos que usa Simón para coger aire, pero es imposible, su verborrea es incontenible.

Mi padre y su novia se han dignado a venir y estropean la bucólica escena. No ven a Minerva desde las Navidades. Comieron con nosotros el veinticinco de diciembre y, de paso, le trajeron el regalo de los Reyes Magos a la niña: «Total, es tan pequeña que no se va a enterar si se lo damos antes», y no han vuelto hasta hoy. Mario no es que sea muy creyente ni tradicional, pero en su casa la mañana de Reyes siempre ha sido algo especial y, aunque no dijo nada, sé que no le agradó el detalle.

—Tienes que olvidarlo, tú hiciste todo lo posible por ayudarla. Ahora estará en su casa haciendo ganchillo —sigue Mario con su perorata—. No me estás escuchando, ¿verdad? —Se da cuenta de que estoy mirando a mi padre y a Gloria—. Si tanto te incomodan, ¿por qué les has invitado?

—Por Dios, Mario, es mi padre, ¿cómo no iba a hacerlo? —le respondo irritada.

—Está bien, dejemos el tema: Susana viene para acá. ¿Te quedas con ella? —Asiento con la cabeza. Ha sido una suerte, si llegamos a seguir por esos derroteros, seguro que acabamos enfadados—. Voy a rellenar el arcón de cervezas —termina Mario.

Mi marido se marcha a realizar su importante misión. Entre él y su amigo Joaquín son capaces de acabar con todas las existencias de Mahou de la provincia y todavía queda mucha tarde.

Susana y Joaquín son antiguos compañeros de la facultad de Mario. Se conocieron en el segundo año de carrera y acabaron enamorándose y casándose. Regentan una librería en pleno centro. Los abuelos de Susana tenían una pescadería de las de toda la vida y, al morir, les dejaron el local. Tienen dos hijos: Lucía, de la edad de Minerva, y Adrián, un par de años mayor. Los pequeños también han venido a la celebración y escuchan a Encarna cantar zarzuela, sentados a los pies del magnolio.

Susana se acerca a mí sonriendo:

—¿Cómo estás, cariño? ¿Mejor? —me pregunta—. No tienes muy

buena cara y además estás más flaca.

—Hola, Susana. Tú sí que sabes animar a una amiga.

Nos damos un abrazo de los duraderos, de esos en los que te da tiempo a notar el calor y el olor del que te estrecha. Me debato entre soltar el típico «bien, ahí voy», o decirle la verdad y contarle todo lo que siento. Nos queremos, así que me olvido de vergüenzas y de miedos a aburrirla con mis desgracias y me decanto por la segunda opción. Caminamos juntas hacia el cenador buscando un poco de intimidad y silencio. Nos sentamos y comienzo.

12

—No duermo mucho. Tengo pesadillas en las que sigo viendo a esa mujer y oyendo la misma canción que sonaba en la radio aquella noche, solo que en ellas sí la encuentro. Está sola y perdida dando vueltas, tambaleándose entre los árboles. Camina con la cabeza baja y el cabello chorreando agua. Cuando me acerco, me mira suplicante con esos ojos negros y húmedos como babosas, pero no dice nada, se queda inmóvil. Entonces la cojo por los hombros y empiezo a zarandearla con violencia y le grito que hable, que me diga quién es y qué quiere. No me importa sentir sus huesos bajo mis dedos, ni el asco, ni hacerle daño, solo quiero que me diga algo, le grito, le grito muy alto. —No puedo aguantar más y se me escapan un par de lágrimas, mi amiga echa su brazo sobre mis hombros—. Después, la mujer abre la boca y suelta un alarido agudo, doloroso. En ese momento, me despierto. —Susana me deja hablar, sabe que si me interrumpe puede que no me abra nunca más—. Es muy real, como esa madrugada, un sueño muy real y demasiado horrible para no ser otra cosa, por eso estoy convencida de que me dormí en el coche. Me dormí justo antes de parar en el arcén y me desperté con la necesidad de buscar a la señora. Ya me había pasado horas antes en la oficina cuando me quedé traspuesta y oí ruidos extraños.

—Un momento, de eso no sabía nada.

—Me da mucha vergüenza todo lo que se montó por mi culpa —continúo—, así que esa parte no se la he contado a Mario. El pobre lo pasó muy mal, y aún lo pasa mal cuando nota que no descanso. Está entre enfadado y asustado por verme así. Es mejor que intente convencerse y convencerme de que sí la vi, y no que sepa que di una cabezada mientras conducía. Me hace llamarle cuando llego al trabajo, cuando me voy y cuando vuelvo a casa si no ha llegado él antes. Además, no quiero que se lo cuente a mi cuñada, ya ha empezado con sus rollos esotéricos y con que me haga una limpieza de aura o no sé qué chorradas. —Mariposeo con las manos como si tuviera una bola de cristal bajo ellas—. Solo quiero olvidarme de todo

y conseguir dormir una noche de un tirón, aunque solo sea una; no lo hago desde que estaba embarazada de Minerva.

Susana suspira y me besa en la mejilla.

—En fin, no le demos más vueltas a lo que pasó o dejó de pasar. Vete de viaje con Mario y la niña, a cualquier sitio tranquilo, una semanita a la playa, por ejemplo. Está claro que estás estresada, se te ha juntado el ascenso con la vuelta de la baja de maternidad, la mudanza y los avances en el laboratorio. Si te pones, es normal que veas señoras en bata y hasta dragones amarillos. Descansa, tómate unas cuantas pastillas mágicas para dormir y regresa como nueva.

—Buena idea, a Mario le quedan pocos días para comenzar las vacaciones. Lo hablaré con él. Gracias, Susana. —Me da otro abrazo y yo me dejo querer, aunque algo incómoda. No soy especialmente cariñosa con los adultos, ni siquiera con mis amigos, pero Susana me ha pillado en horas bajas—. Me has ayudado mucho.

—Para eso estamos las amigas. Oye, ¿ese no es Rafa, el primo de Mario? ¡Hace lustros que no lo veo!

—Sí que es él. —Me levanto y hago una señal a Rafa para que se acerque. La conversación sobre mis sentimientos ya ha durado demasiado—. Ha estado viviendo en Australia con su familia hasta hace un año —informo a Susana—. Manuel, su padre, está ya muy viejito y empezó con achaques más o menos graves, así que decidieron volverse. Ha venido al cumpleaños con sus hijos, los gemelos que has visto haciendo burradas en la piscina.

Rafa es una mole de metro noventa con casi un metro de envergadura y unas manos como barcas. Ha reconocido a Susana y se acerca dando grandes zancadas, cuando llega a su lado le da dos besos y un abrazo de oso.

—¡Susana! Qué alegría verte. ¡Estás preciosa!

—Y tú tan bruto como siempre, me vas a partir la espalda.

Rafa la suelta e inspira profundamente, los recuerdos emergen en su cabeza. Tantas noches de juerga todos juntos cuando todavía no teníamos obligaciones. Volvíamos de madrugada con unas cuantas copas de más rezando para que no nos parase la policía. Siempre le tocaba conducir a él porque era el que más tardaba en emborracharse. Iba mascando granos de café y dándose tortazos para no dormirse. Los demás roncábamos confiados y tranquilos en la furgoneta porque el Oso jamás permitiría que nos pasase nada malo; era infalible, sobrehumano, o eso pensábamos nosotros porque con diecinueve años tus amigos jamás te fallan.

—¿Cómo está tu padre?

La pregunta de Susana provoca que Rafa vuelva al presente.

—Bueno, está muy mayor. Se ha quedado en casa con Alicia porque nos da miedo moverlo. Se pasa el día diciendo que quiere irse

con su hermano Esteban, aunque lo dice con calma, sin miedo. Tendrás que disculpar a Alicia —dice dirigiéndose a mí—. Le ha dado mucha pena perderse el cumpleaños de Minerva, pero alguien tenía que quedarse con el abuelo y el viaje hasta aquí con las dos bestias de los gemelos no se le hacía muy atractivo. Están en una edad muy mala…

—No tienes que decirme nada, Rafa, ya me lo imagino. Tendrán ganas de estar en cualquier parte antes que en el cumpleaños de su prima de un año. Al menos se lo están pasando bien en la piscina.

—Sí, espero que no rompan nada. Me encanta vuestra casa, es enorme. Parece sacada de una revista de decoración. Ya lo decía yo cuando empezasteis, que a Mario le había tocado la lotería contigo. —Rafa se ríe y viaja de nuevo en el tiempo—. A quien echo en falta es a tu compañera de piso… Elena, era guapa a rabiar, menudo cuerpo… nos tenía medio tontos a todos. —Susana y yo nos hacemos las ofendidas por la parte que nos toca—. ¡Y a Lola!, recuerdo que se bebía hasta el agua de los floreros y, sin embargo, no había quien la tumbara. También recuerdo que cada dos o tres meses se traía un nuevo novio a las «quedadas».

—Y Samuel —salta Susana—, ¿os acordáis del día en que lo emborrachamos para que se dejase de tonterías y confesase que le gustaban los chicos? Fue el último del grupo en darse cuenta y el único al que le importaba lo que dijeran los demás de su *secreto*.

Rafa me pide que le ponga al día:

—A Samuel le perdimos el rastro unos años después de que murieran sus padres y su tía en el accidente de tráfico. Recuerdo que tú, Rafa, estabas a punto de marcharte a Australia con Alicia y los chicos, y que el resto del grupo habíamos acabado la carrera o nos quedaba muy poco para hacerlo. La última vez que estuvimos todos juntos fue entonces, en el entierro. Justo después, Samuel se fue a la finca donde vivían sus padres en Galicia. Intercambiamos mensajes y nos llamamos durante un tiempo hasta que un día el móvil me respondió: «El teléfono marcado no existe».

Yo traje a Samuel a la cuadrilla. Su tía, Luisa, era nuestra vecina y mantenía una profunda amistad con mi madre. Samuel pasaba algunos meses de las vacaciones de verano con ella mientras sus padres trabajaban. En esa época éramos compañeros de juegos, después, cuando empezó a estudiar Bellas Artes y se instaló definitivamente con Luisa, compañeros de juergas. Mi madre había muerto hacía años y yo me independicé en cuanto pude porque no aguantaba vivir con mi padre y con Gloria. Le ofrecí muchas veces compartir piso conmigo, pero adoraba a su tía y no la quería abandonar. Finalmente, fue ella quien lo abandonó.

Luisa veraneaba en agosto con Samuel y sus padres en Galicia. Los

padres de Samuel tenían por costumbre ir hasta Madrid para recoger a su hijo y a la tía y llevarlos al pueblo. Antes, pasaban algunos días juntos en el piso de Luisa disfrutando de los placeres de la capital. Un verano, Samuel decidió quedarse estudiando, tenía que preparar muchos exámenes y trabajos para septiembre, así que viajaron solo sus padres y su tía, pero nunca llegaron al pazo familiar. Un camión, que se salió de su carril, los arrolló y murieron los tres en el acto.

—Joaquín y yo también hablamos con él durante un tiempo. —A Susana le tiembla la voz—. Lo último que nos dijo fue que se moría de asco en aquel pueblo, que estaba muy solo y la casa se le caía encima. No soportaba haber sobrevivido a su familia. Además, tuvo una relación con uno del pueblo que acabó en desastre y se convirtió en la comidilla de los vecinos. Intenté convencerlo muchas veces de que se viniera para acá, pero insistía en que quería dejarlo todo atrás y empezar de cero. Estaba pensando en marcharse fuera de España, aprovecharía el dinero de los seguros de vida de sus padres para iniciar una nueva vida, y eso debió de hacer. He intentado buscarlo en Facebook y otras redes sociales, pero no aparece por ningún lado.

Nos quedamos en silencio, tristes. Ninguno sabemos qué decir, así que sigo con el repaso: con la Bella Elena.

—Elena se casó el año pasado con un expatriado estadounidense que conoció en el trabajo y justo ahora está de vacaciones en Texas con la familia de él. Por eso no ha podido venir.

—Estuvo a punto de casarse en otra ocasión, ¿no? —tercia Susana.

—Sí, con un mal bicho posesivo y celoso que la trataba como a una muñequita. Estaba obsesionado con que se operase los pechos y se quitase un poquito de aquí y otro poquito de allá... —Me señalo el vientre y las caderas mientras subo una ceja en dirección a Rafa—. Quería mantenerla «perfecta», menos mal que a Elena se le cayó la venda de los ojos a tiempo y lo dejó prácticamente en el altar. Ahora está encantada a más no poder con su guiri.

—Bien, algo bueno entre tanta desgracia. ¿Y Lola? —quiere saber Oso.

—Ay, Lola…, sigue igual de impredecible. Se casó y al año se divorció, pero enarbola con orgullo el estandarte de la soltería. —Miro el reloj—. Debe de estar a punto de llegar.

—Ojalá que aparezca, estaríamos buena parte de la pandilla —dice Susana entusiasmada—. Ahí vienen Mario y Joaquín con cervezas fresquitas. ¡Olé, mi marido! me ha leído el pensamiento.

Detrás de los dos «aguadores» aparece Lola corriendo como una loca, y sonriendo como una loca; el cabello alborotado, haciendo equilibrios con los tacones sobre el césped, dichosa de vernos. Cuando llega hasta nosotros, resollando, le coge un tercio a Joaquín y sin besos ni saludos dice:

—Brindemos por los viejos tiempos.

Juntamos nuestras bebidas los seis siguiendo la invitación de Lola.

Por un momento me siento feliz, me olvido de todo. Vuelvo a tener diecinueve años. Mis amigos están aquí, nada malo puede pasar.

13

Es la hora de la tarta y los regalos.

Mario va reuniendo a la gente alrededor de la mesa como un pastor que conduce a su rebaño. En el recuento echa en falta a Jacobo y, cuando lo busca por el jardín, se lo encuentra de pie junto a un árbol con un pequeño paquete en las manos; el chico observa serio y distraído los dibujos del papel de regalo.

—¿Qué pasa, señor Becerra?, pensé que estaba usted con los gemelos. Anda, acércate que toca ayudar a Minerva a soplar las velas.

Jacobo lo sigue de mala gana, cabizbajo. Le ha dado el tic que lo tortura cuando se pone nervioso. Frunce los labios como si intentara besarse la nariz una y otra vez. Ese gesto le ha costado muchos apodos, poco ocurrentes, pero no por ello menos hirientes: Morritos, Besaviejas, Bocachocho…

—¿Ha pasado algo? —pregunta Mario—. Han sido esos dos, ¿verdad?

—No… no ha pasado nada… solo bromas y tal. Lo normal.

Mi marido da media vuelta en dirección a la piscina, pero el muchacho lo agarra por la muñeca:

—No, Mario, por favor, no les digas nada. No me importa, ya estoy acostumbrado.

—En mi casa no te vas a acostumbrar a eso. Tú vete a la mesa con los demás.

Cuando llega a la piscina, sus sobrinos se están tirando en bomba los dos a la vez. Lo hacen con tal ímpetu, que parece que quisieran vaciarla. Son chicos grandes como su padre, de hombros anchos y de musculatura marcada. Son líderes de la manada: «intocables».

—¡Raúl, Sergio! Salid ahora mismo, quiero hablar con vosotros.

Salen de la piscina como si tuvieran un trampolín bajo los pies. Mario ya se ha olvidado de cuando podía hacer eso.

—¿Qué pasa, tío? ¿Esa cervecita es para nosotros?

El chico suena un poco nasal, los años en el otro lado del mundo han dejado ese poso en el acento de ambos por igual, de hecho, Mario nunca sabe con cuál de los dos está hablando.

—Pero qué cara más dura tenéis.

—Vamos, solo era una broma, tío Mario.

—¿Qué ha pasado con Jacobo?

Los dos adolescentes se miran buscando apoyo el uno en el otro.

—Nada… solo hemos hecho algún comentario sobre su ropa —dice uno.

—Y sobre su manera de hablar, habla raro, en plan… en plan «viejuno» —apunta el otro.

Mario intenta controlarse y busca una manera de que los chicos comprendan lo que puede llegar a sentir Jacobo:

—¿Os gustaría que apareciese Cristiano Ronaldo por aquí y os dijese que parecéis dos orangutanes porque los brazos os llegan hasta las rodillas o que la pelusa esa que tenéis debajo de la nariz da asco? ¿Cómo os haría sentir eso?

—¡Si viniera Ronaldo por aquí nos daría igual lo que nos dijese! ¡Es uno de nuestros FAV[2]!

Táctica equivocada, Mario. Parece mentira que seas profesor.

—Escuchadme, no podéis humillar a la gente de esa manera. Eso hace daño. Ese chico tiene sentimientos.

—Sí… demasiados sentimientos. —Ambos se ríen—. Tienes que admitirlo, tío, es un poco «monguer»…

—¡NI «MONGUER» NI NADA, JODER! ¡Como me entere de que volvéis a meteros con alguien, os arranco la cabeza! —Rafa ha aparecido detrás de Mario. Su método es menos fino que el de su primo, pero más eficaz. Hasta el mismo Mario se ha quedado lívido—. Y si eso no es suficiente, os juro que tiro la Play a la basura como hice con los móviles.

¡Diana! Los chicos no replican a los casi dos metros de padre que tienen.

—Ahora secaos y os vais zumbando a pedir disculpas al amigo de Mario y a cantar el *Cumpleaños feliz* a vuestra prima como si fuera la cosa más divertida del mundo, ¡con entusiasmo!

Las dos futuras moles agachan los hombros y desaparecen corriendo.

—Impresionante…, no muy ortodoxo, pero ha funcionado —dice Mario.

—Pues deberías ver a Alicia, eso sí que es un sargento de la Guardia Civil… —De repente se le nota apesadumbrado—. En realidad, a Alicia se la comen por lo pies. En ocasiones no sabemos qué hacer con ellos. En casa no les hemos enseñado a ser así…

—No te preocupes, Oso, es normal. Lo veo a menudo en el instituto, pero son buenos chicos y cuando superen esta época volverán a ser «normales». —Mario resopla dejando la mirada perdida —. De todas maneras, yo tampoco soy el más indicado para dar consejos sobre educación.

—¿Pero por qué dices eso, primo? Eres un buen profesor, nunca has tenido queja, que yo sepa… Eres buena persona, generoso y noble.

—Ya, parece que estás hablando de un vino… Creo que la estoy

fastidiando con Jacobo, me temo que no lo estoy haciendo bien con él. Me da pena, es un chico muy inteligente y sensible. Lo interioriza todo y sufre mucho, tanto en clase como en su casa, y busca apoyo en mí, y yo soy incapaz de negarle un poco de consuelo, de darle la posibilidad de que se sienta valioso, alguien importante, no el paria del que todo el mundo se ríe.

—Pero tú has firmado un código de conducta, ¿acaso lo estás incumpliendo?

—No… no estoy seguro. Sé que debo guardar las distancias, sin embargo, no puedo, me desarma lo desvalido que está… Y sé que el hecho de dudar tanto significa que no lo estoy haciendo bien.

—¿Y sus padres? Me imagino que habrás hablado con ellos en alguna ocasión o con su tutor —pregunta Rafa mientras sorbe las últimas gotas de cerveza.

—He hablado con Marina, su tutora, y no he llegado a ninguna conclusión. Es la primera vez que la chica asume ese papel, es muy joven y se siente insegura, no tiene claro cómo actuar, pero tampoco busca ayuda en la dirección por miedo a que se sepa que no está preparada. Y yo no me quiero entrometer para no quitarle autoridad a ella y, además, porque no soy nada objetivo.

»Los padres de Jacobo no aparecen por el instituto, argumentan que como el chico saca buenas notas no hay necesidad de hacer reuniones. Aparentemente son una pareja normal, padres distantes y despreocupados, pero dentro de lo común. Ambos son trabajadores y con estudios, nada sospechoso, no obstante, por lo que el muchacho deja entrever, hay algo que no casa. Habla muy poco de ello, sin embargo, me da la sensación de que sus padres están pasando una crisis de pareja y que el alcohol tiene mucho que ver con ello. No le hacen caso, fíjate, saben que hoy venía al cumpleaños de Minerva y ni siquiera han llamado para preguntar, he sido yo el que ha cogido el teléfono para saber a qué hora debía volver a su casa.

—Puff… no querría estar en tu lugar…

—Ni yo en el tuyo, Rafa. —A Mario se le escapa una risita—. Pero insisto: en tu caso pasará.

—¿Y cuándo será eso?

—A los diecinueve o veinte años.

—¡Tanto!, no sé si podré esperar sin arrancarle la cabeza a alguno. ¡Vamos, primo!, me voy a tomar una cerveza a tu salud, me consuela que lo tuyo va a ser peor: ¡los míos por lo menos son chicos!

14

Un xilófono con forma de perro, un andador con forma de hipopótamo, una granja con animales que al apretarlos mugen, ladran

o cacarean según corresponda. El mundo de los niños está compuesto de animales, canciones repetitivas, colores estridentes y plástico, mucho plástico.

Minerva está en el suelo rodeada de los juguetes, pero no atiende a ninguno, no le da tiempo. Todos se esfuerzan por enseñarle lo que hace cada uno de ellos o por darle uno nuevo. La niña observa entre divertida y confusa. Mientras, yo intento poner un poco de orden entre la gente y Marita entre los restos de embalajes.

Por fin hay un regalo que sí le llama la atención: un precioso libro que le ha traído Jacobo. La portada es toda de un peluche de pelo largo y espeso. El chico lo sostiene delante de Minerva y cuando le da la vuelta, el peluche rojo cae en el otro sentido dejando al descubierto dos ojos gigantes con pupilas bailarinas. Cuando la niña aún se está recuperando de la aparición de los ojos, Jacobo gira de nuevo el libro y estos desaparecen dejando al descubierto una boca de gruesos labios azules y una lengua rosada y brillante que se balancea como un péndulo. Un último giro: Minerva ya no puede más de la emoción y estalla en carcajadas nerviosas cuando ve aparecer entre el peluche bermellón una nariz amarilla y peluda.

—Este es el monstruo Bartoleque —le explica el muchacho—, y si pasas la primera página y pones el libro en horizontal, aparece entero, ¿ves?

En ese instante la niña ya no quiere más explicaciones, quiere cogerlo y girarlo, y meter las manos entre los cabellos de Bartoleque para buscar sus ojos y su nariz, tocarlos y tal vez, chuparlos un poquito. Algunas pelusillas diminutas se han desprendido del peluche y flotan alrededor de mi pequeña diosa como mariquitas danzarinas.

—Gracias, Jacobo, es un regalo precioso y le encanta. —El chico se avergüenza un poco ante mi agradecimiento. Las féminas lo intimidan—. Y gracias también por ayudar a Mario con el gato, sin ti no lo hubiera conseguido.

Antes de que pueda contestarme, mi padre entra en escena, con un paquete gigantesco, gritando:

—¡Ya está aquí el abuelo con su regalo!

Cómo no!, será el regalo más grande, más caro y más inadecuado¡ que pueda existir para la edad de Minerva. Por supuesto, la niña echa a un lado a Bartoleque, semejante caja merece toda su consideración. Gloria ayuda a mi padre a abrirla mientras sonríe orgullosa y falsa, como una azafata de *La ruleta de la fortuna*. Efectivamente, el presente cumple los tres requisitos: es grande, caro e inadecuado; es un pequeño vehículo con motor, un Porsche negro. Inmediatamente montan a la cría en el coche y con el mando a distancia la pasean por el jardín para que la vean todos los asistentes, la hacen saludar como .si fuera una infanta

Siento como me hierve la sangre y tengo que hacer verdaderos esfuerzos por no sacar a Minerva del coche y cantarle las cuarenta a mi padre. Mario, que me ve venir, me coge de la muñeca y la aprieta suavemente.

—Vamos, cariño, tranquila.

Cuento hasta diez y sonrío, no merece la pena. Solo tengo que aguantar un poquito más y se irán. Pero me equivoco, a la feliz pareja aún le queda una sorpresa más.

Después de la cabalgata de Minerva en su carroza, mi padre se acerca a la mesa y da unos toquecitos con una cuchara a una jarra de cristal que, hasta hacía poco, contenía la explosiva sangría *made in* Encarna. Cuando ya tiene la atención de todo el mundo, carraspea y dice impostando ligeramente la voz:

—Hola a todos, perdón que os interrumpa, pero quisiera aprovechar la ocasión para hacer un anuncio. Muchos de vosotros no sabéis que Gloria y yo cumplimos este invierno veinticinco años juntos. —Mira a Gloria con cara de enamorado mientras la coge de la mano. Ella suspira y sonríe teatralmente. Me están dando hasta arcadas…—. Veinticinco años de amor y felicidad. —Ay que vomito —. Y creemos que ya ha llegado el momento de formalizar nuestra relación, de celebrar unas verdaderas bodas de plata: ¡nos casamos! —Silencio sepulcral, caras estupefactas. Se me han pasado las náuseas de golpe—. Lo haremos en octubre y, por supuesto, estáis todos invitados. Toda la familia y todos los amigos de mi hija.

Me muero, no acabo de creerme lo que estoy oyendo, y lo peor es que lo ha soltado en la fiesta de cumpleaños de Minerva. ¡Pero qué se ha creído! ¡¿Que es el ombligo del mundo?! Aparece aquí después de seis meses sin vernos con ese absurdo regalo, dándose aires de grandeza: «Mirad cuánto dinero tengo, y ¡mirad!: me voy a casar casi a los setenta años y os lo largo aquí y ahora, sin tener la delicadeza de decírselo a mi hija antes para que, por lo menos, pueda tomarse un Primperan». Ahora sí que no me aguanto.

A partir de este momento, todo pasa como a cámara lenta, como si fuera la repetición de una jugada de fútbol. Me escapo del agarre de Mario y voy como un toro hacia mi padre. Mario se ha quedado mirándose la mano sorprendido, sin creerse que me haya zafado de su marcaje, y observa impotente cómo me alejo; sabe que no va a llegar a tiempo. Cuando ya estoy a la altura de mi padre, Simón intercepta el balón.

—¡Felicidades, José Manuel!

—Muchas gracias, eh…

—Simón, soy Simón. Fiel súbdito de su hija, trabajamos juntos en la farmacéutica.

Se dan la mano efusivamente y yo me quedo ahí plantada, con la

calva de Simón a la altura de la barbilla, petrificada.

—Presénteme, por favor, a su afortunada futura esposa.

«¡Será pelota!».

Simón prácticamente se lleva a mi padre a rastras y en ese instante vuelvo a sentir la presión de la mano de Mario sobre mi muñeca.

—¡Sooo! Quieta ahí… que veo que la vas a montar y luego te vas a arrepentir. —Mario tiene razón, tiendo a ser muy impetuosa y a lanzarme sin pensar—. Por lo menos espera a que no estén los niños para hablar con él. Es totalmente razonable que estés enfadada, pero es el cumpleaños de Minerva…

Intentando que no me dé cuenta, disimuladamente, me va alejando del terreno de juego y me acerca a donde están los niños, piensa que si me los pone delante me calmaré automáticamente, como si fuera una demente que, con un objeto concreto, entra en trance y empieza a balancearse con la baba caída. Y cuando me deja sentada entre los críos y me da un beso en la frente diciéndome: «Anda así, tranquilita», no puedo evitar reírme. Me encaramo a su cuello y lo beso. Él me devuelve el beso y se marcha en busca de otros adultos.

Es increíble, pero mi padre ha conseguido callar a Simón. Seguro que le está provocando un aneurisma cerebral. No le deja hablar y encima le obliga a escuchar cuántos pisos tiene en Madrid y lo hermosa que es su casa en Mallorca. Ya no luce la media sonrisa de Buda.

15

La tía Encarnación sigue sentada en la silla plegable al lado del magnolio; con lo que le cuesta levantarse, cuando lo haga, será para marcharse a su casa. Puede que se lleve la silla con ella pegada al trasero.

Minerva toquetea curiosa una pequeña araña que ha ido a parar a sus pies, le da empujoncitos con el índice para después regañarla contrariada: el soberbio insecto no quiere seguir el camino que ella le marca; Lucía, a su lado, juega con el perro-xilófono y su hermano Adrián da vueltas por el jardín conduciendo el Porsche a toda velocidad.

Catalina, Encarna y yo charlamos cerca de las niñas sobre lo bien organizado que ha estado todo, no ha sobrado ni ha faltado de nada y la comida estaba estupenda. Ninguna se atreve a sacar el tema «boda».

De repente, Minerva interrumpe su juego y se queda mirando la ventana de su habitación. La señala con el dedo llamando a *Iiitá*. Marita, que es como perro perdiguero, acude a la llamada al instante:

—Señora, parece que la niña quiere subir a su cuarto.

—A lo mejor quiere enseñárselo a Lucía. ¿Quieres, Minerva?

La pequeña me contesta con la mirada: «Claro que sí, mami».

—Anda, Encarna, hija, sube tú con Manita que ella sola no va a poder con las dos y luego bajas a ayudarnos a recoger, que mira qué hora es —ordena Catalina—. Ah, y cerrad la ventana que he visto moverse la cortina.

Encarna desaparece obediente detrás de Marita.

Ahora que estamos solas, mi suegra me pregunta si voy a hablar con mi padre.

—¿Para qué? —le contesto—. Me dirá que está decidido, ya los has visto, exudan enamoramiento por todos los poros. En cuanto a lo de dar la noticia en el cumpleaños de la niña, argumentará que no se ha dado cuenta, que no ve que tenga mayor importancia; siempre hace lo mismo: solo lo suyo y lo de esa mujer tiene importancia —suspiro abatida—. Seguro que lo de casarse se le ha ocurrido a ella.

—Mujer, no seas tan mal pensada —replica Catalina—. Sí que es raro que después de veinticinco años decidan casarse, pero lo importante es que tu padre sea feliz. La muerte de tu madre, tan de repente, debió ser un golpe muy duro para él, y Gloria, al fin y al cabo, lo ayudó a superarla; cuidó de los dos lo mejor que supo, tú eras muy pequeña, ¿qué iba a hacer José Manuel solo contigo?

—Por ahí no vayas, Catalina, mi padre contaba con mi tía Virtudes para lo que hubiera necesitado; no hacía falta esa mujer para criarme. Gloria intentó ser mi madre, mi única madre, como si la mía no hubiera existido jamás. Se empeñó en borrar su rastro y me asfixiaba con sus continuas atenciones. Siempre estaba encima de mí, atenta a cualquier movimiento, a cada palabra, a cómo me vestía, a qué comía o con quién iba… Y con mi padre era igual, pero claro, a él eso le adulaba y le complacía en lugar de agobiarle. Siempre ansió ocupar por completo el lugar de mi madre y ahora que se casa con mi padre, lo ha conseguido.

—Insisto en que creo que no deberías quitarle valor a Gloria. —Al ver que mi indignación va a más, mi suegra decide terminar la conversación—. En fin, quizás tendrías que hablar con José Manuel, al menos para que sepa lo que piensas, me da la sensación de que das muchas cosas por sentado.

Catalina se queda con la mirada perdida.

—¿Qué pasa, Cata?

—Nada, hija, que me ha parecido ver la cortina moviéndose otra vez…

Nos quedamos las dos calladas durante unos segundos mirando la ventana del cuarto de Minerva, cada una sumida en sus pensamientos.

—Vosotros eráis, y sois, una familia tan bonita… —le digo a mi suegra sonriendo—. Siempre os recuerdo alrededor del abuelo Esteban

mientras tocaba el piano, los cuatro unidos, dichosos. Encarna y Mario os tenían de manera inmediata para cualquier problema que tuvieran, a vosotros, a la tía Encarnación, al tío Manuel, a la tía Caridad, a los primos… ¡Si hasta cuando le quitaron las muelas del juicio a Mario apareció allí medio clan! ¡Parecíamos gitanos!

Catalina también sonríe:

—Recuerda, cariño, que tú eres de la familia, que *somos tu familia*. Y mira a tu propia manada… los tres juntos, hermosos…

—Gracias, Cata, por todo. De verdad. La vida no ha podido compensarme de mejor manera.

Encarna aparece frotándose las manos, preparada para empezar a recoger, y nos encuentra abrazadas con los ojos húmedos como dos tontas.

—¿Qué me he perdido? —pregunta—. Bueno, da igual.

Y se une al abrazo colectivo.

16

Una vez en la habitación de Minerva, Marita ha dejado a las crías sentadas junto al armario y se dedica a recoger los juguetes que hay desperdigados por el suelo cerca de la cuna. Gatogordo ha subido con ellas y no se despega de la minúscula pareja.

Mientras se agacha una y otra vez, la mujer escucha la conversación que mantienen las dos y sus risitas: *yaióóó, mááá, oiá*. Después, se acuerda de lo que ha dicho Catalina y se acerca a la ventana dejando a las niñas a su espalda con su particular cháchara. Comprueba que está cerrada, lo está. Pasa los dedos por los cierres por si advierte alguna rendija y como no la hay, se queda mirando confusa las mariquitas y las libélulas que adornan las cortinas de Minerva. Juraría que ella también las ha visto moverse… Justo en ese instante nota que se le pone la carne de gallina, casi puede oír el vello de sus brazos encrespándose, y lo puede oír porque las niñas se han callado.

Se da la vuelta y ve que las dos están totalmente quietas mirando el rincón que hay al lado de la puerta. El gato está sentado junto a ellas y también observa la esquina, inmóvil como una estatua de mármol. Marita no dice nada, rodea a las pequeñas para ver sus caras, sonríen. La mujer mira alternativamente al rincón y a las niñas. Está asustada, paralizada, no se atreve a interrumpir el encantamiento. De repente, Minerva cambia el semblante. Su sonrisa se torna tristeza y comienza a hacer pucheros lanzando sus manitas hacia el recoveco. Por fin, Marita sale de su parálisis, coge a una niña en cada brazo y abandona corriendo el dormitorio.

17

Se han ido todos de la fiesta menos Jacobo. El chico está sentado al lado de la cuna de Minerva mientras la niña chupetea la nariz de Bartoleque. Todavía hipa un poquito por el berrinche. Se está quedando dormida, aunque intenta mantener los ojos abiertos para escuchar al muchacho. Su voz, dulce y tranquila, la arrulla y la calma; cada vez la siente más lejos.

Jacobo se sabe el cuento de memoria:

—Bartoleque era un monstruo que tenía el pelo muy largo y espeso. Lo tenía colorado e increíblemente suave.

»Cuando nació era como un pompón, su mamá tenía que ir dándole vueltas para encontrar su boquita y darle la leche de su teta. Y algunas veces su papá, como no podía ver su cara, lo dejaba al revés en el sofá, y el pobre se pasaba un buen rato bocabajo hasta que alguien se daba cuenta y lo ponía derecho. Era muy incómodo ver la tele dado la vuelta. Sin embargo, Bartoleque se acostumbró.

»Los demás monstruos se reían de él, le decían que algún día alguien lo cogería y se lo colgaría de la bufanda, y le llamaban Fregona, ese es un insulto horrible para un monstruo: las fregonas no dan nada de miedo.

»Su mamá y su papá, que lo querían muchísimo, le cortaron el pelo en varias ocasiones, pero a los monstruos les crece el cabello muy rápido y, a los segundos de cortárselo, este empezaba a crecer a ojos vista: en veinte minutos lo volvía a tener largo.

»Lo peor fue cuando su mamá optó por recogérselo con tres lazos, uno encima de los ojos y dos a cada lado de la boca: «Así podrás ver y comer sin molestias», le decía su madre. Sin embargo, ese arreglo solo conseguía que se burlasen más de él, así que en cuanto llegaba al colegio, se quitaba los lazos. Prefería no ver el mundo, y como el pelo que caía sobre sus orejas amortiguaba las voces y los ruidos, vivía casi aislado. Se convenció de que, de ese modo, podía ser feliz.

»Pero un día en el recreo, alguien se sentó a su lado y le habló tan cerca que no pudo evitar escucharlo: «Hola, me encanta tu pelo. Es tan brillante ¡y tan bonito!», dijo ese alguien.

»Bartoleque, sorprendido, se apartó el cabello de los ojos y vio a la monstruo más bonita del mundo. Tenía el cuerpo cubierto por finas plumas grises y unos ojos tan grandes como lagos. «Me llamo Nébula», le dijo la monstruo. «Encantado, yo soy Bartoleque, ¿de veras te gusta mi pelo?», le preguntó asombrado. «Sí, y me muero por peinarlo. Yo, con estas plumas, no me puedo hacer coletas, ni trenzas ni nada… Se me rompen enseguida y además son muy cortas. Con tu melena, en cambio, se podrían hacer maravillas. ¿Me dejarías peinarte?, por favor…», le suplicó Nébula. Bartoleque miró a su alrededor y vio que había muchos monstruos jugando en el patio, se reirían de él si dejaba que Nébula lo peinase, pero era tan hermosa y tan dulce, que no pudo

negarse. Así que la preciosa monstruito comenzó a mesarle los cabellos y, con dedos habilidosos, fue entrelazando los mechones de Bartoleque, llenándole todo el cuerpo de trenzas.

»Los compañeros enseguida se acercaron a ver qué hacía la nueva con Fregona. «¿Cómo puede estar la increíble y encantadora Nébula hablando con Bartoleque?», se preguntaban curiosos. «¡Pero si lo está peinando!», exclamó Brasilisco, y al momento todos empezaron a señalar al monstruo colorado y a reírse de él. «¿Por qué os reís?, si está muy guapo. Déjame tu gorra, Brasilisco, y ponte mis gafas de sol, Bartoleque. ¿Veis? Parece un rapero», dijo Nébula orgullosa. Y todos asintieron.

»Desde aquel día, Bartoleque iba siempre con la cara despejada gracias a las trenzas que le hacía Nébula todas las mañanas. Ella, con su generosidad y su falta de prejuicios, supo hacer que los demás lo admitieran tal y como era. Por fin podía ver el mundo al completo, y el mundo, lo podía ver a él.

Jacobo sonríe y mira a Minerva embelesado.

—Está preciosa cuando duerme, ¿verdad? —le dice Mario desde la puerta—. Vamos que te llevo a tu casa, ya es muy tarde.

18

—Mario, ¿crees que lo estamos haciendo bien con Jacobo?, incluyéndolo tanto en nuestra familia, en nuestro día a día… —le pregunto desde la cama.

Mario se está desnudando, acaba de volver de llevar a Jacobo a su casa y está deseando acostarse.

—Pues, sinceramente, no lo sé. Es complicado…

Ya está tumbado. Le cuesta acabar la frase porque está empezando a dormirse. Bendita narcolepsia la de mi marido.

—¿No te puedes dormir? —farfulla con voz de borracho—. ¿Te has tomado la pastilla?

—Sí, hace rato, pero… estoy dándole vueltas a lo que nos ha contado Marita, estaba realmente asustada.

—Ya no puedes achacarlo a algún tipo de trastorno, sería mucha casualidad que Lucía y el gato también lo tuvieran —balbucea Mario —. Esa fijación por el rincón… y esa señora que viste y que no aparece por ninguna parte, tus continuas pesadillas… Tengo que llamar a la inmobiliaria y averiguar qué ha sido de doña Carmen…

Mario comienza a roncar. Yo, en cambio, no puedo dormir, me da miedo dormir.

Madrid, invierno de 1987

19

Angelines y José Manuel viven en el bajo de una portería. Es un piso pequeño en un barrio humilde, pero para ellos, y lo que está por venir, es suficiente. Son felices.

Ella trabaja en la portería y José Manuel es cajero en una Caja. Se casaron hace tres años, y hace veinte semanas, se enteraron de que iban a ser uno más. Ya habían recibido esa noticia antes y ya se habían hecho ilusiones antes. Su ilusión tenía un nombre, un latido, hasta movimiento. Pero la pequeña amalgama de células, destinada a ser una persona, se perdió. Lejos de separarlos, el dolor los unió todavía más, fortaleció un amor que desde el principio fue sólido e intenso.

Tuvieron un noviazgo corto, no solo por la edad, cuando se casaron él tenía treinta y cuatro años y ella veintiocho, sino porque fue un auténtico flechazo. Después de conocerla una mañana que ella fue a sacar dinero a la Caja, José Manuel no pudo dejar de pensar en sus ojos, en su boca, en su voz. Pasaba los días esperando a que Angelines tuviera que hacer una trasferencia o actualizar su cartilla, lo que fuera con tal de verla. Una tarde no aguantó más y consultó la dirección de Angelines en la base de datos. Cigarro en mano y nervioso como un quinceañero, se acercó a la portería. El plan era sencillo: pasaría unas cuantas veces por delante de la puerta como si fuera por casualidad, en algún momento ella saldría y se encontrarían.

Angelines, desde la garita, lo vio pasar de un lado al otro del portal casi veinte veces. En cada intentona se le notaba más alterado, y cada vez esperaba menos tiempo entre paseo y paseo. Al principio, caminaba sin mirar siquiera al interior del bloque, después, levantaba la vista para confirmar que el número era el correcto y conforme repetía la operación iba perdiendo el disimulo, hasta que finalmente, llegó a apoyar la frente en el cristal haciendo hueco con las manos.

Ella deseaba salir con todo su corazón, pero la vergüenza le ganaba la mano cada vez que lo intentaba. Quería verlo, olerlo, saber de él, pero le faltaba el valor, como le había faltado cada vez que se planteaba escaparse a hacer alguna gestión inútil a la Caja y hablar de nuevo con él. Su madre, que en paz descanse, siempre le decía que las mujeres nunca debían dar el primer paso, ni el segundo, que tenían que hacerse valer. Si ahora la viera, también le diría que se iba a quedar para vestir santos como la tía Virtudes. Se la imaginó señalándola con el dedo torcido por la artrosis diciéndoselo. «Pero ¡en qué quedamos madre!», pensó enfadada. Y espoleada por el recuerdo de la difunta, se levantó, se ahuecó el pelo y salió en busca de José

Manuel.

Ella se encontró con un hombre inteligente, soñador y ambicioso y él con una mujer dulce, cariñosa y sencilla. Ambos estaban solos y encajaron a la perfección, como las piezas de un puzle.

La familia de José Manuel vivía en el norte, él huyó de allí buscando un futuro que no estuviera relacionado con las vacas, un futuro en el que medrar sin tener que llenarse las manos de mierda. En la Caja conseguiría su objetivo, quizás también se llenase las manos de mierda, pero sería otro tipo de mierda.

A Angelines solo le quedaba cerca una hermana de su madre, Virtudes; el resto de la familia estaba diseminada por toda la península y rara vez se veían. Su tía la visita a menudo y le lleva patucos y pololos que hace ella misma. La mujer hace oídos sordos a la petición de Angelines de que no le traiga nada de bebés hasta no estar fuera de peligro. Virtudes no llega a entender el temor de su sobrina y solo piensa en proporcionarle todo lo que puede, dentro de sus exiguas posibilidades. Quiere profundamente a Angelines y la mima en exceso, puede que para suplir el desamor de una madre exigente y distante a la que, encima, tuvo que sustituir demasiado pronto.

Angelines y José Manuel se casaron en la parroquia del barrio el 6 de mayo de 1984. Fue una ceremonia sencilla a la que asistieron un puñado de familiares y amigos. Después, invitaron a la pequeña concurrencia a un vino en el bar del Cuco, justo al lado de la portería; y por fin, pudieron disfrutar plenamente de su amor en el piso bajo en el que vivirían juntos tantas penas, y tan pocas alegrías.

20

A Angelines le gusta sentarse en la mecedora cerca de la ventana, está casi a ras de suelo y solo ve las piernas de la gente. Observa los zapatos de los transeúntes y se inventa historias sobre ellos. Descansa envuelta en una gruesa chaqueta de lana que ha tejido ella misma y se ha echado una manta sobre las piernas. Está siendo un invierno muy frío y muy largo.

Después de un par de hemorragias bastante alarmantes, el ginecólogo le recomendó reposo casi absoluto. El presidente de la comunidad, buen amigo de José Manuel, no puso inconvenientes y buscó rápidamente a alguien que la sustituyera hasta que diera a luz, así que lleva meses mirando por la ventana y haciendo punto.

—Cariño, me voy a trabajar. ¿Tienes frío? ¿Pongo la calefacción? —le pregunta José Manuel.

—No, José, que es mucho gasto. Solo tengo que abrigarme bien y ya está.

Él se agacha y la besa amorosamente en los labios. La adora, le gustaría poder darle mucho más, no tener que estar mirando cada peseta. Ella se lo merece todo.

—Está bien. No te levantes para nada. Enseguida vendrá Luisa para hacerte compañía y ayudarte en lo que sea. Te quiero.

La besa de nuevo y se marcha.

Así todas las tardes, día tras día.

Angelines se queda sola atisbando la calle. Oye un taconeo rápido pero de cadencia amplia. Ve pasar unos vulgares zapatos de tacón negros y se imagina que su dueña es una mujer que frisa la treintena, como ella. Llega tarde al trabajo, quizás sea dependienta en unos grandes almacenes. Es hermosa, alta y delgada, los hombres se giran cuando pasa, sin embargo, ella se considera poca cosa, tonta y sin gracia. «¿Por qué pensará eso?», se pregunta Angelines. Puede que no tenga a nadie que la ame y le recuerde lo preciosa que es, por dentro y por fuera.

El ruido de la cerradura interrumpe sus pensamientos. Es Luisa:

—¡Angelines! ¿Dónde andas?

—¿Dónde voy a andar, Luisa?, en la salita, pegada a la mecedora.

Luisa deja sus llaves en el cenicero que hay en la mesilla de la entrada y atraviesa el salón para llegar hasta la sala de estar. Antes de quitarse el abrigo y la bufanda, espachurra un sonoro beso en la mejilla de Angelines. Viene de la peluquería de hacerse la permanente y está muy contenta porque la han dejado justo como ella quería:

—¡Me han dejado justo como yo quería!, ¿a que sí, Lines? —dice mirándose en el espejo que hay encima del sofá—. Deberías animarte y hacértela tú también, es lo que se lleva ahora. Aunque tú tienes un rizo natural muy bonito, pero claro está que con la permanente se consigue más volumen.

—Me lo pensaré —le contesta Angelines, aunque en realidad no tiene ninguna intención de hacerlo, pero sabe que, si le lleva la contraria a su amiga, esta luchará dialécticamente hasta convencerla.

Luisa se ha quitado el abrigo y la bufanda y sigue mirándose en el espejo mientras se recoloca los pendientes.

—Te he comprado huevos y he traído cocido para ti y José Manuel para que comáis mañana. Lo he hecho con su pancetita y todo, así, que te alimente. Me viene bien cocinar para más gente, para uno solo es muy poco provechoso —argumenta mientras se sienta al lado de Angelines y le agarra la mano. La cara de Luisa es la viva imagen de la felicidad, está resplandeciente—. Adivina…

—No tengo ni idea de lo que te ha podido pasar —contesta Angelines.

—¡Voy a ser tía! ¡La Gallega está embarazada!

—No la llames así, ¡que parece que estás hablando de una vaca!

—grita Angelines mientras ríe y abraza a su amiga—. Qué alegría más grande, ¡enhorabuena!

El aire se llena de besos, pequeños y rápidos como chispitas.

—Si es niño, se llamará Samuel, por mi hermano, y si es niña: Luisa, aunque a mí mi nombre no me gusta un pelo. Me gusta más Neus o Dafne… ¿Y tú?, ¿ya habéis pensado un nombre? —Según lo está diciendo siente una punzada de alarma—. Lo siento, se me olvida que no queréis ponerle nombre hasta que nazca.

—No te preocupes, Luisi, cariño mío.

Luisa resopla, su propia dicha ha hecho que, inconscientemente, descuide el mimo con el que trata a su amiga día tras día. Sabe que sufre, que está preocupada todo el tiempo e intenta infundirle optimismo, esperanza:

—Todo va a salir bien, Lines, es el único pensamiento que debes tener.

—Te lo agradezco, amiga. No sabes el apoyo que eres para mí. Tengo el miedo metido en el cuerpo. No soportaría volver a pasar por lo mismo si la cosa no sale bien. Incluso si sale bien, no creo que sea capaz de repetirlo… —Angelines se detiene a tomar aliento, regresar al pasado la agota y la pone triste, y no quiere llorar más. Ya lloró suficiente, hasta el punto de creer que iba a reventar de dolor. Ahora tiene que ser feliz; siente que, si no lo es, podría malograr al bebé, transmitirle de alguna manera su angustia—. A veces me siento egoísta y caprichosa por querer traer un hijo al mundo cuando es posible que no esté preparada para ello y que solo sea una máquina de perder criaturas.

—¿Egoísta tú? No digas bobadas, Lines. Eres una de las personas más bondadosas que conozco, y tienes el deber de tener hijos, o al menos de intentarlo con todas tus fuerzas, para transmitirles esa bondad y hacer de este mundo un lugar mejor. La humanidad necesita buenas personas, gente trabajadora y generosa que consiga que no se vaya todo al infierno, y ese será tu legado, vuestro legado, crear un ser que ayude en esa misión. Yo, por mi parte, apoyaré en todo lo posible al proyecto porque veo que, al paso que voy, se me va a pasar el arroz —solloza Luisa teatralmente—. No pienso quedarme en el banquillo, lucharé contigo hasta el final.

—Te quiero, Luisa, y ¿sabes?, a mí me gusta mucho tu nombre.

Cambio de aires

21

Como todas las mañanas de un tiempo a esta parte, al llegar a la oficina me encuentro mi mesa como un erial; solo está el ordenador y una carpetita con una nota: «Para firmar». Pilar ha trasladado la ciudad de mi escritorio al portátil. Invariablemente, el conjunto se completa con un café y algo de bollería integral.

Muy de vez en cuando, minimizo las ventanas que tengo abiertas para ver el fondo de pantalla. Tengo puesta una foto de mi bautizo, la única que conservo de mi madre. La rescaté de mi casa antes de marcharme. La encontré de milagro entre las páginas de un libro y la cubrí de celo para protegerla y llevarla siempre conmigo. Con el tiempo la plastifiqué y después la escaneé. También la imprimí y la coloqué en todos los lugares preeminentes de la casa.

Cuando mi madre murió en el accidente, yo solo tenía cinco años y prácticamente no me acuerdo de su cara. Me aferro a la imagen de esa foto cuando quiero sentirla cerca, rememorar su olor, su dulzura.

En ella aparecemos mi padre, mi madre, mi tía abuela Virtudes, Luisa y yo. Mi madre y Luisa llevan unos trajes de chaqueta con las hombreras muy pronunciadas, ambas con el pelo cardado, altas y delgadas, parecen hermanas. Virtudes me sostiene en brazos, fue mi madrina. Lleva un sencillo traje azul marino, su color favorito, y el cabello, ya entreverado de canas, recogido en un moño. También era muy alta para la época, toda mi familia lo era. Según me contaba mi tía abuela, mi abuela le sacaba dos cabezas a mi abuelo; también me contaba que le sacaba mucho más trecho en mal genio. Mi padre, por su parte, lleva uno de los dos trajes que tenía para ir a trabajar. Es algo que siempre cuenta a modo de anécdota para poner de relieve lo mucho que ha progresado y que lo ha hecho desde bien abajo. Cuando miro la foto, intento apartar de mi mente ese pensamiento, solo quiero quedarme con la imagen de mi madre mirándome feliz mientras mi tía me acuna, y de mi padre sujetándola amoroso por la cintura, sonriendo orgulloso de su pequeña familia.

Debo centrarme en el trabajo de nuevo, quiero terminar lo antes posible porque mañana nos vamos a Cádiz. La Bella Elena, mi compañera de piso de estudiante en la universidad, nos deja su chalé en la playa mientras ella está en Texas. Nos iremos los tres con Marita y Lola, que tiene unos días de vacaciones y ha decidido que pasarlos con nosotros le vendrá bien para desintoxicarse de su última ruptura amorosa. Nos esperan largas tardes de charla en la piscina, contándonos nuestras inquietudes en lugar de sestear.

De manera inconsciente, mientras reviso los correos y la

documentación, comienzo a rascarme la cabeza como suelo hacer cuando estoy concentrada.

Alguien asoma por la puerta:

—¿Tienes treinta segundos?

Los mundialmente conocidos «treinta segundos» de Simón que, por arte de magia, se convertirán en una hora.

—Claro, pasa.

Se sienta relamiéndose, lleva una conversación en mente que sabe que va a acabar en un «te lo dije».

—¿Qué ha pasado con el presupuesto de LBW? —me pregunta intentando no dejar traslucir que ya sabe la respuesta.

—Pues que me lo han denegado, solo me han aprobado la compra de cuatro minucias. —Silencio, venga vale, Simón, tú ganas—. Tenías razón… me han dicho que van a derivar las partidas a otros proyectos, y no lo entiendo, precisamente ahora que algunos de los míos están empezando a dar resultados factibles. Me cabreé como una mona y les amenacé con marcharme. Hablé con Ricardo Ronconi y le dije que, si ellos no se preocupaban de «mimar» sus programas, yo no iba a ser menos, que los abandonaría y que cogería a mis equipos y me iría en busca de empresas que se comprometiesen en serio con la investigación: borrón y cuenta nueva. Ronconi me contó que en otras divisiones van más rápidos y que tienen algo muy jugoso a punto de caramelo. Me dijo también que no me preocupase, que en el comité no se perdían de vista nuestros progresos y que, más pronto que tarde, tendríamos lo que necesitamos. Sé que solo quería que lo dejase en paz y quitarme de la cabeza la idea de renunciar, pero no tengo fuerzas para luchar contra molinos de viento.

—No van a mandar el dinero a proyectos más productivos o rentables, sino a proyectos cuyos responsables sean menos… «incorruptibles». Presupuesto revisado, aprobado y firmado, pero ¡vaya!, no aparece el material… No pasa absolutamente nada, boquitas calladas y alguna promoción o algún plus extraordinario. —Simón, al terminar, da una palmada para dar más énfasis a lo que está diciendo—. Seguramente usen al lameculos de Navarro. No puedo con ese tío, haría cualquier cosa por ascender, es un pedante engreído y desconsiderado, a sus técnicos los tiene hartos.

»Ayer se despidió otro, Josh Coleman, se fue llamando a Navarro negrero de mierda a voz en grito desde el vestíbulo. Fue muy divertido. Lo que yo no sé es cómo cubrirán toda esta historia con las auditoras y demás, si usan facturas falsas o qué. Lo deben de tener todo muy bien atado porque hablamos de mucha pasta… Ya me enteraré. Es una vergüenza que vendan al mundo transparencia y honestidad y que con la salud no se mercadea y que después anden con estos trapicheos.

—Simón, no revuelvas y déjalo estar, que te estás metiendo en camisa de once varas —le contesto.

—¿Y qué puede pasar?, ¿que me despidan?

—Pues depende de lo que encuentres y de lo que crean ellos que piensas hacer con ello. Yo lo siento, Simón, pero ahora mismo no tengo la cabeza para apoyarte en esto. Todas las empresas tienen sus demonios, y nuestro ámbito los tiene muy grandes y numerosos. Me voy a permitir cerrar los ojos, al menos, hasta que me encuentre fuerte de nuevo, además, tampoco quiero poner en peligro lo que llevamos trabajado. Son proyectos importantes: con que uno solo de ellos llegase a puerto, arreglaríamos la vida de miles de personas.

—Arreglaríamos sus vidas y destrozaríamos sus bolsillos… —susurra Simón—. Está bien, no te quiero agobiar ahora con el tema. De hecho, es mejor que no te cuente nada sobre ello y que te quedes al margen.

—No, eso sí que no, si vas a ir en serio con esto, prefiero que me lo cuentes. Pero dame un poco de tiempo, que me recupere en estos días. Necesito descansar y despejarme.

—¡Espera! ¡Si tú te vas mañana de vacaciones! Perdóname, y yo aquí contándote mis películas. ¿Cómo llevas lo de las pesadillas?

—Con las pastillas bien, duermo sin sueños. Lo que me tiene desorientada y preocupada es lo que pasa en la habitación de Minerva. No lo entiendo y no le encuentro explicación.

—Quizás deberías mirar más allá.

—¿Qué? —pregunto asombrada—. ¿En serio me estás diciendo eso, Simón?

—¿Por qué no? Precisamente, como científicos, deberíamos tener una mente más abierta. A lo mejor hay otros universos que aún no podemos medir; puede que dentro de mil años tengamos la tecnología para hacerlo y se demuestre positivamente que realmente hay otras dimensiones. De hecho, ya hay muchos estudios encauzados a la búsqueda de universos paralelos, mira sino el Punto Frío. Las desviaciones de temperatura y gravedad en esa zona del espacio indican que hay otros universos que, de alguna manera, interactúan con el nuestro y producen esas anomalías.

—Espera, espera, eso sí está medido, y estás hablando de multiuniversos, de astrofísica, no de apariciones y fantasmitas —respondo.

—Qué manía con lo medible y lo tangible, ¿acaso tú has «medido» la Tierra para saber que es redonda? ¡Y deja de rascarte la cabeza, que me pones muy nervioso!

—Perdona, lo hago sin querer —me disculpo.

—Es como si estuvieras comida por los piojos, me da hasta repeluco.

—Simón, que no es para tanto, ya me estoy quieta… Sigamos, medir la Tierra, ¿no? Ese es un ejemplo muy infantil: claro que no la he medido, pero está hiperdemostrado que es redonda.

—Está hiperdemostrado ahora, pero a ver si Aristóteles o Copérnico lo tenían tan fácil —aduce Simón—. Volvamos al Punto Frío, tú tienes razón: está medido, conocemos su posición, sus dimensiones, temperatura, etcétera, no obstante, las leyes de la física actual no lo pueden explicar. Ahí lo tienes: medido, pero no explicado. Además, ¿quién entiende la física cuántica? ¡Nadie! Con todo, jamás pondremos en duda, hasta más allá de lo que hayan hecho otros expertos, lo que diga, por ejemplo, Higgs. La física cuántica es para ti y para mí, lo que para muchísimas personas es la electricidad: no entienden cómo funciona (solo saben que enciende bombillas y electrocuta) y no la pueden ver, sin embargo, «creen» en ella.

—Otro ejemplo infantil, el hecho de que te electrocute me parece suficiente argumento como para aceptar la existencia de la electricidad.

—Pues a lo mejor es lo que te está pasando a ti: algo te está *electrocutando* y, aun así, no lo quieres ver.

22

Paso mi mano por la pared, subo y bajo los dedos por la junta. Observo el rincón con el ceño fruncido. Acerco mi cara y pongo la mejilla en la superficie, aún huele a pintura. Apoyo el oído, nada, ni una vibración. Me sonrío porque, por un momento, me he imaginado que dos manos blancas y húmedas emergen del tabique y aferran mi cara aplastándola contra la pared; qué tonta. Miro hacia la ventana, quizás el sol se refleje de alguna manera caprichosa, o los árboles proyecten sombras hipnóticas… No puede ser, siempre ha pasado por las tardes y a esas horas el sol da al otro lado de la casa.

Ayer puse a Minerva durante media hora frente al rincón y nada, no pasó absolutamente nada. A Simón se le ha ocurrido que, a la vuelta de las vacaciones, llevemos a cabo algunas pruebas, que saquemos material de los laboratorios y hagamos todas las mediciones que se nos ocurran.

Marita no quiere ni acercarse. Me temo que, como le vuelva a pasar, se va a despedir y nos quedamos sin niñera, sin una buena niñera. El día del cumpleaños de la niña, bajó de la habitación descompuesta y pálida como una sábana, y ahora evita por todos los medios quedarse a solas con Minerva en su cuarto.

Mario, por su parte, también sortea la situación y prefiere jugar con la pequeña en el jardín o en la cocina, en cualquier lugar que no sea su dormitorio.

Mientras ausculto la pared, Mario aparece buscándome:

—Cariño, ya estamos listos. El coche está cargado y Lola y Marita nos están esperando. ¿Qué haces con la cara ahí pegada?, me da un mal rollo que no te puedes ni imaginar.

—Nada… viendo a ver si sentía algo. —Me quedo pensando durante un segundo—. Mario, ¿qué te parece si cuando volvamos de Cádiz ponemos el cuarto de invitados aquí y trasladamos el de Minerva al de invitados?

—Di que sí, si se tiene que aparecer algún fantasma, que se les aparezca a los invitados.

23

Por fin estamos en el chalé. Es muy amplio y está decorado con mucho gusto, muebles de madera clara, cortinas y sofás de linos y tejidos naturales, solo desentonan un par de cornamentas y algunos sombreros de *cowboy* que cuelgan de las paredes.

Es una casa de dos plantas con buhardilla. En la planta baja está el salón-comedor con una cocina americana que podría pertenecer a un restaurante con cinco estrellas Michelin y una chimenea más grande que muchos pisos de Madrid. En la entrada hay un aseo con plato de ducha y otro fuera, en el patio. El jardín tiene una piscina con la bandera de Texas en el fondo y un *jacuzzi*. Además, cuenta con una amplia zona de césped rebosante de palmeras y buganvillas. También te puedes relajar escuchando el agua caer en la fuente estilo zen que hay colocada al lado de la pérgola, donde están la mesa y las sillas del comedor de verano. En la primera planta se ubican las cinco habitaciones, todas con baño en *suite*, y en la buhardilla, la Bella Elena y su marido han instalado la zona de ocio: un bar, un billar, un juego de dardos y un gigantesco tresillo arropando a la Play y a la Wii. En la buhardilla las cornamentas son más numerosas y más grandes que en el resto de la casa. Elena debe de querer mucho a Michael para permitirle esa profusión de cuernos por todo el chalé.

Lola y Marita están subiendo el equipaje a las habitaciones mientras Mario y yo llevamos a la cocina la comida que hemos traído.

Minerva descubre con Gatogordo el salón, tienen por delante un mundo nuevo lleno de cosas que romper. Los dos están sentados en la alfombra que hay frente a la chimenea, es casi blanca y de pelo largo, muy «apropiada» para críos. Minerva la toquetea y busca bichitos entre los pelos, a su vez, el gato se restriega contra la pequeña cerciorándose de que la impregna bien de su olor, al fin y al cabo, Minerva es suya. De vez en cuando, el animal se pone panza arriba y la niña le pasa su manita regordeta por la barriga o intenta agarrarle

la cola para llevársela a la boca. Gatogordo le lame una rodilla a modo de agradecimiento por el masaje y el lavado de apéndice.

—¡Toma ya!, y eso después de haberse pasado la lengua por el culo —salta Lola al ver los juegos que se traen los dos. Acaba de bajar de la primera planta y se ha sentado en el sofá para observar a Minerva y a Gatogordo.

—¡No seas tan asquerosa, Lola! —la regaño desde la cocina—. Odio cuando el gato hace eso.

—¿Asquerosa yo?, ¡es el bicho el que se chupa el culo y luego lame a vuestra hija! —aduce con una mueca de repugnancia fingida; en realidad le encantan los animales y sabe que, a mí, particularmente, los gatos, no—. Mujer, estoy de broma, así es como demuestran la familiaridad los felinos, y precisamente los gatos son relimpios. Con un poco de suerte, la niña coge la toxoplasmosis y puede comer jamón cuando se quede embarazada. Por cierto, ¿cómo se llama el león?

—Micifuz. Eso ponía en su chip, pero ninguno le llamamos así.

—¿Y cómo le llamáis?

—Gato, somos muy originales.

—Gato… —repite Lola como si fuera un ensalmo—, mira que está gordo el tío.

—Ya estaba así de gordo cuando llegamos a casa, no sé cuánto tiempo llevaría viviendo allí solo, ni si lo abandonaron a propósito o se olvidaron de él por un despiste. Mario fue al veterinario para ver si podía averiguar de quién era y resultó que su dueña era doña Carmen, la antigua propietaria de nuestra casa. Después le tocó luchar con los de la inmobiliaria, que no quieren saber nada de gatos ni de historias. Se han llevado el dinero y ahora pasan de nosotros, y encima, dicen que no nos pueden dar información sobre dónde vive doña Carmen por la Ley de Protección de Datos —me quejo mientras me siento en el sofá a su lado—, así que, hasta que no se nos ocurra otra manera de encontrar a la señora, lo tenemos en régimen de acogida. Mario se ha emperrado en traerlo y la verdad es que es una niñera excelente.

—¿Habéis probado con Internet?

—Sí, hemos estado navegando, pero solo encontramos referencias a la familia; se ve que eran de alta alcurnia y algún miembro de la prole se ha dedicado a publicar la historia de los Aguirre de Anchorena, pero no consta ningún teléfono ni dirección o correo al que poder dirigirnos.

Dicho esto, me marcho a terminar de colocar la comida y a curiosear entre los estantes para ver dónde tiene Elena los enseres de cocina, situarme y preparar el almuerzo. Lola se queda vigilando a la extraña pareja.

A la hora de la cena todos estamos cansados pero felices. En el jardín hace una temperatura muy agradable, se oye el mar a lo lejos, y lo más relajante: se puede oler.

Marita ha subido a acostar a Minerva que ha comido como una campeona. Se ha echado casi cinco horas de siesta en el viaje y no tenía ni pizca de sueño; es la primera vez, en su corta vida, que se acuesta pasadas las doce.

Lola se fuma un cigarro, la sangría se le ha subido un poco a la cabeza y sonríe como una boba.

—Lola, dame un cigarrito para la sobremesa, que te acompaño —dice Mario.

—Venga, cariño, ¿qué necesidad tienes? —le regaño.

—No seas aguafiestas, déjale que se fume uno, la ocasión lo merece —responde Lola mientras le pasa la cajetilla a Mario—. ¡Esto es vida! Y mañana a hincharnos de mojitos en el chiringuito y a olvidarnos de todo: de los fantasmas, de las pesadillas ¡y de los hombres!

—¿Qué te ha pasado esta vez?, ¿qué es lo que te hemos hecho? —pregunta mi marido haciéndose portavoz del sexo masculino.

Lola expulsa el humo por la nariz con un profundo suspiro y bebe un trago del chupito de pacharán:

—Vale, tú lo has querido, ¡pero!, y digo «pero», no quiero oír ningún «es que siempre te pasa lo mismo», «es que te metes con cada trápala que para qué…». Solo tenéis que consolarme, darme la razón y aguantar mi borrachera.

»Os cuento: el otro día me tocaba guardia de noche en el hospital. Todo muy tranquilo, poco trabajo y pocos compañeros con los que discutir. El caso es que estoy en el cuarto de enfermeras tomándome un cafetito y recibo un WhatsApp con la carita a la que le sale de la cabeza una erupción como la de un volcán. Era de mi adorado amante por entonces, y odiado por ahora, Alain. Cuando nos enviábamos ese emoticono significaba que nos veíamos en el cuarto de material para darnos un revolcón. Generalmente intentaba coincidir con él en las guardias para poder darnos el gusto de tener escarceos en lugares inapropiados, ya sabéis cómo soy, me gusta darle emoción a la vida. Lo del ascensor lo teníamos muy visto y no digamos lo de los baños públicos o los garajes. El cuarto de material también estaba ya muy manido, Alain, la verdad, tenía muy poca imaginación y, para ser médico, muy poca sesera (como quedará demostrado más adelante). Pero era tan guapo y tan joven…

—Mujer, tal y como hablas de él, parece que el muchacho esté muerto —comenta Mario.

—Para mí lo está —dice Lola poniendo los ojos en blanco—. Espera y verás: me aseo un poquito y me voy para el cuarto de material calentando motores. Cuando llego, abro la puerta y me encuentro a Alain con Lorenzo, el Quasimodo, el «segurata» más feo y más antipático de todo el hospital, «mirando *pa* Cuenca», los dos con los pantalones a la altura de los tobillos y Lorenzo soportando una lluvia de rollos de papel higiénico sobre la cabeza, cada vez que Alain le daba un empellón. «¿Lorenzo?» grito yo, «¡Lola!» grita Alain, «¿Alain?» lloriquea Lorenzo. «Esto no es lo que parece», me suelta Alain. «Pero ¿tú qué te crees, que estás en una película?», le respondo. Y acto seguido, sin pensarlo, les hago una foto, salgo del cuarto y echo la llave.

—¿Los dejaste encerrados? —le pregunto muerta de risa.

—Sí, durante tres horas. Por suerte, no llamaron a Alain para ninguna urgencia, porque hubiera tenido que dejarlo salir. Me hubiera gustado verlos por un agujerito, lo mismo aprovecharon y se dieron otro homenaje —conjetura Lola—. El muy inútil se confundió y me mandó el WhatsApp a mí en lugar de a «Lore», se encontraron por casualidad en la puerta del almacén y sin mediar palabra, obnubilados por el deseo, se fueron para dentro a la tarea. Lo que no sé es que voy a hacer con la foto. ¿Queréis verla?

—¡Ni de coña! —exclama Mario.

—Bueno, al fin y al cabo, no es tan terrible la cosa; piensa que al menos te ponía los cuernos con un hombre, con eso no podías competir —le digo mientras me estiro como un gato—. No seas malvada y borra la foto, no sea que hagas algo de lo que te puedas arrepentir. El pobre Lorenzo no tiene culpa de nada…

—Solo quiero guardarla durante un tiempo para torturar a Alain. Qué engañada me tenía el muy cabrón. ¡No pienso liarme con ningún tío más!

Mario abre la boca para replicar a Lola sobre su frase estrella, pero al momento, recuerda las condiciones que ha puesto esta para contar el final de su aventura amorosa y decide callárselo. En lugar de eso, rellena su chupito y el de la despechada para brindar juntos por el desengaño.

Terminaron los dos bastante borrachos. Mario estuvo tirando de la lengua a Lola para que nos contase más bellas anécdotas hasta bien entrada la madrugada. No reímos mucho los tres, hacía bastante tiempo que no conseguía relajarme así. Llegué incluso a plantearme no tomar la pastilla para dormir esa noche, pero Lola, entre los efluvios del alcohol, me aconsejó que no las dejara de repente. Menos mal que no lo hice.

Han pasado los días y cada uno nos hemos ido olvidando de nuestros demonios. Por las mañanas vamos a la playa y, después de merendar, bajamos de nuevo para contemplar el impresionante ocaso sobre las interminables playas de Sancti Petri.

Adoro el mar. Solo verlo me relaja, me tranquiliza. Sumergirme en él hace que me sienta libre. Antes de tener a mi hija, solía hacer escapadas por toda la costa española para hacer submarinismo, cuanto más profundo mejor, más disfrutaba. Esta vez me he conformado con el *snorkel* y con el buceo a pulmón. Minerva no ha podido acompañarme, pero estoy segura de que será una gran buceadora; ya hace sus pinitos sumergiéndose como un precioso y regordete pececillo.

También hemos descubierto que le encantan los caballos, así que nos hemos apuntado las dos en un centro hípico y salimos algunas tardes a cabalgar por la playa. La llevo en mi regazo a lomos de Don Giovanni, un poderoso tordo noble y obediente con el que nos hemos encariñado profundamente. Las dos disfrutamos de la incomparable sensación de trotar por la arena sobre un animal tan poderoso y tan dócil a la vez. Mario y Lola nos ven pasar desde el *chill out* tomándose un mojito; Mario con el alma en vilo rezongando porque no se fía mucho de los caballos, y Lola tranquilizándolo, invocando mis facultades como amazona.

Marita aprovecha esos ratos para reposar, pasear por el pueblo o ir a misa. Antes era más comunicativa y le gustaba hacer vida en común con nosotros, siempre hemos intentado que se sienta como una más de la familia, pero últimamente está más distante. Me imagino que se siente incómoda con los pequeños *poltergeists* que hemos tenido en casa. Se niega a hablar de ello, posee una férrea fe en Dios y sabe que yo nunca la he tenido; teme discutir conmigo porque ella sí ve algo espiritual, algo religioso en lo que ocurre. Estoy convencida de que, si por Marita fuera, llamaríamos a un sacerdote para que bendijese el rincón y, de paso, mi cerebro. No quiero perderla, y no quiero vivir en una casa que asusta a unos y descoloca a otros. Intento no preocuparme por ello mientras estamos de vacaciones, hago como Escarlata O'Hara: «Ya lo pensaré mañana», a la vuelta.

Esta noche, ante la insistencia de Lola, vamos a salir de copas: otra muestra del relajo al que estamos llegando. Marita se quedará con Minerva, y Mario, Lola y yo saldremos en busca del *gin-tonic* perfecto.

A Lola le encanta el *gin-tonic*. Cuando éramos jóvenes era capaz de tumbar a cualquiera de los chicos del grupo a base de copas, a todos menos a Oso, claro está.

Ambas nos conocemos desde el instituto, todavía me acuerdo de cuando nos escapábamos de clase para fumar y beber cerveza, y del día en que Lola llegó borracha a Historia tropezándose con todas las

sillas que se encontraba en su camino. La profesora, la Pescaíto, no la vio o no la quiso ver, porque no dijo absolutamente nada. La llamábamos así porque tenía la boca muy pequeña, y siempre, fuera cual fuera la vocal que pronunciara, con forma de «o»; parecía un salmonete fuera del agua.

Las dos éramos parte de los «intocables», de los líderes de la manada. Yo, porque era buena deportista, y a pesar de sacar excelentes notas, no tenía que estudiar prácticamente nada para conseguirlo. Además, tenía, y tengo, bastante carácter y no consentía que nadie me tosiera, ese rasgo se valora mucho en las manadas. Lola, por su parte, se desarrolló pronto y se convirtió en una adolescente francamente atractiva, y también se relacionaba «de maravilla» con los chicos, digámoslo así. Conformábamos un grupo bastante grande, pero a excepción de Lola, y creo que puedo decir que de mí, la mayoría eran bastante idiotas. Niños engreídos que se creían los dioses del universo y consideraban a los demás sus siervos o sus sacos de boxeo. Chicas, que por estar delgadas y tener los ojos azules, se autodesignaban el ideal de belleza a seguir y también se endiosaban y maltrataban a las rellenitas con vulgares ojos marrones. Por eso, siempre que podíamos, nos íbamos las dos solas. Yo no quería estar en mi casa y nos apalancábamos en la de Lola, que aguantaba mis peroratas sobre lo incomprendida y «maltratada» que me sentía viviendo con mi padre y con Gloria, y sobre mis sueños de independizarme cuanto antes. Fantaseábamos con la idea de irnos a vivir juntas cuando acabásemos el instituto, trabajar de camareras y alquilar un piso para las dos. Trabajaríamos de noche y estudiaríamos de día, y aún nos quedaría tiempo para celebrar fiestas. Teníamos unos planes muy originales.

Al final, el sentido común y la realidad nos hicieron modificar ligeramente nuestras expectativas. Al acabar el bachillerato, Lola empezó Enfermería y yo Química. Durante los primeros meses del curso conseguí un trabajo y me largué de mi «dulce hogar» como alma que lleva el diablo. Viví durante toda la carrera en un piso compartido con la Bella Elena y un par de compañeras más que iban y venían. Lola continuó en casa de sus padres, no tenía ganas de trabajar y ellos le pagaban todo lo que necesitaba, incluidos los cubatas.

Nuestra búsqueda del *gin-tonic* perfecto ha acabado muy pronto, hay pocos bares abiertos por la zona y enseguida hemos elegido uno: un *pub* de estilo irlandés concurrido y con buena música. En todas las ciudades o pueblos de España, con una población mayor de tres mil habitantes, hay un bar estilo irlandés.

Mario se ha acercado a la barra para pedirle la segunda copa a Lola y una cerveza para mí. Tiene a bastante gente por delante y se

entretiene mirando los WhatsApp mientras llega su turno. Lola y yo esperamos sentadas en unos sofás de terciopelo verde, conversando a la vez que comemos galletitas saladas de un cuenco, ignorantes de la vida que hayan podido tener antes de caer en nuestras manos.

—Entonces, ¿voy a la boda de tu padre o no?

—Ay, Lola, haz lo que quieras.

—No, yo hago lo que tú me digas, aunque quizás debería ir solo por ver tu cara cuando lo acompañes al altar —sonríe maliciosa— y por ver a la dulce novia, sonrojada y nerviosa por la inminente pérdida de su virginidad.

No puedo evitar reír ante la imagen.

—Tiene tela que después de veinticinco años se hayan decidido a casarse ahora —sigue Lola.

—Seguramente lo haya decidido ella —puntualizo.

—Habrá visto que tu padre ya ronda los setenta y quiere asegurarse un pedazo de la tarta antes de que la palme (con perdón). Son muchos años instigándolo para que acrecentara su ambición y su patrimonio como para que a última hora se quede sin nada. Ese rollo de los veinticinco años juntos y de celebrar unas bodas de plata me suena a milonga.

—Por mí, como si se queda con todo el pastel. —Me paro a pensar un segundo—. Me fastidia decirlo, pero algo de amor debe de haber, nadie invierte tanto tiempo y esfuerzo por un par de pisos en Madrid, una casa payesa y unos cuantos millones. Muy a mi pesar, debo decir que Gloria siempre lo ha apoyado en todo y lo adora y lo venera como a un dios.

—¡Guauuu...!, eso no es lo que decías cuando venías a mi casa cual heroína de una tragedia griega quejándote de lo mal que te trataba Gloria: «¡Oh, Dios mío!, ¡Gloria me ha comprado un móvil!, ¡oh, Dios mío!, ¡Gloria me ha comprado unas zapatillas de marca carísimas! ¡Cuánto me hace sufrir!, es una arpía que me agobia y que tiene embrujado a mi padre».

Lola rompe en una carcajada y recibe un puñetazo en el brazo de mi parte.

—Vamos, Lola, no era así… no era tan quejica… —protesto.

—Que Gloria no es una santa, eso está claro, que te hacía la vida difícil con tantas atenciones exageradas y absorbiendo por completo a tu padre, también es cierto, pero que os ayudó a los dos después de la muerte de tu madre, también lo es, y tú tampoco eras un angelito que digamos… Lo que es sospechoso es que os mudarais los tres tan pronto al piso de Chamberí. Fue a los pocos meses de tener el accidente Angelines, ¿no?

—Sí, a los seis meses más o menos, y sí: he pensado muchas veces que mantenían una aventura estando mi madre viva. En unos meses

no te enamoras y te vas a vivir con una persona, así, de repente. Él siempre lo achaca a que estaba destrozado cuando mi madre murió y que encontró en Gloria el consuelo que necesitaba, que estaba muy débil sentimentalmente y se dejó arropar por el amor que ella sentía por él; sin reservas, sin planteamientos de si era pronto o tarde, simplemente se dejó querer. Ella recogió lo que quedaba de mi padre, lo recompuso y le «ordenó» la vida sin que él tuviera que preocuparse por nada.

»No tengo muchos recuerdos de esos días, ya ves, soy capaz de memorizar ristras de fórmulas, pero no de reconstruir imágenes de mi infancia, sin embargo, una de las pocas cosas que sí han permanecido en mi mente de manera indeleble, es ver a mi padre sentado en la mecedora de mi madre llorando con una desesperación y una amargura que me paralizaron el corazón. Recuerdo que tenía los codos apoyados en las rodillas y que se cubría la cara con las manos, sus hombros temblaban con cada gemido contenido. Recuerdo que levantó la cabeza y me vio observándolo desde la puerta de la salita, tenía los ojos rojos de tanto llanto y la mirada de un hombre deshecho, derrotado, sin nada por lo que vivir. Sin embargo, me sonrió, y lo hizo con dulzura, irradiando una calidez que me hizo sentir que me amaba, que me quería intensamente. Nunca he visto a mi padre llorar otra vez.

»También recuerdo, acto seguido, la mano de Luisa posándose sobre mi hombro, sus labios apretándose contra mi rostro mientras me dice: «Vamos, cariño, deja a papá que está un poquito triste. Vete a la cocina con la tía Virtudes que te está esperando para comer». Puedo ver el pañuelo blanco y arrugado que llevaba Luisa en la mano y sus párpados exageradamente inflamados.

»Es curioso cómo funciona el cerebro, me acuerdo de eso pero no del funeral de mi madre, o de haberla llorado. No recuerdo haber llorado a mi madre y eso me entristece.

Lola me mira alucinada:

—¡Joder! ¿Qué ha sido eso?, me ha faltado tumbarte en el sofá, ponerme una bata blanca y coger notas ¿Desde cuándo hablas de tus sentimientos?, ¿desde cuándo los atraviesas en lugar de vadearlos o saltar por encima de ellos?

—No sé —contesto—, quizás la maternidad me ha vuelto más blandita, o la boda de mi padre está removiendo emociones que ya estaban sedimentadas y apartadas en algún rincón de mi cabeza.

—Voy a tener que sacarte de copas más a menudo.

—Bueno, tampoco nos pasemos, se acabó la sesión.

—¡Anda, mira! —exclama Lola señalando hacia la barra—. A Mario se le ha acercado una chica, voy a espantarla.

—No, Lola, déjalo a ver qué es lo que hace.

La chica en cuestión es una rubia bastante guapa con un moreno exagerado y artificial. Lleva ropa cara y se contonea de una manera un tanto afectada.

Lola me enseña la pantalla de su móvil para que vea el WhatsApp que le va a mandar a Mario: «Tiene buenas tetas la amiga. ¡Ánimo, machote!» y le da al triangulito de enviar.

Mario mira su móvil disimuladamente y se sonríe. Al segundo recibe otro mensaje de Lola: «Aunque tiene el culo un poco caído». Mario ríe de nuevo.

Lola y yo comenzamos la sesión de doblaje de *Mujer naranja ¿soltera? busca*. Empieza ella poniendo una voz ligeramente gangosa y con un deje pijo para la chica:

—Pues como te iba diciendo, chato, me llamo Piluca y soy superpija, o sea, mírame, no se pueden llevar más marcas encima. Por ciento, me encantan tus ojos, tienen un color caramelo precioso, te los sacaría ahora mismo y los chuperretearía como si fueran caracoles, o sea.

La chica ha acercado su cara a la de Mario pasándose la lengua por los labios, y justo después, Mario se restriega la parte superior de la mejilla.

Ahora soy yo quien imita la voz de mi marido:

—Muy halagado, reina, pero no pienso dejar que me chupes los ojos, te pongas como te pongas. No quiero juzgar tus costumbres sexuales, pero a mí que me chupen los ojos es algo que me da mucho asco y no me pone nada. —Mario se encoge de hombros y balancea la mano plana delante de la muchacha como indicando una cantidad aproximada—. Me llaman más la atención otras partes del cuerpo, soy más de culos… Por cierto, el tuyo está algo caído…

—Vaya, es que no me ha dado tiempo de operármelo, o sea —continúa Lola-Piluca—, pero las tetas sí, ¿a que me han quedado fantásticas? Tú quizás deberías operarte la nariz, tengo aquí el número de un cirujano plástico que, gracias a Dios, no cobra por metro cuadrado, ja, ja. Toma su número.

La chica le pasa a Mario una tarjeta.

—¡No me lo puedo creer! —grita Lola alborotada como una adolescente—. ¡Le ha dado su número de teléfono!

—Mi Mario es un campeón —respondo exagerando una pose de orgullo.

La chica se marcha y mi marido hace un discreto baile de celebración y una reverencia al público. Coge las bebidas y se acerca a nuestra mesa con cara de pillo:

—Qué, ¿os lo habéis pasado bien?

—Sí, no ha estado mal. Es sorprendente que hayas ligado antes que yo. Pero cuenta, ¿qué te ha dicho? —le pide Lola.

—Pues me ha preguntado si conocía más bares por aquí, que está sola con unas amigas y no saben a dónde ir. Y de repente, coge y me dice que tengo una pestaña en la mejilla.

—¡Qué truco más cutre para iniciar el contacto físico! —estalla Lola.

—Tranquila, me la he quitado yo solito. El caso es que le he dicho que nosotros tampoco somos de aquí, que llevamos en Sancti Petri más o menos siete días y que hoy era la primera y última vez que salimos de copas porque nos vamos pasado mañana. Primero ha puesto cara de frustración, supongo que por mi utilización del plural y por mi información sobre lo poco que vamos a alternar, pero después se ha animado, así sin más, y entre risitas, me ha dado una tarjeta del apartotel donde se alojan, diciéndome que, si encuentro algún *pub cool*[3], que por favor la llame.

—¿*Cool*? Vaya con la Piluca, qué pizpireta. No sabía yo que todavía fueras tan irresistible. Si la llamas, pregúntale si tiene algún amigo para mí —lo conmina Lola con la boca llena de galletitas.

—No te preocupes, se lo preguntaré —le contesta Mario encogiendo el hombro que le queda a mi vera en previsión del puñetazo que le voy a dar y que, de hecho, le doy.

—¿Sabes qué?, Mario —suelta Lola de repente—, tu mujer ha tenido un ataque de sentimentalismo hace unos minutos: me ha hablado de amor y de tristeza, y hasta de celos, diría yo… Me he quedado muerta.

—Vamos, Lola, no tiene gracia —le replico molesta—. No sé para qué te cuento nada.

—Sí que es sorprendente —responde Mario siguiéndole la corriente a Lola—, el último ataque de esos que le dio, creo que fue en el verano de dos mil ocho, sí, cuando me dijo por primera vez que me quería. ¿Te acuerdas, cariño? No voy a entrar en detalles para no avergonzar al personal, pero fue en un baño en la superfiesta que organizasteis Elena y tú cuando estábamos en la universidad. Fue muy romántico.

—Me parto de la risa, Mario. ¿Es que no os podéis meter con otra?

—¡Recuerdo esa fiesta! —salta Lola—. Cómo para no hacerlo, había más gente allí que en la guerra. Hasta tú bebiste —me dice para volver a la carga—, quizás por eso le dijiste a Mario que le querías.

—Pero qué pesadita estás, guapa. Por aquellos entonces bebía como la que más, lo único que pasa es que yo he madurado y vosotros no, salta a la vista.

—El que se cogió una buena borrachera fue Samuel. Al día siguiente no se acordaba de nada —recuerda Mario—, aunque yo también tengo mis pequeñas lagunas. Lo que no olvidaré, aparte de la declaración de amor de mi querida esposa, es la que se montó a la

mañana siguiente con esos dos pobres desgraciados que encontraron en pelota picada y maniatados al lado de una de las obras que había cerca del piso.

—¡Es verdad! —sigue Lola riendo—. Encima, los obreros los querían linchar por exhibicionistas o algo así. Se rumoreó de todo, hasta que los amenazaron con meterles una vara de acero corrugado por el culo. Creo que Joaquín llegó a verlos, ¿no? ¿No dijo que alguien les había escrito la palabra «violador» en la barriga y que se habían meado encima de puro miedo?

—Yo también lo habría hecho si me despierto con semejante cartel, desnudo y rodeado de obreros de la construcción —afirma Mario.

—Fue una gran fiesta… —murmura Lola cuando consigue dejar de reír—. Lo pasamos muy bien, ¿verdad?

—Sí, fue memorable —confirmo.

Después de unas cuantas anécdotas más y de otras cuantas copas, los llevé a los dos en el coche a casa, con cantos regionales y exaltación de la amistad incluidos.

26

Esta mañana no hemos salido a la playa, preferimos descansar en la piscina, sobre todo Mario y Lola que están sufriendo las consecuencias de la salida de anoche. Minerva está durmiendo la siesta y Marita también se ha echado un rato. Hemos comido en exceso, para variar, y he decidido tumbarme en el sofá a reposar unos minutos. Fuera, Lola y Mario intentan curarse la resaca con su dieta a base de pacharán y tabaco. Los oigo reír e incluso carcajearse de vez en cuando.

Me va venciendo una ligera modorra, esta mañana salí a correr y después he estado jugando durante horas con Minerva en la piscina. Me siento realmente cansada y relajada. Justo cuando empiezo a rendirme al sueño, suena mi móvil personal. Es mi padre. No quiero cogerlo, me va a espabilar y estoy tan a gusto... Pero ante la duda de que pueda tratarse de alguna urgencia, respondo:

—Hola, papá. ¿Cómo va todo?, ¿ocurre algo?

—No, palomilla, todo va bien. Solo llamo para confirmar si tus amigos van a venir a la boda. —Ya estamos con la dichosa boda…—. Queda muy poco y tengo que cerrar el número de invitados con el restaurante. Gloria se está poniendo un pelín nerviosa con el tema, ya sabes, los típicos nervios de la novia.

Me dan unas ganas locas de colgar, pero me retengo. «Los nervios de la novia», dice, como si tuviera veinte años…

—Papá, cuenta solo con Susana y Joaquín, el resto, o tiene que trabajar o siente que no pinta absolutamente nada en esa celebración,

y que sepas que Susana y Joaquín solo van por educación.

—¿Por qué eres tan desagradable conmigo, hija? Yo solo pensé que te haría feliz que tus amigos estuvieran allí.

—Feliz… ¿Desde cuándo te preocupas realmente por mi felicidad? —Me estoy poniendo demasiado sentimental y eso no me gusta, intento recular—. Escucha, no pasa nada, estaba a punto de dormirme y por eso se me ha puesto un poco de mal genio. No obstante, tampoco me pidas que salte de alegría ante la idea de ir a vuestra boda.

—Bueno, hija, ya sé que Gloria nunca ha sido santo de tu devoción, pero yo la quiero —dolor—, y eso tienes que aceptarlo —más dolor—. Es verdad que no puedo pedirte que lo admitas exultante, pero sí, al menos, un poco de respeto. Ella también te quiere a ti, y lo sabes, siempre te ha dado todo lo que ha podido y te ha tratado como una madre.

«Ese es el problema, papá, pero tú nunca te has dado cuenta de ello. Yo no quiero ser su hija, quiero ser la tuya, que me llames y me preguntes si descanso o si estoy estresada, no si me han puesto un buen coche de empresa o a cuánto asciende el bonus de este año. Y Gloria siempre detrás, como una titiritera que te maneja, como un apuntador que te susurra al oído lo que tienes que decir».

Me muerdo la lengua y reprimo mis pensamientos, si no se ha dado cuenta después de veinticinco años, ¿de qué sirve decírselo ahora? No tengo ni ánimo ni ganas.

—Está bien, papá, perdona si he sido un poco brusca. Allí estaremos encantados y te llevaré al altar con una sonrisa en la cara. —Al decir esto último, casi me da un retortijón.

—Oye, y Minerva, ¿podrá llevar las alianzas?

—Siempre y cuando el gato lleve las arras delante, sí.

Mi padre no entiende el chiste y se queda callado.

—Papá, Minerva aún no anda bien solita, si no te importa que Mario o alguien la acompañe, sí podría hacerlo.

—Sí, sí, no me importa. Va a estar más bonita… Ya te llamará Gloria para decirte cómo la tienes que vestir, irá a conjunto con los hijos de su amiga Keti.

«Dios, lo que faltaba».

Le digo a todo que sí como un autómata y nos despedimos.

Me tumbo de nuevo en el sofá y suplico por que me vuelva a entrar el sopor tan agradable que tenía antes de la llamada. Puede que lo consiga. Hago un esfuerzo por dejar la mente en blanco, por olvidarme de mi padre, de Gloria y de su boda. Sin quererlo, acuden a mí imágenes de la playa y de los caballos, de Minerva sonriendo mientras agarra las crines de Don Giovanni, del sol ocultándose mientras el olor a mar me envuelve por completo; es mi primera siesta

en semanas.

27

Voy caminando por la carretera de la urbanización. Es de madrugada y el suelo está ligeramente mojado. Las copas de los eucaliptos se mecen con el viento, produciendo el típico crepitar sordo que suena como si alguien estuviera arrojando montones de confeti al aire. Yo también estoy mojada y tengo frío, el cabello se me pega a la cara y no dejo de tiritar.

Ando deprisa, tengo que llegar a casa cuanto antes; Mario estará muy preocupado, pero no llevo el móvil y no puedo avisarle, tampoco llevo las llaves. Me miro y veo que voy vestida como si fuera a trabajar, menos mal que me he puesto zapato plano porque me espera una buena caminata.

Está muy oscuro, hay más farolas rotas de lo habitual y echo en falta la luz de los faros de algún coche. A lo lejos, alguien camina por el arcén.

De improviso, comienzo a sentir escalofríos ante la familiaridad de la escena. Caigo en la cuenta de que estoy soñando, de que llevo los mismos pantalones que las zarzas agujerearon durante la búsqueda de aquella noche. De que me acerco al puente de piedra. Otra vez no, Dios mío…

Como ocurre a menudo en las pesadillas, mi cabeza me dice que dé media vuelta y que no continúe avanzando, que busque un final alternativo, que escape de la pesadilla y que haga el esfuerzo por imaginar una puerta en el vacío por la que salir, o que invoque a alguien, a algún personaje benigno que aparezca de la nada y me ayude. Deseo con todas mis fuerzas que el agente de la Guardia Civil, Emilio Guzmán, surja del próximo recodo de la carretera y me diga que me va a llevar a casa, que todo va a salir bien. Pero, como suele ocurrir en las pesadillas, mi cuerpo no obedece y se empecina en seguir adelante.

Presa del pánico, y todavía luchando con ahínco por detenerme, me acerco hasta el punto de poder distinguirla perfectamente. En esta ocasión, la figura flaca y renqueante va acompañada. Lleva a alguien muy pequeño de la mano. La aberración camina tan agachada, para poder sostener la mano de su diminuto consorte, que el trozo de cuero cabelludo que tiene desprendido se bambolea sobre su cráneo a cada paso que da.

Mi instinto me avisa de que, de manera inminente, voy a saber a quién escolta el espectro, de que voy a reconocer su pequeño caminar y sus manos regordetas. La angustia y el terror, afilados como bisturíes, se aferran a mi carne haciéndola jirones. No por favor, mi niña no… esto es demasiado, no podré soportarlo. Pero sí puedo: en el momento en el que veo a Minerva jugueteando con la tela de flores azules que cuelga, literalmente, del engendro, reacciono y acelero el paso.

Se la lleva!, ¡se lleva a mi niña! Intento correr, pero ahora la¡ pesadilla activa el efecto contrario: ahora me retiene, me impide acercarme a ellas. «¡No, espera! —le grito desesperada, llorando—. Déjala, ¡suelta a

.«!mi pequeña! ¡Por favor, te lo ruego, no le hagas daño

La distancia no se acorta, es como si el espacio que hay entre ellas y yo fuera elástico, como si se estirara y se encogiera para mantenerse invariable cada vez que avanzo. No paro de correr, y de llorar, y de suplicar: «¡No te la lleves, por favor!, por favor… es solo una niña, dime qué quieres de ella, qué quieres de mí… ¡pero déjala conmigo!».

De repente, la mujer se para y en ese instante consigo llegar más cerca, pero caigo de rodillas en el asfalto; estoy agotada por el esfuerzo de luchar contra las manos invisibles que me frenan. El llanto no me deja respirar, ya casi no puedo ni gritar. Me duele todo el cuerpo y los pulmones me queman. Cuando me incorporo para echar a correr de nuevo, veo que el espanto se agacha lentamente frente a Minerva y la coge de las manos. Gira la cabeza hacia mí y, mirándome con un intento de sonrisa, la besa en la frente.

«¡Señora!, ¡señora!». Alguien me está llamando, noto cómo mi mente emerge desde las profundidades del sueño como si fuera un buceador.

—¡Señora, por favor, despierte!

Cuando abro los ojos veo a Marita al pie de la escalera llorando, con la cara desencajada, llamándome a gritos.

—¡¿Qué ocurre, Marita?! —le pregunto mientras me levanto del sofá sobresaltada.

—Es la niña, ¡algo le pasa a la niña otra vez! —chilla entre sollozos—. Suba rápido, por favor. ¡Yo no sé qué hacer, no me atrevo a tocarla! Ya no puedo más, señora. Suba, por favor.

Justo al contrario que en la pesadilla, mi cuerpo reacciona tan deprisa que, cuando Marita está terminando de hablar, ya la he sobrepasado y estoy en mitad de la escalera. No obstante, me da tiempo de ver a Mario y a Lola que se asoman desde el jardín alarmados por la voz de Marita.

—¿Qué pasa, qué ocurre? —pregunta asustado.

—Mario, es Minerva.

Los dos subimos lo más rápido que podemos. Cuando llegamos a la habitación donde duerme la niña, nos la encontramos sentada, sonriendo extasiada, mirando al rincón que hay al lado de la puerta. El gato está junto a ella como una esfinge.

—Otra vez no… —susurro llorando—. Minerva… —la llamo.

Minerva no responde.

Marita entra y sale del dormitorio hipando y rogando a Dios sin llegar más allá del quicio de la puerta. Se asoma y mira muerta de miedo a la pequeña, mantiene una lucha interna entre el deseo de socorrerla y el terror que le produce verla inmóvil, observando el vacío con una media sonrisa.

Lola ha llegado detrás de nosotros. Se ha quedado paralizada

delante de la cama. No es capaz de hacer o decir nada, sabía lo que estaba pasando, pero una cosa es que te lo cuenten y otra, verlo con tus propios ojos.

Intento acercarme para tocar a Minerva, pero el gato se vuelve hacia mí y suelta un bufido agachando las orejas; sea lo que sea lo que está pasando, no quiere que lo interrumpa. El animal se gira y de nuevo se pone a mirar el rincón. Decidida a acercarme a la niña, aunque tenga que apartar al gato de una patada, hago una segunda intentona, pero Mario me detiene poniendo su mano izquierda delante de mí. Con la derecha saca el móvil y comienza a grabar a Minerva.

—¿Qué haces, Mario? ¡Deja que la coja! —le grito histérica.

—No, espera, que quiero grabarlo. Minerva está bien, mírala.

—No, Mario, ¡QUE SE LA QUIERE LLEVAR! ¡El ser de mis pesadillas se la quiere llevar! Me ha mirado y me ha sonreído con esa cara deforme que tiene y le ha besado la frente. ¡¿Y si le está haciendo daño?!

—Pero qué dices, cariño, ¡por favor no me asustes más que estoy cagado de miedo! —gime medio temblando—. La niña está bien, ¿no lo ves? Si no lo grabo ahora, nadie nos va a creer. Puede que después veamos algo más en las imágenes, algo que nos ayude.

—Que no, Mario, que me da igual. Déjame que la coja, no quiero que se la lleve. ¡DEJA QUE LA COJA!

De repente, por encima del rodapié, justo en la parte que cubre la esquina del rincón, comienza a manar un agua turbia y sucia; el líquido fluye por ambas paredes convirtiéndose en dos gruesos hilos que se deslizan por la superficie del zócalo, como gusanos transparentes y grisáceos que engullen las partículas de polvo que encuentran a su paso. Al llegar al centro, los gusanos funden sus cabezas y el agua rebosa cayendo por la junta de las baldosas.

El móvil de Mario ha estado sonando desde que ha emergido la primera gota de la pared: se le acaba la batería, pero está tan absorto mirando cómo se mueve el agua por el suelo, que solo es capaz de susurrar una palabrota y de bajar el teléfono lentamente sin poder cerrar la boca.

El reguero avanza despacio entre los azulejos acercándose a Minerva; la niña sigue obnubilada mirando el rincón y no presta atención a la serpiente acuosa que repta hacia ella, cada vez se acerca más a sus piececitos desnudos.

Marita, llorando desesperada, me agarra por la espalda empujándome con vehemencia para que coja a la niña, parece que es la única que no se ha quedado paralizada; los demás estamos inmóviles, conteniendo la respiración sin ser capaces de creer lo que estamos viendo. Por fin, doy un paso al frente y levanto a Minerva del suelo. Cuando la abrazo, sale del pasmo y me mira con cara de

sorpresa. Se ríe, pero al ver mi rostro desquiciado, se asusta y comienza a llorar. La acuno y le repito machaconamente que no pasa nada, que todo está bien. Me esfuerzo por sonreír y aparentar que, efectivamente, todo está bien.

El gato nos mira indiferente, se lame un par de veces las patas y se marcha.

Estrecho a mi hija con fuerza y la beso una y otra vez hasta cubrir su cara por completo con mis labios; me giro temblorosa y salgo casi corriendo al pasillo.

—Mario, nos vamos ahora mismo.

Marita y Lola también salen de la habitación a toda prisa, sin duda tienen en mente lo mismo que yo.

—Pero, cariño, tranquilízate, si ya nos íbamos a ir mañana.

—No quiero esperar. ¡Vámonos ya! ¿Es que no has visto lo que ha pasado? —le grito a Mario.

—¿Y a dónde quieres ir?

—No sé, a casa, no, a casa no, ¡a un hotel! ¡Yo qué sé Mario! No entiendo nada, ¿qué es lo que nos persigue? Es ese puñetero gato, ¡por qué te habré dejado traerlo! —le reclamo mientras me voy con Minerva en brazos a mi cuarto y comienzo a sacar la ropa de los cajones para hacer la maleta—. Tienes que deshacerte de él, ¡no lo quiero más con nosotros!

—Espera, pensemos un momento, con calma. Creo que debemos volver a nuestra casa. Encargué a mi madre y a mi hermana que hicieran el cambio de habitaciones mientras estábamos fuera, y por favor, no te enfades, pero Encarna se prestó a hacer una especie de limpieza espiritual de la casa, algún tipo de ritual que ella conoce.

Abro la boca para replicar, pero Mario levanta la mano para indicarme que aún no ha terminado.

—Hemos comprobado que esa cosa no nos puede hacer daño, que más allá de los sustos de tus sueños y de los lapsos de Minerva, no tiene capacidad para hacernos algo físico, y hemos visto que nos sigue allá donde vamos, ¿qué sentido tiene irnos a otro lugar y abandonar nuestra casa?

—¿Y qué me dices del agua? —le replico histérica mientras abro cajones y saco camisetas y braguitas sin ton ni son.

—Es… es solo agua. Una tubería en mal estado…

—¡Deja de buscar explicaciones a lo inexplicable!

—Cariño, por favor, confía en mí. ¿A dónde vamos? Ir a casa no es tan mala idea, ahora está protegida…

Marita aparece por la puerta con ropa de Minerva en la mano, también ha empezado a recoger y ha oído la última parte de nuestra conversación:

—Señor, lo siento mucho, pero yo no quiero volver… de verdad

que lo siento, pero lo que está pasando me da mucho miedo. Y, sinceramente, no me fío de lo que haya podido hacer su hermana, no se ofenda…

—Lo entiendo, Marita, y no me ofendes. Nadie va a obligarte a quedarte. Si es lo que deseas, puedes irte cuando quieras.

Marita se da media vuelta para marcharse a seguir con las maletas, pero duda, se para y gira sobre sus talones para mirarnos indecisa:

—Quizás…, si me dejaran traer a un sacerdote —dice mirándome con cara de súplica.

—Pues claro que sí, probemos todo lo que se nos ocurra. ¿Verdad que no te importa, cariño? —me pregunta mi marido.

—No… no sé, supongo que no, que tienes razón: que debemos intentar todo lo posible.

—Pues hecho. Marita, tú te encargas de buscar un cura, a ver si puede ayudarnos.

—¿Puede ser un cura de mi país? —inquiere la mujer.

—Sin problema, del que tú te fíes —dice Mario. Se siente animado porque ve, como buen optimista que es, que puede que encontremos una solución entre todos—. Voy a preguntar también a los hijos de la yaya *Marsia*, su madre creía y sabía mucho de estas cosas, y con un poco de suerte, quizás hayan heredado sus conocimientos o sepan de alguien que los tenga.

Lola entra en la habitación; está todavía pálida y lleva el cabello más alborotado de lo habitual:

—¿Y yo qué puedo hacer?

—¿Conoces a algún exorcista? —pregunto burlona, agotada y escéptica.

—Pues no, lo mío son los médicos, ya lo sabes, pero puedo preguntar si alguno ha tenido en la consulta algún caso parecido: niños que se quedan absortos sin causa aparente o adultos con pesadillas repetitivas… cosas así.

—Te van a llamar loca —le digo.

—¿Más?, no me importa, lo que sea por ayudar. Dame a Minerva para que puedas ir recogiendo tranquila, yo ya casi he terminado.

Coge a la pequeña en los brazos y después de besarla en ambas mejillas, se encamina hacia la puerta.

—Lola —la llama Mario—, sí que podrías hacernos un favor... Si no te ves con valor, niégamelo sin reparos.

—Dime de qué se trata, ya os he dicho que quiero ayudaros por encima de todo.

—¿Podrías quedarte con el gato mientras averiguamos qué ha sido de su dueña?

—Por supuesto —acepta Lola sin pensarlo un segundo—. Solo

tengo una pega… el lunes mismo me voy fuera a un curso de formación; dura dos días. Me podría quedar con él esta noche, pero después…

Mario me mira con cara de súplica:

—¿Podrías aguantar hasta el martes?

—No, Mario, no me pidas eso. Ni siquiera soy capaz de pensar en el viaje de vuelta con el animal en el coche; yo creo que soportar eso ya es suficiente, ¿no?

—Está bien, cariño, conseguiré a alguien que se quede con él mientras Lola está en el curso.

Ni siquiera se le ocurre pedírselo a Marita, que sigue llorando aún, de pie con los calcetines de Minerva entre las manos:

—Señor, ¿puedo irme ya? Quiero seguir con los preparativos.

—Claro, mujer. Cuanto antes nos vayamos, mejor.

Se marchan Marita y Lola y nos quedamos Mario y yo solos. Él comienza también a abrir cajones y a sacar calcetines y calzoncillos. Yo lo miro sentada en la cama mientras intento doblar una camiseta sin mucho éxito.

—Ha sido espantoso, Mario.

—Lo sé y lo veo. No te reconozco, tú eres siempre la que mantiene la calma y la que sigue la lógica y yo el que pierde el control y se impresiona ante cosas así.

—¿Cosas así?, ¿calma? Me siento como si todo en lo que he creído durante toda mi vida fuera mentira, como si se me derrumbara el mundo encima. Aún me resisto a… a admitir, a conceder que existan los jodidos fantasmas. No puedo mantener la calma ante algo que no comprendo. ¿Cómo vamos a luchar contra esto?, es más, ¿debemos luchar contra ello o dejarlo pasar? Si luchamos, cabe la posibilidad de que la cosa vaya a peor, pero ¿y si no lo hacemos y no deja de ocurrir nunca?

—Vamos, tranquila, céntrate en que no puede hacernos nada y en que el gato va a salir de casa —me consuela Mario.

—Lo sé, pero el agua…

—¿Qué va a pasar: que se inunde la casa hasta que nos ahoguemos todos? Tiene que ser una filtración; era agua sucia, seguramente algún desagüe deteriorado, el baño está justo detrás, seguro que es solo una maldita casualidad. Lo comprobaré.

—¿Y mi sueño, Mario? Si la hubieras visto… cómo se agachó cojeando y cómo besó a Minerva después de sonreírme. ¿Qué puede querer esa mujer de nosotros? ¿Se ha muerto y como nos hemos quedado con su gato, ahora quiere quedarse con nuestra hija, absorberla durante unos minutos a la semana y volvernos locos? Tienes que averiguar qué ha sido de doña Carmen como sea, Mario, y devolver el gato. Mientras, consigue a alguien que se lo quede o, si no,

lo abandonas donde sea, me da igual; por mí, como si lo dejas tirado en la playa.

—Está bien, te prometo que soluciono esas dos cosas enseguida. Tengo que pensar un poco, con mi madre no puedo contar porque mi hermana es alérgica, quizás con la tía Encarnación, pero con lo mayor que está no me atrevo a darle más trabajo, lo mismo hasta se le muere porque se le olvida darle de comer y encima la pobre mujer se lleva un disgusto.

—Mario, en serio, me da igual.

Seguidamente rompo a llorar de nuevo, mi mundo se desvanece y no lo puedo controlar. ¿Cómo voy a proteger a mi hija?

—Vamos, preciosa, ten un poco de fe, saldremos de esta.

—¿Fe?, quién me lo iba a decir... ¿Crees que servirá de algo lo que ha hecho tu hermana?

—Espero que sí, ya sabes que ella siempre ha estado muy en contacto con el mundo espiritual, va a charlas y reuniones y conoce a mucha gente. La que dice que nos estamos volviendo locos es mi madre, para ella todo eso son bobadas y supercherías. Me hubiera gustado que estuviera aquí y hubiera presenciado lo que acaba de pasar.

—Para eso tienes el vídeo que has grabado —le recuerdo a Mario.

—Sí, pero si no se ve nada especial, estamos en las mismas; tienes que estar delante cuando sucede para darte cuenta de que pasa algo extraordinario.

—Pues a mí me ha costado un poquito…

Mario sonríe y me acaricia el rostro. Noto que está deseando ver el vídeo, que se está controlando porque sabe que es demasiado pronto para mí, que no estoy preparada para repetir la escena que hemos vivido hace unos minutos y que la urgencia ahora mismo es consolarme, animarme y salir pitando.

28

En el viaje de vuelta vamos todos callados en el Q8; todos menos Minerva, que canturrea y balbucea hasta que se queda dormida. Mario conduce y de vez en cuando pone su mano sobre mi rodilla. Atrás, Lola vigila al gato e incluso le dice cosas. Es increíble el amor que tiene por los animales, aunque, al fin y al cabo, Gatogordo no tiene culpa de nada. Marita no se atreve ni a mirarlo.

Cuando llegamos a casa, todo me resulta extraño. Tengo que esforzarme por salir del coche y buscar las llaves que abren la puerta que da del garaje al interior de la casa.

Mario recoge el trasportín de las manos de Lola y sale al camino

de entrada sacando el móvil del bolsillo. Ha decidido llamar a casa de Jacobo. También ha pensado en Susana y Joaquín, pero Lucía se quedó en trance mirando el rincón el día del cumpleaños de Minerva y no puede pedirles que se queden con el gato… Su primo Rafa vive muy lejos y, además, tiene que cuidar de su padre y bregar con sus hijos. Simón tiene fobia a los gatos y encima está puesto al día sobre los extraños fenómenos que nos acosan. Mario está desesperado, sabe que no es lo correcto, pero no encuentra a otra persona a quien acudir.

El muchacho coge el teléfono al segundo tono y reconoce el móvil de Mario en la pantalla:

—Hola, Mario, menos mal que no lo han cogido mis padres, me han dicho que no debo tener más relación contigo fuera del instituto —el chico suena acelerado—. Tienen miedo de que seas un pervertido o algo así; más de que lo crean los demás, que de que lo seas realmente… Ya les he dicho que no, que somos muy buenos amigos y que me tratas muy bien, y que estoy a gusto con tu familia, pero mi padre ha sido tajante y, para variar, no ha querido escucharme: «He dicho que no y es que no», se ha dado media vuelta y se ha ido a servirse una copa. Ni siquiera me ha preguntado sobre lo que hacemos o sobre si alguna vez me has pedido alguna cosa rara. —Ahora está casi lloriqueando—. Me temo que el director del instituto va a hablar contigo, lo siento muchísimo, Mario, no pretendía causarte problemas, de verdad que lo siento.

Mario oye cómo le cruje el corazón, pobre muchacho. En lugar de ayudarlo solo le ha creado más complicaciones. Traga saliva:

—No te preocupes, ya me las apañaré, con el director y con tus padres.

—Por mis padres no te inquietes, no van a menear más el asunto. Han cubierto el expediente con la llamada de atención—alega Jacobo.

—Bueno, pues me las apañaré con el director. No tengo nada que ocultar, solo he intentado servirte de apoyo, aunque, quizás me haya excedido. El director lo comprenderá; me amonestará y me pedirá lo mismo que tus padres.

—Mis padres tienen mucho más que ocultar que tú.

—Pues eso es lo que tienes que arreglar, Jacobo, no encerrarte en ti mismo y pedir ayuda. Deberías contarle a alguien qué es lo que está pasando en tu casa.

—Te lo iba a contar a ti, pero ya es demasiado tarde… —responde el muchacho con tristeza.

Mario no puede más, se siente desbordado por los acontecimientos: se le escapan de las manos. Intenta reconducir la situación:

—Prometo que voy a seguir apoyándote, Jacobo, aunque de otra

manera. Confía en mí.

—Confío. Pero dime, ¿para qué me has llamado?

—Déjalo, Jacobo, no quiero que tus padres te pillen hablando conmigo ni meterte en más líos.

—Vamos, dime qué es lo que querías —insiste el chico.

Mario se queda pensativo, ¿cómo va a dejarle un gato embrujado a un adolescente? ¿Y si Jacobo no es inmune a las pesadillas como lo son él o Marita? Bueno… solo serían dos días y una noche, hasta que Lola vuelva del curso… Es el último cartucho por quemar antes de abandonar al gato o de llevarlo al veterinario para que le pongan la inyección. No le gusta ninguna de esas dos ideas, no solo por el animal: ¿y si abandonarlo o matarlo provoca que los fenómenos se recrudezcan? Buscar a un desconocido, que lo acoja por Internet o a través de carteles, puede llevar un tiempo del que no dispone. Así mismo, descarta la opción de los hoteles para animales: ya es sábado por la noche y mañana, por ser domingo, puede que le resulte difícil hacer las gestiones, encima es verano y esos sitios están hasta los topes y, en el fondo, siente que eso también se puede considerar una especie de abandono… Finalmente se atreve a pedirle el favor:

—Se trata del gato.

—¿Qué le pasa, está enfermo? —pregunta Jacobo.

—No, pero no podemos tenerlo más tiempo en casa. —¿Debería contarle la verdad? Decide mentirle—. En Cádiz Minerva empezó a llenarse de ronchas y la llevamos al médico, parece ser que tiene alergia al gato y, lógicamente, su madre me ha pedido que le encuentre un hogar provisional hasta que dé con doña Carmen. Solo serían dos días, el lunes y el martes. Hoy se lo queda Lola, te lo llevaría el lunes por la mañana temprano y lo recogería el martes por la tarde.

—No hay problema, Mario, si quieres puedo quedármelo más tiempo. A mis padres les puedo decir que me lo he encontrado en la calle. No van a indagar ni a poner pegas, les vale con que no les dé guerra.

—Gracias, Jacobo, pero con esos días estará bien. Ahora me queda averiguar dónde está doña Carmen.

—No lo entiendo, Mario, no hace falta. Si quieres puedo quedármelo yo para siempre.

—No se puede… no es … Es algo complicado de explicar… Quizás algún día te lo cuente, pero es muy importante que la encuentre, muy muy importante.

—Está bien, no te preocupes. Ya me lo contarás cuando lo consideres oportuno. Cuidaré de Gato el tiempo que sea necesario y, si puedo, te ayudaré a encontrar a esa señora.

La voz de Jacobo suena de nuevo risueña, feliz. Alguien le ha

encomendado una misión.

—Muchísimas gracias, Jacobo, no sabes el pedazo de favor que nos estás haciendo.

Se despiden y cuelgan.

Lola ya está cargando la maleta en su coche y se acerca a Mario para que le dé el gato.

—Lola, si pasa cualquier cosa extraña, llámame.

—¿Qué puede pasar, que el gato se ponga a bailar sevillanas? —bromea Lola—. Pues le haré las palmas y me tomaré un fino a su salud.

29

Es martes por la mañana. Jacobo está sentado en el poyete del escaparate de la inmobiliaria. Tiene el trasportín con Gatogordo sobre las rodillas. Ayer, cuando Lola se lo llevó al parque y lo cambiaron de manos como si fueran unos mafiosos que se pasan un maletín en un aparcamiento, le dijo una cosa un poco rara: que si le sucedía algo fuera de lo común mientras estuviera con el gato, llamase inmediatamente a Mario. Lo único fuera de lo común que ha pasado es que su madre se ha interesado por el animal, pero en cuanto han estipulado que será Jacobo el que se ocupe de él por completo, no ha vuelto a mencionar el asunto.

El chico está firmemente decidido a sacar a los agentes inmobiliarios el paradero de doña María del Carmen Aguirre de Anchorena. Sea como sea. Lleva dos días pensando en la estrategia, y aún sigue haciéndolo mientras espera a que abran.

Está tan sumido en sus pensamientos que no se da cuenta de que alguien se ha acercado a él:

—Me encanta tu gato.

Jacobo levanta los ojos y ve a una chica más o menos de su misma edad, con el cabello muy largo y vestida con ropa deportiva y escasa a la vez. Lleva en una mano una bolsa de papel con churros y en la otra una pequeña garrafa con chocolate. Se sienta a su lado ante la sorpresa de Jacobo:

—¿Cómo se llama? —le pregunta la muchacha.

—Gato. Realmente se llama Micifuz, pero es un nombre bastante feo y yo nunca lo llamo así.

—Sí que es un poco feo. Gato está bien, aunque no te lo has currado mucho. Yo me llamo Laina, significa «niebla» en euskera. Bueno en realidad se dice *laino*, pero, gracias a Dios, mis padres lo modificaron. Me lo pusieron porque, la noche en que nací, en Vitoria había una niebla tan espesa que no se podía caminar por las calles sin chocarte con algo. Mis padres siempre me cuentan que apareció de

repente y que nunca nadie había visto algo así.

—Niebla… Nébula —recita Jacobo casi para sí mismo.

—¿Qué has dicho? ¿Nébula? —se interesa Laina.

—Sí, «niebla» en latín.

—¿Sabes latín?

En ese momento Jacobo nota que ha metido la pata, ¿a quién le puede interesar alguien que sabe latín? Seguro que ahora se levanta y se marcha.

—No, solo lo sé por un cuento —contesta abatido.

—Pues me gusta cómo suena mi nombre en latín.

Laina sonríe resplandeciente. Seguidamente, le cuenta que su padre trabaja en la inmobiliaria y que como ella está de vacaciones, les lleva el desayuno todas las mañanas a él y a sus compañeros.

—Me aburro muchísimo el resto del día —se queja Laina—. Aún me quedan algunos amigos, pero la mayoría de ellos están en el pueblo o en la playa, o de campamentos los que tienen padres con pasta. Estoy deseando que los míos empiecen las vacaciones para irnos al pueblo.

—Yo también me aburro un montón, mis padres se pasan todo el día trabajando y siempre van a lo suyo, aunque normalmente tampoco es que me hagan mucho caso, y casi no tengo amigos…

Vaya, otra confesión inapropiada, seguro que ahora sí que se va. Jacobo reza para que no le dé el tic, está notando cómo se le encogen las comisuras de los labios. Pero Laina no le ha dado más importancia al comentario. Al revés, sigue como si no hubiera dicho nada:

—¿Qué haces aquí?, no me digas que te vas a comprar un piso —dice divertida.

Jacobo le explica que «sus padres» compraron en esa inmobiliaria una casa hace tiempo, y que el gato estaba allí abandonado; solo quiere averiguar dónde está su dueña para devolvérselo porque el animal la echa mucho de menos.

—Pobrecito, qué lástima… —se apiada Laina.

—La cosa es que en la inmobiliaria no nos quieren decir dónde vive la señora —prosigue Jacobo—, y el gato no hace más que maullar todas las noches de tristeza. Estamos desesperados y he venido a rogarles, por favor, que hagan una excepción y me lo digan.

La chica frunce el ceño, pensativa:

—No te lo van a decir por no sé qué rollo de una ley. Por lo visto, no pueden hablar de sus clientes con otras personas; mi padre siempre se está quejando sobre lo que esa ley les ha complicado el trabajo y el papeleo.

Jacobo la mira embelesado, es una muchacha preciosa, o al menos a él se lo parece. Sorprendido, se da cuenta de que el tic finalmente no ha hecho acto de presencia. Con un poco de suerte, podrá parecer un

chico medio normal delante de Laina, de Nébula…

—No te preocupes, yo puedo ayudaros —dice la chica mientras mete los dedos por los barrotes de la puerta del trasportín. Gatogordo la olisquea para guardar su aroma en el archivo de seres humanos conocidos—. Me meteré en el ordenador de mi padre y buscaré lo que necesites.

Jacobo no se lo puede creer, la solución a su problema ha aparecido sola, y de qué manera…

—Con el número de teléfono será suficiente, Laina. Te lo agradezco un montón, y Gato también.

El muchacho le escribe el nombre completo de doña Carmen y su número de móvil en un trozo de la bolsa de los churros. Ella debería extrañarse de que un chico de su edad lleve un bolígrafo encima, pero no lo hace. Simplemente coge el papel, lo dobla y se lo guarda en el bolsillo sin importarle que tenga restos grasientos del aceite de los churros.

—Mira, por ahí vienen mis amigos. —Laina señala a unos muchachos que acaban de doblar la esquina—. Es alucinante que lleguen antes que mi padre o su jefe. Ahora nos tocará esperar a todos juntos mientras llegan. Te los presentaré.

Madrid, junio de 1992

30

Luisa se repasa el peinado frente al espejo, se acerca a los cuarenta y está preocupada por su aspecto; siempre ha sido una mujer muy coqueta: «Malditas canas…», piensa para sus adentros.

—Malditas arruguitas… —dice, pero esta vez ya en voz alta.

Llega tarde a trabajar y todavía no ha preparado la bolsa con la bata y las zapatillas; si se entretiene un poco más, perderá el autobús de las cuatro y cuarto.

Samuel pulula a su alrededor ansioso. Sus padres le han dejado con su tía unos días durante las vacaciones mientras ellos visitan la Expo de Sevilla. La Gallega tiene mucho dinero y está acostumbrada a hacer algún viaje todos los veranos. A Luisa no le importa quedarse con el pequeño, al contrario, le alegra las mañanas despertándola con besos y canciones inventadas. Samuel es un niño risueño y cariñoso que desprende felicidad a borbotones, y ella absorbe y bebe esa felicidad con avidez.

Luisa trabaja limpiando oficinas. Empezó administrativo en Formación Profesional, pero no le gustaba estudiar y lo dejó. Ahora se arrepiente porque, aunque es un trabajo honrado y le da para pagar su pequeño pisito, no es lo que se ve haciendo toda la vida. Tiene las manos ajadas de tantos productos químicos y la espalda cada día le duele más; se imagina con sesenta años y una hermosa joroba. Y además no soporta tener que usar ropa de faena: ¡con la cantidad de conjuntos que tiene!

Su hermano Samuel nota su hastío cada vez que hablan por teléfono y le ofrece, día sí y día también, que se vaya al pueblo con ellos con la excusa de que ayude a Raquel en las tareas de la casa. Según él, el pazo es muy grande y tiene demasiados asuntos a los que atender. Pero a Luisa le consta que ya tienen a gente contratada para la mayoría de los quehaceres y que la verdadera intención de su hermano es mantenerla sin que ella haga nada. Sabe que, si se marcha a Galicia, acabará sin ninguna ocupación, de manera que siempre rechaza su propuesta; prefiere quedarse en Madrid y no ir a molestar en casa ajena.

Como es verano, su jornada de trabajo empieza por la tarde, cuando no hay nadie en las oficinas. Lo prefiere así, en invierno tiene que madrugar muchísimo para dejar todo arreglado antes de que lleguen los oficinistas o acabar casi de noche si comienza a la hora de salida de los empleados. La pega es que hace mucho calor y en algunas de las oficinas no le dejan ni encender el aire acondicionado. En eso está pensando a la vez que intenta recogerse el cabello en un

moño, mientras Samuel corretea de aquí para allá.

—Samuel… deja de dar vueltas a mi alrededor y estate quieto. ¡Me estás poniendo nerviosa y no atino ni a colocarme las horquillas!

—Tía, ¡es que me *quielo* ir ya a casa de Lines!, tengo ganas de *jubar*… —contesta el chiquillo intentando poner cara de aburrimiento y desconsuelo. Sin embargo, no lo consigue: está demasiado entusiasmado ante la perspectiva de ir a divertirse con su mejor amiga.

—Pues te esperas a que yo termine, que ya me queda poco. ¡Y si no incordiaras tanto, terminaría antes!

—Anda…, deja que me vaya… ¡O si no, me *coloco* enfadado!

—¡A mí no me amenaces, Samuel Herrero Oleiro! —grita ya desesperada—. ¡O te estás quieto ya o te dejo aquí encerrado toda la tarde!

El pequeño empieza a hacer pucheros, pero no se da por vencido:

—Vamos, tía Luisa…, te estaba *haciendo* broma —dice mientras le tira de la falda vaquera—, sabes que eres mi tía favorita, la tía más guapa de todo el mundo. Deja que baje a casa de Lines…

Luisa sopesa la situación, y sonríe —no puede resistirse a las zalamerías de su sobrino—, y muy a su pesar, decide que a lo mejor le conviene más dejarlo marchar.

—Está bien, pero baja por el ascensor, que me da miedo. Son muchas escaleras y no quiero que tengamos un accidente.

—¡Jo! Yo *quielo* ir por las *escarelas*…, es más divertido.

—¡De verdad que no se puede contigo!

Luisa está llegando al límite de su paciencia, se está poniendo tan nerviosa que las horquillas se le caen al suelo; en segundos se ha olvidado de los piropos de Samuel.

El niño la mira con ojos de perrito abandonado, saltando sin parar sobre un pie y el otro alternativamente. Luisa acaba cediendo:

—Bueeeeno… te dejo. Seguramente te encontrarás con Angelines, con esa manía suya que tiene de fregar las escaleras a las cuatro de la tarde, ¡fuera de su horario y en pleno verano! Todo porque dice que así se seca pronto y no le pisa nadie lo fregado —suspira con aire de resignación—, pero tú se lo pisarás… Por favor, ve con muuucho cuidado, que todavía eres muy pequeño y el suelo estará húmedo.

—¡Yo no soy *pequenio*, ya *llevo* casi cinco *anios*!

—Samuel, los años no se llevan, se tienen; aunque quizás tengas razón, a mí me cuesta llevarlos como si cada uno pesara cien puñeteros kilos… Está bien, son solo dos pisos —se convence a sí misma—, pero coge el regalo de cumpleaños de la niña, y dale un beso muy fuerte a Angelines, que no se te olvide, que como se te olvide, te vas a acordar de mí. Y dile que sientes mucho haberle pisado lo mojado y que os vais a portar muy bien los dos y que no vais a

desordenar la garita.

Samuel en el segundo «y» ya ha cogido la bolsa con el paquete y está saliendo por la puerta.

—Por favor, Samuel, ¡no corras! —chilla Luisa desde el baño.

Al final, le pueden más la prudencia y el miedo que las prisas por llegar a tiempo al trabajo –no para de imaginarse al niño estrellado en las escaleras–, y acaba asomándose a la puerta para escucharlo bajar.

—Hola, Samuel, precioso mío —oye decir a Angelines.

—Hola, Lines —contesta el niño—. Me ha dicho mi tía que te dé un beso que, si no, me va a recordar y que… que te diga que nos vamos a portar bien y otra cosa que no me acuerdo.

Angelines se ríe y Luisa ya se queda tranquila. Vuelve dentro del piso, con un poco de suerte llega a tiempo de coger el autobús.

En el rellano del segundo, Angelines ha cogido de la mano a Samuel y comienzan a bajar juntos hacia su casa. El pequeño la observa fijamente, sin retirar la mirada de su rostro como si fuera sordomudo y tuviera que leerle los labios. La seguridad que le da la mano de Angelines hace que se olvide del peligro de una caída por las escaleras, se deja llevar con la confianza ciega, propia de los niños.

—No sabes lo contenta que se va a poner mi palomilla cuando vea que le has traído un regalo. Lleva un buen rato esperándote, hoy has bajado más tarde.

—Es que la tía estaba tardando mucho en hacerse el *monio*, ha tardado por lo menos cien horas —se queja Samuel.

Después de tantos nervios, cuando por fin llegan a la garita, el encuentro resulta ser un tanto frío. La culpa la tiene la vergüenza repentina, también propia de algunos críos, que los paraliza y los hace enrojecer durante unos minutos. Ambos se miran sin atreverse a acercarse, como si fueran desconocidos.

—Vamos, mi corazón, dale un besito a Samuel, que te ha traído un obsequio por tu cumpleaños —intenta animar Angelines a su hija.

La niña besa recatada a su amigo y destroza como mandan los cánones el papel del regalo: es un hermoso peluche con forma de gato, sonríe, lo abraza y susurra un «muchas gracias».

Angelines los deja a los dos sentados en el suelo con sus juguetes. Mientras recoge el manojo de llaves del aparador, oye el rápido taconeo de Luisa trotando desde el ascensor hacia la calle: «Un día de estos se va a matar corriendo como corre con esos tacones».

Antes de marcharse para terminar de fregar la escalera, observa a los pequeños por el ventanuco de la garita: ya no hay vergüenza que valga. Juegan y ríen, y como suelen hacer los niños, se olvidan del resto del mundo para disfrutar del que solo existe para ellos.

José Manuel se está fumando un cigarro antes de entrar en casa; está nervioso y camina de un lado a otro, acorralado en el trozo de acera que está justo delante de su portal. Desde fuera, ve a Angelines terminar de fregar el último tramo de escaleras. No quiere entrar; tiene que plantearle a su mujer un tema peliagudo e intenta retrasar el momento todo lo posible. Incluso tantea la posibilidad de irse a comer al bar del Cuco, puede saborear la cerveza y el pincho de tortilla… Pero no debe, Angelines le habrá dejado la comida preparada y además tiene que cuidar de Samuel y de su palomilla mientras su mujer trabaja. Bueno, puede hablar con ella por la noche, cuando la niña se haya acostado, no tiene porqué hacerlo ahora, de hecho, ahora no sería un momento apropiado; a Angelines solo le queda media hora para empezar la jornada de tarde y no sería de recibo agobiarla con sus peticiones. En realidad, sabe que nunca va a encontrar el momento «apropiado».

A sus cuarenta y tres años, solo ha llegado a director de oficina, con esa edad debería tener un puesto más importante en la Caja. Se está haciendo viejo y el tiempo corre, así que lleva meses planeando los pasos a seguir para procurarse su siguiente ascenso; el objetivo es ser director de zona y está seguro de que está tocando las teclas adecuadas. Pero, por lo pronto, también hay que hacer algunos cambios en su vida personal, cambios que vayan acorde con los logros conseguidos, y los logros por conseguir. Quiere mudarse a un barrio bueno, a un piso amplio, comprarse un coche de lujo y, sobre todo, que Angelines deje de trabajar. Quiere que esté como una reina, que no se deslome todos los días fregando escaleras y cargando con cubos de basura, quiere que se vista como una gran señora y que cuando lleve a la niña al colegio, que será privado, todas las mujeres la miren y la envidien. Es tan hermosa… La ropa de faena no le hace justicia, esas batas tan feas y el pelo siempre recogido en moños descuidados, pálida, sudorosa… Él intenta convencerla de que se arregle, de que se ponga pantalones y faldas ajustadas, de que realce su belleza. Es irónico, la mayoría de los hombres hacen justo lo contrario con sus mujeres, no quieren que se muestren apetecibles a los demás y les ponen pegas si llevan una falda demasiado corta o un escote demasiado pronunciado, sin embargo, a él le gusta: le gusta sentir que posee algo que los demás desean. Pero con Angelines es imposible, cuando es para trabajar se escuda en que para qué va a maquillarse y arreglarse si lo que necesita es estar cómoda y no pendiente de su aspecto, y si es para pasear o ir a tomar una cerveza, dice que está demasiado cansada para pensar en qué modelo ponerse o arreglase el pelo y pintarse los labios.

La ama, pero a veces siente que no lo comprende; puede ver la cara que va a poner cuando le planteé mudarse de barrio y dejar de trabajar. Sabe que se va a negar, que no va a querer abandonar esa vida sencilla con la que se siente tan a gusto, ¡pero es que no sabe lo que se está perdiendo! Y él necesita más, se merece más, y necesita que ella esté a su lado, que lo apoye.

Y después está el otro tema, ese asunto que lo reconcome y hace que se muera de remordimientos, pero que a la vez es incapaz de evitar, su ego se lo impide. Debe acabar con ello, y lo hará; se lo propone firmemente todos los días al levantarse, sin embargo, su determinación se desvanece en cuanto pisa la oficina.

—¿Qué haces ahí parado sin entrar?

La voz de Angelines hace que se sobresalte, de tal manera, que hasta se le escurre el cigarro de entre los dedos. Por un momento ha sentido como si ella pudiera leer sus pensamientos.

—Nada, cariño, relajándome un poco antes de entrar a bregar con las fieras.

En un arrebato irreflexivo, la coge de la cintura y la atrae hacia él, la besa con dulzura al principio y con un indicio de pasión al final, la desea; siente que abrazándola de ese modo puede hacer que desaparezca su pecado. Pero, si la ama tanto, ¿por qué hace lo que hace? Es como si fuera otra persona la que vive su vida, como si estuviera viendo una película de la que él no es el protagonista.

Angelines lo separa de ella:

—Cariño, este no es el lugar adecuado, delante de la portería… nos puede ver cualquiera… —susurra sonrojada.

—Tienes razón, perdóname, no he podido resistirme.

José Manuel sonríe, sin embargo, la sonrisa se le va apagando poco a poco en los labios y se queda callado, pensativo.

Angelines le acaricia el rostro con la mano:

—¿Qué te pasa?, algo barruntas.

—Nada… es que... es que tengo algo que decirte… —Duda; quiere contarle sus planes, pero teme la respuesta—. Mejor te lo digo esta noche, ahora tienes que trabajar.

—¡Bah!, ya sabes que las tardes de verano son muy tranquilas. Ya he fregado las escaleras, he regado las plantas y les he subido el correo a José María y a Josefina. Qué cariñosos son los dos. Todos los días me dicen lo mismo: «Muchas gracias, Lines, siempre tan puntual, nunca te olvidas, ¿eh?, sin embargo, nosotros ya ni nos acordamos de lo que hemos desayunado». Tooodos los días la misma frase. Pobrecitos, están tan mayores, pero da gloria verlos tan amorosos el uno con el otro, ver cómo se cogen del brazo cuando salen a pasear al anochecer con el fresquito, cómo se miran arrobados como si tuvieran veinte años…. Yo quiero que algún día tú y yo seamos así.

—Yo también lo quiero, pero no aquí.

—¿Cómo que no aquí?, ¿qué quieres decir con eso? —pregunta Angelines curiosa y algo alarmada.

José Manuel la coge de la mano y la lleva hasta el banco que hay justo delante de la portería.

—Ven, siéntate —le dice—. Ya que ha salido el tema y tienes todas las tareas hechas, te lo cuento.

Ambos se sientan.

—Por favor, José Manuel, dime que no es nada malo, que te estás poniendo muy serio.

—Que no mujer, es solo que es algo que sé que no te va a agradar mucho… —Toma aire, la mira a los ojos y prosigue—. He estado pensando y… y estoy ganando bastante dinero, y si consigo el puesto de director de zona aún ganaré más, vamos a tener una posición muy desahogada y… y podremos mudarnos a un piso más grande en una zona más lujosa, y no haría falta que trabajases más, Angelines —suelta por fin.

—Pues tenías razón, no me agrada mucho lo que dices—responde ella—. Sabes que a mí me gusta este barrio y que me encanta mi trabajo, que soy feliz: aquí y haciendo lo que hago.

—Pero, cariño mío, ¿qué necesidad tienes de andar como la criada de todo un bloque?, ¿de vivir en un bajo viendo desde una ventana los pies de la gente cuando podrías vivir mirando sus coronillas desde una terraza?

—José Manuel, ¿no te das cuenta de que me estás ofendiendo? Yo no veo mi trabajo como el de una criada, cuido de la gente y de sus casas, mantengo en orden sus rellanos, limpias sus escaleras, al día su correo, porque ellos, al contrario que tú, sí sienten que *este bloque* es su hogar y me lo agradecen todos los días, y eso me llena y me hace sentir bien. Sé que no es un trabajo «apropiado» para la mujer de un director de zona, de hecho, me da la sensación de que lo que pasa es que te avergüenzas de mí, de mi oficio.

—Vamos, Angelines, eso no es así. Ni se te ocurra pensar por un momento que me avergüenzo de ti, eres lo más importante de mi vida y sabes que te quiero y que solo pienso en tu bienestar, en que podrías vivir mejor, en que podríamos vivir mejor; piensa en la niña también, le podemos procurar un buen colegio, un barrio con parques hermosos y aceras anchas en las que jugar, más seguridad. También debes tener en cuenta que, con los años, la portería se te hará bastante más dura. Por favor… medítalo y si no te convences, nos quedamos aquí y jamás volveré a sugerir que dejes tu trabajo, te lo prometo.

En ese instante, don Alejandro sale del portal. Hoy se ha puesto traje, debe tener entre manos algún asunto importante.

—Buenas tardes, Lines y compañía —saluda sonriendo—. Hace

calor hoy, ¿eh? No hay quien pare este verano. He visto a los chiquillos jugando al bajar y están los dos para comérselos. La niña es guapa a rabiar, como su madre.

—Gracias, don Alejandro —contesta Angelines mientras se levanta.

—Las que tú tienes. Una cosa, me van a traer un paquete esta tarde sobre las seis, ¿te importaría recogérmelo? Tengo que ir a una reunión con unos clientes y me temo que no voy a volver a tiempo.

—Faltaría más, lo recojo con mucho gusto.

—Pues toma veinte duros por el favor —le ofrece don Alejandro.

—No es necesario —salta como un muelle José Manuel—, de verdad que no es preciso.

Angelines mira con cara de reproche a su marido y acepta las cien pesetas que le tiende su vecino. José Manuel contempla la escena con una mezcla de indignación y de enfado.

—Muchas gracias, sabe que no hace falta que me dé nada —dice ella mientras se guarda las monedas en el bolsillo de la bata.

Cuando don Alejandro se ha marchado, Angelines se ha encogido como si fuera la cosa más pequeña del mundo. Pero, aun así, le queda suficiente orgullo para decirle a su marido que no vuelva a hacer eso:

—Algunos vecinos consideran una ofensa y un desprecio que rechaces sus gratificaciones.

—Llámalo propinas, o limosnas, que es lo que son.

—¡Dios!, ¿limosnas?, son su manera de agradecerme el trabajo, ¿qué tiene de malo eso? A ellos les hace sentir bien, lo hacen de buena fe. Sé perfectamente a quién debo aceptárselas y a quién no, sé distinguir entre propinas y limosnas.

José Manuel abre la boca para protestar, o intentar disculparse, pero Angelines nunca lo sabrá porque levanta la mano para indicarle que no diga nada.

—Mira, vamos a dejarlo, no quiero discutir. Voy a ver cómo están los niños. Y tú deberías entrar a comer que se te está haciendo muy tarde —dice mientras se aleja hacia el portal dejando a su marido de pie junto al banco.

«Estupendo, José Manuel, te has lucido, eso sí que es tener tacto», piensa afligido. Sabía que la conversación no iba a ser fácil, pero el final, con la intervención de don Alejandro y su estupenda reacción al gesto del hombre, ha sido de traca.

32

—Luisa, ¿quieres un café? —pregunta Angelines desde la cocina.

—¡Sí, por favor!, me sentará de vicio.

Luisa se masajea los pies sentada en la salita de Angelines. Los

niños, después de recibir uno de los sonoros besos de Luisa, le han dado el parte de cómo han pasado la tarde y han vuelto a la garita. Allí juegan a adivinar qué vecino pasa por el portal por la voz o por el ruido que hace al caminar; la mayoría de las veces acaban inventándose nombres que incluyen un «caca» o un «pedo»: acaba de pasar Maricaca Pedorrez.

Angelines trae una de taza de café y la deja en la mesilla.

—Y tú, ¿no te tomas uno? —le pregunta Luisa.

—No, si me lo tomo a estas horas no voy a ser capaz de dormirme en toda noche. Qué, ¿cómo te ha ido la tarde?

—Pues como siempre, ya sabes, aspirando, limpiando el polvo y sacando pedacitos de galleta, trozos de uña y kilos de ceniza de entre las teclas de los ordenadores. ¡Un día me voy a encontrar una cajetilla entera! Deberían prohibir fumar en los lugares de trabajo, ¡es un asco!

—No creo que eso funcionase, la gente no sería capaz de aceptarlo; de todos modos, a mí me da más asco lo de los trozos de uña…

—Tienes razón —admite Luisa riendo.

—Y tú, ¿qué tal? ¿Dónde anda José Manuel?

—Ha estado toda la tarde con los niños en el parque y cuando yo he terminado, le he hecho el relevo y se ha ido a tomar una cerveza al bar del Cuco con Julián, ya sabes, el presidente de la comunidad.

Luisa nota a su amiga triste:

—¿Qué pasa, Lines?

—José y yo estamos medio enfadados.

—¿Me lo quieres contar?

—Sí… en realidad es algo que ya estaba viendo venir. Últimamente está raro, anda serio y viene más tarde del trabajo. Algo sabía yo que le estaba pasando, ¡hasta llegué a pensar que tenía una aventura!

—Una aventura José Manuel… Por favor, si te ama con locura —aduce Luisa.

—A final lo que quiere es que nos mudemos a algún barrio bien y que deje de trabajar.

—Pero, Lines, eso no es nada malo, ¡al contrario!

Angelines se queda callada, tenía la esperanza de que Luisa la comprendiera y considerase la situación de la misma forma que ella, pero nadie puede ver las cosas igual a como las ve uno, ni siquiera parecidas; todos somos completamente distintos, aunque, en apariencia, tengamos algunas similitudes.

—Yo no me quiero ir —confiesa—, ya sabes que me gusta mi vida tal y como está, pero lo entiendo, entiendo sus aspiraciones, entiendo que anhele lo que él juzga como una vida mejor… Y además está mi hija, debemos darle todas las oportunidades que podamos.

—¿Entonces?

—Entonces, no sé, Luisa. Estoy hecha un lío. Lo pensaré, aunque cuantas más vueltas le doy, más claro veo que al final nos marcharemos. Pero también pienso en mi tía Virtudes, y en ti, no quiero separarme de ti.

—Huy, qué tierna… ¡Vamos, Lines!, si vais a estar en la gloria. Tu tía y yo podemos hacer excursiones al barrio pijo de turno para veros, las dos como dos catetillas montadas en el autobús con un chorizo bajo el brazo para darle color a la escena.

—Ya os estoy viendo —dice Angelines mientras ríe—. Con un chorizo y un salchichón de regalo, José Manuel se moriría si os viese llegar con embutidos en lugar de con vino o con cava —suspira entre risueña y afligida—. Oye, gracias por el regalo de cumpleaños de la niña. No hacía falta que le trajeras nada.

—¿Cómo no iba a hacerlo?, si sabes que la quiero como si fuera mi propia sobrina. No olvides que, casi casi, compartí el embarazo contigo, ¡si hasta tenía náuseas cuando tú las tenías! —Por un momento se pone seria—. Escucha, Lines, deja de pensarlo por hoy, acuéstate, y mañana será otro día. Ya es muy tarde y estás muy cansada para meditarlo con claridad. —Luisa se pone en pie y, medio cojeando, se acerca a su bolsa de trabajo que ha dejado sobre una silla —. Estos tacones me van a matar —se queja—. Hablando de regalos, adivina qué me han regalado mis padres cuando he ido a visitarlos a Segovia este fin de semana…

—¿Ya estamos con las adivinanzas, Luisi?

Luisa abre la bolsa y saca una bata sin mangas estampada con flores azules.

—Mira qué cosa más fea, yo creo que es una especie de castigo-reproche-burla por parte de mi madre por haber abandonado los estudios y dedicarme a limpiar. Es su manera de decirme: «¿Lo ves, hija?, si me hubieras hecho caso y hubieses terminado la Formación Profesional, ahora te estaría regalando una preciosa blusa en lugar de esta bata tan horrorosa. Estarías echando ceniza en los teclados en lugar de estar limpiándola»; claro que yo no fumaría jamás, como mucho me comería alguna galleta mientras tecleo.

Angelines no sabe muy bien qué decir, realmente cree que ese es el mensaje que quiere lanzar la madre de Luisa y que, en cierto modo, la mujer tiene razón, pero no piensa machacar a su amiga con ello. Se queda mirando la bata con sus pequeñas flores azules y comenta muy seria:

—Tampoco es tan fea.

—¿Que no es fea? Venga, Lines, ¡no pega nada con mi estilo! —replica Luisa.

—Sin embargo, te la has puesto…

Luisa sostiene la bata entre las manos, la levanta hasta sus ojos y la mira con ternura:

—Es que me recuerda a mis padres, a mi casa. Al fin y al cabo, es un regalo de ellos. Los echo tanto de menos… y aunque sea tan poco glamurosa, me la voy a seguir poniendo.

33

Hace una semana que volvimos de Cádiz, y ni Minerva se ha quedado abstraída mirando los rincones, ni yo he tenido pesadillas. Parece ser que la ausencia del gato y los rituales y las hechicerías de Encarna han funcionado de alguna manera.

También han podido ser los litros de agua bendita que el sacerdote filipino esparció por toda la casa. Marita se presentó con él la tarde del viernes. Era un señor bajito y enjuto, un hombre oscuro y arrugado como el tronco de un olivo centenario. Iba enfundado en un *clergyman* y llevaba una maleta de piel negra que sujetaba con las manos pegadas al pecho. De vez en cuando, agobiado por el calor, deslizaba el índice por el alzacuellos tirando de él en un intento de que le entrase algo de aire. No pronunció palabra durante todo el tiempo que pasó caminando por la casa; cuando Marita hizo las presentaciones, únicamente reclinó levemente la cabeza y me ofreció una mano blanda y pequeña como la de un niño. No me hizo ni una sola pregunta sobre lo que había ocurrido, o sobre mi fe o mis creencias, nada. De vez en cuando, miraba a Marita y esta asentía; ambos se comportaban como si yo no existiese, como si al ser una infiel incrédula, mi presencia no fuera conveniente para lo que allí se iba a realizar, e ignorarme fuese el mejor remedio para que las bendiciones y las oraciones surtiesen efecto.

Recorrió y bendijo, hisopo en mano, todos y cada uno de los rincones de la casa y, después de beberse un vaso de agua, se marchó como había llegado: en silencio.

Marita está ya más tranquila. De todos modos, cada día al despertar a Minerva, reza un padrenuestro. La niña parece que ora con ella y yo las dejo hacer, después de todo, puede que Dios exista y no está de más que Minerva aprenda a hablar con Él.

Mario también llamó a los hijos de la yaya *Marsia*, pero estos no querían saber nada de espíritus y brujerías. Nacidos y criados en España, todo eso les suena a supercherías de ignorantes y les recuerda a un país que tratan de olvidar. Cuando la yaya murió, esa parte de su cultura, buena o mala, desapareció con ella.

Catalina se pasa los días en casa, hasta se ha quedado a dormir algunas noches. Tiene miedo de que, con la locura que estamos viviendo, acabemos haciendo alguna tontería que nos ridiculice, si cabe, aún más. La *performance* de Encarna debió de ser memorable. Mario le ha enseñado a su madre el vídeo que grabó en la casa de Elena, y sí, se ha quedado algo impresionada, pero más por nuestro histerismo que por lo que se veía. Las imágenes mostraban, única y

exclusivamente, lo que pasó, nada más.

A pesar de todo, tomamos nuestras precauciones: Minerva no se acerca al cuarto de invitados y yo no me permito dormir, si no es con pastillas.

Lola es mi camello personal, las consigue del hospital. No sé si está chantajeando a Alain con la foto o si le está pidiendo a alguien el favor; mejor no pregunto. Sigue viviendo con el gato y no ha sufrido ningún fenómeno extraño por ahora. Dice que es el único macho con el que está logrando mantener una relación honesta y gratificante, sentimentalmente hablando. Para suplir la parte del sexo, ya tiene fichado a un candidato: un enfermero de traumatología que ha entrado nuevo esta semana. Cómo no, es joven y guapo, y a pesar de que cuando habla de él los ojos le hacen chiribitas, según Lola, solo lo va a usar para el sexo.

Jacobo va a su casa algunos días para ver a Gatogordo y hasta lleva a sus nuevos amigos de vez en cuando. Hizo muy buenas migas con el grupo de Laina y anda medio enamorado de ella. La pena es que no lo hemos vuelto a ver. Mario, lógicamente, quiere evitar el contacto, por lo menos hasta que empiece el curso y pueda tener una conversación con el director del instituto. Y en esa conversación, ya no piensa tener en cuenta el quitar la autoridad a una compañera o el no ser objetivo con lo que está pasando el muchacho: claro que no es objetivo, es imposible serlo. Tiene que ayudar a Jacobo y lo va a hacer como lo tenía que haber hecho desde el principio: hablando directamente con el responsable del centro.

Según Lola, al chico se le ve feliz, atontado, pero feliz. Dice que, observándolo, cualquiera podría pensar que tiene una vida «normal» y no que vive en el seno de una familia que lo ignora y que, a fuerza de tratarlo como a un mueble, le ha hecho madurar antes de tiempo. Lola se sorprende cuando en algún momento de confianza, y de algo de despiste por parte de Jacobo (el chico es el culmen de la discreción), este le cuenta que ha llegado tarde a ver a Gato debido a que ha tenido que ir a la compra porque no tenía leche para desayunar, o poner una lavadora porque se había quedado sin calcetines limpios.

Laina y Jacobo consiguieron el número de contacto que dejó doña Carmen en la inmobiliaria. Los dos se escondieron en el local a la hora de comer y, mientras los confiados agentes inmobiliarios almorzaban y echaban una pequeña siesta en sus casas, la niña se metió en el ordenador de su padre como una verdadera *hacker* y no paró hasta que consiguió lo que quería; el pobre y desconsolado animal tenía que volver a su hogar.

Minerva me pregunta por él de vez en cuando: «¿*Ato*?», dice subiendo los hombros y las manitas. «Gato se ha ido de vacaciones, mi vida, y no sé si volverá».

Mario está caminando en círculos por el salón con el móvil en la mano ensayando cómo va a comenzar la conversación antes de llamar.

—¡Vamos, Mario!, no le des más vueltas —le pido nerviosa—. Me estás poniendo frenética. Decídete, por favor, que no tenemos todo el día. Si no, déjame a mí y verás qué pronto acabo.

—Ni hablar, cariño. No me fío, con tu sensibilidad y paciencia probablemente sueltes alguna burrada. Algo así como: «Buenos días, llamo para saber si doña Carmen Aguirre de Anchorena está muerta».

—No seas exagerado y llama ya, por favor —le suplico.

Por fin marca el número que nos han dado los chicos:

—Buenos días, quisiera hablar con Carmen Aguirre. —Pausa—. ¿No está en casa? —Mario hace un gesto de sorpresa. «Está viva…», me dice moviendo solo los labios—. Soy Mario Estébanez, el dueño de su antigua casa. Verá, cuando nos mudamos nos encontramos aquí a su gato y queríamos devolvérselo. —Mario asiente de vez en cuando y continúa caminando mientras habla. Yo no paro de seguirle con la mirada.

—Pon el manos libres, Mario —le susurro. ¿Por qué no se nos habrá ocurrido antes?

Mi marido alza el dedo pulgar a modo de confirmación y pulsa la tecla con el símbolo del altavoz:

—…porque mi madre está en una residencia y tiene demencia senil. Cuando vendió la casa ya estaba empezando a olvidarse de lo que acaba de decir o de lo que acababa de ver en la tele, incluso se perdió un par de veces volviendo de comprar el pan. Al final nos vimos obligados a convencerla de que la vendiese porque veíamos que la enfermedad avanzaba demasiado deprisa.

—Cuánto lo siento, debe de ser muy duro —contesta Mario.

—No puede hacerse usted una idea. Y lo malo es que, en cuestión de meses, se ha deteriorado bastante. Es probable que ni se acuerde del gato. Yo, si quiere, le doy la dirección de la residencia, está en un pueblo de Soria. También le puedo dar permiso para visitarla; quizás le haga hasta bien que alguien vaya a verla y le lleve a su gato. Pero claro, al animal tendrán que quedárselo ustedes, yo no puedo cargar con él…

—Vaya… déjeme que lo piense, la verdad es que no teníamos previsto hacer ningún viaje, y tampoco quedarnos con el gato, a no ser que no quedase otro remedio —dice Mario dándose palmaditas en la mejilla. «Vaya cara dura», murmura con el volumen justo para que solo lo oiga yo.

—Si no se lo quieren quedar, pueden llevarlo al veterinario y pasarme la factura de la inyección —añade la mujer.

—No creo que haga falta. En fin, no quiero molestarla más, pero me gustaría preguntarle una última cosa.

—Usted dirá.

—Cuando su madre vivía en nuestra casa… ¿vio alguna cosa rara?

—Cómo que cosas raras…

—Sí, algo que no se pudiese explicar.

—Ya le he dicho como estaba mi madre —indica la mujer—. Tenía la cabeza un poco ida; a veces aseguraba que había dejado la puerta de la buhardilla cerrada o las cortinas de su habitación echadas y que luego se las encontraba abiertas. También oía ruidos extraños, pero es una casa vieja, usted lo sabe, y las casas así están llenas de crujidos que parecen ayes y de corrientes de aire que parecen susurros. Un día nos contó que algunas madrugadas alguien la miraba desde los pies de su cama mientras dormía y que le daba tanto miedo, que no movía ni un dedo durante toda la noche. La pobre… yo creo que se inventaba esas cosas para llamar nuestra atención. Además, siempre ha sido muy imaginativa, pero con la enfermedad se ha agudizado ese aspecto de su personalidad y últimamente andaba fantaseando más de lo normal. ¿Les ha pasado algo a ustedes?

—Bueno, solo algún ruido que otro, pero seguro que se debe a lo que dice usted de la antigüedad de la casa, será algo que no hemos arreglado bien en la reforma —concluye Mario—. Muchas gracias por atenderme. Si algún día pasamos por Soria, quizás le avise para que me diga dónde está la residencia e ir a visitar a su madre. Siento mucho lo que le ha pasado, de verdad.

—Muchas gracias, es usted muy amable. Un saludo y hasta otra.

—Un saludo.

Mario cuelga y me resulta imposible no explotar:

—Es increíble, abandonan a su madre y luego al gato. Y nos dice que le vendrá bien a la pobre mujer que alguien vaya a visitarla, ¡ve tú, que eres su hija!

—No te aceleres, cariño, que no sabes la historia de esa gente, a saber qué complicaciones han tenido o cómo está doña Carmen de mal.

—Sí, han tenido mucha complicación para que vendiera la casa, seguro que se han quedado ellos con el dinero. Yo tampoco la vi tan mal las veces que nos enseñó la casa y cuando fuimos a firmar. Parecía una señora perfectamente normal. Me sorprendió, y hasta me molestó, que el hijo que la acompañaba, Natán o algo así me parece que se llamaba, no parase de decirle lo que tenía que hacer: «Mamá, firma aquí, mamá, firma allá…».

—Nos estamos yendo del tema… centrémonos. La mujer no está muerta, así que no es la responsable de las apariciones —arguye Mario.

—Así, sin más.

—Así, sin más. Cerramos esta línea de investigación.

—Ah, ¿pero tenemos más líneas de investigación, inspector Estébanez? —pregunto sorprendida.

—Pues la verdad es que no, inspectora Santobeña, hemos llegado a un callejón sin salida. Y además nos queda determinar qué vamos a hacer con el testigo número uno: el gato.

—Te olvidas de lo que ha dicho sobre las cosas que veía doña Carmen, las cortinas abiertas y ese ser que la observaba mientras dormía.

—Doña Carmen no es un testigo fiable. Es una persona mayor con una demencia senil diagnosticada.

—Mario, aunque me divierte este teatrillo y admito que sirve para rebajar la tensión, lo cierto es que no me quedo nada tranquila. Me temo que me va a tocar viajar a Soria para ver a doña Carmen con mis propios ojos y salir de dudas.

—Está bien, así quedaría realmente cerrada esa línea de investigación —sigue Mario con la comedia—. Pero insisto en que todo lo extraño que pudiera pasarle a esa señora está totalmente justificado por su enfermedad y por el estado de la casa, recuerda cómo estaba cuando entramos por primera vez: totalmente abandonada. Y, además, llevamos muchos días sin que pase nada.

—Aunque ahora no estén ocurriendo *cosas*, quizás cuando deje las pastillas… Algún día tendré que dejarlas, Mario.

—Claro que sí, cariño, cuando estés preparada dejas de tomarlas y probamos a ver. Minerva no ha vuelto a quedarse ida, puede que todo haya terminado con los medios que hemos puesto.

Mario me abraza y me besa, parece que se siente aliviado. Supongo que, si doña Carmen hubiese resultado ser el fantasma, se nos hubieran planteado nuevas preguntas y nuevas decisiones que tomar. Es más fácil pensar que todo ha acabado.

35

Catalina se está echando una de sus habituales siestas domingueras, pero no en el sofá de mi casa, sino en la butaca del teatro donde está actuando su hija. A mi suegra no le hace falta mucha comodidad para dormirse, la he visto hacerlo en una «echavisitas», una de esas sillas insurrectas que tienen el respaldo y el asiento en un perfecto ángulo de noventa grados y que son totalmente de madera, sin un mal cojín o una mala guata.

La obra es algo de teatro conceptual argentino. La representación transcurre con interludios de canto y baile, proyecciones de imágenes simbólicas sobre la guerra y actores que se persiguen los unos a los

otros por la platea mientras se graban con una cámara.

Catalina abre de vez en cuando un ojo y susurra: «Si mi Esteban levantara la cabeza…, esto ni es música ni *na*», y se vuelve a dormir como un bebé.

Mario parece que disfruta de tanta parafernalia, pero yo, la verdad, no puedo dejar de pensar en el monstruo de la bata de flores azules, no logro concentrarme. La llamada de ayer no me sirvió de clausura y esta misma mañana me he ido hasta la residencia a ver a doña Carmen.

Mi marido tenía razón, me he encontrado con alguien que nada tiene que ver con la persona con la que hablé hace dos años, el día que firmamos las escrituras. Me he encontrado con un saco casi vacío, sin recuerdos, solo con sospechas e incertidumbres. La mujer me miraba como si fuera transparente y no atinaba a recordar quién era yo. Le pregunté por su casa, y los restos, que el cernidor de la demencia había dejado en su mente sobre su hogar, eran todos de buenos momentos: de cuando la vio por primera vez con su marido, de sus nietos correteando por el jardín, de cumpleaños, de canciones y besos…, nada de fantasmas o apariciones. Me alegré sinceramente por ello, sin embargo, mi egoísmo no me permitió dejarlo ahí; volví a la carga y le pregunté por la persona que la espiaba durante las noches, insistí sobre todo en si era hombre o mujer. Fue inútil, ese episodio de su vida se había borrado definitivamente de su disco duro; me observaba extrañada y confusa, haciendo un esfuerzo por recabar la información de su maltrecho cerebro, lo único que conseguí fue desesperarla y aturdirla aún más. En un último intento por sacar algo en claro, le mencioné al gato, pero tampoco se acordaba de él.

Dejé que la mañana avanzara mientras me contaba cómo se enamoró de su esposo y cómo eligieron el nombre de sus cinco hijos usando palíndromos. Después de una hora, vino a verla una auxiliar, una chica preciosa de mirada tierna y risueña que, al notarla fatigada, me pidió amablemente que me marchara: «Espero que venga usted más a menudo, a este tipo de enfermos les viene muy bien hablar con su gente de sus cosas, eso hace que el olvido llegue un poquito más tarde». No me molesté en explicarle que yo no era «su gente». Simplemente le di un beso en la frente a doña Carmen y me despedí de ella con toda la dulzura de la que fui capaz. Me prometí que volvería a verla, doña Carmen podría haber sido mi madre.

La función transcurre con un monólogo de Encarna, un monólogo lineal y sin altibajos. Siento que me voy a quedar dormida como mi suegra. Me dan ganas de abandonarme. El rememorar la escena con doña Carmen ha conseguido que me inunde cierto sosiego y mi mente también viaja al pasado: viaja a la garita donde jugaba con Samuel,

veo el suelo de parqué y la puerta blanca con su ventanuco rectangular, veo a Luisa arreglándose el peinado, veo a mi padre comiéndose las patatas guisadas en la salita mientras nos pregunta a dónde queremos ir a pasear, veo a mi madre…

Por fin me duermo y sueño.

Sueño con el día en el que Samuel me regaló el gato de peluche, oigo el tintineo de las llaves cuando mi madre las coge antes de marcharse y el taconeo de Luisa corriendo por el portal: tac, tac, tac.

Oigo, pero no veo. Abro los ojos: Samuel está sentado en el suelo frente a mí. El peluche me observa desde sus brazos, el peluche forma parte de sus brazos, las orejas de tela se funden con la carne de sus dedos y sus uñas se deforman para convertirse en las oscuras pupilas del animal.

Las paredes han desaparecido, estamos rodeados de tinieblas, en silencio. Samuel barre con la mirada la negrura infinita que nos rodea; algo lo inquieta, pero no me dice qué.

Suena un golpe, una cosa mojada y pesada ha caído a nuestro alrededor y se restriega contra el suelo una y otra vez. Unos segundos después, vuelve a caer.

Podemos sentir la humedad escapándose de lo que quiera que se aplasta contra el piso y se escurre hacia nosotros avanzando blando y acuoso. Ambos permanecemos con nuestros pequeños cuerpos pegados al parqué, algo repugnante se acerca y nos acecha, pero somos incapaces de movernos.

Samuel está aterrorizado, tiene los ojos tan abiertos que parece que se le van a salir de las órbitas; comienza a llorar con angustia y también con una profunda tristeza. Lentamente, alza una mano temblorosa y señala detrás de mí, no quiero girar la cabeza.

Oigo el solo de órgano de *Riders on the Storm* y despierto. Al director de la obra se le ha ocurrido incluir ese fragmento de la canción justo antes del sonido de un bombardeo. El estómago se me ha encogido de miedo en cuanto he escuchado la primera nota, aún dentro del sueño. Me empieza a faltar la respiración y noto el corazón latiendo desaforadamente: creo que estoy sufriendo un ataque de ansiedad en toda regla.

Abandono la sala asustada; jamás me había pasado algo así, es más, me precio de ser una persona con control sobre mi cuerpo, aunque no sobre mi mente o sobre mis impulsos. Esa música ha hecho que vuelva de golpe a la carretera de la urbanización, que vea de nuevo ese cuerpo deforme y alargado, y la carne rojiza del cuero cabelludo despegada del cráneo, sus ojos húmedos y negros…

—¿Estás bien, mi niña?

Es Catalina, que ha salido a buscarme al ver que no volvía a mi

butaca.

—Sí, solo que me he agobiado un poco —respondo—. Estaba adormilada y me he despertado desorientada.

—No me extraña, hija, con tantas bombas y tanta gente dando vueltas por el teatro. Lo que no sé es cómo has conseguido dormirte, ¡yo he intentado echar una cabezada, pero no he podido pegar ojo! Anda, siéntate y toma un poco de agua —me dice mi suegra mientras me tiende una botella que ha tardado en sacar del bolso menos de un segundo. Esta mujer mantiene un orden milimétrico hasta dentro de su bandolera—. Quédate tranquilita, respira… ¡Y no se te ocurra decirle a Encarna lo de mi cabezada!

—No te preocupes, Catalina, no le diré nada.

En ese momento se oyen aplausos. La obra acaba de terminar y los espectadores comienzan a salir y a llenar cada hueco del vestíbulo como si fueran hormigas cuyo hormiguero se está inundado.

Mario se acerca alarmado:

—¿Qué ha pasado, cariño?

—Nada, solo… un sueño.

Catalina ha ido a por otra botella de agua y Mario aprovecha para preguntarme:

—Pero ¿un sueño, «sueño»…?

—Sí, solo un sueño, no era algo bueno… pero no he llegado a tener la sensación de realidad absoluta como cuando… ya sabes. De hecho, está empezando a desvanecerse… Ha sido la maldita música lo que me ha puesto así.

—Menos mal, ahora cálmate. —Mario me abraza—. Encarna te ha visto desde el escenario y se ha quedado bastante preocupada.

—Vaya, lo siento. No ha sido mi intención dar el espectáculo. Vamos a verla al camerino.

36

El camerino no es realmente un camerino, es una habitación llena de percheros y cajas donde los actores, hombres y mujeres, se cambian de ropa y se desmaquillan mientras sus familiares revolotean a su alrededor deshaciéndose en halagos.

Mario y yo le damos la enhorabuena a la artista, y yo le pido disculpas por haberme marchado de la sala antes de acabar la representación.

—Por favor, cielo, no pasa nada, lo importante es que estés bien. —Encarna me mira por encima de las gafas con ojos interrogantes—. ¿Lo estás?

—Sí, ha sido solo un sustillo sin importancia.

Catalina se acerca y abraza a su hija haciendo un esfuerzo por

mostrarse entusiasmada:

—Qué cosa más bonita de función, ¡has hecho una interpretación fuera de serie!

—Gracias, mamá —responde Encarna—. Me alegro de que te haya gustado.

Encarna, sabedora de que a su madre le incomoda estar entre los actores medio desnudos, le pide a ella y a Mario que le compren un café. Ambos se marchan y yo me quedo a ayudar a mi cuñada a desembarazarse de las mallas y la peluca.

—La pobre no soporta mis actuaciones… Lo sé —me confiesa—. Lo disimula fatal. Siempre ha considerado que soy una vaga sin oficio ni beneficio, y que debería haberme dedicado a la música de verdad, como mi padre, y no a todas estas «zarandajas». Así las llama ella cuando cree que no la escucho.

—El sino de los artistas: la incomprensión.

—Ya. —Me mira resignada—. También sé que a vosotros os aburren mis representaciones sobremanera.

—Mujer, no nos aburren, nos cuesta comprenderlas. Estarás de acuerdo en que la obra de hoy era bastante sesuda y difícil de entender.

—No la he entendido ni yo… —dice Encarna mientras se ríe—. Y dime, ¿qué tal te fue ayer en Soria?

—Pues la pobre mujer no recuerda casi nada. Tu hermano va a estar en lo cierto: las cosas extrañas que veía doña Carmen eran fruto de su demencia.

—¿Estás segura?, ¿no supo decirte qué es lo que la acechaba por las noches?

—¡Qué va, Encarna!, si ya te digo que no se acordaba de nada de eso.

—Uhm… —asiente meditabunda—. Es sorprendente que Minerva y tú no hayáis sufrido más manifestaciones. Estos fenómenos no se acaban tan fácilmente y, desde luego, no de un día para otro…

—Encarna, me estás asustando.

—Si pudiésemos saber a ciencia cierta qué es lo que visitaba a doña Carmen… Puede que el problema esté en la casa en sí misma y que el gato solo sea una especie de transmisor. Habría que averiguar la historia de la casa y yo debería volver y ponerle una «vacuna de recuerdo» a vuestro hogar.

—No, por favor —le suplico—, ¿estás hablando en serio?, ahora estamos tranquilos…

—¿Y qué me dices de la pesadilla que acabas de tener? Te he visto, no creas que no me he dado cuenta.

—Ha sido solo un mal sueño.

—Cuéntamelo, quizás pueda hacer una interpretación y que eso

nos ayude.

—Ya te lo interpreto yo: echo de menos a mi gato de peluche porque representa mi infancia y mi deseo de volver a ella en un intento de evadirme de una realidad que me resulta incierta y agobiante.

—No ha estado mal, pero creo que puedo mejorarlo.

—No pienso contártelo y, además, ya casi se me ha olvidado. Sé que aparecían Samuel, mi madre y Luisa, no recuerdo mucho más.

—Quizás con hipnosis… —insiste Encarna.

—¡Ya vale! Por un momento había conseguido relajarme y considerar que esto había pasado y tú vuelves a la carga.

—No está en mi ánimo soliviantarte, querida mía. No obstante, es muy raro que todo haya acabado sin más.

—¿Dudas de tus «poderes»? —le pregunto.

—No, todos los ritos y ceremonias que hice (tendrías que haber visto la cara de mi madre) están respaldados por mí y por siglos de estudios y tradición, pero como no sabemos a lo que nos enfrentamos, no puedo garantizar sus efectos al cien por cien.

—Está bien, supongo que «vacunar» la casa de nuevo no está de más —consiento desarmada.

—Una única cosa antes de que vuelva mi hermano con mi madre: creo que sería importante averiguar lo de las apariciones nocturnas de doña Carmen.

—Y dale con la borrica al trigo… Si lo más seguro es que se trate de una alucinación suya. Incluso sin sufrir ningún tipo de enfermedad mental, es bastante común tener esa sensación: la de que alguien te observa mientras duermes. Lo he investigado y está asociado a un trastorno del sueño estudiado y tipificado que se llama parálisis del sueño; las personas que lo sufren no pueden realizar ningún movimiento voluntario aun estando totalmente conscientes, y siempre ocurre justo antes de dormirse o de despertar. Por lo visto, durante la fase REM, el cerebro inhibe el movimiento de la mayor parte de nuestros músculos para que no representemos nuestros sueños y nos hagamos daño. —Encarna ha parado de desmaquillarse y me mira concentrada—. Al estar entre el sueño y la vigilia se suelen padecer alucinaciones auditivas y visuales: tú estás despierto, pero tu cerebro sigue soñando. Casi toda la gente que lo padece habla de presencias y movimientos a su alrededor.

—Conozco algo sobre el tema. Se han descartado muchas supuestas apariciones gracias a ese trastorno, sin embargo, no creo que vuestro caso pueda explicarse por la parálisis del sueño; está ligado a otros fenómenos, a otras circunstancias. No es solo que a esa mujer la visite alguien «inexistente» por las noches, está lo que te está pasando a ti y, sobre todo, a Minerva.

—Lo que nos *estaba* pasando —remarco nerviosa—. ¡Y qué más da, Encarna!, si ya te he dicho que no se acuerda de nada.

—Ella no, pero a lo mejor su hija sí. Seguro que la mujer, fuera por llamar la atención o porque realmente vio algo, se lo contó a su hija con todo lujo de detalles.

Puede que Encarna tenga razón y no me cuesta nada hacer una llamadita, así me quedaría más tranquila y podríamos dar por cerrado definitivamente el caso, como diría el inspector Estébanez.

37

Mientras Encarna se termina el café y Catalina y Mario la ayudan a recoger todos sus bártulos, he encontrado un lugar tranquilo desde donde llamar a la hija de doña Carmen.

Tarda un poco en cogerlo, pero finalmente contesta:

—¿Dígame?

—Buenas tardes, Ada, soy la mujer de Mario Estébanez. Llamaba para comentarle cómo ha ido la visita que le he hecho a su madre.

—¿Ah, sí? Cuando me volvió a llamar su marido pensé que iba a ir a verla él…

Noto cierto deje de recelo en su voz.

—A él no le venía bien y por eso he ido yo —me justifico—, y déjeme que le diga que la he encontrado muy bien de salud, aunque su mente estaba bastante nublada.

—Ya se lo dije a su marido —me contesta molesta.

—Su madre ha sido muy tierna, guarda muchos y preciosos recuerdos de esa casa y de sus nietos. Me ha contado cómo se enamoró de su esposo, es una historia muy bonita.

—Sí, la pobre se pone realmente pesada hablando de cómo conoció a mi padre. ¿Le han dicho algo las enfermeras sobre la medicación? —me pregunta cambiando de tema radicalmente—. Hace una semana les sugerí que les dieran algo más fuerte para dormir, para que no sufriera tanto por las noches, ya sabe…

—Pues no, no me han dicho nada…

Mi asombro va *in crescendo*.

—Vaya, me tocará llamar. Seguro que no han hecho nada al respecto, son una panda de incompetentes. Tendría que haber hablado con el médico directamente y no dejarles la gestión a ellas.

—En fin —la interrumpo—, solo le quería decir que ha sido un placer ir a verla y que me gustaría hacerlo otra vez, si no es inconveniente para usted.

—En absoluto.

—Una cosa más…, también le pregunté por su visitante nocturno, y me alegra informarle de que no recuerda absolutamente nada de ese

episodio tan horroroso. Debe de ser un alivio para usted.

—Sí, claro que lo es —contesta indiferente.

—Por curiosidad, ¿llegó a decirle doña Carmen si ese visitante era hombre o mujer?

—Me dijo que era un hombre, un señor gigantesco vestido con un terno negro. Por su descripción, yo creo que se trata de su padrastro. El tipo era un sinvergüenza con muy mala baba que le pegaba a ella y a sus hermanas. Bebía como una mala bestia y un día, volviendo a pie de las fiestas de un pueblo vecino, se le escapó el cigarro de entre los dedos, con tan mala suerte que se le quedó en el dobladillo del pantalón, y estaba tan borracho que no acertó a apagarlo. Se cayó de culo en una era recién segada y ardió como una tea. Al muy desgraciado le tuvieron que cortar las piernas a la altura de los muslos y pasó el resto de su vida en una silla de ruedas; una historia para no dormir.

Ada hace una larga pausa como si estuviera recapacitando y, de repente, me chilla enfadada:

—¡Pero qué es lo que se traen ustedes con lo que vio o dejó de ver mi madre!, a ver si la van a volver más loca de lo que está. No creo que sea conveniente que vaya a verla más, no sé qué tipo de obsesión tienen usted y su marido con las cosas raras, pero no quiero que vayan a hablarle a mi madre de alucinaciones nunca más.

—Tranquilícese, Ada, solo era un comentario —respondo asombrada.

—Me da igual, solo faltaba que le llenasen la cabeza de más tonterías.

No me puedo aguantar más:

—¡Por lo menos alguien iría a verla y no se pasaría meses más sola que la una!

Silencio.

—¡No tiene usted derecho a hablarme así! —me grita Ada de nuevo a través del auricular—. ¡Quién se ha creído que es!

—Alguien que se preocupa sinceramente por su madre, por una pobre mujer a quien sus hijos tienen totalmente abandonada y por la que solo se interesan a la hora de vender su casa y quedarse con su dinero.

—¿Cómo sabe usted eso?, ¿quién se lo ha dicho? ¡No vuelva a llamarme nunca más!

—¡Con mucho gusto, pedazo de carne misógino y egoísta! —le suelto antes de colgar.

Si fumara, ahora sería el momento de encenderme un par de cigarrillos. Uno, por el enfado que me ha procurado Ada, y otro, por el desasosiego que me ha dejado el saber que el monstruo de doña Carmen nada tiene que ver con el mío, porque si tampoco es su

difunto padrastro, ¿quién es mi fantasma?

38

Catalina se siente como una vulgar sardina en medio de un cardumen de peces tropicales. Después de la representación, Encarna se ha empeñado en que Mario y ella se tomen un café con todos sus colegas de la compañía. La cafetería es un local precioso, propio de artistas; está llena de objetos decimonónicos, cristaleras, mármoles y maderas oscuras; hay tantas fotos y cuadros colgados de las paredes, que es casi imposible discernir de qué color son. Los actores la han colonizado como si fueran una marabunta estrafalaria; charlan ruidosos y excitados, repartidos entre varias mesas a lo largo del café.

Está sentada al lado de su hija en la mesa más cercana a la puerta. Sujeta nerviosa el bolso sobre las piernas e intenta seguir un debate plagado de conceptos inasibles para ella: «la crisis de la transmisión objetiva de las pautas del mensaje», «el teatro de la no representación», «el arte infinitesimal»…

«Madre mía —piensa—, yo llevo toda mi vida rodeada de arte y de artistas y jamás he escuchado tantas zarandajas».

Busca el contacto visual con su hijo para reclamarle que la rescate, pero Mario, como es habitual en él, ni siquiera se da cuenta. Está en otra mesa muy entretenido hablando con una actriz argentina que no para de reír y de agitar la melena.

Como no consigue la atención de Mario y no entiende, ni quiere entender, lo que se está hablando a su alrededor, opta por imbuirse en su propio mundo mientras agita la manzanilla con la cucharilla. Piensa en que su Esteban sí que disfrutaría en ese lugar, quizá no de la conversación de los compañeros de su hija, pero sí del entorno.

Lo puede ver sentado junto a la ventana, fumándose un puro y pensando en su música con su cuaderno de notas abierto sobre la mesa, lo ve con la mirada ida y una media sonrisa de placer porque en su mente hay un cuarteto de cuerda sonando. ¡Cómo amaba a ese hombre!, daría lo que fuera para que aún estuviese con ella, y juntos, poder ayudarnos. Ayudar a su Encarna, que anda totalmente desorientada y no consigue centrarse. Catalina hace verdaderos esfuerzos por comprenderla, por no poner en tela de juicio su manera de entender la vida, pero le resulta imposible; uno no puede subsistir solo de los sueños, solo de un arte sin limitaciones ni restricciones, para ello, tienes que ser un genio.

Eso Esteban lo entendió muy pronto, comprendió que tenía un talento limitado y que la manera más fácil de ganar dinero con él era arreglando las composiciones de los demás. Se le daba bien dar brillo y complejidad a las obras ajenas, las enriquecía de una manera

especial, y ese toque en su profesión era muy apreciado. Nunca le faltaron encargos, al contrario, en ocasiones se pasaba las horas trabajando en el estudio hasta bien entrada la noche. Después, en casa, en los parques o en las cafeterías, daba rienda suelta a su creatividad y componía hermosas piezas que dedicaba a su mujer y a sus hijos y que, en contadas ocasiones, llegaban a formar parte de la banda sonora de algún documental o de alguna serie de dibujos animados. Él hubiera sabido aconsejar y guiar a Encarna, tenían una conexión especial: padre e hija se entendían con solo mirarse y el amor que ambos sentían por la música les unía todavía más.

Como Esteban no está, solo le queda amar a su hija y confiar en que ella sola encuentre su camino. O quizás deba admitir, sin más, que Encarna es feliz viviendo así y que realmente ya lo ha encontrado y camina por él; eso es lo único importante, aunque esa manera de ser feliz escape a su entendimiento.

Y qué va a hacer con Mario y conmigo? Piensa en que podría¿ encerrarnos en un manicomio junto a Encarna, Marita y, de paso, ese gato tan gordo que anda ahora en casa de Lola. Puede que a Lola también la ingresara. Le cae muy bien esa muchacha, pero no le hacen mucha gracia esos líos que se trae con los hombres, y cómo anda alborotada y corriendo todo el día. Catalina siempre ha sido una mujer moderna, pero con un orden: una cosa es una cosa, y dos son .dos

Se da cuenta de que, si sigue dándole vueltas a la cabeza, va a encerrar a media humanidad en el loquero, sin embargo, insiste en seguir buscando la manera de arreglar su mundo: no lo puede evitar.

Le asombra y le extraña que yo haya caído en esos delirios de fantasmas y apariciones –y eso que desconoce que ayer me fui hasta Soria para medio mortificar a una anciana que anda perdida entre sus recuerdos– y le asusta el hecho de no saber qué hacer al respecto, el no poder clasificar, ordenar y solventar el problema. Y para colmo, Mario y yo hacemos como si no existiese. Aunque desde luego, su visión del problema, «que ya no existe», no se parece en nada a la nuestra.

Recuerda una tarde en la que, al volver a casa de trabajar, se encontró a la pequeña Encarna sentada en la alfombra observando el piano de su padre. En el piano no había nadie tocando. La yaya *Marsia* y Mario estaban al lado de la cría montando un puzle del Arca de Noé; la yaya sonreía mirando a Encarna mientras sostenía una jirafa entre sus manos oscuras como el café: «¿A quién está viendo, mi niña?», le preguntó. «¿A quién ve?», le volvió a decir. «Marcia, ¿cómo que a quién está viendo?», quiso saber Catalina. Fue entonces, cuando la yaya *Marsia* le explicó en «portuñol» su asombrosa teoría sobre las visiones extrasensoriales de los niños no parlantes. Catalina,

intentando mantener la calma, la conminó a no volver a sacar a relucir nunca más su teoría y a no preguntar a sus hijos ese tipo de cosas, ya que, como todo el mundo sabe, los niños hacen eso simplemente porque están aprendiendo a enfocar los objetos.

«Espíritus y muertos que se aparecen, ¡zarandajas!».

Catalina sigue agitando la manzanilla ensimismada, las conversaciones que la rodean son solo murmullos, un rumor sordo. Se siente como si estuviera dentro de una botella de cristal.

—Mamá —la llama Encarna—. Estás cansada, ¿verdad? Tendrías que haberte ido con la cuñada al salir del teatro.

—No, cariño, estoy a gusto aquí y, además, hoy duermo en casa, así que me voy contigo.

—No hace falta, mamá, si quieres puedes dormir con ellos, no me importa. Mario puede llevarte.

—Ni hablar, hoy quiero estar con mi niña —contesta Catalina con dulzura.

A Encarna se le ilumina la cara de amor.

—Gracias, mamá. Te quiero muchísimo —le dice mientras la besa —. ¡Mario! —grita—. ¡Espabila que nos vamos! ¡Se acabó la función!

39

El jueves se me está haciendo cuesta arriba. Me he quedado dormida y llego tarde al trabajo. No sé si se me está yendo de las manos lo de las pastillitas o es que verdaderamente me estoy relajando tanto que me cuesta abandonar el sueño, incluso cuando se ha pasado su efecto. Quizás sea el momento de ir dejándolas y llevar a cabo la prueba de fuego.

Recorro el vestíbulo, todo cristal y metal, brillos y reflejos, blancos y grises, y llego a la hilera de los tornos. A pesar de lo amplia que es la galería, puedo distinguir a Navarro que me mira con lo que, a mi juicio, parece suficiencia. Juraría que sonríe con malicia y cuchichea algo con los otros jefes mientras se asegura la corbata. Supongo que se alegra de ser testigo de la primera vez que no llego puntual a la oficina. Levanto la barbilla a modo de saludo y le lanzo mi sonrisa más brillante, que por mí no quede.

En el ascensor, alguien se ha bañado en colonia, alguien no ha pasado por la ducha y a alguien se le fue la mano anoche con el güisqui y ha amanecido como una destilería andante.

Cuando entro en mi despacho, con la pituitaria aún desajustada, me encuentro con Simón dando vueltas alrededor de la mesa. No le he visto en toda la semana, ni siquiera hemos hablado por teléfono.

—Buenos días, Simón, que sepas que Encarna se quedó esperando a que fueras a verla al teatro.

—Lo siento, ya le mandé un WhatsApp disculpándome. No he pasado un buen fin de semana.

Simón se sienta mientras yo dejo el bolso y la chaqueta. Me extraña que sea tan escueto:

—¿Qué te ocurre?

—El viernes a última hora me dieron un notición: me han cambiado de proyecto, tengo como supervisor a Navarro.

Ahora me cuadra el círculo; por eso, el muy estúpido me miraba y se reía cuando me ha visto en el vestíbulo. Siento que la sangre empieza a hervir en mis venas:

—¡Y me lo dices hoy! Eso no puede ser, no sin mi aprobación.

Inmediatamente lanzo la mano hacia el teléfono, pero Simón me frena poniendo la suya sobre la mía:

—Espera, jefa, la orden ha venido de arriba. Está claro que la idea es que acabe abandonando, como han ido haciendo todos los que han estado bajo las órdenes de Navarro.

—No pienso permitirlo… Al menos tendrán que darme una explicación convincente. ¿Qué pasa?, ¿has descubierto algo más?

Simón niega con la cabeza:

—No quiero contártelo, puede perjudicarte. No hagas ni digas nada, si ven que estás de mi parte, lo más seguro es que también vayan a por ti. Ni siquiera debería estar aquí.

—No tengo miedo, Simón. —Ahora *sí* que no tengo miedo, y me siento con fuerzas suficientes como para luchar contra esos molinos de viento; mi fantasma comienza a formar parte del pasado—. Sinceramente, creo que ellos tienen más que perder.

Hacía años que no veía a mi amigo tan desolado. Siempre ha sido un hombre enérgico y animoso; el Simón que tengo delante no se parece en nada al compañero con el que empecé en el laboratorio.

—Ven mañana a cenar a mi casa —le propongo—, y hablamos con más tranquilidad. Mi padre conoce a mucha gente, y aunque me cueste pedírselo, es muy probable que nos ayude. Con toda la pelota que le hiciste en el cumpleaños de Minerva, lo hará encantado. —Intento animarlo, pero Simón no reacciona al chascarrillo: otro síntoma de que no se encuentra en su mejor momento—. Tú trabaja con la misma rectitud y las mismas ganas de siempre, y no te vengas abajo, seguro que encontramos una solución. Estoy dispuesta a apoyarte en lo que haga falta.

Pilar aparece por la puerta y Simón y yo nos sobresaltamos como si fuéramos dos amantes pillados *in fraganti* por un marido celoso:

—Buenos días.

Pilar, la mujer telegrama, permanece indiferente junto a la entrada:

—Jefa, deberías acostumbrarte a cerrar de vez en cuando la

puerta de tu despacho.

—Tienes razón —afirmo azorada. En ese momento, Simón se levanta y, farfullando una despedida, se aleja hacia la salida—. Simón —lo llamo—, recuerda en qué hemos quedado.

—A sus órdenes, mi comandante.

Una vez estamos solas, Pilar se sienta conmigo y repasamos lo pendiente para mañana –cómo no, Ronconi quiere verme, me imagino que para hablar de Simón– y la ristra de mensajes del día.

—Ayer, a última hora, te llamó un tal Samuel Herrero.

—¿Samuel? ¡Dios mío! ¿Y qué quería?

Pilar se muestra asombrada ante mi reacción:

—No me imaginaba que realmente lo conocieras… Me dijo que era amigo tuyo y que te había localizado a través de la web de la farmacéutica. Obviamente, no tenía tu teléfono personal: eso me extrañó muchísimo, si fuera amigo tuyo de verdad, lo tendría.

—Bueno, ¿y qué te dijo? —le pregunto ansiosa.

—Pues estaba muy nervioso y acelerado, quería hablar contigo a toda costa. Cuando le dije que ya te habías ido, se puso como un loco y prácticamente me exigió que le diera la dirección de tu casa, y claro, le contesté que eso era imposible, que no me está permitido y que volviese a llamar hoy, que no pensaba darle tu dirección o tu teléfono de ninguna manera.

—Tenías que habérmelo pasado de inmediato.

—¡Pero cómo!, si me dijiste al marcharte que no te pasara ninguna llamada —contesta Pilar contrariada—. Además, nunca te había oído mencionar a ningún Samuel Herrero y, la verdad, me dio bastante miedo, no paraba de repetir: «Tengo que hablar con ella, es urgente, tengo que hablar con ella de mis pesadillas».

—Espera, ¿dijo «pesadillas»?

—Sí, eso dijo, tampoco es que le entendiera muy bien, se oía bastante mal y de vez en cuando perdía la conexión, o la cobertura o lo que fuera. Es como si estuviera al otro lado del mundo en la montaña más alta del planeta. De veras que me asustó, jefa, pensé que era algún desequilibrado, yo que sé, hay mucha gente rara… Y cuando empezó a gritarme como un poseído que yo no entendía nada, que era muy importante que hablase contigo de sus pesadillas y que no podía esperar, le colgué.

—No… Pilar, no me lo puedo creer... ¿Ha vuelto a llamar?

—No, jefa, lo siento... No pensé que fuera tan importante ni que ese hombre me dijera la verdad.

—¿Crees que podríamos localizar el número?, no sé, quizás existe algún registro de llamadas al que podamos acudir ahora mismo.

—No tengo ni idea.

—Pues intenta averiguarlo, por favor.

Cuando Pilar se marcha, en mi cerebro solo queda espacio para la llamada de Samuel, me olvido de Simón, de Ronconi y de todos los pendientes que tengo.

Estoy asustada de nuevo.

Queda abierta una nueva línea de investigación

.

Madrid, julio de 1992

40

—Toma, José Manuel, aquí tienes tu porrita.

—Gracias, Cuco.

El olor a café y a churros inunda todo el bar, es tan denso que casi se puede masticar y sentir el aceite agarrándose a la garganta.

—Qué temprano has venido hoy, un poco más y adelantas a Julián —comenta el Cuco mientras limpia la barra de aluminio con un paño de color indeterminado—. Ya me ha dicho que Angelines va a dejar la portería y que vaya avisando a mi sobrino por si le interesa el trabajo.

—Vaya con el presidente, es la discreción en persona —contesta José Manuel—. Espero que no vaya anunciándolo a los cuatro vientos porque mi mujer todavía no está al cien por cien convencida.

—Sí, mejor que no lo vaya diciendo por ahí, no sea que se le adelante otro a mi sobrino y le quite el puesto.

—¡Madre mía, Cuco!, que la silla aún está caliente.

—No me puedo creer que tu mujer quiera seguir trabajando como una mula cuando no le hace falta. Si a Inés se le presentara una oportunidad así, no lo dudaría ni por un segundo, ¡VERDAD, INÉS! —grita hacia la cocina donde su mujer está preparando las delicias llenas de grasa que ofrecerá para la comida.

—¡Y que lo digas, Cuco! —responde Inés—. Saldría de aquí pitando, feliz de no volver a oler a fritanga en la vida. —La mujer se asoma a la barra secándose las manos enrojecidas con otro trapo también de dudoso color—. Pero Lines está hecha de otra pasta. ¡Alberto, hijo!, ve al almacén y trae más palillos, no sé qué hace la gente con ellos, parece como si se los comieran.

El muchacho, un chico alto y desgarbado con la cara llena de granos, resopla aburrido y se dirige hacia el cuartucho al que su madre llama «almacén»; camina arrastrando los pies como si alguien tirara de él.

—¡Madre mía! Es más vago que hecho de encargo —farfulla el Cuco—. Y va y me dice que él se podría hacer cargo de la portería, ¿te lo puedes creer, Inés? ¡Pero si no es capaz ni de reponer el papel del váter aunque se lo pidas cincuenta veces! No hace más que estar todo el día garabateando tonterías en las servilletas, haciendo todavía más gasto.

El Duros, otro parroquiano del bar del Cuco, muy aficionado a las máquinas tragaperras, está sentado al lado de José Manuel engullendo un huevo frito, sorbiendo cerveza y fumándose un pitillo, todo a la vez. Él también da su opinión:

—Claro que la Lines debería dejar el trabajo, lo que tiene que hacer es dedicarse a su casa y a sus hijos como se ha hecho toda la vida: como hace mi mujer, como hizo mi madre y como hizo la madre de mi madre. Todos los días doy gracias a Dios por haberme bendecido solo con hijos varones.

—¡Pero serás…! —le chilla Inés con los brazos en jarras—. Lo trágico es que te haya dado algún hijo con lo cenutrio que eres. Sigue diciendo esas tonterías y un día te vas a encontrar una sorpresa en el huevo frito.

—¡Bah!, me da igual. Lo que no mata engorda, y seguro que, les eches lo que les eches, seguirán estando buenísimos —responde el Duros chupándose los dedos.

—Dios mío, no tienes remedio —claudica Inés.

Magdalena, la dueña de la pollería de enfrente, acaba de entrar en el bar:

—¡Buenos días a todos! Hombre, José Manuel, ¡qué prontito has venido hoy! Me acabo de enterar de que Angelines va a dejar la portería. ¿Se sabe quién la va a sustituir?

—Mi sobrino, por supuesto —salta con rapidez el Cuco.

—¿Pero es que Julián ha publicado un bando municipal? ¿Hay alguien del barrio que no lo sepa o que no quiera quedarse con su trabajo? —José Manuel se levanta destemplado de la banqueta y deja un par de monedas en la barra, que se quedan bailoteando y tintineando sobre el aluminio—. Ya solo faltaba que publicasen en el BOE los planos del piso nuevo.

—¿Es que ya has encontrado casa? —pregunta Inés intrigada.

José Manuel se echa las manos a la cabeza:

—No, solo estoy mirando, era un decir.

—De eso nada —tercia Magdalena—, ahora mismo nos cuentas dónde está. ¿Es de mucho lujo? ¿Cuántas habitaciones tiene? ¡Ay, Virgen Santa, qué emoción!

—Me rindo, no puedo con vosotros. ¡Sois una panda de chismosos! —grita José Manuel desde la puerta antes de marcharse.

Durante unos segundos, solo se oye el ruido que hace el Duros al masticar.

—¡Bah! Vaya humor se trae este hombre —masculla mientras rebaña con un buen trozo de pan los últimos restos del huevo.

—Normal —dice el Cuco—, lo habéis agobiado con tanto tercer grado.

—Pues a mí al final no me ha quedado claro quién se va a quedar con la portería —se queja Magdalena.

—Pues mi sobrino, quién sino —sentencia el Cuco.

En la entrada de la Caja, José Manuel puede distinguir a Paco, el interventor, que está abriendo la puerta de la sucursal como hace todas las mañanas. A su lado, Gloria espera fumándose un cigarrillo.

Gloria es una mujer bajita y algo entrada en carnes, pero unas carnes bien repartidas, por lo que resulta verdaderamente sexi, y lo sabe. Va subida a unos tacones de aguja de nueve centímetros, José Manuel siempre ha pensado que debería contratar un seguro de vida para llevar semejantes tacones, y ha embutido sus generosas curvas en una falda de tubo y una blusa, tan ajustadas que dejan muy poco a la imaginación. El cabello, oscuro y cortado a lo Ava Gardner, remata su particular estilo años cincuenta.

—Buenos días, Paco. Buenos días, Gloria.

—Buenos días, José Manuel. Qué tempranero andas hoy —saluda Paco.

Gloria ni siquiera le dirige una mirada, tira el cigarro y lo pisa malhumorada.

«Vaya –piensa José Manuel–. Seguimos bien la mañana…».

Una vez dentro, decide encerrarse en su despacho y quitarse de en medio. Oye cómo va llegando el resto de los cajeros y cómo la oficina va cobrando vida.

Repasa el cuadre de caja del día anterior, lo tenía que haber hecho ayer, pero le surgió una visita para ver un piso en Chamberí y se marchó antes de tiempo. Ese piso es «el piso»: amplio, luminoso, de techos altos y preciosos balcones con barandillas de forja del barrio de La Chispería; quizás sea un poco caro para ellos, pero solo para el «ellos» del presente porque es perfecto para el «ellos» del futuro. No lo piensa dejar escapar y cuando Angelines lo vea, se va a enamorar también de él, no le cabe la menor duda. Allí van a ser muy felices los tres, verán crecer a su hija, a su preciosa palomilla que cada día les sorprende con nuevas muestras de su precoz inteligencia. Va a llegar muy lejos esta niña, va a ser alguien importante, como su padre.

Intenta concentrarse en sus tareas y dejar de soñar despierto. Cada vez que oye un taconeo cercano a la puerta, se le encoje el corazón y comienza a sudar a chorros; espera que, de un momento a otro, Gloria aparezca en su despacho como un huracán y arrase con su buen humor y su buena estrella.

Ayer, por fin, tuvo los arrestos suficientes para hablar con ella y terminar de manera definitiva con su relación. Gloria no se lo tomó muy bien, así que es inevitable que le monte alguna escena a lo largo de la mañana. Por un momento, temió que ella lo amenazase con contarle su aventura a Angelines, y que, en un arranque de ira, saliese corriendo de la cafetería y acabase buscándola para decírselo. No llegó ni a insinuarlo. Gloria es lo suficientemente inteligente como para saber que, si llega a hacer eso, José Manuel la odiaría con toda su

alma y no quedaría ni una mínima oportunidad para la reconciliación. Y es que Gloria mantiene la esperanza de volver a estar juntos, pero eso no va a pasar.

Le duele dejarla porque cree que la quiere; quizás se engaña a sí mismo para justificar que lo que ha hecho, lo ha hecho por amor, sin embargo, siente todos y cada uno de los síntomas que se le suponen al amor y también, aunque en menor medida, a la ruptura. Al fin y al cabo, él tiene a sus otros dos amores esperándolo en casa.

Suena el teléfono:

—Buenos días, oficina diecinueve veinte Caja… ¡Ah! Molina, ¿cómo estás, figura?

—Bien, harto de este calor, tengo unas ganas de irme de vacaciones… —contesta Molina desde el otro lado del teléfono—, pero mi parienta está empecinada en que nos vayamos a Andalucía, en lugar de tirar para Asturias o Cantabria y disfrutar del fresco, dice que allí no le dan ganas de bañarse. Tiene que achicharrarse para ser feliz y volver negra como un tizón para que sus amigas se mueran de la envidia. En fin, me pasaré la quincena en el chiringuito mientras ella está «vuelta y vuelta»... Bueno, a lo que voy: te tengo buenas nuevas —prosigue—, tu ascenso a director de zona es prácticamente un hecho. Solo te llamo para adelantártelo porque aún es algo extraoficial. No obstante, enhorabuena, amigo mío.

José Manuel da un puñetazo en la mesa y grita un «¡bien!» en silencio:

—Mil gracias, Molina, es la mejor noticia que podías darme.

Se despide prometiéndole a Molina una gallina en pepitoria en Casa Ciriaco. Hace girar su silla alborozado y satisfecho, no puede evitar que los labios se le abran como un volante; todo marcha a pedir de boca, el piso de Chamberí, definitivamente, va a ser suyo.

En ese instante, alguien llama a la puerta.

Con su pequeña celebración no ha estado atento y no sabe si esa llamada ha sido precedida por un taconeo.

—Adelante —murmura.

Sí que ha habido un taconeo. La sonrisa de José Manuel se corta repentinamente en su rostro. Gloria atraviesa la puerta con cara de pocos amigos, la cierra detrás de ella y echa el pestillo. Contoneándose como una montaña de nata, rodea la mesa y se acerca a su jefe.

—Ya te imaginarías que no pensaba dejar las cosas así… —le dice cambiando el rictus a uno más amigable. Apoya las manos sobre el escritorio de manera que obsequia a José Manuel con una buena vista de su escote.

—Ya lo hemos hablado, Gloria… No debemos seguir… en fin…, haciendo lo que hacemos.

—No puedes dejarme así, con todo lo que te he apoyado y lo que

te he ayudado a ascender. Me abandonas justo cuando comienzas a despegar, me sueltas como si fuera un mal lastre.

—Te agradezco de corazón lo que has hecho por mí, pero yo nunca te he engañado, Gloria, siempre has sabido que jamás iba a renunciar a mi mujer y a mi hija. Eso te lo he dejado muy claro desde el principio. Pensé que podría sobrellevar la situación, quereros a las dos.

—¡Por favor, José Manuel, esto no es una canción de Machín! ¿Querernos a las dos?

—Sí, también te quiero a ti, Gloria, y precisamente por ello, he llegado a comprender que mantener nuestra relación, tal y como están las cosas, solo puede perjudicarte. Debo renunciar a ti para que seas libre, para que encuentres a otro hombre que te haga feliz y que se dedique a ti plenamente.

—Qué buen samaritano eres… —afirma Gloria con ironía—. Tú nunca me has querido, solo te he servido para conseguir tus metas y calentarte la bragueta.

—Estás equivocada, sí que te quiero y todo esto, créeme, se me está haciendo muy difícil. Te voy a echar de menos, me seguiré acordando de ti cada mañana cuando me despierte preguntándome qué estarás haciendo y deseando estar a tu lado.

Gloria se pone derecha y cruza los brazos bajo el pecho:

—Sé que ayer fuiste a ver un piso en Chamberí, os mudaréis allí como una familia feliz, te marcharás de la oficina y yo me quedaré aquí, abandonada y sola como una simple cajera solterona. Os vais a ir allí, ¿verdad?

—No pienso dejarte desamparada. Voy a mover todos los hilos que pueda para que te trasladen a la oficina que tú quieras y con un puesto mejor.

—Llévame a una oficina cerca de donde vayas a estar tú.

—Sabes que eso no es lo mejor, cuanto más lejos estemos, más sencillo será mantener las distancias. Si te sigo viendo, no voy a poder evitar besarte.

Gloria se acerca a él con ese bamboleo que lo trae loco, se agacha y cogiéndole la cara comienza a besarlo. Ella busca su lengua con la suya y hace el ademán de sentarse sobre sus rodillas. Él responde, pasa sus manos por la cintura de ella y la aprieta contra su cuerpo.

—Espera, Gloria, no sigas —masculla con la respiración entrecortada. Azorado, intenta recomponerse y la aparta con la mayor suavidad posible.

—Vamos, José Manuel, deja que te bese. Veámonos una última vez, solo una vez, para despedirnos —le suplica Gloria aún sin levantarse de su regazo.

—No, ya basta, por favor. No quiero resultar grosero contigo, no

quiero hacerte daño, pero es mejor así. Cortar de raíz.

—Pero si sabes que vas a volver a buscarme, que no vas a poder vivir sin mí. Y yo te quiero, José Manuel, te quiero como jamás he querido a nadie y no puedo renunciar a ti.

—Pues tendrás que hacerlo porque esto se ha acabado.

—¿Y qué vas a hacer con ella? —le grita Gloria mientras se levanta—, con una mujer sin sueños y sin ambiciones, con una vulgar portera.

—Angelines no es una vulgar portera, no te permito que hables así de ella.

—¡Pero si tú también piensas así!, aunque deje de trabajar y te la lleves a un pisazo y la vistas como a una señora seguirá siendo lo que es: ¡una fregona! Déjala y vente conmigo, yo sí soy capaz de hacerte plenamente feliz.

—Ya está bien, Gloria, estás hablando de mi mujer. Jamás podría dejarla, la sola idea de vivir sin ella se me hace insoportable, siento hasta dolor físico con solo planteármelo, simplemente no puedo, me moriría. Y no hablemos de mi hija, aunque no quisiera a Angelines como la quiero, no la abandonaría por nada del mundo.

—Sin embargo, a mí sí me puedes abandonar, de mí sí puedes prescindir —solloza Gloria mientras lágrimas de rabia e impotencia ruedan por sus mejillas—. Veo que, lo mire por donde lo mire, tengo la batalla perdida. Está bien —admite—, pero no vuelvas a pedirme nada más en tu vida, nada.

42

«Tengo que estar atenta por si viene Diego —piensa mientras hojea un tebeo de *Mortadelo y Filemón*—. A eso y a si viene el electricista. El Duros… no me gusta nada ese hombre, tan gordo, siempre sudando y oliendo a pis… y mira raro… sobre todo a las mujeres, las mira como si fueran golosinas…». La chiquilla pasa las páginas del cómic con delicadeza y repasa las palabras cuidadosamente para no perder detalle: «No quiero despistarme para hacerle bien el recado a mamá, pero es que esta historia está tan interesante…». Mientras lee, va marcando con un lápiz las palabras que no entiende para luego preguntárselas a su madre.

Tiene órdenes estrictas de no salir de la garita a no ser que oiga entrar al cartero o al electricista. Cada cierto tiempo, asoma la cabeza por el mostrador para cerciorarse de que no hay novedades en el portal y, acto seguido, se sumerge de nuevo en las aventuras de los detectives. Lleva una gorra blanca con un extraño pájaro de cresta multicolor; de vez en cuando, inconscientemente, escurre con lentitud los dedos bajo la visera para rascarse el cuero cabelludo:

concentración absoluta.

Angelines ha tenido que encomendar a su hija esa misión de vigilancia para mantenerla entretenida y que no la persiga toda la mañana haciéndole preguntas e intentando, a su manera, ayudarla. Los padres de Samuel volvieron ayer de Sevilla cargados de gorras, abanicos y peluches de la mascota de la exposición. Hoy han decidido ir al centro para pertrechar a Samuel de todos los enseres necesarios para el comienzo del curso. Después se irán a Galicia a trabajar y en agosto, como todos los años, regresarán para llevarse a Luisa y al niño al pueblo.

—¡Buenos días! —grita el cartero desde la entrada.

Como si fuera una exhalación, la niña se levanta, se quita la gorra y sale corriendo hacia el portal:

—Buenos días, Diego.

—¿Cómo está usted, señorita?

—Muy bien, algo atareada con mis lecturas, pero bien. Mi madre me ha encargado que recoja el correo de don José María y doña Josefina: ¡voy a entregárselo personalmente!

—Me parece perfecto, princesa —contesta Diego—. Déjame que lo busque… Aquí lo tengo, algunas facturas… y una carta de su hijo Fernando.

—¡Huy, qué contentos se van a poner! —dice la niña dando brincos de alegría.

El cartero comienza a colar metódicamente el correo por las ranuras de los buzones mientras la cría lo observa curiosa. La pequeña, generalmente, se abstrae viendo trabajar a la gente, pero, viendo trabajar a Diego, todavía más. Diego le gusta: le gusta cómo se rasca la nariz con las esquinas de los sobres mientras busca la ventanilla con el nombre del vecino correspondiente, le gusta cómo silba, optimista y soñador, contagiando al mundo su buen humor, y le encanta cuando la llama princesa… Cuando sea mayor se casará con Diego, él es aún muy joven y seguro que la puede esperar.

El muchacho la saca de su fantasía:

—¿Cómo es que no estás con Samuel y con Luisa?

—Los padres de Samuel llegaron ayer y se lo han llevado de compras. Mi madre no me ha dejado ir con ellos —responde algo fastidiada—, dice que la Gallega se vuelve loca y se lía a comprarme cosas a mí también. Lo bueno es que se van esta noche, y mañana por la mañana podré volver a jugar con Samuel en su casa y por la tarde en la garita. ¡Y ya no tendré que trabajar más!

—Bueno, trabajar tampoco está tan mal. Seguro que Josefina te da una propina.

—Algo caerá, yo con veinticinco pesetas me conformo.

—No sabes tú *na* pequeñaja. ¿Dónde anda tu madre? —quiere

saber Diego.

—Está en el primero regando las plantas de doña Almudena, se la ha llevado su hija a la playa.

—¿Y a ti no te gustaría ir a la playa?

—Mi padre dice que nos va a llevar unos días en agosto. La verdad es que me gustaría ver el mar, tengo la sensación de que me va a encantar…

—¡Mira qué bien! —exclama el chico mientras pasa la mano por la cabeza de la niña—, de vacaciones a la playa. Yo, en nada, me estoy yendo para el pueblo —dice sonriendo. «Qué sonrisa más bonita tiene», piensa la niña—. En fin, me marcho que tengo que seguir con el reparto —continúa Diego—. ¿Subes con tu madre?

—Sí.

—¡Pues hala!, ve para arriba que yo te vea. ¡Ah¡, dile a Lines que no espere al Duros; me lo he encontrado viniendo para acá y dice que tiene mucho lío y que vendrá el lunes por la tarde.

—Se lo diré. Gracias, Diego. Hasta luego.

—Hasta luego, princesa.

43

—¡Mamiiii!

La puerta de la casa de Almudena está abierta.

—¡Entra, vida mía! ¡Estoy en la terraza! —responde Angelines.

El piso está en tinieblas. La cría camina lentamente por el salón apretando el correo de José María y Josefina contra su pecho. Qué tendrán las casas de los viejos que amedrentan a los niños.

Apiñados en un oscuro y pesado mueble, cientos de ojos la observan; indiscretos y sombríos, se asoman desde los retratos familiares que condensan la vida de doña Almudena: parejas de recién casados, ellas, sentadas y envueltas en un traje negro, ellos, de pie, con una mano sobre el hombro de su nueva esposa, todos contemplan el infinito sin un atisbo de emoción; otras novias, ya de blanco y con posturas más relajadas, miran a la cámara exultantes mientras sus maridos las abrazan sonrientes; grupos de niños vestidos de domingo posan ordenados por altura delante de sus madres, que sostienen a los más pequeños sobre las rodillas; una nodriza, de gesto adusto y severo, mantiene sus manos cruzadas sobre una faltriquera negra, su mirada advierte de que es inflexible con los niños malcriados. Esos niños malcriados también la observan congelados en el blanco y negro, rodeados de aros y caballitos de juguete.

La pequeña no se atreve a hacer ruido, y en un principio, agradece que doña Almudena tenga una tupida alfombra que amortigua sus pisadas, pero después, baja la vista y ve que está poblada de hiedras y

enredaderas largas y retorcidas, que amenazan con alargarse y reptar por la lana hasta engarzarse en sus tobillos. Está tan concentrada conteniendo la respiración y evitando pisar la espesura, que tropieza con el andador de la anciana. El encontronazo con ese extraño aparato activa un resorte en sus delgadas piernas que hace que arranque a correr buscando, como si fuera un salvavidas, el diminuto tapiz de luz que hay a los pies de la puerta de la terraza.

—Hola, palomilla, ¿cómo estás? ¡Dame un beso, que te quiero con locura! —la saluda Angelines.

Qué hermosa es su madre!, es la mujer más guapa del mundo. El¡ sol se enreda en sus rizos haciéndolos brillar como si estuvieran hechos de azabache y le ilumina el rostro, de piel pálida y brillante, como si en lugar de estar en el cielo, estuviera dentro de ella. La niña pasa sus manitas por el cuello de Angelines y la besa mientras aspira :el reconfortante perfume de sus cabellos

—Estoy bien, mami, y ¡yo también te quiero muuucho! —le dice apretándola con más fuerza—. Ya ha venido Diego.

—Lo sé, os he sentido en el portal, y ya veo que traes el correo de José María y Josefina. También me ha parecido oír que el electricista no va a venir hoy, este Duros… siempre dejándome tirada. Menos mal que no es una cosa muy grave. —Ve que su hija retuerce nerviosa los sobres mientras mira dentro del piso—. ¿Pasa algo, palomilla?

—Es que esta casa es muy… ¿*trétrica*?

—Tétrica, cariño mío —la corrige Angelines—. Bueno, un poco de miedo sí que da, pero es sobre todo porque están todas las persianas cerradas y la oscuridad hace que las cosas parezcan lo que no son y, por norma general, las hace peores. Nunca te fíes de las apariencias: detrás del aspecto más horripilante puede esconderse algo bello y amable.

La pequeña busca a su alrededor algo con lo que ayudar a su madre:

—¿Qué plantas te quedan por regar?

—Me quedan esos geranios y los claveles de la esquina.

—¿Qué significa geranio, mami?

—Pues creo que significa grulla, se supone que su pistilo se asemeja al pico de esa ave. El pistilo es eso verde que tiene en el centro.

—Pues a mí no se me parece al pico de un pájaro —contesta la niña rascándose la cabeza.

—La verdad es que a mí tampoco… —admite Angelines.

—¿Y clavel?, ¿qué significa clavel?

—Significa clavo, le pusieron ese nombre porque su olor recuerda al del clavo, la especia que se usa para cocinar.

—¿El clavo es lo que pone la tía abuela Virtudes en los limones

para espantar a los mosquitos?

—Exacto. Por cierto, el lunes viene a verte.

—¡Genial! Así podremos darle el regalo que le han traído los padres de Samuel. No le va a gustar nada ese pájaro tan raro que sale brincando en el abanico, dirá que es feo con avaricia —dice la niña imitando la voz cascada de su madrina.

—Virtudes se va a poner muy contenta cuando te vea. —La mujer recoge la regadera y las hojas muertas que ha retirado de las plantas. Toma a su hija de la mano y se la besa con ternura—. Sabes que te quiere mucho y que siempre está pendiente de ti.

—Lo sé, yo también la quiero mucho. —La chiquilla repara en que su madre lleva el bolsillo del delantal abultado—. ¿Qué tienes ahí?

—Son jazmines, los acabo de recoger, los voy a poner en una cestita en tu habitación para que huela de maravilla. —Angelines coge un puñado de las pequeñas flores blancas y las pone en la palma de la mano de la cría, esta acerca la nariz y aspira el dulce aroma que despiden—. El jazmín simboliza el amor eterno, el cariño, la amabilidad y la sencillez —termina su madre.

—Me gusta cómo huelen.

—¿Quieres coger unos poquitos más?

La niña asiente y se acerca a la planta. Con dedos delicados, va retirando las florecillas y las deposita sobre su mano formando un montón, lo hace lentamente, con sumo cuidado, como si los jazmines estuvieran vivos, como si fueran minúsculas mariposas albas.

Al terminar, ambas se asoman por la barandilla de la terraza y observan la calle, a la gente caminando, unos despacio, otros con prisa, los árboles estáticos soportando garridos el sol inmisericorde, los coches humeantes, apretados y ruidosos…

—Me encanta este barrio —susurra Angelines melancólica.

—A mí también, mami.

44

Los niños, como es habitual, están jugando en la garita. Incluso cuando Angelines ha terminado su jornada y está en casa guisando o tejiendo, los pequeños prefieren quedarse allí y desparramar sus muñecos y cochecitos por el pequeño cubículo.

—Samuel, ¿jugamos a las tiendas?

—Vale, mi muñeca será la tendera —responde Samuel sosteniendo en la mano una pequeña figura de plástico de ojos redondos y risueños, con el pelo como una semiesfera naranja y un peto vaquero de color lila: brazos, piernas y tronco son todo uno.

—Bien, mi gatito Bruno irá a tu frutería para comprar siete peras y algo de perejil.

—¡Pero si es un gato!, no debería comer peras, sino sardinas. La compra debería hacerla otro muñeco, el granjero, por ejemplo; además, Bruno es tan grande que no entra por la puerta de mi tienda. —Samuel coge de las manos de la cría el peluche e intenta meterlo en la caja que hace las veces de frutería—. ¿Ves?: «No *cabo* por esta puerta tan chiquitita» —dice con voz aflautada fingiendo ser el gato Bruno.

—Es «no quepo» —lo corrige ella con naturalidad.

—Da igual cómo se diga, tu gato sigue siendo demasiado grande.

José Manuel los oye reír y los observa desde la salita mientras ve la tele y se fuma un cigarro. Vaya pareja, se pueden tirar horas entretenidos con los mismos trastos sin cansarse el uno del otro. Él sí se está aburriendo, quizás una visita al bar del Cuco estaría bien para terminar el viernes, pero seguro que lo fríen a preguntas. Sin duda, alguno de los habituales los ha visto esta mañana volviendo de ver el piso de Chamberí; con tantos ojos atentos en el barrio, es imposible pasar desapercibido.

La visita ha ido muy bien. Tal y como preveía, Angelines se ha quedado con la boca abierta cuando lo ha visto.

Con la intención de darle un toque romántico al asunto, José Manuel se fue a casa unas horas antes y, sin que ella se diese cuenta, se llevó la mecedora para ponerla junto a un balcón en el salón. Cuando Angelines ha entrado y la ha visto desde el recibidor, solitaria, iluminada por el sol de la mañana, brillante como la miel contrastando con las puertas blancas del balcón, con las paredes inmaculadas y con el suelo de madera clara y luminosa, inmediatamente se ha imaginado allí sentada, meciéndose despacio con los ojos entrecerrados, acariciándose el vientre abultado.

Angelines tiene una falta y cree que está embarazada. No se atreve a decírselo a su marido, tiene miedo de que sea una falsa alarma, de que él se entusiasme y de que, finalmente, todo quede en agua de borrajas. Está ilusionada y asustada a la vez; después de cinco años no se esperaba esta sorpresa; de hecho, han tomado siempre precauciones porque ella no se sentía con fuerzas como para enfrentarse otra vez a un aborto o a un embarazo peligroso.

Su palomilla se adelantó y nació una madrugada a las veintisiete semanas de gestación. Angelines recuerda con ansiedad cómo despertó en mitad de la noche sintiendo una humedad tibia y abundante resbalando entre las piernas y cómo, al pasar las manos por sus muslos, la sangre, delatora, tiñó las yemas de sus dedos. Aún puede oler el hierro, saborear el terror y la desesperación, puede oír en su cabeza sus propias súplicas: «¡Otra vez no, Dios mío!». Aún puede ver la cara de José Manuel, pálida y descompuesta, seguramente rogando para sus adentros lo mismo que ella, pero, a pesar de todo, sacando

fuerzas de flaqueza para animarla: «Todo va bien, tranquila. La sientes moverse, ¿verdad, cariño?, ¿la notas?». Ella asentía sin pronunciar palabra, bañada en lágrimas y sangre. «Todo va a salir bien, Angelines, todo va a salir bien», le repetía él. Y así fue.

Ha decidido que va a esperar a hacerse la prueba para darle la noticia a José Manuel; cuando tenga el positivo en la mano se lo contará; sí, eso será lo mejor. El lunes bien temprano se hará el test de embarazo.

Está en la cocina haciendo un cocido para comer al día siguiente. Los sábados se come cocido en casa, es una tradición familiar que intenta mantener siempre que puede. El olor le está dando náuseas y se sorprende a sí misma palpándose la barriga; se sonríe.

—¡Angelines! —grita José Manuel desde el salón—. ¿Te importa que vaya a tomarme un vino al bar del Cuco?, solo uno y me vuelvo.

«Ya me sé yo tu "uno"», piensa Angelines:

—¡Vete tranquilo!

—¿Por qué no os venís Luisa y tú con los niños cuando vuelva de trabajar?

—Se lo preguntaré cuando llegue.

Oye a José Manuel despidiéndose de los críos y dándoles instrucciones sobre el buen comportamiento que deben tener en su ausencia y, a continuación, el portazo.

Ha sido muy hermoso el detalle que ha tenido esta mañana llevando la mecedora al piso nuevo. Es realmente precioso, luminoso a más no poder, al contrario que su bajo. Y esas avenidas, las arboledas, la cantidad de gente que paseaba por la calle; cuánta vida tiene ese barrio, pero no es *su* barrio… Lo va a echar de menos.

—¡Lines, ya estoy en casa!

Luisa acaba de llegar. Como es costumbre, besa a los niños, se quita los zapatos y se sienta en el sofá resoplando. Angelines cierra la olla exprés y se asoma a la salita:

—Vienes cansada, ¿eh?

—Ni te lo imaginas, no he parado en toda la tarde y encima con este calor vengo achicharrada; hoy no te acompaño con el café.

—Entonces ni hablamos de ir al bar a tomar algo con los niños, José Manuel nos está esperando allí.

—No puedo con mi alma, Lines… Te dejo que me cuentes la visita al piso de esta mañana y me subo a casita.

—Por cierto, gracias por cubrirme —le agradece Angelines—. El piso es una maravilla y bastante grande. Ya sabes cómo es José Manuel: «burro grande, ande o no ande».

—Comparado con este bajo cualquier piso parece gigantesco... Entonces, ¿es definitivo?, ¿os vais?

—Sí, nos mudaremos en agosto para estar totalmente instalados

cuando la niña comience el colegio. José Manuel está empecinado en ir a la playa, pero no sé cuándo lo vamos a hacer.

—Mujer, una semanita la sacas de cualquier parte. Os merecéis unas vacaciones como Dios manda, sobre todo tú. Qué envidia me das… —musita con aire soñador—, a Chamberí… Oye, pues en realidad no estamos tan lejos. A ver cuándo me llevas a verlo.

—Cuando quieras, a ti te va a volver loca.

—Tendremos que ir a comprar muebles: un aparador, una buena mesa para el comedor, un tresillo nuevo….

—¡Tranquila, Luisi! Frena el carro.

—Hija, qué sangre de horchata tienes, ¡estoy yo más ilusionada que tú! —Luisa se levanta y se acerca bailoteando a su amiga para abrazarla—. Ya verás qué felices vais a ser los tres allí, ya lo estoy viendo. ¡SAMUEEEL! —grita de repente—. ¡Venga, que nos vamos!

—¡Todavía no, tía, que *quielo jubar* un rato más! —chilla Samuel desde la garita.

—¡La madre que lo parió!, así me paso todo el santo día, nunca me hace caso este chiquillo.

Luisa se pone los zapatos, besa a Lines y se marcha hacia la entrada como un rayo; una vez allí, discute de nuevo con su sobrino y, entre quejas y reniegos, consigue llevárselo a casa.

Samuel nunca volverá a jugar en la garita. Su compañera de juegos, como si lo presintiera, busca triste y cabizbaja a su madre en la salita. Por el pasillo, a pesar de ir mirando el suelo, tropieza con la bolsa de trabajo de Luisa:

—Mami.

—Dime, hija.

—Luisa se ha dejado la bolsa en el pasillo.

—Esta mujer… siempre hace lo mismo. Bueno, el lunes cuando tenga que ir a trabajar la echará en falta y vendrá a buscarla. Ahora a cenar, ¿o quieres que nos vayamos con papá a tomar un mosto y un pincho de tortilla al bar del Cuco?

La niña sonríe pícara, la tortilla es su debilidad, y comérsela junto a su padre y su madre, el culmen de la felicidad.

45

En el bar El Cuco, Inés charla con Magdalena mientras su marido riñe a gritos con el Duros porque lo ha dejado sin cambio.

Inés mira de reojo a su marido para que no discuta más, le ha dicho mil veces que así lo único que consigue es espantar a la clientela, pero este hombre no aprende, aunque claro, teniendo que lidiar con el burro del Duros, no le queda más remedio que chillar. ¿Y Magdalena?, hay que ver lo que habla esta mujer... le pone la cabeza

como un bombo a cualquiera.

El Cuco ha visto que Inés le está haciendo algo así como duples altos, ¿qué querrá mi mujer ahora?, ¿no ve que estoy poniendo al Duros en su sitio? Cuidado con el vicio que tiene este hombre con las tragaperras, es capaz de tirarse horas jugando en lugar de estar arreglando enchufes y poniendo clemas.

El Duros, por su parte, solo está pensando en dónde puede conseguir cambio para seguir jugando.

Alberto, el Cucochico, lee un cómic mientras escucha *Personal Jesus* en su *walkman*. De vez en cuando, echa un vistazo a la partida de mus que juegan en la mesa de al lado Damián, Candela, Florencio y Manolo. Se aburre a más no poder y está deseando que baje la chica de José Manuel para jugar con ella. Esa niña es más lista que los ratones *coloraos*; juntos, se divierten dibujando e inventando historias durante horas. Es la única atracción que tiene el puñetero bar, pero su padre lo obliga a pasar horas allí barriendo o cargando cajas. Qué ganas tiene de irse y de perder de vista los barriles, la freidora y esas baldosas verdes tan horribles que cubren las paredes.

Por fin, ve aparecer a la pequeña cantando y saltando. En el momento en el que cruza el umbral de la puerta, la cría corre sonriendo hacia su padre que la recibe con los brazos abiertos.

—Hola, mi palomilla. Qué bien que os habéis animado a venir.

José Manuel, que está sentado en la barra, abraza a su hija y la cubre de besos. Acto seguido la alza del suelo y la sienta sobre sus rodillas mientras le guiña un ojo al Cuco, este, raudo y veloz, pone delante de la niña un plato con un pincho de tortilla. José Manuel aspira el dulce y familiar aroma del cabello de su hija, mientras esta devora la comida.

Angelines, que ha entrado detrás de la chiquilla, se acerca a su marido y rodea su ancha espalda con los brazos; también aspira el aroma de su nuca, se pega a él como si quisiera hacerse uno con los tres, o con los cuatro. Él se gira, la besa y le susurra un «te quiero».

46

Mastico las judías coloradas y el maíz extrañada, se supone que lo que estamos comiendo es un postre, la leche y el hielo cuadran, pero ¿qué pintan las judías en un postre? A pesar de lo poco habitual de la mezcla, conforme los sabores se van mezclando en mi boca, voy notando que las papilas gustativas responden positivamente a los estímulos.

Marita nos ha traído un postre típico de su país: el *halo-halo*. Le hemos dado unas semanas libres, ya que Mario está de vacaciones y Catalina se pasa casi todo el día en casa, pero aparece de vez en cuando, supongo que para echar un vistazo y cerciorarse de que todo va bien. No le he mencionado la llamada de Samuel, no tiene sentido alarmarla de nuevo.

Tal y como le «ordené», Simón ha acudido a Villa María para cenar. En el jardín corre una brisa fresca y agradable a pesar de estar a finales de julio. El aire arrastra las volutas de humo que exhala Mario en cada calada que da a su maldito cigarro. Desde que volvimos de la playa, ha distendido sus costumbres con el vicio.

Mi intención era centrarnos en el tema de los presupuestos y el desvío de dinero, y en la difícil situación de Simón en la empresa, pero la llamada de Samuel emerge en cada eslabón de la conversación, enredándose en las palabras al menor descuido. Incluso parece que Simón la busca para evitar hablar de la farmacéutica. Hasta se ha empecinado en que le enseñemos el vídeo de Sancti Petri. Parecemos viejas en una reunión ocultista más que una conspiración.

—Es verdad que no se ve nada raro, aunque la cara de Minerva impresiona, con esa mirada ausente y fija hacia la nada. Y el gato… ese acojona más, yo ni me hubiera acercado —dice Simón mientras escudriña con los ojos achinados la pantalla del móvil—. Qué pena que se te acabara la batería, justo cuando pasó lo del agua… —le recrimina a Mario—. Si me dejaseis la grabación, podría revisarla con un equipo profesional; tengo amigos en la Facultad de Ciencias de la Información. Quizás haya algo oculto que no se ve a simple vista, longitudes de onda no visibles para el ojo humano, no sé, incluso sonidos, psicofonías de alguien pidiendo auxilio o algo así.

—Según hablas, noto como se me va encogiendo el escroto —anuncia Mario.

—Gracias por la información —responde Simón.

Yo no quiero ni verlo ni oírlo otra vez; el vídeo me pone los pelos de punta y, a pesar de todo lo que he vivido últimamente, aún soy reacia a determinadas cosas:

—Vamos, Simón, ¿psicofonías?, ¿y por qué no llamamos al profesor Tristanbraker[4]?

—Ya no me puedes negar nada, jefa; bueno, lo del profesor Tristanbraker sí: hasta ahí no se me ocurriría llegar, pero me temo que no te queda más remedio que estar abierta al muuuundo de lo paranormaaaal —me contesta poniendo voz lúgubre y ojos de loco. Se le ha ido un poco la mano con el vino y pasa de la broma a la seriedad en décimas de segundo—. La cosa está así: ya no os han ocurrido más fenómenos extraños, nunca supisteis a qué se debían y ahora viene la desconcertante llamada de tu amigo a soliviantar la falsa calma que os habíais construido. Un amigo al que no ves desde que acabaste la universidad, que anda perdido en quién sabe dónde y con el que no puedes comunicarte de ningún modo. —Hace una pausa para tomar aire—. Creo que merece la pena darle vueltas al asunto: ¿quién es esa mujer deforme?, ¿por qué la ve Minerva por los rincones?, ¿podemos deducir de los gestos que refieres que ella hace en tus pesadillas que realmente te conoce y que, por tanto, es alguien a quien tú conoces también? ¿Samuel sueña con la misma persona?, entonces: ¿él también la conoce?

—Un momento —lo interrumpe mi marido—, esto se merece otra copa de vino, sobrio no soy capaz de jugar al «Cluedo Paranormal».

Mario se levanta y entra en la casa a por una botella de tinto; seguramente traiga una de las buenas, de las que guardamos para las ocasiones especiales, y esta, a su manera, lo es. Sospecho que voy a ser la única que va a acabar sobria esta noche.

—Samuel, después de tantos años y justo ahora, decide ponerse en contacto contigo —continúa Simón— y además para hablarte con urgencia de sus pesadillas: ¡qué casualidad!

—No grites, Simón —le recrimino—, que está la niña durmiendo.

Mario aparece con la botella en la mano como si fuera un trofeo.

—No te preocupes, cariño, está profundamente dormida, en su línea. Sigamos con las deducciones —dice mientras se sienta y sirve de manera generosa dos copas de vino.

—Os lo estáis tomado a risa y a mí no me hace ninguna gracia —me quejo.

Simón me mira circunspecto mientras describe círculos con los pulgares, haciendo girar el uno alrededor del otro; tiene las manos apoyadas sobre su magnánima barriga y acompaña el ritmo de los dedos con el movimiento de sus pies. Sin dejar de ejecutar su microbaile, me contesta:

—Permíteme que te diga que estoy hablando totalmente en serio. Tiene que haber un nexo entre Samuel y tú, alguien que os conozca a los dos y que quiera atormentaros por algo.

—Y por supuesto, que esté muerto… —concluyo.

—Bueno, dada mi corta experiencia en fenómenos paranormales a lo mejor sería mucho restringir, pero por algo hay que empezar, después podemos pasar a los viajes astrales o a la hipnosis, por ejemplo.

—¿Crees que alguien puede haber hipnotizado a los tres para vengarse por algo? —pregunta Mario—. Eso es increíblemente retorcido y complejo.

—Por eso, ciñámonos a los muertos.

Esto es demasiado para mí, es hurgar en la herida, probablemente sin necesidad. Esa cosa ya nos ha dejado tranquilos o quizás esa cosa jamás ha existido. Simplemente hemos entrado en un bucle de retroalimentación, en una especie de histeria colectiva: cuanto más hemos hablado del tema y más hemos compartido nuestras sensaciones al respecto, más real la hemos hecho.

Seguramente, Samuel solamente necesite de una amiga, a saber qué tipo de vida ha llevado y hasta qué punto ha podido huir de sus tormentos, de la horrible pérdida de su familia, del profundo sentimiento de culpabilidad que arrastraba por haberles sobrevivido. En más de una ocasión, me confesó que deseaba con todas sus fuerzas haber muerto con ellos en ese viaje…, pero no supe cuidarlo, no supe salvarlo de sí mismo.

—Me voy a la cama, no contéis conmigo para esto y menos en el estado en el que estáis. No vais a sacar nada en claro y se supone que habíamos quedado para hablar de los chanchullos de la farmacéutica, no de la aparición. Simón, es mejor que te quedes a dormir, no estás para coger el coche. Mañana te invitamos a desayunar churros y a vivir un feliz sábado con la familia Estébanez Santobeña.

—Como no está el gato, acepto. Mañana te paso un informe detallado sobre nuestras conclusiones.

—Eso será si te acuerdas con todo lo que estáis bebiendo —respondo levantándome—. Buenas noches, no os acostéis muy tarde.

Después de besar a ambos en los lugares correspondientes: en la calva a Simón y en los labios a Mario, me marcho hacia la cocina. Sobre la encimera están las pastillas para dormir, mi diligente camello no ha dejado de suministrármelas; me procuran un sueño narcótico, profundo, en el que me sumerjo y del que emerjo casi en el mismo instante. Las pongo en la palma de mi mano y las miro, dudo, ¿debería ser valiente y dejarlas para enfrentarme directamente a mis terrores? No me atrevo; desde la última vez que vi a ese monstruo cogiendo a Minerva de la mano, me aterra el reencuentro. Me da pavor abrir una puerta que puede estar cerrada. No tengo necesidad de revivir la pesadilla, de dejar que mi cerebro me engañe y me traicione de nuevo. Nada de todo esto puede ser real. Finalmente, me las tomo.

En el jardín, Mario y Simón siguen con sus pesquisas. Al principio los oigo, pero después empiezo a perderme entre las brumas del sueño y lo último que escucho es la palabra «muertos».

—Veamos... —Mi marido da un largo trago de vino y después de una pequeña pausa, que usa para organizar sus pensamientos, prosigue—. Así de primeras solo se me ocurren tres muertos que puedan tener en común mi mujer y Samuel: Angelines, Raquel, que era la madre de Samuel, y Luisa, su tía, pero ninguna de ellas querría hacerles daño y, además, las tres eran bastante jóvenes cuando murieron, bueno Luisa era más mayor.

—¿Cuántos? —quiere saber Simón.

—Unos cincuenta y cinco o cincuenta y seis…

—Ahí lo tienes, una mujer de esa edad, mal cuidada, correspondería con la descripción del espectro: pelo cano, piel acartonada… y teniendo en cuenta que murió en un accidente muy aparatoso, recuerda, amigo Mario, que el espectro cojea y tiene el cuero cabelludo desgarrado, la tía de Samuel sería una candidata perfecta.

—Precisamente no describiría a Luisa como una mujer «mal cuidada», era muy coqueta y estaba muy pendiente de su aspecto. La recuerdo siempre mirándose en el espejo y retocándose el pelo.

—Hombre, que murió aplastada por un camión y no creo que en el otro mundo tengan tintes y rizadores…

—Bien, supongamos que es Luisa: ¿y para qué?, ¿con qué finalidad atormenta a los dos? ¿Y por qué ahora, en este preciso momento? No tiene sentido, Simón. Ella adoraba a su sobrino y a mi mujer.

Simón pasa la copa de vino bajo su nariz y frunce el ceño:

—Sí, definitivamente no tiene sentido. ¿Más opciones?

—La tía abuela Virtudes, aunque también los quería muchísimo a los dos y murió con noventa años…

—¿Quién es la tía abuela Virtudes? Me suena, pero no la ubico.

—Era una tía de Angelines. Fue la madrina de mi mujer y prácticamente hacía las veces de su abuela. La de verdad, por lo visto, tenía bastante mala leche; era una mujer poco amorosa, seca y muy estricta. Todo esto lo sé por José Manuel, en realidad es un buen tío, aunque su hija no se lleve muy bien con él. Cuando nos juntamos con un par de cervezas, además de hablar de sí mismo, me cuenta muchas historias de la familia.

—Me estoy enterando en este rato de más cosas de las que me ha contado la jefa en los diez años que llevamos trabajando juntos.

—Ya sabes lo reservada que es generalmente —dice Mario

intentando pronunciar las palabras adecuadamente; el alcohol comienza a ponérselo difícil—. El caso es que la madre de Angelines, Isabel, y su hermana Virtudes se quedaron huérfanas muy jóvenes; sus padres murieron de tifus y fue Isabel la que tuvo que tirar del carro y criar a su hermana pequeña en plena posguerra. Trabajaba muy duro limpiando casas y marchándose a todas las campañas a las que podía, a la de la fresa, a la de la uva, después enganchaba con la de la manzana, y todo esto, con Virtudes detrás.

—Hablando de uvas —lo interrumpe Simón—. ¿Más vino?

—Sí, por *vavor*. Por dónde iba…, ah sí, en una vendimia conoció a Antonio, un muchacho de Jaén que se dedicaba también a ganarse la vida recorriendo España y Francia, recogiendo lo que tocase recoger. Se enamoraron y mantuvieron un noviazgo por carta, con el tiempo, él le pidió matrimonio y se vino para Madrid porque había conseguido un trabajo en una fábrica que hacía piezas para maquinaria de construcción. Por supuesto, Virtudes formaba parte de la dote y se quedó a vivir con ellos en el pisito que tenían en alquiler ella y su hermana.

»Según cuenta José Manuel, Virtudes de joven era una mujer delicada y retraída, de hecho, cuando yo la conocí seguía siendo un poquito así. La cosa es que era poco echada *palante* a la hora de hacer las cosas y le costaba salir a buscar un empleo o a conocer gente; prefería quedarse en casa ocupándose de las tareas domésticas y leyendo novelas históricas. Mientras, su hermana esperaba las interminables colas en la tienda de comestibles, cartilla de racionamiento en mano, hacía las gestiones en los bancos o en la Delegación Provincial de Abastos y, además, seguía limpiando casas porque el sueldo de Antonio era muy bajo y se les quedaba corto.

—Mario.

—¿Qué?

—¿Te han dicho alguna vez que te… que te enrollas muchísimo cuando estás borracho?

—Ahora ya sabes lo que se siente al estar al otro lado. Si te aburro me callo, total va a llegar un punto en el que no me vas a entender…

—No, sigue, sigue, que esto parece una telenovela, está muy interesante.

—Sigo entonces: Isabel y Antonio tuvieron una niña, Angelines, pero al poco de nacer la criatura, el padre tuvo un accidente en la fábrica y se mató. Isabel se quedó sola con la niña y Virtudes, y esto debió de acabar por agriarle del todo el carácter. Cuando Angelines tenía dieciocho años, un cáncer se la llevó al otro barrio, se la comió por dentro. José Manuel suele decir que lo crio de la misma mala baba que se gastaba.

—Sí que era un personaje la señora. Y sí que estaba enterado tu

suegro de la historia, porque él no llegó a conocer a la tal Isabel, ¿no?

—No, pero Angelines no era tan reservada como su hija y Virtudes, con el tiempo, también salió de su introversión. Simón —suspira Mario agotado—, creo que deberíamos dejarlo ya e irnos a la cama, mañana la resaca va a ser de campeonato. No vamos a llegar a ninguna parte con esto, puede haber un montón de personas en la vida de mi mujer y de Samuel que les tengan rabia por algo y ahora estén muertas, hay gente muy tarada. No sé, todos hemos hecho daño a alguien alguna vez y sin ni siquiera darnos cuenta… Puede ser cualquiera: una señora a la que no ayudaron a llevar la compra, la madre de algún rarito con el que se cruzasen durante sus años de universidad y con el que se metiesen por alguna tontería…

—¡Aaaanda! No había caído en que podemos aco… aco… acotar el tiempo: solo tenemos que fijarnos en los años desde que nacieron hasta que se separaron cuando él se fue.

—Sí claro, son solo veintidós años —responde Mario irónico.

—No, hombre, consideraremos que el ser humano no tiene capacidad de fastidiarle la vida a otro ser humano hasta… digamos los dieciséis años, con lo cual nos quedan… cinco años.

—Seis, Simón —lo corrige Mario—. Oye, estamos divagando demasiado. Venga, vámonos a dormir.

Mario se pone de pie e intenta levantar a Simón de la silla.

—Nooo, sigamos un *boquito* más —le ruega mi pequeño buda—, seguro que tienes otra botella por ahí. Hacía muuucho tiempo que no pasaba un buen rato como este.

—¿Un buen rato hablando de muertos?

—¡Sí, brindemos por ellos! —grita Simón alzando la copa—. Por todas las almas perdidas, por nuestros difuntos, allá donde estén, ¡para que se queden tranquilitos en sus tumbas y nos dejen a los vivos descansar en *baz*!

—Para ya… mañana la jefa nos va a matar si no nos acostamos ya.

Por fin consigue alzarlo y lo arrastra hacia la casa. Simón se rinde a regañadientes; le gustaría seguir bebiendo hasta anestesiarse y no pensar en su trabajo, en el lunes, en Navarro…

—¿Sabes, Mario? Te quiero, tío, y a la jefa también.

—Yo también te quiero —le responde mi marido mientras le da un beso en la calva.

48

Abro los ojos, oigo a Minerva canturrear desde su cuna. Me desperezo y al girarme me encuentro de sopetón con el aliento de Mario. Me recuerda a una película de Meg Ryan y Matthew Broderick en la que

los dos se despiertan resacosos, después de una noche de borrachera, y ella le pregunta algo así como: «¿Dónde está el gato?», y él le responde: «¿Qué gato? Yo no tengo gato», y ella dice: «El que se ha cagado en mi boca». No estoy segura de que el diálogo fuera exactamente así, pero describe perfectamente lo que sale de las tragaderas de mi marido.

Me asomo al cuarto de invitados para echarle un vistazo a Simón; mi cuerpo reacciona ante la cercanía del rincón y se me acelera ligeramente la respiración. Simón ronca vestido sobre las sábanas, despatarrado y con un hilillo de baba cayéndole por la comisura.

Después de dar de desayunar a Minerva, cojo el carro de la niña y nos vamos las dos juntas a correr.

Hace un día brillante y despejado, el calor ya acecha a pesar de ser solo las nueve de la mañana. El plan es ir hasta el centro, comprar los prometidos churros y volver caminando tranquilamente desde el parque. Simón y Mario tardarán en despertar, así que no hay prisa.

Empiezo a correr e inmediatamente el bienestar inunda mi cuerpo, me encanta la sensación de calidez hasta que rompo a sudar y noto cómo mis pulmones se abren del todo, el querer un poco más cada vez y superarme en cada salida. Parece que los problemas se quedan atrás, que no son capaces de seguir mi ritmo. Mientras corro, evito a propósito pensar en mis preocupaciones; si la llamada de Samuel acude a mi mente, o veo unas florecillas azules al borde del camino, o me acuerdo de que el viernes que viene hace veintiséis años de la muerte de mi madre, me obligo a pensar en otra cosa: en Minerva, en Mario, en Don Giovanni, en el mar…

A las diez y media estoy entrando en la churrería. Le doy un churro a Minerva y cojo otro para mí; la niña acaba pidiéndome más porque siente la necesidad perentoria de tener un churro en cada mano.

En el parque ya hay niños jugando; el sol calienta cada vez más y los padres han echado a sus hijos temprano a la calle antes de que el calor se haga insoportable. Cuando lleguemos a casa, nos esperan una ducha y la piscina; pasaremos el día en remojo como los garbanzos.

Suena mi móvil. Es mi padre. ¿Lo cojo o no lo cojo?, lo cojo:

—Hola, papá. ¿Qué tal?

—Bien, todo bien. ¿Te pillo mal?

—No, he salido a correr con Minerva y ahora estamos volviendo a casa caminando —le respondo.

—Tened cuidado, que han dicho en la tele que hoy vamos a llegar a los treinta y seis grados.

Mi padre y su obsesión por las obviedades, parece que los demás no tenemos ojos ni oídos y también que vivimos a doscientos kilómetros de la civilización en pleno desierto de Mojave.

—Sí, no te preocupes, ya te he dicho que ahora mismo nos vamos a casa, llevo agua y la niña y yo estamos bien hidratadas.

Ya ha recibido la suficiente información sobre nuestro estado, así que lanza su requerimiento, nada de qué tal está Mario o de cómo habéis dormido o de qué planes tenéis para lo que queda de verano.

—Escucha, solo quería preguntarte si podemos ir un día de estos Gloria y yo a tu casa. Ya ha comprado el vestido que llevará la niña en la boda y quiere probárselo; habrá que hacerle algunos arreglos. Los hará ella misma, ya sabes que se le dan muy bien la aguja y el hilo.

—No hay problema, cuando queráis.

Me alegro de no tener que haberlo hecho yo, de librarme de comprarlo y arreglarlo.

—Estupendo, ya te avisaré. Es un vestido precioso color crema, creo que esa es la definición correcta del color, y lleva adornos en tonos fucsia y verde oliva, lo ha elegido Gloria personalmente.

«¿Tonos fucsia?». ¿Quién eres tú y qué ha hecho Gloria con mi padre?

—Papá, ¿te acuerdas de Simón?

—Sí, tu «fiel súbdito». ¿Qué le ocurre?

Sé que, si aludo a su capacidad de solucionar problemas y a todos los contactos que tiene gracias a su posición, tocaré su orgullo y no me negará la ayuda para Simón, es más, insistirá en hacerlo si eso puede demostrar lo eficiente que es y el poder que tiene.

—Verás, ha descubierto ciertas irregularidades en la farmacéutica; parece ser que engordan los presupuestos de I + D y después no gastan todo lo que se supone. Usan ese supuesto gasto en investigación para después justificar el precio de venta de los productos.

—Bueno, eso no es tan terrible, si hay alguien que lo pague…

—Papá… ¿cómo puedes no condenar que cobren a la gente por algo un precio cinco veces mayor de lo que cuesta?, estamos hablando de medicamentos…

—Tienes razón, hija, me pongo la chaqueta de bancario y no me doy cuenta de que no es lo mismo.

No voy a entrar a discutir con mi padre sobre ética; no debería sorprenderme que haga distinciones entre engañar a la gente en la banca o en la salud, o entre ser proveedor o cliente. Lo que me interesa ahora es que me ayude.

—El problema es que no tiene pruebas.

—Ese no es el problema, el problema es que Simón es un grano de arena que se enfrenta a un muro de toneladas de hormigón. ¿Con qué cuenta? —quiere saber mi padre.

—Solo con testimonios, personal de la farmacéutica que ha visto cosas.

—Eso y nada es lo mismo. La gente habla mucho, pero después se

echa atrás. Yo que él, me estaría quietecito.

—Ya es tarde, le han visto las intenciones y lo han cambiado de proyecto. Lo han colocado bajo las órdenes de Navarro, un pelele con ínfulas que solo quiere promocionarse a costa de lo que sea y que consigue sacar de quicio al más templado; la gente dura en sus equipos una media de seis meses, después, desisten y dimiten. Al principio me extrañó porque Navarro es justo la persona de la que sospecha Simón.

—¿Qué sentido tiene que precisamente lo pongan bajo su supervisión?

—¿Qué mejor perro guardián puede tener? No le va a dejar respirar y se va a poder cubrir mejor las espaldas, sabiendo dónde está en todo momento la persona que anda husmeando en sus asuntos. Simón ya no va a poder averiguar nada más.

—No sé qué puedo hacer por vosotros, palomilla. Quizás hablar con Castaño, el abogado, pero me da la sensación de que, en realidad, me estás usando para pensar en alto.

—No, creí que a lo mejor conocías un caso parecido y que se te ocurriría algo. Llegados a este punto, creo que lo único que podemos hacer es atacar por otro flanco que nada tenga que ver con las desviaciones de dinero. Debilitarlos aunque sea solo un poquito por otros lares; soy consciente de que no podemos hacerles mucho daño.

—Hija, ¿*podemos*?, no muerdas la mano que te da de comer.

—No te preocupes, papá, hay muchas manos que me darían de comer.

—Pero si te creas fama de traidora, esas mismas manos te *darán* con la puerta en las narices —arguye mi padre—. No quiero que eches a perder todo lo que has conseguido con años de esfuerzo y estudio.

—Solo quiero ayudar a un amigo.

—Ya eres mayorcita para saber lo que te conviene, pero no te dejes influir por la alta moral de Simón, él no tiene familia ni una reputación que mantener en el gremio. Toda la gente que conozco relacionada con tu mundo habla maravillas de ti, ¿merece la pena echarlo todo a perder? No sois un grupo de justicieros que luchan por el bien de la humanidad, ya habrá otros que se ocupen de ello.

«Eso, que se ocupen otros…».

Estamos llegando al final del parque y al final de la conversación. Ajusto la capota del carro de Minerva y me pongo una gorra.

—Está bien, papá, gracias por escucharme.

—Eres tan cabezota como yo y sé que no vas a dejarlo estar. Prométeme que pensarás con cuidado cualquier paso que decidas dar.

—Tengo tantas cosas en las que pensar…

Mi padre no me pregunta por este último comentario. No puede hacer nada con respecto a Simón, así que da por concluida la charla,

pero antes de que cuelgue, sin pensarlo, le digo:

—Papá, recuerda que el viernes es el aniversario de la muerte de mamá. Iré a llevarle flores al cementerio, te lo digo por si quieres venir conmigo…

Silencio y sorpresa al otro lado del teléfono.

—Claro, palomilla. Hablamos para quedar. Hasta luego.

—Hasta luego, papá. Un beso.

Decido acelerar el paso, la tristeza me persigue de nuevo y no sé si voy a ser lo suficientemente rápida para evitarla. Mi madre… le debo al menos unos minutos en mis pensamientos, pero me duele tanto… La añoro, sin embargo, me faltan recuerdos que añorar. Cuando me lo permito a mí misma, repaso mentalmente una y otra vez, como si fuera una película, los pocos momentos que consigo evocar de mi vida con ella para no olvidarlos. Relleno los huecos con escenas inventadas y con las miguitas que ha ido soltando mi padre durante estos veintiséis años.

Dios! Creo que voy a llorar. No quiero llorar. Comienzo a correr.¡ Necesito encontrar algo que me distraiga, algo que sustituya estas remembranzas tan hirientes, y el mar no me sirve. Necesito algo más .reflexivo, busco… busco… Simón

Cómo puedo ayudar a Simón? Puede que la solución sea hablar¿ con esferas más altas, arriesgarnos y confiar en que la cabeza no sepa lo que están haciendo las manos y que, además, no esté de acuerdo …con ellas. De todos modos, también necesitaríamos pruebas

Oigo una risa familiar. En los últimos trechos de césped, hay un grupo de adolescentes jugando con globos de agua; uno de ellos es Jacobo. Justo a tiempo para salvarme de mis pensamientos.

—¡Hola, Jacobo! —saludo entusiasmada.

El chico se acerca con una sonrisa radiante y enseguida se abalanza sobre Minerva para besarla.

—Hola, preciosa. ¿Qué haces, estás corriendo con mami? —Jacobo parece más mayor que la última vez que lo vi—. Esta es Laina —dice dirigiéndose a mí—, y estos son Marcos y Guillermo.

—Encantada, chicos. Me alegro de verte, Jacobo.

Laina se acerca a Minerva y esta le sonríe preparada para las posibles carantoñas que pueda recibir. La muchacha se deshace en ternura:

—Qué mona es… me encantan sus manitas, son tan monas... y sus coletitas. Qué mona…

Laina, Marcos y Guillermo deciden ir a llenar más globos de agua y aprovecho la ocasión para saber qué es de la vida de Jacobo.

—Me va bien, mi madre por fin ha reaccionado. Mi padre estaba bebiendo más de lo normal y ella cada vez se encerraba más en su propio mundo para alejarse de lo que les estaba pasando. No

soportaba la idea de que su matrimonio se estuviera yendo a pique y pensaba que, no aceptándolo, que ignorándolo y siguiendo con su vida como si no ocurriese nada, la ruptura nunca llegaría —admite resignado, pero conforme—. Se han separado, se están dando un tiempo mutuamente. Yo me he ido con mi madre; ya no me ignora y está empezando a contarme cosas que me hacen comprender, cosas que desconocía y que completan un puzle que para mí estaba lleno de huecos. Creo que hay algo más que no me cuenta, algo de lo que se responsabiliza y que la hace sentir culpable, pero voy a dejarla respirar y que me lo diga cuando se sienta preparada. —Habla como si fuera un hombre de cincuenta años: sereno y maduro, sin dramatizar ni un ápice—. Ahora tiene que salir de la depresión, pero está dando los primeros pasos con ánimo y mi padre también está poniendo de su parte. La bomba ha explotado y necesitan tiempo para recoger los escombros y reconstruir su relación.

Sonríe tranquilo, como si se hubiera quitado un peso de encima, un peso que lo constreñía y que no le dejaba ser él mismo.

—Mario se va a poner muy contento cuando se entere.

—Mi madre quiere hablar con él; quiere agradecerle que haya cuidado de mí cuando ella no era capaz. Me habéis ayudado mucho.

Jacobo me sorprende abrazándome; este no es el chico introvertido que conocí en el cumpleaños de Minerva.

—Ha sido un placer.

—Estoy deseando volver a tu casa y leerle de nuevo el cuento de Bartoleque a Minerva. Ese cuento ha cobrado un nuevo sentido para mí.

—Cuando quieras. Minerva duerme con él todas las noches, es su favorito, lo tiene tan manoseado y requetechupado que casi no le queda pelo al pobre monstruo, ¿verdad, Minerva?

La niña sonríe y asiente agitando el único churro que le queda indemne.

49

Minerva mete sus deditos rechonchos en la nariz de su padre. Mario la esquiva como puede, pero sus esfuerzos son ineficaces; la pequeña es persistente y, si no puede llegar a los orificios nasales, se decanta por los ojos o los oídos.

—Para, Minerva… déjame. Qué graciosa es mamá, ¿eh?, que te ha dejado aquí para que me despiertes dulcemente. ¡Cariño! —me llama —. Quítamela de encima, por favor… Tengo un dolor de cabeza… Y qué calor hace…

—Vamos, levanta. Haberlo pensado ayer antes de abrir la tercera botella de vino —le digo mientras cojo a Minerva en brazos—. Son

casi las doce y hay churros para desayunar. Simón ya está abajo; es un auténtico desecho humano, da pena verlo.

No puedo evitar carcajearme de los dos.

Mientras Mario intenta volver a ser persona, le cuento mi encuentro con Jacobo alegrándole el día y prácticamente la semana:

—Cuando me alejaba del parque me volví para echarle una última mirada y vi como él y Laina iban agarrados de la mano…

—Vaya con el señor Becerra, ¡quién me lo iba a decir! Con novia y todo —celebra Mario poniéndose por fin en pie—. Me ducho y bajo.

—Muy bien, te esperamos en la piscina.

Mario y Simón han dejado los churros sin tocar, en su lugar, han optado por cortar cantidades ingentes de embutido y abrirse unas cervezas. Simón navega en la piscina panza arriba sobre una colchoneta con Minerva sentada en su barriga; la niña se entretiene tirándole de los pelos del pecho. Mario devora salchichón como si se fuera a acabar el mundo y yo aprovecho para leer un rato.

Mi móvil comienza a sonar. Número desconocido. ¿Lo cojo o no lo cojo? Lo cojo:

—Diga.

—Buenos días, soy Emilio Guzmán. No sé si se acordará de mí, soy el guardia civil que la atendió la noche en la que nos llamó denunciando que había una persona malherida en la carretera.

Cómo no me voy a acordar de él? Si supiera que hasta lo convoco¿ …en mis sueños

—Sí, claro que me acuerdo, fue usted muy atento conmigo. ¿Hay alguna novedad?

—No —me contesta formal—, nosotros pasamos el aviso, pero como no hubo ninguna denuncia de desaparición, la cosa no fue a más.

—Entonces, ¿para qué me necesita?

Mario me mira preguntándome quién es. Le hago gestos para que se espere, quiero estar totalmente atenta a la conversación.

—Verá —continúa el guardia—, esta llamada la hago *motu proprio*, no es nada oficial. Esta mañana hemos salido por un aviso de un animal peligroso justo por la zona en la que vio usted a esa mujer. Hemos pasado un calor de mil demonios dando vueltas por el campo hasta que por fin encontramos un jabalí. Un agente del Seprona lo abatió; con las altas temperaturas que estamos teniendo estos días, no encuentran comida por sus zonas habituales y se acercan a los lugares poblados a husmear entre la basura. Mientras buscábamos al animal, encontré a los pies de un arbusto un trozo de tela con flores azules e inmediatamente me acordé de usted.

La sangre se hiela en mis venas. Mario se alarma al ver mi cara de

espanto:

—¿Qué pasa, cariño? ¡Dime algo, por Dios!

Soy incapaz de reaccionar, no puedo articular palabra, así que Mario me quita el teléfono y se pone al auricular:

—¿Sí? ¡Hola!

—Hola —contesta Emilio Guzmán, confuso—. ¿Quién es?

—Soy Mario Estébanez, estaba usted hablando con mi mujer.

—¿Le ocurre algo? —pregunta el guardia preocupado.

—No, es solo que nuestra hija la reclamaba y ya sabe lo persistentes que son los niños. ¿En qué podemos ayudarle?

—Le estaba contando a su esposa que hemos encontrado un trozo de tela con flores azules cerca de la carretera de su urbanización. Pensé que le gustaría saberlo, estaba muy impresionada y angustiada aquella madrugada, y he creído que la tranquilizaría saber que no fue una alucinación, que fue real.

Mario también se queda sin palabras. Por fin consigue decir:

—¿Está seguro de que es la tela que le describió mi mujer?

—Sí, aunque el trozo es muy pequeño y está muy deshilachado y sucio, se distinguen perfectamente las flores y el fondo negro, tal y como ella nos dijo. Si quiere le mando una foto.

—¿Una foto? —dice Mario mientras me mira.

Yo asiento, quiero salir de dudas. Simón ha dejado de flotar en la piscina y se acerca con la niña a Mario y a mí; levanta el mentón hacia uno y otro intentando averiguar qué es lo que pasa.

—Sí, no me cuesta ningún trabajo —contesta Emilio Guzmán—. Se la mando ahora mismo. Incluso puedo llevarle el trocito a casa cuando acabe aquí; total estoy al lado y me pilla de paso.

—Bien, sí, mándenosla y si no es, le avisamos para evitarle la molestia de venir.

—No es ninguna molestia. Me fastidió mucho que no pudiéramos ayudarla esa noche; esto es lo mínimo que puedo hacer. Espero que sirva de algo.

—Es usted muy amable, le agradezco muchísimo que se haya acordado de nosotros, da gusto topar con gente como usted. Gracias de nuevo.

—No hay de qué. Un saludo —se despide el guardia.

Mario da un toque sobre la pantalla para colgar y los tres nos quedamos mirándola sin decir nada. En menos de un minuto aparece el icono del WhatsApp en la parte superior. Lo pulso; la culebrilla verde da vueltas en círculo intentando morderse la cola, da la sensación de que no la va a atrapar jamás, pero la atrapa: la foto se baja y ahí están esas malditas flores.

—¡No puede ser, Mario, es imposible!

—¿Estás segura de que se trata de la misma tela? —me pregunta

mi marido hecho un manojo de nervios.

—Se parece bastante, yo diría que sí… He soñado con ella mil veces, pero no puede ser… ¡Es imposible! —grito llorando.

Minerva comienza a sollozar también, Simón decide llevársela dentro antes de que mi histerismo la afecte.

—Es imposible, Mario —no paro de repetir—. ¿Cómo ha podido llegar la tela hasta allí?, no me lo puedo creer. ¿Qué significa todo esto… que puede aparecerse en cualquier momento, que es físicamente posible que escape de mis sueños o de la pared? Ese monstruo estuvo allí, Mario, caminando por la carretera, deambulando por los arcenes, y en mi oficina, tropezándose con las sillas, haciendo ese ruido acuoso tan horrible, hablándome…

—¿Que estuvo en tu oficina?

—Creí que solo había sido un sueño, pero ya no; una noche cualquiera puede surgir del rincón y llevarse a Minerva.

—Espera, espera, quizás sea una casualidad, una simple coincidencia. Ese pedazo de tela podía llevar meses o años allí tirado.

—Dile que lo traiga —le ruego—, quiero verlo con mis propios ojos y tocarlo con mis propias manos. Si es un trozo de la bata que vestía ese engendro, lo reconoceré.

Emilio Guzmán nos trajo la reliquia. La lavé y la estiré sobre la mesa de la cocina. Me repugnaba tocarla; pero, aun así, la sostuve entre los dedos y la miré tan de cerca, que podía percibir el aroma a tierra mojada que desprendía.

No me cupo duda: estaba viendo las mismas flores azules, la misma tela.

Mi madre hubiera sabido decirme qué clase de flores eran.

Madrid, lunes 20 de julio de 1992

50

Virtudes sale de su casa después de comer. Tiene unas ganas locas de ver a «sus niñas» y al pequeño Samuel, de darles los juguetes que les ha comprado, de besarlos y achucharlos, y por supuesto, de que la besen y la achuchen a ella. No se ha tomado muy bien que Angelines y su familia se muden a otro barrio. No es que se vayan muy lejos, pero es que ahora están a tiro de piedra y puede ir a verlas en veinte minutos caminando a paso ligero.

No le gusta estar sola. Vivió con Angelines hasta que esta se casó y le costó un esfuerzo descomunal dejarla marchar. Su sobrina le ofreció que se fuera con ellos, pero Virtudes la quería demasiado como para repetir la historia.

Fue una rémora para su hermana, permaneció pegada a ella durante cuarenta y dos años hasta que el cáncer se la llevó. Al principio, era lógico y normal que Isabel se ocupara de ella, Virtudes tenía solo doce años cuando sus padres murieron de tifus, pero después, su hermana acabó convirtiéndose en su madre y ¿cómo iba ella a abandonar a su madre?, y lo más importante: ¿cómo iba a quedarse sola?, así que cuando su «madre» se casó con Antonio, ella se quedó en el piso con el matrimonio. Llevaba a cabo todas las tareas domésticas: cocinaba, fregaba, lavaba y planchaba la poca ropa que había que lavar y planchar, estaba dispuesta a hacer todo lo que no supusiera salir de casa. Eso la aterraba, hacía que su corazón latiera descontrolado y que se le nublaba la vista. Por la calle solo veía caras grises y consumidas; la sombra de la guerra todavía planeaba sobre la ciudad. Las calles, en sí mismas, se veían deslucidas, tristes y amenazadoras; le daba la sensación de que el peligro la esperaba en cualquier esquina, que todo el mundo quería hacerle daño o reírse de ella, ¿quién la iba a socorrer si le pasaba algo?

Para suplir la falta de experiencia en el mundo real, leía; leía todo lo que caía en sus manos, pero sobre todo novela histórica, devoraba y aprendía de la lectura con un apetito insaciable. Gracias a ella, vivía increíbles aventuras, presenciaba asesinatos y batallas, sentía envidias y odios vengativos, pasiones y amores arrebatadores. Los libros fueron lo único que logró sacarla de su encierro en un par de ocasiones; la necesidad de leer le pudo más que sus miedos, pero solo hasta cierto punto, entonces, a escondidas de Isabel, buscó ayuda en su cuñado para que le consiguiera más libros. Era más bueno el difunto Antonio…

Tuvieron suerte –en esa época era difícil encontrar cualquier cosa–, resultó que Antonio tenía un compañero del trabajo con

estudios que le prestó algunas novelas, manoseadas y amarillentas, para que ella las leyera. Virtudes las trataba con primor y hasta las arreglaba devolviéndolas en mejor estado del que le llegaban. A pesar de su afición, jamás desatendió los quehaceres de la casa, pero Isabel nunca estaba contenta.

Y el pobre Antonio, trabajando de sol a sol y recibiendo solo malas palabras y reproches: «Si es que no te ocupas de nada, solo te vas por la mañana y vuelves por la noche a cenar y a dormir, como si esto fuera una pensión». ¿Pero qué quería que hiciese el desdichado?, ¿no era suficiente con que trabajase como una mula para mantener a su mujer y al lastre de su hermana? Isabel nunca se lo reconoció. Virtudes jamás escuchó un «gracias» de sus labios. Era terca y orgullosa, y a pesar de quejarse de que lo hacía todo ella sola, si alguien intentaba echarle una mano, siempre soltaba un «¡Anda, déjame a mí, que tú seguro que lo haces al revés!».

Después llegó Angelines. Virtudes la cuidaba como si fuera su propia madre mientras Isabel y Antonio trabajaban. Era una criatura hermosa y sana y quizás, la pequeña hubiera podido dulcificar el carácter de Isabel si la vida no la hubiera golpeado de nuevo. Cuando Antonio murió, la cosa fue a peor, los siguientes diecisiete años fueron un infierno de gritos, aunque no de discusiones porque solo gritaba Isabel. Angelines y Virtudes, de carácter conciliador en el caso de la primera y apocado en el de la segunda, se limitaban a asentir y a seguir sus órdenes.

Ni siquiera acechada por la muerte cambió de carácter. En esos difíciles años, se volvieron las tornas, Angelines se puso a trabajar en cuanto enfermó su madre y fue Virtudes quien tuvo que cuidar de su hermana: ayudarla a comer, darle la medicación, vestirla, lavarla, cambiarle los pañales… y soportar las extrañas y sombrías visiones que sufría Isabel cuando ya se estaba apagando sin remedio.

Virtudes dormía junto a su hermana en la misma cama. Había madrugadas en las que la despertaba la voz de Isabel en mitad de la noche: «Madre, ¿es usted?». Virtudes le preguntaba entonces qué le pasaba, que con quién hablaba, pero ella la ignoraba como si no estuviera allí y seguía susurrando: «Madre, no me diga eso, por favor, yo hago lo que puedo… y usted, padre, no me mire así…» y seguía su perorata ante la mirada horrorizada de Virtudes y a veces de Angelines. En otras ocasiones, a pesar de no tener fuerzas ni para comer, Isabel se incorporaba con los ojos desorbitados, chillando al vacío. Decía que veía a sus padres, que estos le hablaban y le recriminaban su incapacidad de expresar amor, el que hubiera sido tan dura y hosca durante toda su vida con todos los que la rodeaban, especialmente con su hermana. Al principio, Isabel lloraba desconsolada y les suplicaba que tuvieran piedad, que no le había

quedado más remedio que ser así, pero después, les gritaba furiosa que la culpa la tenían ellos por haberla abandonado. Se mantenía soberbia y tozuda incluso ante los fantasmas de sus padres. Pero, a pesar de todo, Virtudes la asistió con amor y agradecimiento porque, estando al lado de Isabel, jamás le faltó de nada excepto ternura.

Y ternura sin límites fue lo que se procuraron mutuamente Angelines y Virtudes cuando se quedaron solas. Su sobrina la ayudó a perder el miedo a salir de casa, la trataba con paciencia y solicitud, paseaban juntas por la calle y Angelines le mostró que el barrio era un lugar amigable, con gente conocida y dispuesta a echarle una mano en cada esquina. Con el tiempo, Virtudes comenzó a salir sola; aun así, hacía siempre los mismos recorridos y hasta tenía que caminar por la misma acera, saludar a las mismas personas y reconocer los mismos rostros; si algún día una de esas personas no estaba en su lugar a la hora habitual, ella se desesperaba y tenía que detenerse para tranquilizarse y recapacitar, tal y como le había enseñado su sobrina. Llegó a desenvolverse tan bien, que consiguió un puesto de dependienta en una pequeña librería del barrio. Allí se sentía cómoda, conocía a la gente que acudía a comprar y la rutina contribuía a que sus temores se diluyeran; los libros la ayudaron de nuevo.

En estos ocho años ha echado muchísimo de menos a Angelines; ya tiene sesenta años, y aunque pasaran otros sesenta más, no lograría acostumbrarse a la soledad. Ay si se hubiera buscado un buen novio y se hubiera casado… Mira que su hermana Isabel se lo dijo veces, hasta su cuñado Antonio le presentó a algunos pretendientes a traición, pero eran todos hombres brutos y de groseras maneras que nada tenían que ver con ella, y además le daba tanta vergüenza… Después, en la tienda se le acercaron algunos hombres educados y distinguidos, sin embargo, no sintió nada de lo que describían las novelas, ni se le aceleraba el corazón ni vivía inquieta cuando no los tenía delante, así que los ignoró; tenía a su sobrina, no los necesitaba para nada, pero no cayó en la cuenta de que Angelines no iba a estar con ella para siempre.

Virtudes saca las llaves del bolso, ya está llegando al portal.

51

Angelines está embarazada, ese cacharrito mágico que le han dado en la farmacia se lo ha confirmado. Para comprarlo cogió un autobús; quería alejarse lo suficiente del barrio como para que no la reconociera nadie, no se bajó hasta la décima parada.

A José Manuel le dijo que iba a ver a una amiga que estaba pasando apuros económicos: su esposo tenía un negocio que había

entrado en quiebra y ella estaba en paro, así que había pensado que la portería podía ser una buena salida para la familia.

Ha sido la primera vez que ha mentido a su marido y le da la sensación de que ha adornado demasiado el embuste; estaba nerviosa y tenía miedo de no resultar creíble. José Manuel se va a reír de ella cuando se entere de la verdad, seguro que notó algo raro mientras Angelines interpretaba su farsa con gestos de honda preocupación por su amiga. Se va a poner loco de contento con la noticia, un bebé… No puede evitar sonreír cuando piensa en ello mientras mira su plato esforzándose por contener las náuseas. La niña y ella están sentadas en la mesa de la cocina comiendo.

—Vamos, palomilla, alivia que se te van los pavos….

La chiquilla remolonea dando vueltas a las lentejas a la vez que da pataditas con el talón a la pata de la silla. Los golpes contra el aluminio resuenan como las campanadas de un reloj.

—No tengo más ganas, mami.

—Te vas a quedar chiquitita, ¿eso es lo que quieres? —la amenaza su madre.

—Tú tampoco comes mucho normalmente y mira lo alta que eres. ¿Cuándo va a venir la tía Virtudes?

—Cómo me cambias de tema, ¿eh? No creo que tarde mucho.

—Y papá, ¿a qué hora va a venir papá? —pregunta la cría.

—Hoy llegará más tarde porque Paco se jubila y van a celebrarlo.

—¿Paco, el *intenvertor*?

—Sí hija, el interventor. Anda, come… —insiste Angelines.

—¿Y qué va a hacer ahora Paco sin trabajar?, ¿ahora le toca morirse?

—No, cariño, al contrario, ahora le toca disfrutar de la vida; cuando uno termina de trabajar no se muere, se dedica a sus aficiones: a viajar, a salir con los amigos o a jugar con sus nietos. A Paco todavía le queda mucho para irse al otro barrio.

—¿Y por qué morirse se dice «irse al otro barrio»?, ¿es que el cielo es un barrio como el nuestro, con tiendas y un colegio?

En ese instante se oye el ruido de la cerradura.

—¡Ya está aquí la tía! —salta alborozada la niña, y de un brinco se baja de la silla y sale corriendo hacia la entrada, dejando las preguntas sin respuesta, y a las lentejas y a Angelines olvidadas.

Después de recoger la cocina, Angelines se marcha al dormitorio a cambiarse para ir a trabajar. La confirmación de que está embarazada la ha puesto tan nerviosa que no acierta ni a recogerse el cabello; las canas, rebeldes y traidoras, brillan entre el negro intenso de su melena porque no ha tenido tiempo, ni ganas, de ir a la peluquería. «A lo mejor podría dejármelo cano como la tía Virtudes, sería mucho más

cómodo… aunque a Luisa seguro que le daría un infarto…», piensa sonriendo.

Al cabo de dos minutos luchando, hace un último intento por domar sus rizos y se rinde: da igual, se lo deja suelto, pasará un poco más de calor, pero no le importa. Se calza las zapatillas azul marino de loneta y se acerca a la salita para avisar a su hija y a la tía Virtudes de que se marcha a fregar las escaleras.

—Dame un beso, palomilla. Pórtate bien con la tía Virtudes, ¿eh?

—No te preocupes, mami —contesta la niña mientras se estira para darle un beso a su madre.

La pequeña está sentada en el sofá con una madeja de lana celeste entre las manos; Angelines le quiere hacer una rebeca y Virtudes y ella están haciendo los ovillos. Después de besar a su madre, se queda como una estatua: concentrada en mantener la lana tensa, mirándola como si esta tuviera vida propia y pudiera escaparse y enredarse si ella no la vigila.

La tía Virtudes se levanta y acompaña a Angelines hasta la entrada. Mira a su sobrina de arriba abajo y le pregunta extrañada:

—Pero, hija, ¿te vas así, sin nada encima del vestido?

—Uy, no me había dado ni cuenta. Cómo tengo la cabeza.

Angelines mira a su alrededor. Tiene prisa, son casi las cuatro y media y quiere darle un repaso al portal y a la escalera antes de que empiece el trasiego de gente. En un rincón descubre el bolso de trabajo de Luisa. Lo abre y saca la bata de flores azules. A ella no le importará que se la coja prestada, puede que ni se acuerde de que se la dejó olvidada. Se la pone rápidamente.

—Qué bata más mona, Lines —le dice Virtudes—, no te la había visto nunca.

—Es que es de Luisa, se la regalaron sus padres. A ella no le gusta, pero a mí no me parece tan fea. —Coge un pellizco de la tela y la mira de cerca—. Creo que son flores de romero… Por cierto, dentro de un rato bajará Samuel. Si necesitas algo solo tienes que asomarte y darme una voz. José Manuel llegará más tarde porque se va a tomar algo con la gente del trabajo: Paco se jubila y llevan semanas organizándole una fiesta de despedida.

—Muy bien, vete tranquila que vamos a estar divinamente. Te quiero, hija.

En el cuarto de la basura Angelines coge un cubo y lo llena de agua, después, le echa un chorrito de friegasuelos de ese que huele a limón, recoge la fregona y se mete en el ascensor. Son seis pisos los que tiene que baldear, ya poco le queda de hacerlo. En breve firmarán las escrituras del nuevo piso y antes de que acabe el verano, se mudarán y abandonará su trabajo, seguramente, para siempre.

Cuando llega al sexto, abre las ventanas y comienza la tarea. Es generosa con el agua, deja que el mocho se empape bien y lo frota con empeño contra las baldosas. En cada piso, abre la puerta de algún vecino que no está para cambiar el agua del cubo. Siente como si fuera una despedida de cada uno de los hogares de los que ha cuidado durante tantos años. No quiere ponerse triste, debe animarse y pensar en el hermoso salón del piso de Chamberí tal y como se lo mostró José Manuel: con su mecedora brillando al sol junto al balcón. Piensa en la niña jugando en su propio dormitorio sobre una alfombra sembrada de nubes azules. Va a comprar una preciosa cama blanca con un armario a juego y una cuna con dosel para el bebé. Llenará la casa de plantas para que la vida inunde todos los rincones y pondrá cortinas de lino blanco para que la luz la acompañe: quiere que la vida y la luz aneguen su nuevo hogar.

Va amueblando el piso en su imaginación mientras desciende planta a planta, abriendo todas las ventanas y dejando un profundo aroma a limón tras de sí. En el segundo, le parece escuchar la voz de Luisa llamando a su sobrino; de un momento a otro se encontrará con el chiquillo que baja a jugar con su hija como cada tarde.

Hace un calor de mil demonios, se arrepiente de no haberse recogido el pelo; los rizos se le caen hacia la cara y se afana en retirarlos acomodándolos detrás de las orejas. Cuando llega al primero, suspira aliviada: ya le queda poco para terminar.

Restriega la fregona contra el suelo metódicamente, prestando especial atención a las esquinas y pasándola cuidadosamente por el borde superior del rodapié. Descubre algo que se ha quedado pegado en una baldosa y, cuando se agacha para rasparlo, oye los pasos de una persona en el portal; quizás sea el Duros, ya era hora… tendrá que advertirle de que tenga cuidado con el suelo mojado.

Sigue en cuclillas rascando insistente el suelo, cuando nota que el recién llegado se le acerca por la espalda haciendo sombra sobre el emplasto insurrecto; el individuo se detiene junto a ella y la saluda con una extraña voz:

—Buenas tardes, Angelines.

52

Samuel se está poniendo las deportivas para bajar a la garita a jugar. Su tía, como siempre, da vueltas por el piso arreglándose apurada porque llega tarde a trabajar.

—¡Samuel! —lo llama—. ¿Has visto la bolsa donde guardo la ropa de faena?

—¡No, tía!

—Vaya, tendré que buscarme otro apaño —protesta Luisa desde el

dormitorio.

—Me bajo ya, ¿vale? Voy por las *escarelas*.

—Está bien, cariño. ¡Espera, Samuel!, adivina…

—El qué, tía… —responde el crío exasperado; quiere irse ya y no tiene paciencia para las adivinanzas de Luisa.

—Hoy ha venido Virtudes, ¡así que lo vais a pasar genial!

El niño se asoma a la habitación donde su tía se afana en buscar algún avío que ponerse.

—¡Sí! Seguro que me ha traído un regalo.

—Seguro, pero no se lo pidas nada más verla —le advierte Luisa.

—Vale —contesta Samuel mientras se sienta en la cama de su tía. Lleva un montón de juguetes en las manos y los deja con cuidado a su lado.

—¿Cómo me puede pasar todas las tardes lo mismo? Mira qué hora es y todavía ni me he vestido.

El niño la mira entre extrañado y divertido, y como si acabase de tener la mejor idea del mundo, le pregunta:

—¿Y por qué no te *colocas* un chándal?

—¿Chándal? ¡Ni muerta! ¿Cuándo me has visto tú en chándal?, ni siquiera creo que tenga uno.

—Pues a mí me gusta mucho llevar chándal, si te pica el culo te lo puedes *arrascar* a gustito.

Samuel se carcajea ante su propia ocurrencia.

—Rascar, cariño, se dice rascar —lo corrige su tía—. Eso del chándal tendré que tratarlo con tus padres cuando seas un poquito más mayor; debería estar prohibido llevarlo a partir de los once años, a no ser que vayas a hacer deporte.

—Yo voy a ser futbolista como Butragueño, así que voy a llevar chándal mucho rato.

—Bueno, pero eso es causa de fuerza mayor. Desde luego, nunca pasarás mal rato porque te pique el culo.

Se ríen los dos.

—¿Tú no te ibas ya a casa de Lines?

—¡Ah sí!, se me ha marchado un santo al cielo —dice el chiquillo.

Rápidamente, Samuel recoge los juguetes y comprueba que le caben todos en una mano. Su tía le dice contrariada:

—¿De verdad hace falta que lleves todos esos trastos?

—Sí, tía: es causa de fuerza mayor.

—No sabes tú nada. ¡Anda! vete y no des guerra, por favor.

—¡Hecho! —grita el niño mientras sale disparado.

—¡Ve con cuidado y deja la puerta abierta!

—¡Valeeee!

Samuel sale del piso y desciende las escaleras muy despacio,

agarrándose al pasamanos con movimientos meticulosos; mira alternativamente la barandilla y el suelo, y de vez en cuando tiene que parar porque algún juguete resbala de sus brazos.

Mientras se agacha para recoger un camión de bomberos, oye el chof que hace la fregona de Angelines cuando esta la lanza rebosante de agua contra el suelo. Se queda sentado en el escalón escuchando el restregar del mocho contra las baldosas; le da algo de asco, le recuerda a las medusas que se quedan varadas en la orilla: blandas y gelatinosas, secándose al sol hasta morir.

Permanece sentado observando el camión, no sabe muy bien cómo lo va a encajar entre el resto de juguetes para que no se le caiga. Le gusta mucho, se lo regaló Virtudes la última vez que estuvo allí y quiere llevarlo para que ella lo vea. Observa embelesado la carrocería, de un rojo brillante e intenso, y al pequeño bombero que va sentado al volante: a lo mejor podría ser bombero en lugar de futbolista, seguro que viviría grandes aventuras y salvaría a mucha gente.

Por fin logra colocar el camión entre el resto de los coches y los muñecos de plástico. La escalera está muy silenciosa; la mayoría de los vecinos se han ido de vacaciones y los que quedan, están durmiendo la siesta en sus casas para evitar el asfixiante calor madrileño.

Escucha otro chof, más restregar, una pausa… A continuación, percibe unos murmullos, los susurros de una conversación apagada; alguien está hablando con Angelines y ese alguien alza ligeramente la voz conforme avanza lo que parece una discusión.

Samuel se levanta, no logra entender lo que dicen, pero algo no va bien. Continúa bajando lentamente, conteniendo la respiración para no revelar su presencia. Sujeta los juguetes con fuerza y reza para que no se le escape ninguno; las manos no dejan de sudarle por el calor. De repente, oye un grito interrumpido, unos golpes fuertes y repetitivos intercalados con un chasquido, con crujidos y gemidos. Los gemidos se detienen, pero los golpes se prolongan unos segundos más.

Samuel está asustado, algo le ha ocurrido a Angelines. ¿Ha sido ella la que ha hecho esos ruidos? Continúa bajando despacio, y cuando se asoma al último tramo, ve a un hombre vestido con un mono de trabajo azul. El extraño permanece de espaldas agachado sobre alguien; quién quiera que sea el objeto de su atención, está sentado en el rincón del descansillo y sus piernas asoman por entre las del hombre. El niño está paralizado, es incapaz de mover ni un solo músculo. Su instinto le dice que no debe ser visto, que puede ser peligroso, y lo protege manteniéndolo congelado.

El individuo se aparta revelando lo que ocultaba, los ojos de Samuel se abren tanto que parecen todo blanco, sus labios forman una perfecta y amplia «o». Desde la pernera de su pantalón corto, desciende un líquido tibio y amarillento que recorre su delgada pierna

derecha hasta llegar al suelo.

Angelines yace con la espalda apoyada en el rincón, despatarrada. Una de sus piernas reposa torcida de una manera antinatural; la rodilla ha hecho el juego en el ángulo contrario. En la parte superior de su cabeza, se abre una fea herida de la que no para de manar sangre, esta chorrea sobre sus pómulos inflamados. Algo le pasa a su cuello, pero el crío no sabe muy bien qué es, no está normal: presenta un aspecto como de goma arrugada. Las manos se le han quedado mirando al cielo, con los dedos agarrotados como si hubieran intentado asirse a algo, a la vida. Al caer, el cubo ha rodado tras ella desparramando el agua oscura y turbia a su alrededor.

Angelines está muerta, el niño lo entiende al instante; observa su mirada vacía hacia el infinito, su boca descolgada y flácida.

Samuel sigue sin moverse durante un minuto, a pesar de que el hombre se ha marchado. Después de incorporarse y apartase de Angelines, este ha salido por la puerta tranquilamente, como si nada hubiera pasado, solo ha acelerado el paso un poco al final. Pero eso el niño no lo ha visto porque no puede dejar de mirar a Angelines. Cuando sale de su letargo, vomita un chillido agudo y ensordecedor; nadie diría que un lamento así ha podido salir de un cuerpo tan pequeño. Rompe a llorar, sigue sin moverse apretando los juguetes contra su pecho, con tanta fuerza, que las manitas se le quedan blancas como la nieve.

—¡Samuel! ¡Samuel! ¿Qué pasa, qué ocurre?

Luisa baja corriendo por las escaleras; desde el descansillo, solo puede ver al niño parado de pie, agitado por los violentos espasmos del llanto.

—¿Qué pasa, Samuel? ¿Qué tienes? ¡Responde, por favor!

Cuando logra ver lo que tiene al niño paralizado, a Angelines tendida en el rincón con el cuerpo destrozado, le tapa los ojos al crío mientras un grito de dolor brota de su garganta.

—¡No mires, Samuel, no mires!

Sigue tapándole los ojos cuando lo coge en vilo y, hecha un mar de lágrimas, pasa al lado del cadáver para bajar los escalones del último tramo. En ese instante, Virtudes asoma por la puerta de la garita alarmada por el grito de Luisa:

—¿Qué pasa, Luisa? ¿Qué son esas voces?

—¡Virtudes, no dejes que la niña salga, no dejes que salga!

—Pero ¿qué es lo que ocurre?

—Virtudes, por el amor de Dios, ¡hazme caso!, retenla dentro de casa, que no salga. Ha ocurrido una desgracia —dice sin parar de llorar—. Toma a Samuel, mételo dentro ahora mismo, llévalo a la cama de Angelines y que no hable con la chica.

Luisa, temblando, pasa el niño de sus brazos a los de Virtudes. El

cuerpo del crío está desmadejado, sin fuerzas, es como un muñeco de trapo. El pequeño esconde la cara contra el pecho de Virtudes dejándole la blusa llena de mocos y lágrimas. La mujer le pregunta qué le pasa mientras lo besa en la frente asustada, pero Samuel no dice una palabra y sigue gimoteando con los ojos apretados. Después de dejar al niño, Luisa se da media vuelta rápidamente y echa a andar hacia la cocina, evitando mirar a la cara a Virtudes, esta la agarra por el brazo y la fuerza a detenerse:

—Luisa, por favor, dime qué pasa, estoy muy asustada.

—Tengo que llamar a la policía… —titubea—. Angelines ha sufrido un accidente.

—¡Tía Virtudes! ¿Vienes ya? —pregunta la niña desde la salita.

—Sí, mi vida, espera un poquito. No te muevas y quédate ahí tranquila, a ver si se te va a enredar la lana —le contesta su tía abuela conteniendo el llanto y los nervios.

—¡Está bien! —grita la pequeña.

—Pero, Luisa, ¿no deberías llamar antes a una ambulancia? —objeta Virtudes. Luisa guarda silencio y niega con la cabeza sin parar de llorar—. ¿No me digas que…? ¡No puede ser! ¡No te atrevas a decirlo siquiera! Deja que vaya a verla.

La pobre mujer intenta flanquear a Luisa llevando aún a Samuel en los brazos.

—Virtudes, te lo ruego. Necesito que te quedes con los niños. Ayúdame, yo sola no puedo, no voy a poder…

53

La policía acudió a la llamada de Luisa en unos minutos. Obligó a todos los vecinos a meterse en sus casas y echó a los curiosos que se asomaban al portal.

José Manuel llegó justo cuando el juez estaba levantando el cadáver de su mujer. Al principio, inducido por el alcohol, hasta le hizo gracia ver la puerta del bloque abarrotada de gente y de policías y ver la ambulancia y los coches patrulla con las sirenas relumbrando como si fuera una verbena. Se preguntaba qué habría pasado; sería algún vecino que se había caído del andador o algo así: la mitad de los habitantes del edificio eran ancianos achacosos. Pero cuando advirtió los ojos de los fisgones fijos en él y vio que estos se apartaban en silencio, sin mediar palabra, abriéndole un pasillo invisible para que entrase en el portal, el miedo se fue filtrando por sus venas hasta llegarle al corazón para explotar dentro de él y extenderse por todo su cuerpo.

Reconoció muchas caras entre el gentío, allí estaban el Cuco e Inés, también estaba el Duros que lo miraba serio y pálido con los ojos

húmedos y confundidos. Ninguno se atrevió a acercase a él ni a hablarle, pero sus rostros le decían que algo horrible había ocurrido y que, fuese lo que fuese, le concernía. Ninguno fue capaz de dirigirle la palabra o de tocarle con el simple gesto de una mano sobre el hombro, se comportaban como si estuvieran hechizados, como si el moverse implicara acelerar el descubrimiento de la… ¿desgracia? Deseó con todas sus fuerzas estar sobrio para enfrentarse a lo que esas caras le anunciaban.

Caminó hacia la puerta y notó cómo le fallaban las piernas al cruzar el umbral y ver un pequeño grupo de hombres y mujeres, entre los que había policías y personal sanitario, congregados a los pies de la escalera; de repente, se hizo el silencio, todos levantaron la cabeza a la vez y lo miraron como si no existiese otra persona en el portal.

Vio a Luisa, vio la sangre en sus manos, vio cómo la mujer negaba una y otra vez con la cabeza mientras lo miraba con ojos suplicantes: «Arregla esto, José Manuel», le decían. ¿Qué es lo que tenía que arreglar? ¿Acaso podría hacerlo…?

Una policía de paisano se le acercó y le dijo algo así como «Señor Santobeña, su mujer ha tenido un accidente, ha sido muy grave y…», pero a partir de ese momento ya no escuchó nada más; las personas que se apiñaban delante de la escalera se fueron apartando lentamente, como si fueran el pesado telón de un teatro que descubre al público un dramático acto final.

Entonces la vio: seguía sentada en el rincón, ensangrentada y deformada por la muerte.

Al principio no fue capaz de reaccionar, aquello no podía ser real; aquel ser, que yacía sin vida en el suelo entre charcos de agua sucia, no podía ser Angelines.

Luisa lo sujetó del brazo y algunos agentes se le aproximaron con la intención de retenerlo, pero fue inútil, se abalanzó sobre Angelines roto de dolor y la abrazó mezclando sus lágrimas con la sangre de ella, ni un muro de piedra hubiera podido detenerlo.

54

La autopsia desveló que Angelines se había partido el cuello al caer por las escaleras; ya estaba muerta cuando se fracturó la pierna y puede que también cuando sufrió el traumatismo craneoencefálico. El informe también indicaba que estaba embarazada de siete semanas.

La investigación determinó que fue un accidente: Angelines resbaló con el agua que cubría los peldaños y se precipitó escaleras abajo.

Los psicólogos concluyeron que Samuel no estaba en condiciones de declarar. El niño estuvo sin hablar casi dos semanas y el inspector,

que llevó la investigación, vio tan claro que se trataba de un accidente, que no consideró necesario forzar al niño para conseguir un testimonio.

El entierro fue multitudinario: acudió prácticamente todo el barrio, los que estaban fuera de vacaciones dejaron sus lugares de descanso para ir al cementerio; asistieron algunos directivos de la Caja y todos los compañeros de la oficina de José Manuel. Gloria también estaba allí.

Todo el mundo quería a Angelines, y así se lo transmitían una y otra vez a unos indolentes José Manuel y Luisa. Entre ambos, sostenían a Virtudes que no podía mantenerse en pie y solo era capaz de llamar a su sobrina a gritos.

El hermano de Luisa y la Gallega viajaron rápidamente desde el pueblo ese mismo día; ella se quedó con Samuel esperando en el coche, aparcados en la puerta del cementerio. Volvieron a Galicia nada más terminar el sepelio. Raquel no dejó de abrazar y de acunar a su hijo durante todo el viaje; a su niño que ya no parloteaba ni cantaba, que ya ni siquiera era capaz de mirarla a los ojos.

La pequeña huérfana también se sumió en un mutismo absoluto, pero voluntario; ni hablaba ni lloraba, solo observaba con los ojos abiertos como platos a su padre y a la gente que los rodeaba con caras circunspectas, ojos inflamados y pañuelos en ristre. Lo veía todo como si fuera una película, como si ella no estuviera allí: su pequeño cerebro la sacó de la tragedia haciéndola una mera espectadora.

Cuando llegaron al bajo, derrotados e incrédulos, Luisa obligó a Virtudes a preparar la comida para que se mantuviera ocupada. La dejó en la cocina cortando cebolla como un autómata; de vez en cuando, paraba y se sentaba a llorar mientras mascullaba: «¿Por qué, Señor, por qué?, con lo buena que era... ¿Por qué te la has llevado?». Después, volvía a la tarea, picaba un poco de cebolla más y se detenía de nuevo para murmurar: «¿Qué maldición hay en nuestra familia que todas las madres abandonan a sus hijos antes de tiempo?».

Luego, Luisa se acercó a la salita para ver cómo estaba José Manuel. Lo encontró llorando junto a la ventana sentado en la mecedora de Angelines. La niña lo observaba desde el marco de la puerta sin moverse. José Manuel levantó la mirada y sonrió a su hija; fue una sonrisa tierna y tranquilizadora, a pesar de estar enmarcada con lágrimas y arrugas de dolor.

Por la mente de Luisa solo rondaban preguntas sin respuesta: «¿Qué va a ser de la Palomilla?, ¿qué va a ser de su padre?». Dulcemente, colocó la mano sobre el hombro de la pequeña —lo sentía más menudo que nunca, como si la cría hubiese encogido ante la tragedia—, la besó en la mejilla y la instó a marcharse:

—Vamos, cariño, deja a papá que está un poquito triste. Vete a la

cocina con la tía Virtudes que te está esperando para comer.

La pequeña desapareció sin mediar palabra; ¿sería siempre así a partir de ahora?, ¿no volvería a reír, a bailar, a preguntar incansablemente sobre el porqué de las cosas…?

Luisa se arrodilló frente a José Manuel y lo abrazó; ambos se abrazaron y lloraron, lloraron hasta que no pudieron más, hasta que tuvieron que parar de puro agotamiento. Ella le pasaba los dedos por el cabello y le besaba la frente, susurrando para los dos baldías y torpes palabras de consuelo.

Felices sueños

55

Lunes: sin noticias de Samuel. Pilar me informa de que, para conseguir el listado de las llamadas entrantes del día en el que Samuel telefoneó a la empresa, tiene que rellenar una solicitud formal.

Hemos trasladado a Minerva directamente a nuestra cama. Mario lleva dos días sin dormir. La niña y yo nos acostamos y Mario se queda sentado en un sillón junto a la cama guardando nuestro descanso.

Yo sigo con las pastillas: si no sueño con ella puede que no pueda traspasar el límite y hacerse *real*. Quizás sea eso lo que la ha mantenido en el otro lado y no nuestros rituales: ni paganos ni religiosos.

56

Martes: sin noticias de Samuel. Pilar me informa de que ya ha rellenado y tramitado la solicitud y de que le han dicho que la respuesta puede llevar algún tiempo.

Catalina ha venido esta mañana para quedarse con Minerva mientras Mario duerme. Cada vez que viene a casa se desespera: sigue sin entender por mucho que intentamos explicárselo. Lógico, yo en su lugar tampoco lo asimilaría. Lo atribuye todo al estrés y a las casualidades; bajo su punto de vista, el trozo de tela es solo una coincidencia: no es extraño encontrar todo tipo de basura en los arcenes. Cuando le he dicho que el estampado del tejido es exactamente igual al de la bata que viste el monstruo de mis pesadillas, me ha mirado como si yo fuera una demente y ha insistido, casi gritando, en que es una locura, en que no existe ningún fantasma.

Para ella, ese trozo de tela no significa nada. Argumenta que lo he podido ver antes en cualquier sitio: en una camisa tendida en el patio de alguna casa al volver conduciendo del trabajo, o en la cola de la panadería adornando el cuerpo de alguna mujer; y que, simplemente, lo he incluido en mis sueños, como incluimos miles de detalles sin darnos cuenta. La tela ha aparecido tirada cerca de casa porque el viento se la ha llevado del tendedero, o porque el camión de la basura se ha encargado de desperdigar los restos del vestido desechado por la mujer que compraba el pan. Busca con ahínco cualquier explicación porque nos ve agotados por el sueño y la preocupación: y es que no sabemos qué hacer.

La situación es insostenible.

Miércoles: sin noticias de Samuel. Pilar me informa de que aún no ha recibido la lista. Deja caer que, con un poco de presión por mi parte, la conseguiríamos antes. Sus ojos me dicen que hay algo más, pero sus labios no; decido dejarlo estar.

Marita ha venido esta tarde a casa. Mario le ha dicho que no venga más hasta que la avise, que está de vacaciones y que tiene que dedicarse a descansar. No quiero ni imaginarme lo que supondría para ella nuestro último descubrimiento, y necesitamos que vuelva, queremos que vuelva. Adora a Minerva y Minerva la adora a ella. La niña la echa de menos.

No se ha ido muy convencida, pero a Mario no le ha quedado más remedio que «librarse» de ella: voy a dejar las pastillas para enfrentarme al fantasma.

La decisión ha sido difícil; debo admitir que tengo miedo, sobre todo porque la situación se escape de mi control que, por otra parte, es lo que suele ocurrir en las pesadillas. Mario no está conforme: insiste en que el espectro ya nos había dejado tranquilos, en que deberíamos seguir con nuestra vida. Sin embargo, es incapaz de conciliar el sueño si la niña y yo estamos dormidas; y luego está el tema de mi descanso: no puedo vivir eternamente drogada por las noches y eternamente asustada por el día, acuciada por el miedo a relajarme y dar una cabezada en cualquier momento… Hoy vamos a propiciar el encuentro.

Estoy tan nerviosa que no sé si voy a ser capaz de dormir.

El plan era dejar a Minerva con la abuela, pero eso suponía contarle lo que íbamos a hacer y no queremos que se enfade y acabe llamando a los servicios sociales, de modo que, en cuanto se ha ido Catalina, hemos llamado a Lola y se ha llevado a la niña; en su lugar, me ha dejado un relajante muscular bastante fuerte. La combinación Minerva-Gatogordo no nos parecía muy adecuada, así que hemos tirado de nuevo del «comodín» Jacobo y este, sin hacer preguntas, se ha quedado con el gato por esta noche.

Son las tres de la madrugada y aún no me he dormido. Estoy cansada, pero mi cerebro funciona a mil por hora. Mario me ha preparado litros de tila y me he tomado el relajante muscular; también me ha dado un masaje y me ha puesto una grabación con las olas del mar. Nada funciona. Ahora pasea por la habitación; a pesar de que ha dormido solo tres horas, está muy inquieto, los nervios le pueden al cansancio. Le pido que se acueste conmigo, que me dé la mano y que deje que me acurruque junto a él. Nos abrazamos; tenerlo cerca, el olor y la tibieza que desprende su cuello y el ritmo de su respiración, que comienza a ralentizarse, consiguen que me relaje un poco. El

saber que está despierto junto a mí, también ayuda. A las seis de la mañana, por fin, me quedo dormida.

Estoy en la carretera de la urbanización, es de noche. El viento agita con furia las hojas de los álamos amenazando con hacer estallar las nubes. Camino despacio por el asfalto mirando a mi alrededor; el lugar está desierto, solo se oyen las ramas de los árboles crujiendo por el azote del aire y el correteo de algún animal que se escabulle entre sus raíces.

Comienzo a acelerar el paso y me dirijo hacia el puente de piedra con la intención de buscarla. Cada vez corro más deprisa, mis pies van salpicando al golpear contra la carretera mojada; pero, de repente, el asfalto se convierte en hierba: estoy en el parque, es de día y hace un sol espléndido. Los jardines están rodeados por el mar, una gaviota pasa volando sobre mi cabeza, en la orilla hay un pez muerto cubierto de moscas, que me mira con los ojos podridos.

Aunque estoy totalmente sola, hasta mí llegan las risas y los gritos de los niños invisibles que juegan a juegos invisibles.

Miro hacia abajo y me doy cuenta de que estoy empujando el carro de Minerva. No quiero meterla en mi sueño. Asustada, retiro la capota y veo que la niña no está dentro, en su lugar, encuentro a Bruno: el gato de peluche que me regaló Samuel. Lo cojo y lo abrazo como cuando era pequeña y me concentro en volver al puente.

Es de noche de nuevo y estoy parada junto a los eucaliptos; tengo frío y estoy empapada; llevo solo el top y las mallas que uso para salir a correr. A pesar de la oscuridad, veo a alguien de pie inmóvil a unos cien metros. Corro hacia la figura con el gato aún en la mano; cuando me acerco, descubro que es Emilio Guzmán. Qué ironía, hoy sí ha venido a socorrerme.

Serio y servicial, el guardia me advierte de que no debería correr sola por allí a esas horas y se ofrece a llevarme a casa. Pero antes me dice:

—Tengo algo para usted. —Tiende una mano cerrada hacia mí. Despacio, la abre y me enseña un puñado de jazmines—. Huelen de maravilla, puede ponerlos en una cesta en el cuarto de su hija; son un buen ambientador natural. Voy a buscar el todoterreno: no se mueva.

Sin esperar respuesta, se da media vuelta.

—Es curioso —dice confuso rascándose la cabeza—, no sé dónde lo he aparcado…

Lo veo alejarse y noto que el olor de los jazmines me quiere trasladar a otro sitio; me esfuerzo por mantenerme pegada al suelo, por no volar hacia otro lugar. Entonces la veo; veo al engendro y le grito que se detenga, pero no lo hace. La bata mojada se le pega al cuerpo marcando su extrema delgadez; su cabello, ralo y grisáceo, se escurre ondulando con blandura por su espalda. Juraría que cuando apoya la pierna derecha, la rodilla se dobla en el sentido contrario y hasta creo oír cómo le cruje a cada paso.

Comienzo mi carrera, y sorprendentemente, avanzo. El monstruo se

gira, y cuando me ve, acelera el paso, sale del arcén y se escabulle entre los matorrales que lo circundan. La sigo y me interno en el sotobosque; las espinas de las zarzas arañan mis piernas mientras oigo a Emilio Guzmán llamándome desde la carretera:

—¡Vuelva! No encuentro mi coche; vuelva por favor, ayúdeme a buscarlo. ¿Por qué no logro encontrarlo? —susurra confundido, incluso triste.

Doy vueltas y más vueltas: no la veo. Grito desesperada al aire, preguntándole dónde está, pero no hay respuesta. La oscuridad y la lluvia lo confunden todo… Lloro de puro coraje e impotencia, pero sigo adelante, esquivando los aligustres y los madroños. Meto los pies en un pequeño arroyo que se cruza en mi camino. Mis zapatillas han quedado totalmente empapadas: noto el agua turbia y fría borboteando dentro de la tela. Algo flota en la superficie del riachuelo, son pequeñas flores blancas: jazmines… ¿qué significa esto? Los recojo y los estrujo con rabia tirándolos a un lado; siento como mi cuerpo quiere desplazarse otra vez, pero justo antes, la veo de nuevo entre los troncos de los árboles y consigo reconducir el sueño.

La aparición se detiene y me mira; también está llorando, abre la boca desencajando la mandíbula y chilla furiosa como instándome a dejarla en paz. Su alarido me aturde y me asusta. Desaparece de nuevo. La rabia y el frío me agarrotan a partes iguales; las heridas de los gemelos me duelen y me escuecen: tengo espinas clavadas en la carne; aun así, me pongo en marcha caminando a trompicones sin poder contener el llanto. Noto que algo me zarandea.

Despierto.

—¡Cariño, cariño! ¿Estás bien?

La cara de Mario está sobre la mía, parece muy asustado.

—¿Qué pasa, Mario?

—Estabas gritando y llorando.

—Solo la estaba buscando, se ha escondido en algún lugar entre los arbustos… ¿Por qué me has despertado? —le pregunto gimoteando.

—No podía soportar verte así: sufriendo; no sabía qué te estaba pasando. ¿Y si te hace daño ese ser? Esto no ha sido una buena idea.

—¿Tú has notado o visto algo?

Mario se queda callado con cara de culpabilidad:

—Lo siento, me he quedado dormido, estoy agotado... Cerca de las seis he visto que te relajabas y te quedabas dormida plácidamente, y me he relajado yo también… Creo que solo he conseguido mantenerme en vela una hora más… Luego has empezado a gritar y a llorar angustiada y me he despertado.

—No te preocupes, Mario, lo entiendo. De todos modos, no sé si hubiera supuesto alguna diferencia el hecho de que me vigilaras todo

el tiempo —admito derrotada—. Lo tenemos que intentar de nuevo.

—Sabes que no estoy de acuerdo, pero si estás convencida de que puede servir de algo, te apoyaré; eso sí, esperemos a que yo esté más descansado. No quiero volver a dormirme mientras la buscas; tengo miedo de que te pase algo. —Se detiene y me mira extrañado—. ¿No notas un olor raro, como dulzón?

—Sí, huele a jazmines. ¡Dios mío! Es algo relacionado con mi sueño, pero no logro recordarlo: se me escapa…

—Tranquila, cálmate y cuéntame todo lo que recuerdas antes de que se te olviden más detalles.

Mientras me concentro con todas mis fuerzas en recuperar de mi memoria la pesadilla y se la voy describiendo a Mario, me rasco sin darme cuenta unas pequeñas heridas que tengo en las pantorrillas; la sangre, medio reseca, se queda incrustada bajo mis uñas.

58

Jueves: sin noticias de Samuel. Pilar me confiesa que está casi segura de que, debido a mi relación de amistad con Simón, los responsables de seguridad no nos quieren dar la puñetera lista. Me sorprende cuando me dice que no me preocupe, que va a intentar conseguirla por otras vías. Pilar lleva muchos años en la farmacéutica y conoce a mucha gente. Me muestra su intención de ayudarme, pero, fiel a su hermetismo, no me explica nada más.

Hemos invitado a Encarna y a Lola a cenar a casa para contarles nuestro experimento fallido. Mi cuñada opina que, si lo repetimos, debemos hacerlo bajo supervisión: piensa que un experto en hipnosis clínica podría serme útil, guiarme de alguna manera «dentro del sueño» y afrontar el desafío desde la relajación.

—Quizás sea tu subconsciente el que te impide encontrarla y el que intenta alejarte de ella —elucubra Encarna—. Te proteges inconscientemente porque le tienes miedo y temes que te haga daño a ti o a tu familia; por eso te has ido a la playa y por eso tenías que esforzarte tanto por permanecer en la carretera y no acabar en otro lugar; por eso ha aparecido el guardia civil para llevarte a casa. Con la hipnosis tendrías un acompañante que te ayudaría a buscarla y que te sacaría del trance si llegases a estar en peligro. —Hace una pausa para beber un poco de vino—. No se usa para este tipo de situaciones; está más orientada a reencontrar a las personas con su pasado, reviviendo situaciones traumáticas que mantenían en el olvido y que han desembocado en algún tipo de desequilibrio psicológico en el presente o, simplemente, para dejar de fumar. La idea es que tu inconsciente no sea el que mande, que sepa lo que quiere hacer tu mente consciente y

se pongan de acuerdo para que sea esta la que gobierne.

—Pero tengo entendido que hay que tener cierta predisposición para que te hipnoticen, que no es tan fácil y menos, así, a la primera.

Esa fue mi pega.

—Habrá que intentarlo; si no consigue hipnotizarte, al menos puede ayudarte a relajarte y encauzar tu sueño. Estoy segura de que servirá de mucho.

En su grupo de teatro hay un psicólogo hipnoterapeuta que, según Encarna, es un fuera de serie y estaría encantado de colaborar con nosotros en una experiencia paranormal. ¿Paranormal? ¿Cómo puedo usar yo esa palabra…? Puede que nos estemos volviendo todos locos…

Mario no lo ve claro: piensa que podría ser perjudicial para mí, que podría acabar con el cerebro frito o algo así, pero yo estoy decidida a intentar averiguar qué quiere esa mujer y destruirla, si es necesario. Por supuesto a Encarna y a Mario no les he confesado mi intención de acabar con ella; no creo que estén de acuerdo con un enfrentamiento directo, pero eso es lo que me pide el cuerpo a voces y es lo que pienso hacer.

Volviendo en el coche del trabajo, me he imaginado tendida en la cama, sumiéndome en el sueño conducida por la voz del psicólogo; a Mario cogiéndome de la mano…, la carretera, la noche y la lluvia... Camino por el arcén buscándola y, por fin, la vislumbro en la lejanía, cojeando con ese aire de enajenada. Me imagino sin miedo, ya no quiero estar asustada. Corro hacia ella con determinación, nada me va a detener. Estoy furiosa: sea lo que sea esa cosa, no tiene derecho a amenazar a mi familia. Consigo llegar hasta el engendro; veo su cara deforme y sus ojos oscuros y húmedos; me imagino prendiéndole fuego, viéndolo chillar como una rata, agitándose mientras las llamas consumen… ¿su carne?; o ahogándolo con mis propias manos… apretando su pequeño cuello, notando su tráquea ceder ante la presión. Si está muerta, ¿servirá de algo…? No me importa, tengo que intentarlo. Esta misma tarde voy a llamar a Encarna; me da igual lo que diga Mario, no podemos prolongar esta situación.

59

Viernes: vigésimo sexto aniversario de la muerte de mi madre. Sin noticias de Samuel.

Veo los ojos de mi madre en la foto de mi bautizo cuando esta aparece y desaparece en la pantalla de mi ordenador, según abro y cierro carpetas y documentos o minimizo y maximizo las ventanas de las aplicaciones. Leo sin leer, miro sin mirar; me resulta imposible concentrarme. No paro de darle vueltas al maldito trozo de tela, a la posibilidad, corrijo, al *hecho* de que el engendro tenga la capacidad de

manifestarse físicamente, de convertirse en un ser tangible, de que pueda tocar y ser tocado. Ojalá mañana tenga la oportunidad de *tocarlo*.

Encarna ha llamado a su amigo y este ha accedido entusiasmado a ayudarnos. Lola se quedará de nuevo con Minerva. El gato formará parte de nuestra extraña sesión de hipnosis; mi cuñada dice que su presencia puede contribuir a que la conexión con el ente sea más estable. Lo ridícula que me siento con todo este teatro… En fin, no tenemos nada que perder, solo espero que sirva para algo.

Pilar aparece por la puerta; la miro nada más entrar, y para variar, no descifro su expresión.

—Hola, ya he conseguido el teléfono desde el que llamó tu amigo.

Esta Pilar es una cajita de sorpresas.

—¡Estupendo! Eres la eficiencia en persona, Pilar —grito entusiasmada.

—Gracias, pero…

—Vaya, hay un «pero» —la interrumpo.

—No he conseguido hablar con él. Es un teléfono de la India. He llamado y me ha costado muchísimo entender lo que me decía el señor que me ha atendido; entre que mi inglés no es el mejor y que tenía un acento cerradísimo, me las he visto y me las he deseado para enterarme.

—¿Y?

—Esa persona me ha indicado que estaba hablando con una ONG; que Samuel trabajaba allí, pero que hace dos días que se marchó sin decir nada, que llevaba semanas extenuado y sin dormir. Después se ha puesto a gritar algo a otra persona en hindi o bengalí, o lo que fuera que hablase, se ha dirigido a mí también en hindi y ha colgado.

—Vaya… la India... —respondo perpleja—. Y qué mala suerte, por dos días no hemos conseguido hablar con él.

—Sí que ha sido mala suerte, sí —asiente Pilar apesadumbrada; creo que es la primera vez desde que la conozco que deja traslucir sus sentimientos, aunque solo sea un atisbo—. Jefa, quiero decirte que lo siento de veras, que ojalá hubiera tenido más paciencia y hubiera escuchado más a tu amigo.

—No pasa nada, Pilar. ¿Cómo ibas tú a saber que esa llamada era importante para mí?

—También quiero decirte que sé en qué anda metido Simón y que no estoy en nada de acuerdo con lo que está haciendo la empresa.

—¿Eso qué quiere decir? —pregunto asombrada.

—Que estoy dispuesta a ayudaros.

—Piénsalo bien, Pilar, podría tener consecuencias graves para ti.

—No me importa: me queda poco para jubilarme y nunca me he sentido bien tratada aquí, bueno, por ti sí. Sería una bonita despedida

marcharme bajándole los pantalones a alguno.

En ese instante suena mi móvil: es Simón; cada vez creo menos en las casualidades.

—Hola, Simón.

Pilar me hace un gesto y me dice bajito que después seguimos hablando; le susurro un «gracias», que ella acepta con una sonrisa mientras se aleja hacia la puerta.

—¿Dónde estás? —le pregunto a Simón.

—En la Complutense. Me he escapado un ratito del trabajo porque mi amigo Miguel, el que es profesor en la Facultad de Ciencias de la Información, me ha llamado para decirme que tenía que impartir un seminario sobre la conservación de las obras cinematográficas, y que le venía bien que me pasara esta mañana. Hemos reproducido el vídeo que grabó Mario en Sancti Petri en una aplicación que permite ir fotograma a fotograma, bueno, en realidad hay un montón de aplicaciones que lo hacen: solo tienes que descargártelas y entenderlas, claro que el que tienen aquí es la leche y mi amigo hace maravillas con él, es «un máquina». Ya sé que no te hacía mucha gracia que nadie lo viera, pero no te preocupes, Miguel es de plena confianza, el archivo no acabará dando vueltas por la red o de móvil en móvil.

—Simón… —lo interrumpo nerviosa—, al grano. ¿Habéis visto algo?

—Sí, Miguel alucinaba: no paraba de preguntarme cómo lo habíamos hecho, que cuál era el truco. Insistía en que, en todos sus años de carrera, jamás había visto unos efectos especiales como esos. Quería enseñárselo a sus compañeros, así que me he puesto farruco y le he hecho prometer que la cosa quedaría entre nosotros; me he cerciorado de que no se ha quedado con ninguna copia ni nada, puedes estar tranquila.

—¡Por favor, Simón, arranca que me va a dar un infarto!

—Vale, vale. Al principio no veíamos nada; pasamos el vídeo fotograma a fotograma y nada, pero cuando ya nos rendíamos, nos dimos cuenta de que, si no mirábamos al monitor directamente, sí se distinguía una silueta. Solo usando la visión periférica hemos sido capaces de reconstruir algo entre los dos, lo que no veía uno, lo veía el otro y al final ¡los dos veíamos lo mismo! Miguel ha intentado grabar la pantalla desde todos los ángulos posibles, enfocando y desenfocando, cambiando la profundidad de campo y no sé qué historias más que no he podido entender, sin embargo, la cámara no captaba nada, ¡nada!, pero nosotros sí lo veíamos.

—¡¡Simóóón!!

—Está bien, allá voy: se veía una figura muy estilizada —continúa entusiasmado—, llevaba una especie de vestido y el pelo largo... Es tu

fantasma, jefa. Es curioso, porque la imagen guardaba una perfecta simetría con respecto a la junta del rincón; es como si se hubiera puesto un espejo en perpendicular en la mitad del cuerpo. Al principio está de pie y después se agacha y mueve las manos como si estuviera jugando a los «cinco lobitos»; al menos esa ha sido la impresión que nos ha dado a Miguel y a mí, ponía las manos hacia arriba estirando los dedos y se ve claramente como las gira; no se nos ha ocurrido una manera mejor de describirlo…

—¿Los «cinco lobitos»? ¿Estaba jugando con Minerva? Simón, ese movimiento puede significar más cosas.

—Sí, los sordomudos aplauden así, por ejemplo. O a lo mejor estaba mostrando sus manos en plan «no tengo segundas intenciones, estoy desarmada» o estaba haciendo un truco de magia. ¡Yo qué sé, jefa! Son solo unos segundos, no te puedo decir más. La cara no se distinguía, podía estar sonriendo o estar triste o furiosa, no hay manera de saberlo.

—En cualquier caso, no me gusta: los pederastas también juegan con los niños antes de llevárselos.

—No lo había visto desde esa perspectiva. ¿Qué vais a hacer?, ¿sigue en pie la «sesión» de mañana por la noche?

—Sí, Simón, y ahora estoy todavía más decidida. He intentado investigar sobre la hipnosis, pero no he tenido tiempo: estoy de trabajo hasta las cejas. Sin embargo, por lo poquito que he leído, tiene buena pinta. ¿Quieres venir?

—No me lo perdería por nada del mundo. ¿Lo puedo grabar?

—Como quieras, pero el vídeo de la niña lo borras ya mismo. Escucha, tengo cosas que contarte: parece que Pilar quiere ayudarnos con lo de los presupuestos.

—¿Pilar?

—Sí, debe de saber algo, ya sabes, lleva muchos años en la empresa y conoce sus entresijos; con el carácter tan reservado que tiene, la gente no se corta cuando habla delante de ella y encima, está resentida.

—Es la Mata Hari perfecta —contesta Simón.

—Mañana te cuento.

—¿Y Samuel? ¿Alguna novedad?

—Hasta hace dos días estaba trabajando en una ONG en la India, pero no sabemos más. También te lo cuento mañana, ahora me tengo que ir al cementerio, he quedado con mi padre por el aniversario de la muerte de mi madre.

—Uhm… sorprendente.

—¿Verdad? Yo en un cementerio; no se lo digas a nadie.

—Te guardaré el secreto, jefa. Un beso.

—Hasta mañana, Simón.

Me resisto durante unos segundos, sin embargo, la curiosidad es más fuerte que mi miedo a ver al monstruo junto a Minerva, así que busco el archivo y lo abro mientras un intenso escalofrío recorre mi columna. Ahí están Minerva y el gato, se escuchan mis gritos desquiciados, pero no aparece nada nuevo. Bajo la mirada y la fijo en la parte del escritorio que queda justo debajo de la pantalla del móvil: la veo.

60

Después de llevar flores a la tumba de mi madre, mi padre y yo hemos comido juntos. La conversación, cómo no, ha girado en torno a la boda. Me resulta frívolo por su parte que, a continuación de dejar un ramo de lirios en la tumba de su difunta esposa, se ponga a hablar de las rosas del ramo de novia de su futura esposa.

No, para: estás siendo demasiado dura con él.

En el cementerio, el pobre no hacía otra cosa que parlotear sobre el calor que hacía o sobre lo recomendable que es la incineración por cuestiones de espacio; todo para alejar de sí la tristeza, para no dejarse llevar por la añoranza.

Hemos estado frente al nicho los dos, de pie, aguantando el sol de media mañana. Durante los segundos en los que mi padre conseguía mantenerse callado, miraba la cruz pegada al granito con pesar y un rastro de culpabilidad.

Sé que después de veintiséis años la sigue echando de menos. Fue el amor de su vida, aunque, por lo que fuera, quizás lo descuidara momentáneamente. Siempre me quedará la duda de si tenía algo con Gloria antes de que mamá muriera, pero nunca se lo preguntaré porque eso sí que no podría perdonárselo.

De camino al restaurante, en el coche, me ha preguntado cómo es que después de tantos años me he decidido a ir al cementerio. Nunca antes había acudido a ver a mi madre, no tenía sentido visitar un montón de huesos. Dada mi antigua convicción de que después de la muerte no había nada más, para mí ir al cementerio era lo mismo que ir a un huerto con sobredosis de abono. Ahora las cosas han cambiado: sigo sin encontrarle un sentido concreto al hecho de presentar nuestros respetos a los muertos, pero siento que es una manera de honrarlos y que a mi madre, allí donde esté, le habrá gustado vernos a mi padre y a mí juntos y unidos. ¡Si hasta llegamos a cogernos de la mano! Todo muy dramático y sentimental; demasiado para mi gusto.

No he sabido qué contestar a mi padre. ¿Cómo le digo que ahora sí que creo en que todos los que han fallecido a nuestro alrededor: mi madre, mi tía, Luisa… pueden estar en algún lugar porque un demonio, tal y como divulgaba la yaya *Marsia*, se ha hecho presente

en mi vida? ¿Cómo le digo que su nieta juega con un espectro deforme en el rincón de su habitación?

Ojalá pudiese hablar con la yaya, preguntarle a cuántos niños, locos o moribundos ha visto quedarse estáticos mirando al vacío y qué ha sido de ellos.

Allí, en el cementerio, rodeada de lápidas, no paraba de imaginarme a los muertos sentados sobre las piedras mirándonos con curiosidad, con indiferencia o con envidia. Los veía caminando atribulados por los caminos con sus trajes de gala, peinados y maquillados. Veía a ancianos, a niños… a amas de casa, oficinistas, hombres de campo, sacerdotes, mujeres de «vida alegre»…, asesinos, ladrones, filántropos…, artistas, políticos… y también a algún monstruo, a algún espíritu maldito que abandonó este mundo repentinamente, lleno de resentimiento y de maldad, y que ahora se pasea entre los vivos buscando una víctima con la que pagar su frustración.

Al final de la mañana, nos hemos acercado al nicho de la tía Virtudes y también le hemos dejado flores. Murió el año pasado con ochenta y cinco años y fue un cáncer, como en el caso de su hermana, quien se la llevó; pero se fue tranquila, sin dolor y rodeada de sus tres seres más queridos. Cuando me dijeron que ya no iba a aguantar mucho más, Mario y yo nos la llevamos a nuestro piso del barrio del Pilar para que no estuviera sola ni un instante, entre los dos, nos las arreglamos para que así fuera. Recuerdo cómo me pasaba la mano por el vientre, por entonces ya muy abultado, y sonreía con placidez, con calma: nos dejaba viéndonos felices.

Ahora estará sola o los difuntos se buscan los unos a los otros¿ ?para hacerse compañía

61

Sábado: sin noticias de Samuel.

Simón observa a Gatogordo desde una distancia prudencial. Minerva y el animal juegan en el salón; hacía mucho tiempo que no se veían y los dos están demostrándose el cariño que se tienen según la naturaleza de cada uno: él restriega la cabeza contra el pañal de la niña haciéndola caer, ella se recompone de la caída, se sienta y dando gritos de entusiasmo, «estruja» al gato con sus bracitos y aprieta la cara contra su lomo anaranjado. Simón los contempla anonadado: ¿cómo puede una niña mostrar tal confianza en esa fiera imprevisible y traicionera? Con esos ojos fríos y esos dientes afilados que podrían arrancarle un dedito de cuajo, o sus uñas como alfileres que podrían desfigurar su precioso rostro de un zarpazo; y, sin embargo, ahí están, sin más supervisión que la suya, que ya podría estar el bicho

devorando viva a Minerva, que él lo único que haría sería salir corriendo de allí.

Mario y Lola entran en ese momento en el salón, estaban en el jardín fumándose un cigarro y revisando las novedades en la vida amorosa de ella: parece ser que el nuevo enfermero de traumatología tampoco ha cubierto sus expectativas. Lola se sienta directamente junto a Minerva y acaricia al gato y a la niña como si ambos fueran sus mascotas.

—Simón, ¿quieres una cerveza? —pregunta Mario antes de entrar en la cocina.

—Preferiría un vino, si puede ser. Espera: tengo un par de riojas en el coche que te van a dejar de una pieza.

—Pero antes habrá que enfriarlos un poco, ¿no? —sugiere Mario.

—Tienes razón; abramos boca pues, con un par de cervezas.

—¡Simón!, ¿no quieres venir a jugar un rato con el lindo gatito?, es muy cariñoso… —dice Lola mientras levanta a Gatogordo del suelo y se acerca a Simón con el animal en los brazos.

—¡Ni se te ocurra acercarte a mí con eso!

—Venga, que es solo un gato —ríe Lola traviesa—, un gato esotérico, pero solo un gato. Mira con qué ojitos te mira…, todo ternura.

Simón no soporta más la cercanía del felino y sale huyendo hacia la cocina. Lola deja de nuevo al gato junto a Minerva.

—¿Has visto al tito Simón? —le dice a la niña—, que se asusta de tu amiguito. Estoy deseando pillarlo algún día dormido y ponerle a Gato encima, lo que nos íbamos a reír, ¿eh, mi niña? Vente con la tita Lola que te voy a cambiar, que nos tenemos que ir ya.

Minerva le echa los brazos y mira a Gatogordo con el ceño ligeramente fruncido como diciendo «¿Y Gato no viene?»:

—¡*Ato*!

—No, cariño, *Ato* se queda aquí que tiene función esta noche, y tú y yo tenemos que desaparecer ya mismo. Vamos a buscar a mamá y que me dé tus cositas. Esperemos que papá y el tito sean prudentes con la cerveza y el vino, si no mamá se va a enfadar muchíísimo.

Mamá, o sea, yo, está como un flan. Anoche me costó dormirme incluso con las pastillas; pero mejor, así hoy me resultará más fácil. Encarna vendrá sobre las nueve con su amigo, el doctor Arias, y después de cenar iniciaremos la sesión.

Simón está emocionadísimo: siente mucha curiosidad por lo que vamos a hacer y está convencido de que obtendremos algún resultado. Mario es un manojo de nervios y preocupación; su hermana ha insistido en que no hay peligro, pero, como es lógico, él se siente incómodo ante lo desconocido.

Desde mi dormitorio los oigo charlar intentando trivializar lo que

se avecina, compartiendo unas cervezas como si estuviésemos en una reunión de amigos normal y corriente.

Me miro al espejo y no me reconozco: ¿dónde está la persona segura de sí misma, decidida y pacífica que siempre he sido? No soy especialmente cariñosa, pero desde luego no soy violenta: jamás me he pegado con nadie, ni siquiera un tirón de pelo en el colegio. Si bien es cierto que no me hacía falta defenderme o atacar a nadie; la gente siempre me ha respetado, e incluso temido, simplemente por mi compostura y mi seguridad. Pero ahora me siento expuesta y eso genera en mí agresividad, odio, el deseo de destrozar, de desgarrar, de no parar hasta que todo termine.

Anoche, cuando cerraba los ojos, no paraba de imaginarme a mi niña sentada delante del rincón, quieta como siempre, sonriendo embobada frente al espectro que se muestra ante ella como si fuera un test de Rorschach. Minerva se levanta y se acerca a la pared, alarga la mano y coge con sus deditos un trozo de tela con flores azules que emerge de la junta de los dos tabiques. El tejido está totalmente empapado; sigue tirando de él como si fuera la ristra de pañuelos que sale de la manga de un mago, hasta que una mano, blanca como la clara de un huevo cocido, y hasta con la misma textura, brota de la pared y la agarra de la muñeca. De la base del rodapié comienza a manar agua, un agua sucia y maloliente. La niña llora e intenta desasirse en vano; la garra, pálida y húmeda, aprieta más fuerte y Minerva grita de dolor. ¡Basta! Qué traicionero es el cerebro, me lleva por la misma vereda una y otra vez, y el resultado de mi soñar despierta siempre es el mismo: la niña desaparece engullida por el rincón. He llegado hasta el punto de no poder simplemente pensar en ella sin que la escena que veo en mi cabeza derive en su pérdida; siempre temo que algo malo le vaya a pasar y termino llamando a Mario, a Catalina o a quien se encuentre con ella para cerciorarme de que está bien.

Esta mañana he quemado el trozo de tela que nos trajo Emilio Guzmán: lo he mojado con gasolina para mecheros y con una cerilla le he prendido fuego dentro de un cubo. Llevo el bote de gasolina y las cerillas en el bolsillo. Pienso dormir con ellas.

62

—Bien, ahora que me habéis puesto en antecedentes y me has contado cómo se han desarrollado tus pesadillas, os cuento cómo va a ser el proceso.

El doctor Arias es un tipo totalmente normal: no es un señor con los pelos alborotados, gafas de culo de vaso y mirada perdida. Al contrario, me recuerda un poco a mi padre, elegante e impecable, con

una voz de locutor de radio que te subyuga desde el primer «hola». Me da la sensación de que no se cree nada de lo que le hemos contado sobre la aparición, y que lo que quiere es desentrañar los misterios de mi cerebro; que solo nos sigue la corriente para averiguar cómo la mente humana puede generar semejantes monstruos.

Hemos estado hablando durante casi dos horas; le he contado todo lo que recuerdo de mis sueños, luego, me ha preguntado sobre cómo me siento al respecto, sobre mi vida personal y profesional, sobre mis fortalezas, mis debilidades, mis preocupaciones, mi familia, mi relación con Mario, con mi hija, sobre mis aficiones, sobre qué es lo que quiero lograr con esta sesión… me ha *viviseccionado*.

Nunca le había contado a nadie tantas cosas como a este hombre, he vomitado sobre él todos mis sentimientos y pensamientos. Incluso le he transmitido mi creciente odio hacia el espectro y hasta mi intención de destruirlo. Él lo ha considerado algo lógico y normal: el monstruo representa algo malo y traumático para mí y es natural que desarrolle animadversión hacia él, así como deseos de aniquilarlo. Está claro que no lo considera una amenaza real. Juega al despiste conmigo: asiente cuando le cuento que el guardia civil encontró el trozo de tela de la bata; o que al despertar Mario y yo, la madrugada del jueves, notamos un fuerte olor a jazmín; que la niña lo ve y que hasta lo tenemos grabado en vídeo… Rehúye hablar de las pruebas físicas de la existencia del fantasma y acaba centrándose en lo que simboliza este para mí, para mi psique. No importa, él también quiere llegar hasta el engendro para averiguar qué maldito trauma me persigue, pues lleguemos.

Me ha hecho tumbarme en la cama y, para decepción de Simón, solo ha dejado que Mario y Gatogordo se queden en la habitación. Sentado en una silla, Javier Arias mira al animal suspirando resignado –Encarna prácticamente le ha obligado a admitir la presencia del gato–, este se ha tumbado en un reposapiés y se lame las uñas, indiferente. El psicólogo desvía la mirada hacia nosotros y sigue dándonos explicaciones:

—Lo primero será la relajación: vamos a hacer unos ejercicios para relajar tu cuerpo y después seguiremos con tu mente. Normalmente uso música en mis sesiones, pero hoy hace una noche perfecta y vivís en una zona muy tranquila, así que solo contaremos con los sonidos de la noche y mi voz.

»Según veo, lo que quieres es enfrentarte con esa mujer y averiguar sus intenciones; ese es tu objetivo y, por lo tanto, será el mío. Por alguna razón, tu inconsciente evita la confrontación a pesar de que tu mente consciente la busca; tendríamos que dilucidar la causa de su rechazo y después desmenuzarla hasta encontrar una herramienta en ti, que te ayude a combatir aquello que te atormenta y

que no deja que te sientas bien; pero como no tenemos tiempo, iremos directamente al grano, que también es una técnica válida, aunque no de mis favoritas.

»Cuando consigamos que estés totalmente tranquila, continuaremos con unas frases cortas y directas con las que te guiaré a un estado aún más profundo de relajación, a un estado cercano al sueño REM. Debes dejarte llevar: confiar en mí; juntos lo conseguiremos.

»Me has dicho que siempre la buscas, o más bien, tu mente inconsciente la busca, en la carretera de la urbanización.

—Así es —respondo.

—Pues si te parece, vamos a acotar el escenario. Según me has contado, también soñaste con ella en la oficina.

Estoy a punto de corregirle: no soñé con ella en la oficina, ella *estuvo* en la oficina, la escuché perfectamente cuando me dijo que no quería estar allí. Me retengo: confianza, yo debo *confiar* en él y él debe *confiar* en mí, esa es la clave. Solo necesito que me lleve hasta ella y después seguiré por mis propios medios.

—Sí, allí fue donde tuve contacto con ella por primera vez.

—La oficina es un espacio cerrado; figuradamente, usar un lugar así puede hacer que el encuentro sea más sencillo porque a ese ser le costará más «escabullirse». Mario, tú puedes tumbarte con ella para que esté más calmada, pero no la toques ni digas nada. ¿Crees que te ayudará que tu marido se quede junto a ti?

—Sí, claro.

—Insisto en que debes confiar en mí, aunque solo sea porque he hecho esto muchas veces y te aseguro que funciona.

—Pero, doctor, estamos hablando de unas circunstancias «especiales» —objeta Mario.

—Solo serán especiales si nos obcecamos en que lo sean. La mente humana es muy compleja, sin embargo, ante cualquier peligro o amenaza reacciona casi siempre de la misma manera, da igual que se trate de una serpiente o de un fantasma. —Javier Arias hace una pausa y coge aire, se concentra—. Comencemos. Quiero que os recostéis los dos. A partir de ahora, Mario, solo me dirigiré a tu mujer.

»Ojos cerrados, ninguna extremidad cruzada, postura cómoda, la que te resulte verdaderamente placentera, la única salvedad es lo que te he dicho antes: no cruces ni brazos ni piernas. Estás en un lugar seguro, Mario está contigo, sientes su cercanía, su amor…

»Quiero que te centres en tu respiración. Siente cómo cada inspiración lleva oxígeno a tu sangre y cómo cada espiración expulsa la tensión de tu cuerpo. Inspira…, espira…, la expulsa de tus piernas…, de tus caderas, de tus hombros…, de tu cuello… Inspira…, espira…, despacio y profundamente… Poco a poco tu cuerpo se va

volviendo más ligero, tu respiración se ralentiza… Te sientes muy relajada y tranquila, solo albergas bienestar.

Me relajo. Me siento bien, oigo la perfecta y cautivadora voz del doctor y el suave ronroneo del gato: run-run… run-run…

—Te dejas llevar porque estás confiada —prosigue el psicólogo— y tu mente te transporta hacia aquel lugar que te da paz, hacia aquel lugar donde solo existe el sosiego, la calma: hacia el mar.

»Estás de pie sobre la arena templada, la sientes entre los dedos de tus pies de manera placentera, muy placentera… el sol sobre tu piel… el olor del mar… Sigue respirando, despacio, serena. Notas que tu cuerpo está totalmente relajado, distendido… Te acercas caminando lentamente al agua, bajas la vista y ves como las olas acarician tus pies; avanzas y el agua, mansa y trasparente, cubre tus rodillas, tus muslos… tu cintura… Cuando cuente tres te sumergirás complemente en ella. Uno… dos… ¡tres!

»Estás flotando dentro del mar, pero sigues respirando: puedes respirar con total naturalidad. Sientes el agua tibia y agradable en tu piel, su sabor salado en los labios. Te vas sumergiendo cada vez más. Flotas tranquila, mecida por las suaves corrientes, ves tu cabello ondeando a tu alrededor y los rayos del sol atravesando el agua clara y cristalina… Estás muy tranquila… Sigues bajando, cada vez más y más hacia las profundidades… Bajas y bajas hasta que tus pies tocan la arena del fondo. Caminas por ella, respiras calmada, reconfortada por el mar que te acuna; avanzas despacio hacia la pared de un acantilado. La pared es totalmente lisa y vertical, sin rugosidades ni aristas, es del mismo color que la arena; la recorres con la mirada y encuentras una puerta. ¿Qué haces?

—La abro —contesto.

—¿Dónde estás?

—En mi despacho.

—¿Estás sola?

—Sí.

—Bien, siéntate en tu mesa. Mira a tu alrededor. ¿Oyes algo?

—Solo el tráfico y una persiana que da golpecitos contra la ventana justo al final del pasillo.

—Estás tranquila, estás en tu despacho: un lugar conocido y agradable para ti, pero ahora quiero que te levantes. Camina despacio hacia la puerta y sal.

—La planta está a oscuras.

—Enciende la luz.

—No recuerdo dónde están los interruptores.

—Están a tu izquierda; mira y verás que están ahí.

—Sí que están, pero no funcionan. No importa, tengo cerillas.

—¿Cerillas? —El doctor suena confundido—. ¿Para qué llevas

cerillas?

—Nunca se sabe cuándo las puedes necesitar.

—Respóndeme, ¿para qué quieres las cerillas?

—Para… para… Estoy oyendo un ruido.

—No le prestes atención; quiero que me digas para qué quieres las cerillas.

—Alguien está arrastrando los pies… y oigo un goteo. Voy a ver… voy a ver quién es…

—No, detente. —La voz del psicólogo ya no suena tan pausada—. Dime para qué quieres las cerillas.

—¿Qué pasa, doctor? —susurra Mario asustado—. ¿Por qué no le hace caso?

—No lo sé, algo no va bien… —masculla el terapeuta—. Debería hacer lo que le digo.

—Voy a prenderle fuego… —confieso.

—Ese no era el plan; déjate guiar por mí. Detente.

—No.

Mario se levanta y me mira: continúo tumbada en la cama, inmóvil, con los ojos cerrados.

—Cariño, ¿qué estás haciendo ahora?

—Me estoy acercando a la salida de emergencia, el ruido proviene de allí. Abro la puerta. Voy a bajar por las escaleras.

El psicólogo no sale de su asombro; Mario está inmiscuyéndose en la sesión, en *su* sesión:

—Pero ¿qué estás haciendo, Mario? Puede ser peligroso.

—Pues si es tan peligroso, sáquela del trance —replica Mario—; si no, continúe, ayúdela a hacer lo que quiere, ayúdela a destruir al monstruo, a destruir su mal; al fin y al cabo, ¿no se trata de eso?

—Está bien —admite el hombre mientras inclina la cabeza y se dirige a mí de nuevo—. ¿Qué ves?

—Veo luces rojas, son las luces de emergencia… Oigo un golpeteo… son… son sus pasos contra las escaleras metálicas. Me asomo por la barandilla… Puedo verla: distingo su cabeza, pequeña y blanca, con el cuero cabelludo levantado… la bata… las flores…

—Esto es inútil, ¿para qué me habéis llamado? —le dice el doctor a Mario—; por Dios… lo está haciendo ella sola…

—Vamos, siga, pregúntele —lo espolea Mario.

—¿Qué haces ahora?

—Bajo más deprisa… Ella… ella huye de mí.

Mario ve cómo mi rostro se contrae y cómo una lágrima escapa de mi párpado. Golpea el antebrazo de Javier Arias instándolo a proseguir.

—Tranquila —me dice el psicólogo—, ella es más lenta que tú. Puedes alcanzarla. Céntrate en tus piernas, siéntelas, avanza y no la

pierdas de vista.

—¡No puedo! —grito impotente—. No puedo… los escalones…

—¿Qué pasa con los escalones?

—Se reproducen delante de mí…

—Para. Concéntrate en ellos; se reproducen porque tú haces que lo hagan. Míralos, ya no lo hacen.

—Ya no lo hacen… pero está muy oscuro, prácticamente no veo nada. Tengo miedo.

—Vamos, no pierdas el valor. Nada puede hacerte daño, ese ser no puede hacerte daño, ni siquiera puede tocarte. Además, tú eres más fuerte que él.

Ahora lloro con más intensidad; el coraje me abandona:

—No puedo… estoy cansada… ¿Por qué estoy tan cansada?

—Sí puedes, mi vida, yo estoy aquí, contigo. Piensa en Minerva —me anima Mario mientras el doctor lo mira perplejo.

—Continúa —me exige el psicólogo—. Dime qué haces.

—La veo, avanzo… Está oculta en la oscuridad, en el rincón de un descansillo; tiene la pierna… colgando. Chilla —mascullo apretando las mandíbulas y los puños—, chilla muy fuerte y muy agudo. Su boca…

—¿Qué le ocurre a su boca?

—Es gigantesca y oscura, no tiene labios… Me duelen los oídos, no para de… de chillar, de chillar como un animal herido; no soporto ese chillido…

Mario mira al doctor asustado:

—Despiértela, está sufriendo.

—No, vamos a seguir adelante, vamos a terminar con esto —afirma el psicólogo decidido. Imposta la voz y vuelve a coger el tono acompasado y tranquilizador con el que comenzó la sesión—. Ahora quiero que coloques tus manos en los oídos, el sonido comienza a desvanecerse, solo hay silencio… solo oyes tu propio corazón… Escucha el latido de tu corazón…

Mi cuerpo se relaja y abro los puños.

—La tengo acorralada —musito—, me mira asustada. Llora…

—¿Qué haces ahora?

—Saco el bote de gasolina…, la rocío con ella. Sigue gritando, pero yo ya no la oigo.

De repente, un intenso olor a gasolina inunda la habitación. El gato se bufa, salta del reposapiés y se mete debajo de la cama.

—Sigue hablando —me ordena el doctor mientras arruga la nariz y mira a su alrededor nervioso.

—Meto la mano en el bolsillo y saco la caja de cerillas. Sus ojos… sus ojos están muy tristes, me da mucha pena… No puedo…

—No la mires a los ojos, haz lo que has venido a hacer, acaba con

tus miedos. Ella simboliza la posibilidad de que tu hija desaparezca: es tu miedo a tener que vivir sin ella, pero no tiene porqué ser así, no es una amenaza real. Abre la caja.

—Abro la caja de cerillas…

Silencio.

—¿Qué pasa, cariño? Di algo —me dice Mario.

—¡JAZMINES! —grito desconcertada—. ¡La caja está llena de jazmines! ¿Dónde están las cerillas? ¿DÓNDE? Quiero acabar con esto ya… por favor… no puedo más…

Me revuelvo en la cama llorando desesperada, las lágrimas y la saliva se escurren por mi rostro.

—¡Despiértela! ¡Sáquela de ahí! —grita Mario.

El doctor se acerca a mi oído:

—Tranquila… cálmate… Escucha mi voz, solo mi voz… céntrate en ella y déjate guiar. Te voy a llevar a un lugar seguro, a un lugar que amas. Todo va a ir bien: el monstruo ha desaparecido, ya no está, no existe y nunca más volverás a verlo… NUNCA, JAMÁS. Levanta la cabeza…, mira la pared. Hay una puerta. ¿Qué haces?

—La abro.

—Estás en el fondo del mar. La luz de la superficie llega hasta la arena y dibuja brillantes ondas sobre ella; te gusta mirarlas, son hermosas y te hacen sentir bien. Respira… El agua entra en tus pulmones como si fuera aire: puedes respirarla suavemente, la notas entrar en ti como una brisa fresca y reconfortante. Te elevas flotando, en paz. Conforme asciendes, se te va olvidando todo lo que acaba de pasar. —El psicólogo mira a Mario buscando su consentimiento; este se lo da—. Todo lo que ha ocurrido se va deshaciendo en pequeñas hebras como si fuera algodón de azúcar, diluyéndose en el mar. Subes y subes, cada vez eres más liviana y cada vez te sientes mejor. Solo notas bienestar, un bienestar que te acompañará cuando despiertes y que hará que puedas conciliar el sueño fácilmente cuando lo necesites: solo tendrás que volver al mar y sumergirte en él. Subes y subes… Ya ves la superficie. Sigues subiendo, flotando… Cuando cuente tres, emergerás del agua y despertarás completamente tranquila; tu cuerpo estará lleno de calma, de amor, te sentirás bien… muy bien. Uno… dos… ¡tres!, despierta.

Abro los ojos, me incorporo despacio y me seco las lágrimas. Mario me mira sonriente, Javier Arias: confuso.

—¿Cómo estás, cariño? —me pregunta Mario.

—Bien… me siento muy bien ¿Qué ha pasado? No me acuerdo de nada.

—Todo ha acabado —informa Mario—. ¿Verdad, doctor?

Javier Arias asiente con la cabeza; de repente se ha quedado mudo. Aún nota el olor a gasolina en la pituitaria, ¿se ha imbuido

tanto en el trance que se ha sugestionado de tal manera que hasta le ha parecido oler lo que yo olía? Pero él ha visto que Mario también lo notaba, ha visto cómo miraba a su alrededor buscando el origen del olor…

La sesión no ha ido como él esperaba. Cuando Encarna le habló del fantasma y de su genial idea de buscarlo mediante la hipnosis, le pareció algo interesante y digno de estudiar. Nunca había tratado a gente con ese tipo de trastornos: solo lucha contra el tabaquismo, fobias varias, adolescentes retraídos…, pero lo mío era extraordinario porque había trascendido a los que me rodeaban. Existía el reto, no solo de averiguar qué se escondía bajo la figura de una mujer deforme y aterradora, sino de cómo había conseguido propagar mi fobia a toda la familia, y de cómo me había condicionado, y los había condicionado a ellos, para que pareciese que todos los hechos de mi vida estuvieran dirigidos a probar la existencia del espectro.

Cobarde, Javier Arias ha decidido rendirse. Esto no es un trauma «normal»: está más cómodo con sus nictófobos o sus catagelofóbicos; no quiere inmiscuirse más en mi «caso». Cree que ya ha hecho suficiente, ha puesto una tirita que me permitirá vivir un tiempo tranquila hasta que la herida se abra de nuevo y el apósito no sea capaz de contener la hemorragia. Es consciente de que ha hecho una chapuza, de que ha puesto la tirita sin ni siquiera desinfectar la herida; pero no puede o no quiere hacer más. Se levanta y retira la silla mientras me dice:

—Sí, todo va a estar bien a partir de ahora. Has sido muy valiente y te has enfrentado a tus miedos con entereza: has acabado con ellos.

Me miente. Sabe que yo no tengo ni idea de cómo funciona la hipnoterapia y que me creeré cualquier cosa que me diga. Sabe que Mario, por amor, le seguirá y apoyará el engaño, y eso le hace sentir menos culpable.

—Solo me queda una curiosidad —continúa—: ¿qué significado tienen para ti los jazmines?

—¿Los jazmines…, también los he nombrado en esta ocasión? No tengo ni la menor idea.

—¿No tienes ningún recuerdo relacionado con ellos?

—Me encantan las flores: es algo que heredé de mi madre, pero no recuerdo nada especial sobre ellos. Ya le he dicho que no me acuerdo de casi nada de mi infancia. Supongo que simplemente incluyo esas flores porque me gustan, como el agua o correr… Pero ese no es el tema, es el espectro lo que importa y el que haya terminado con él.

El doctor Arias es consciente de que los jazmines pueden ser la clave, o al menos una de ellas, y sabe que con más sesiones podría llegar al recuerdo que he perdido, relacionar las señales y quizás hacerme reflexionar, pero ¿podría convencerme de que los fantasmas

no existen? ¿Y si, realmente, existen?

Madrid, invierno de 1993

63

José Manuel aspira el humo del cigarro mientras observa cómo Gloria deshilvana cuidadosamente el bajo de unas pesadas cortinas de terciopelo verde. Los dos están sentados en el sofá, el salón parece inmenso al estar prácticamente vacío a excepción del tresillo y de un gigantesco aparador repleto de retratos y de libros, herencia de los abuelos de Gloria. José Manuel no ha querido ir a comprar muebles nuevos –no tiene ganas, ya no tiene ganas prácticamente de nada– y Gloria se resiste a usar los mismos que tenían él y Angelines en su casa: dice que no son adecuados para un piso tan grande y elegante en pleno barrio de Chamberí, además, su mujer estaría por todas partes, lo cual no sería beneficioso, ni para la niña ni para él; en su estado lo mejor es no mirar atrás, no tener alrededor cosas que les hagan daño porque así se recuperarán antes y más fácilmente.

Menuda discusión tuvieron cuando Gloria decidió guardar la mecedora de Angelines en el trastero; menos mal que él entró en razón. Gloria estaba en lo cierto: no soporta llorar más, seguir sufriendo como sufre cada vez que algo le recuerda a su mujer, a su hermosa Angelines.

Todo será más sencillo así, su palomilla se merece seguir adelante y ser feliz, y él, intentarlo al menos. Gloria se ha esmerado mucho en crear un nuevo hogar, una nueva vida sin recuerdos de Angelines: no ha puesto ni una sola foto de la difunta, ha dado su ropa y sus muebles a la beneficencia; todo para que él esté mejor, solo pensando en su bienestar y en el de la niña. Gloria es un ángel que lo ha rescatado del infierno; José Manuel está seguro de ello y jamás podrá agradecerle lo que ha hecho por él. La pobre lleva semanas trabajando sin parar ocupándose de todo; ha comprado lo básico para poder mudarse: las camas, los armarios y un tresillo; ha contratado a los pintores y al fontanero, también encontró a un cerrajero y a un albañil para arreglar la cocina.

—No sé por qué no me dejas buscar a otro electricista en lugar de ese tal Duros —se queja Gloria.

—Vamos, mujer, el hombre insiste en que quiere ayudarnos y a él también le viene bien: necesita el dinero. Nos conocemos desde hace años, del barrio y porque hacía muchos trabajos en nuestro bloque; Angelines le encargaba los arreglos de electricidad del vecindario a sabiendas de que estaba pasando apuros y, además, trabaja bien.

—Es que Angelines era demasiado buena —responde Gloria torciendo el gesto—. Tú me has dicho un montón de veces que ese señor quedaba con tu mujer para reparar las averías y que luego no

aparecía con cualquier excusa peregrina; y que también se gastaba todo lo que ganaba en las tragaperras.

—Por favor… no quiero discutir, ¿qué más te da? Va a hacer el trabajo igual. Por cierto, ¿no tendría que haber llegado ya?

—Sí, tu amigo encima es la puntualidad en persona.

—Estará al caer… —dice José Manuel mientras se levanta—. Voy a despertar ya a la niña.

—Déjala que siga durmiendo, José, estaba rendida. Ha pasado muy mala noche con las pesadillas.

—Otra vez con pesadillas… Pobrecita mi palomilla. Lo malo es que, si duerme más tiempo la siesta, después no va a pegar ojo hasta las tantas.

—Pero si hoy es viernes, cariño; es mejor que descanse el angelito. No te preocupes, yo me quedo esta noche con ella hasta que le entre el sueño.

En ese instante llaman a la puerta y José Manuel se dirige hacia la entrada:

—Voy yo, seguro que es el Duros.

Gloria suspira molesta: ese Duros tiene pinta de ser el típico chapuzas; pero no quiere contrariar a José Manuel. Aún sentada, rodeada de hilos y terciopelos, escucha como los hombres se saludan:

—Buenas tardes, Alfredo. ¿Cómo estás?

—Bien, José, ¿y tú? ¡Menuda casa tenéis! —exclama el Duros mientras entra en el piso con los ojos bien abiertos, ávidos de información, y le da un eufórico apretón de manos a José Manuel—. Es una maravilla.

Gloria se acerca al recibidor caminando sobre sus tacones de aguja, digna como una aristócrata. José Manuel los presenta y el Duros, con disimulo, la repasa de pies a cabeza relamiéndose los labios obscenamente. El hombre se quita el abrigo y lo deja encima de un macuto oscuro y viejo, lleno de bultos informes que denotan una total ausencia de orden. Debajo del abrigo, el electricista lleva un mono azul marino algo raído. A pesar del frío, no se ha puesto la parte superior, sino que la lleva con las mangas atadas a la cintura, dejando ver una camiseta sembrada de manchurrones parduzcos; estos se contonean sobre su blanda barriga ejecutando un baile casi hipnótico.

—Pues voy a empezar por el salón, si os parece. Es una casa muy grande y me va a llevar bastante tiempo revisar toda la instalación. Quería traer a uno de mis hijos para que me ayudara, pero los muy vagos no han querido venir. ¡Bah!, la juventud de hoy no quiere dar palo al agua, solo andar de juerga y emborracharse; sin embargo, es a las mujeres a las que les ha dado por trabajar, y no solo en trabajos de mujeres: ¡también quieren hacer cosas de hombres! —grita exaltado —. Deberían dedicarse a cuidar de sus hijos y de sus maridos que es

para lo que están hechas y dejarse de tonterías. ¿Qué va a saber una mujer de fusibles o de leyes, por ejemplo?

—Duros —lo interrumpe José Manuel al ver que a Gloria se le está hinchando una vena de la sien derecha—, es mejor que empieces por ese enchufe: cada vez que lo usamos saltan los plomos —le indica.

—¿Este?, vamos a ver…

El Duros se agacha para examinar el enchufe y el mono se le escurre hacia abajo dejando al descubierto parte de sus nalgas. Esto es demasiado para Gloria, asqueada, se acerca a José Manuel y le susurra:

—No aguanto más a este señor; me voy antes de que no pueda reprimir las ganas de matarlo.

—Sí, es mejor que te vayas, aunque no te prometo que no acabe matándolo yo.

—Llámame si te decides a hacerlo y necesitas ayuda —le responde Gloria en voz baja. Después, se dirige al Duros intentando que sus ojos no se posen, ni por accidente, en el desfiladero peludo que luce en su trasero el electricista—. Hasta luego, Alfredo. Le dejo que tengo que hacer algunas cosas en la cocina.

—Hasta luego, Gloria. Ha sido un placer conocerte.

El Duros pronuncia la palabra «placer» salivando en exceso, después, levanta los ojos para echar un vistazo al culo de Gloria mientras esta desaparece por la puerta. José Manuel, que se da cuenta, se interpone entre la mirada del electricista y la retaguardia de su amante; mantiene los puños fuertemente apretados dentro de los bolsillos del pantalón.

El Duros se sonroja al verse descubierto e inmediatamente vuelve a la tarea.

José Manuel contraataca:

—¿Y cómo está tu mujer, Alfredo?

—Bien, muy bien. Pero se queja mucho; ¡bah!, no sé por qué, la tengo como a una reina. Son los chicos los que me preocupan. Ya te digo que no quieren trabajar: uno quiere hacer una carrera, políticas o algo así; ya ves tú qué sabrá mi chico de política, los jóvenes no saben de nada y menos de política; van por la vida como si se las supieran todas, pero no tienen ni idea. ¡Bah!, qué van a saber… Otro se quiere dedicar a pintar o no sé qué historia, pero no a pintar paredes, no, ¡a pintar cuadros!, y se ha dejado el pelo largo como si fuera un maricón. Al menos me queda el Vicente: ese sí me ha salido medio normal, vago, pero por lo menos se está dedicando a algo como Dios manda, lo tengo en un matadero destripando cerdos.

José Manuel suspira hastiado, le queda mucha casa y mucho discurso del Duros por delante. Comparte algunos puntos de su pensamiento con él, pero con una orientación distinta. Desde luego, lo

deseable para una mujer es no tener que trabajar y poder dedicarse a su familia, pero no cree que sea por falta de aptitudes para otros quehaceres, sino porque han nacido para eso, para ser madres y organizar un hogar; él no sabría hacerlo, está seguro de ello, y por supuesto, si una mujer quiere dedicarse a cualquier oficio, el que sea, está en todo su derecho de hacerlo. Sin embargo, Gloria está encantada con el papel de ama de casa, lo ha animado a seguir con su carrera hacia lo más alto de la Caja y ya están planeando juntos un nuevo ascenso, así que no es preciso que ella siga trabajando. Gloria lo apoya y lo entiende, lo alienta para que siga esforzándose por promocionarse; eso está bien: si se dedica plenamente a su oficio no le quedará tiempo para pensar ni para hundirse en el desconsuelo.

Lo que sí que no le ha gustado nada es cómo ha mirado el Duros a Gloria, lo ha hecho como si fuera una fiera acechando a su presa. Nunca se había dado cuenta de ese aspecto del carácter del electricista, de lo enfermo que está y de la incapacidad que tiene para contener y esconder su deseo. Le asquea. Cuando ha visto la lujuria asomando por los ojos del Duros mientras miraba a Gloria, le han dado ganas de darle un puñetazo con todas sus fuerzas y de arrastrarlo por la camiseta hasta la puerta, pero se ha contenido por respeto a Angelines: ella lo hubiera considerado un pobre diablo y hasta le hubiera dado pena.

—… y claro —continúa el Duros—, le tengo dicho que tiene que meter en vereda a los muchachos porque si no van a ser unos desarrapados toda su vida. Pero ni caso; yo me tiro todo el día trabajando, tú lo sabes: la instalación del bar del Cuco la hice yo solo, ¡y cómo se la hice!, qué maravilla, no ha tenido ni un problema, y a la Magdalena también le hice algunos arreglos en la pollería; vete tú y encuentra a otro electricista que le haga lo que le hice yo, ¡bah!, la mayoría no tienen ni idea…

Mientras el Duros sigue con su monserga, José Manuel se acerca al balcón y acaricia el terciopelo de la cortina que Gloria ya ha colocado. Es muy tupida, Angelines seguro que hubiese colocado algo más ligero que dejara pasar la luz y ya hubiera llenado la reja de pensamientos y azaleas. Por un momento agacha la cabeza y la ve sentada en la mecedora, sonriéndole dulcemente mientras el sol baila entre sus rizos. Al instante, siente un profundo dolor en el pecho y le dan ganas de sentarse en el suelo, allí mismo, y de ponerse a llorar, de abandonarse, de quedarse quieto mirando al infinito hasta consumirse y morir, de desaparecer: así desaparecería también el dolor.

La echa tanto de menos… La ve en todas partes, pero sobre todo en su hija, y eso es lo peor. Se está distanciando de ella porque no soporta reconocer en sus ojos a su mujer. La reconoce en sus ojos, en sus manos, hasta en su caminar o en la manera en la que se retira el

cabello del rostro; y no soporta no ser lo suficientemente fuerte como para consolarla, para ser su apoyo, es la niña quien lo anima y le da fuerzas para continuar. Su preciosa palomilla. Ella seguramente acabará al frente de una gran empresa con esa cabecita que tiene; eso no se puede desperdiciar… Además, su hija es especial.

—… y fíjate, José, que el Cuco ya tiene trabajando al Alberto en el bar; al chico no le gusta, pero ahí está: ganándose el pan como un hombre, discuten todos los días porque el muchacho lo hace todo renegando, pero ahí está: haciendo caso a su padre y a su madre; la hija está estudiando para maestra, muy buena profesión, sí, señor; y también le buscó ocupación a su sobrino Eduardo. Este hombre anda emperrado en colocar a toda su familia. Mira que te dio la vara con su sobrino y la portería de la Lines… Al final se la quedó el chico. No me parece bien, entre tú y yo, es un poco viva la Virgen, ¿sabes?

—Ni lo sé, ni me importa, la verdad.

—Claro, tú no estás para esas cosas. Con todo lo que estarás pasando. Fue terrible lo de la Lines, ese accidente tan tonto, ya ves tú, fregando las escaleras… y que la encontrara el Samuel… pobre chiquillo. ¿Llegó a ver algo el crío o solo se la encontró muerta y ya?

—El niño no habla del tema y nadie lo va a forzar a ello, ni mucho menos. Está bastante traumatizado, son solo cuatro años… Sus padres únicamente quieren que olvide: olvidar es lo mejor.

—Sí, claro, qué necesidad hay de regodearse en las desgracias. Siempre *palante*, *patrás*, ni para coger impulso. Bueno, José, ya he terminado aquí; si quieres continuamos por la cocina.

—No, Alfredo, mejor vamos a los baños —contesta José Manuel ceñudo.

«Se te ha acabado el entretenimiento, Duros —piensa—. Te voy a tener esquivando a Gloria toda la tarde, y como te pille otra vez mirándola como un salido, te juro que te parto la cara y te mando a la calle de una patada en el culo. Yo no tengo tanta paciencia como Angelines».

64

Gloria abre una de las últimas cajas que los de la mudanza han dejado en la habitación de la niña; está llena de libros y tebeos, también hay lapiceros, varios sacapuntas y algunas muñecas recortables. En el fondo descubre una preciosa cajita de lata de chocolates Amatller; la abre curiosa y dentro encuentra un montón de jazmines marchitos. Las florecillas están marrones y consumidas: no le gustan, son flores y seguro que es cosa de Angelines. Se guarda la caja en el bolsillo de la falda con la intención de tirarla después.

—¿Qué haces, Gloria?

La cría ha aparecido de repente y la ha pillado por sorpresa. Rápidamente, empuja la caja de chocolates hasta el fondo del bolsillo para que la niña no la vea.

—Nada, preciosa; solo estoy terminando de colocar tus cosas. Ven, acércate, que estás muy despeinada. Deja que te haga una trenza.

—No me gusta llevar trenza; quiero llevar el pelo suelto y la gorra de la Expo de Sevilla —responde la pequeña contrariada.

—Pero, cariño, esa gorra no pega nada con tu vestido, mira lo bonito que es: con sus lazos y su nido de abeja. Me costó mucho trabajo hacértelo.

—No me gusta.

—Pero yo solo quiero que estés preciosa y elegante para que Luisa vea lo guapa que eres. Te voy a comprar los zapatos de charol de color burdeos que he visto en el centro esta mañana. ¡Conjuntan de maravilla con este vestido!

—¡Ya te he dicho que no me gusta! ¡Quiero quitármelo! —chilla la niña irritada.

—Por favor, hija, no te enfades; si quieres luego te compro alguna cosa que te guste: un libro o unos patines, lo que sea.

—Yo no quiero nada, solo ponerme mis vaqueros; mi mamá nunca me obligaba a ponerme vestidos.

Gloria frunce el ceño:

—Ya, pero yo no soy tu mamá; tu mamá no está aquí, se ha ido al cielo y seguro que está muy triste porque te estás portando mal conmigo.

El semblante de la chiquilla cambia del enojo a una mezcla de resignación y abatimiento. Como si fuera una muñeca, Gloria la coge en brazos y la pone sobre sus rodillas mientras se sienta en la cama. La mujer comienza a peinarla con los dedos; va cogiendo con rapidez los mechones oscuros, uno por uno, y los va trenzando habilidosamente. Concentrada en la tarea, anima a la niña que aún se muestra seria y reticente:

—Verás qué guapa vas a quedar. Tienes un pelo precioso y muy largo… ¿Has descansado en la siesta?

—Sí, he dormido con Bruno —contesta la cría mientras acaricia las orejas del gato de peluche—; él me ayuda a no tener pesadillas, eso dice papá.

—¿Y te acuerdas de lo que sueñas?

—Sí, sueño con mamá.

—Vaya, entonces debería de ser algo bonito —deduce Gloria.

—Pues no lo es. Sueño que viene a despedirse de mí, pero yo no quiero que se vaya y entonces, llora y me dice que necesita que lo entienda: que tengo que dejarla ir, que me quiere mucho y que tiene que volar a otro lugar, a un lugar hermoso desde el que me cuidará;

pero yo sigo sin querer que se marche y la abrazo para que se quede conmigo. Y lloro mucho también. Y a veces vuelve porque dice que es incapaz de dejarme así y me mira… me mira con cara de tener algo más que contarme… como cuando tienes un secreto y estás loca por soltarlo, pero sabes que no debes contarlo; y entonces dice que no con la cabeza y aprieta los labios… y después me pide de nuevo que me contente, y sonríe y me dice que estará siempre a mi lado. Cada vez me pasa menos, y cada vez la veo más… más borrosa.

—No te preocupes, cariño, llegará un momento en el que dejarás de tener esas pesadillas: es solo cuestión de tiempo.

Gloria culmina su obra con un lazo de raso rojo y después pone a la niña de pie delante de ella para admirar su trabajo.

Ambas levantan la cabeza cuando oyen el timbre de la puerta: seguro que es Luisa.

65

—Hola, José Manuel. ¿Cómo estás?

—Bien, Luisa —responde mientras ambos se abrazan. Se estrechan durante unos segundos; lo justo para no dejar que sus tristezas se mezclen y se refuercen la una a la otra—. Hacía mucho que no nos veíamos, me alegro de que por fin hayas venido.

—Ya sabes que el invierno es duro para mí: trabajo desde muy temprano y hasta muy tarde… ¿Dónde está tu hija?

—Está en su cuarto con Gloria, creo que la está peinando.

Justo en ese instante, Gloria entra en el salón. Camina hacia ellos muy erguida colocándose el cabello:

—Hola, Luisa, ¿qué tal? ¡Qué alegría verte!

Ambas mujeres se besan recatadas con un leve toque en cada mejilla.

—Gracias por invitarme, Gloria.

—Mujer, ya era hora de que vinieras por aquí y vieras nuestra casa. ¿Qué te parece? Aún me queda mucho por hacer. Quiero comprar unos muebles de roble oscuro, de esos recios y señoriales, que hagan juego con el aparador de mis abuelos, y algunas cosillas más. Ya lo tengo casi todo pensado.

—Te está quedando muy… elegante y el salón es inmenso. ¿Y la niña?

—Viene enseguida. Me ha dicho que quería darse los últimos retoques para que la vieras. Le he hecho un vestido precioso y se lo ha puesto especialmente para ti —le dice Gloria orgullosa—. También estoy cosiendo las cortinas de todo el piso, me está llevando mucha tarea, pero creo que merecerá la pena. Todavía tienes que ver el resto de las habitaciones: la cocina es una maravilla y tenemos tres

dormitorios…

—¡Hola, Luisiiii! —grita la niña mientras corre derecha hacia Luisa con los brazos abiertos. Se ha soltado el pelo y lo lleva alborotado bajo la gorra blanca con el pajarillo de cresta multicolor.

—Hola, mi cielo… —le dice Luisa. Cómo echaba de menos estrechar ese pequeño cuerpecito; cómo echaba de menos su voz, su sonrisa, sentirla palpitante y llena de vida. La cubre de besos, de esos besos de los suyos, sonoros y apretados, y cierra los ojos para atrapar la sensación de bienestar que le proporciona el abrazo de la pequeña.

—¡Pero, niña! ¿Por qué te has quitado la trenza?, ¿y qué haces con esa gorra tan horrorosa? —chilla Gloria encendida por la rabia.

—¡No es una gorra horrorosa! Me la regalaron los padres de Samuel, el sobrino de Luisa —contesta la cría maliciosa.

Momentáneamente, Gloria se queda muda: no sabe dónde meterse. Mira a José Manuel buscando su apoyo, apurada y a la vez molesta. La niña la ha puesto en evidencia descaradamente, esta niña… Ella no hace otra cosa que esforzarse para que esté contenta y así se lo agradece. Por fin sale de su mutismo y consigue encontrar cómo excusarse:

—Bueno, no quería decir que sea fea, es solo que… que no conjunta con el vestido; la gorra es… es muy graciosa.

—No pasa nada —dice José Manuel saliendo en su auxilio—, es verdad que la gorra no hace juego con el vestido, pero mi palomilla está preciosa con cualquier cosa. —Se agacha para besar a su hija—. Y ahora ve con Gloria para que te peine de nuevo. Anda, sé buena. Si te portas bien, nos vamos un ratito al parque los cuatro para que juegues con Luisa y le cuentes lo bien que te va en tu nuevo colegio.

—Claro, papá, seré buena. Yo siempre soy buena… —dice la niña, sonriendo traviesa a la vez que mira a Gloria de reojo.

La mujer se la lleva de la mano al dormitorio. De camino, le quita la gorra y la estruja con saña entre los dedos.

—Le está costando acostumbrarse, ¿eh? —comenta Luisa.

—Sí, nos está costando a todos, pero solo hay que darle tiempo al tiempo. Gloria la quiere mucho y la chica aprenderá también a quererla. Si no fuera por ella no sé lo que hubiera sido de mí.

—¿Si no fuera por Gloria?

—Sí, claro.

—Sí…, ya veo cómo se está empleando en borrar cualquier rastro de Angelines.

—¿Por qué dices eso, Luisa?

—Es obvio —responde confundida—. Mira el aparador: no hay ni una sola foto de ella, las ha quitado todas de en medio, sus muebles, sus cuadros, ¡se ha llevado todas sus cosas!… ¿Y dónde está su mecedora?

—La ha subido al trastero, lo hace por nuestro bien.

—¿Por vuestro bien?, ¿de verdad crees que eliminar de vuestra vida todo lo que os recuerda a Angelines os hace bien? —pregunta exaltada—. Ella no se merece eso, ella no se merece que la olvides.

—¡Por Dios, Luisa!, déjame en paz, ¿no ves que estoy tratando de rehacer mi vida? —exclama José Manuel—. Los recuerdos me hacen daño, no me dejan vivir, ¿y cómo puedes ni siquiera insinuar que me estoy olvidando de ella? La veo a todas horas y en todas partes. Y estaba embarazada, Luisa… embarazada… ¿Tú lo sabías?

—No, no me lo llegó a decir.

—Llevaba una vida dentro… ¡No tendría que estar muerta! y de una manera tan estúpida, trabajando, fregando las puñeteras escaleras… Si nos hubiéramos ido antes, nada de esto hubiera pasado. Si me hubiera impuesto y la hubiera obligado a dejar la portería y a mudarnos…, ahora seríamos felices. —El hombre rompe a llorar y Luisa lo abraza solícita notando cómo las lágrimas también acuden a sus ojos—. Déjame que pase página, por favor, Luisa… Sé que la tía Virtudes también está molesta conmigo, que no entiende que me haya venido a vivir con Gloria tan pronto, pero solo estoy haciendo lo que me aconseja todo el mundo: «José Manuel, tienes que seguir adelante, la vida sigue», y en ello estoy…

—Está bien; perdona, lo que te he dicho ha estado fuera de lugar. Supongo que tienes razón: tienes que recomponerte y lo tienes que hacer como a ti te parezca mejor, si eso supone apartar las cosas que te recuerdan a Angelines porque no puedes resistir convivir con ellas, bienvenida sea la decisión. Perdóname, por favor —le repite—. No quería hacerte daño, y debes entender que no ha sido culpa tuya, los accidentes son así, podría haberle pasado en cualquier sitio; no te culpabilices más.

Él se separa de ella enjugándose las lágrimas con torpes manotazos, casi arañándose el rostro:

—No pasa nada, estoy bien, solo ha sido un momento de debilidad. Llevo una temporada en la que el cerebro no para de transportarme a su lado; normalmente estoy mucho mejor. Quizás ha sido el verte.

—No me digas eso; admito que desaparezcan las cosas de Angelines, pero a mí no me podrás llevar al trastero: los sitios cerrados y mal ventilados me van fatal para la salud.

—Ni se me ocurriría, Luisa —confiesa José Manuel sonriendo—, tú sabes que te quiero y que eres la tercera mujer más importante en mi vida, pero que no se entere Gloria...

—Tranquilo, te guardaré el secreto. Ahora sécate la cara, que tu hija no note que has estado llorando, y cambiemos de tema. No sé… Cuéntame cómo te va en la Caja, o cualquier otra cosa.

Se sientan en el sofá y escuchan cómo Gloria y la niña trastean en la cocina, seguramente preparando algo para picar.

—Pues te cuento que ayer estuvo aquí el Duros —dice José Manuel a la vez que busca el paquete de tabaco en los bolsillos de su chaqueta—; vino a arreglarnos unas cuantas cosillas.

—Qué asco me da ese hombre —suelta Luisa con repugnancia—; siempre anda sucio y con la mirada perdida.

—La verdad es que no me había dado cuenta antes de lo de su mirada, de lo… de lo salido que está… Se comía a Gloria con los ojos.

—¿En serio no lo habías notado antes? —pregunta Luisa.

—Pues no, pensándolo bien, tampoco he coincidido tanto con él: por la mañana en el desayuno y algún viernes por la noche cuando bajábamos al bar a tomar un pincho de tortilla, poco más; era Angelines la que tenía más trato con él, por las chapuzas en el bloque y eso. —Pensativo, le da una larga calada al cigarrillo—. A ti no te ha puesto la mano encima nunca, ¿verdad?

—¡Ni se le ocurra! Le doy un sopapo que lo dejo en el sitio. El Duros es más de mirar, lo ha hecho siempre con todas.

—¿Con Angelines también?

—Pues claro, tu mujer era una belleza. ¿Qué te crees, que porque fuera todo el día en ropa de faena y desarreglada nadie se fijaba en ella? Lo que pasa es que era muy buena y no se lo tenía en cuenta; ignoraba sus miradas y sus roncerías de mal gusto y siempre lo justificaba: decía que era un pobre hombre ignorante y enfermo que solo merecía compasión. Ya sabes cómo era ella.

—Con ella tampoco se sobrepasó jamás, ¿verdad?

—¡Claro que no, José!, ese mucho «lirili» y poco «lerele». No me lo imagino yo forzando a nadie por muchas ganas que tuviera, es un cobarde.

—Pues precisamente los cobardes son los peores —aduce José Manuel—; son los que acosan y abusan de las mujeres porque así se sienten más valientes.

—Bueno, yo no pondría la mano en el fuego por él… Es verdad que las apariencias engañan y si en estos casos, es la cobardía lo que envalentona a los cobardes, el Duros sería el hombre más valiente del mundo. Desde luego, su mujer, las pocas veces que aparece por el bar, nos mira a todas como si nos tuviera que pedir perdón, como si ella fuera la cómplice de alguna falta. Pero ¿a cuento de qué viene todo esto?

—No sé, debo de ser un poco insensible: jamás he prestado atención a los hombres como el Duros, uno sabe que existen, que están ahí y, sin embargo, no los ve cuando los tiene delante. No me ha gustado nada descubrir que alguien, a quien consideraba más o menos normal, con el que he desayunado en multitud de ocasiones y con el

que he conversado como si nada sobre trivialidades, resulte ser… en fin… un cabronazo pervertido.

—Vosotros no reparáis en esas cosas ni en cómo nos afectan. Somos las mujeres quienes lo sufrimos, quienes tenemos que aguantar que ciertos hombres nos desnuden con la imaginación y notar en sus ojos, en su respiración, y hasta en sus manos, cómo hacen a saber qué guarradas con nosotras en su cabeza. —Luisa se da cuenta de que está cargando contra quien no debe e intenta justificar a José Manuel—. Bueno, es normal que no te hayas dado cuenta de cómo es el Duros: siempre andabas inmerso en tu trabajo y en ocasiones eres un poco despistado; quizás, ahora que tienes una hija te has sensibilizado más.

—Puede ser…, me hierve la sangre con solo imaginármelo mirando de esa manera tan asquerosa a la niña o a Angelines…

Justo cuando José Manuel, encrespado y nervioso, se levanta y echa a andar por el salón, intentando rechazar las imágenes de las perversiones que habrá engendrado la mente del Duros, Gloria, el último objeto de deseo del electricista, irrumpe en el salón cargando con una bandeja repleta de aperitivos. Detrás de ella, la niña, perfectamente peinada, camina despacio sujetando algunas botellas. Cuando llega a la altura de Luisa, le tiende servicial una bebida mostrándose orgullosa por ser útil:

—Toma, Luisi: una cervecita.

—Muchas gracias, mi vida —le responde Luisa mientras la cría se sienta a su lado y se le acerca mimosa, pegándose a su cuerpo como un cachorrito de gato—. ¿Adivina…?

—¡Me has traído un regalo!

—Sí, señor, has acertado. —Luisa saca un libro de una bolsa que ha dejado a sus pies y se lo tiende a la pequeña—. Espero que te guste, sé que ya lees bastante bien.

—Sí, y además lo entiendo casi todo.

—Es un cuento sobre una chica que de mayor quiere curar a la gente.

—¿Quiere ser médico? —pregunta la niña mientras lo abre.

—Sí, aunque hay más maneras de curar a las personas: también puedes ser enfermera o fisioterapeuta o…

—O puedes fabricar medicinas —sigue la chiquilla.

—También —responde Luisa—. Mira, tiene unos dibujos preciosos.

—Me gusta… Tengo ganas de que venga Samuel para poder leerlo juntos ¿Cuándo va a venir? Lo he echado de menos estas Navidades.

—Él también te extraña mucho, pero sus papás tienen un montón de trabajo; en verano volverá para las vacaciones, ya lo verás.

—Jo… pero hasta el verano queda mucho tiempo. Yo quiero jugar con él ya…

—Palomilla —la interrumpe José Manuel, viendo la posibilidad de que su hija pille una rabieta o se ponga triste: últimamente le cuesta verla venir, está impredecible y cambia de carácter con facilidad—, ¿tú no tenías un regalo para Luisa?

—¡Sí, es verdad! Casi se me olvida —dice la niña y, al instante, sale corriendo alborotada.

—Se ha tirado parte de la mañana haciéndote un dibujo —apunta Gloria poniendo los ojos en blanco—. Se ha esforzado mucho, pero se ve que el arte no es lo suyo; y además no se deja guiar: es tan terca como su padre.

—Le dijo la sartén al cazo —responde José Manuel sonriendo. Al segundo cambia el semblante y se pone serio para preguntar:

—¿Y cómo está Samuel, Luisa?

—Sigue tristón, pero cada día va volviendo a ser un poquito más él mismo. Sus padres le han buscado ayuda y lo sigue un profesional periódicamente.

—Los niños son más fuertes de lo que pensamos —argumenta José Manuel—, y la naturaleza es sabia y nos hace olvidar lo que nos causa daño. ¿Ha llegado a contaros algo de lo que vio?

—Qué va; no sé si al psicólogo le habrá dicho algo, pero a nosotros no y, sinceramente, no nos atrevemos a preguntarle —responde Luisa con tristeza a la vez que aprieta las manos y se las frota con fuerza. José Manuel, al verla afligida, se levanta y se sienta a su lado en el hueco que ha dejado su hija en el sofá. Despacio, pasa la mano por la espalda de ella para consolarla.

—Pobre criatura, sus padres deben estar muy afectados —apunta Gloria mientras posa, rápida y territorial, sus dedos sobre el brazo que José Manuel ha alargado para reconfortar a Luisa—. No me quiero ni imaginar por lo que deben de estar pasando.

Luisa, incómoda, se levanta y se alisa la falda:

—Voy a buscar a la Palomilla, está tardando mucho en traerme el regalo.

—Su habitación es la que está al fondo del pasillo —le indica José Manuel.

En el dormitorio, desde la puerta, Luisa observa a la niña sin decir nada. La pequeña está sentada en el suelo esforzándose por escribir algo en un dibujo; ha colocado el bajo del vestido justo en el borde de la hoja y, fingiendo descuido, alarga los trazos del rotulador de manera que estos acaban en la tela.

De vez en cuando, se rasca la cabeza deshaciéndose parte de la trenza y coloca detrás de las orejas los mechones que se han escapado del recogido. «Igual que hacía su madre», piensa Luisa; y ella también se la imagina sentada en la mecedora, acariciándose el vientre y balanceándose mientras inventa historias sobre los zapatos que ve

pasar por la ventana.

66

A pesar de la siesta, la niña no ha tardado mucho en irse a la cama: ha sido una larga tarde jugando en el parque con Luisa. José Manuel dormita en el sofá roncando sonoramente. Gloria mira y remira la cortina, que por fin ha terminado, y decide que ya es hora de encontrarse con Morfeo. Con delicadeza, pasa los dedos por el rostro del hombre y le besa la frente mientras le susurra:

—José, despierta. Anda, vete a la cama que te va a acabar doliendo la espalda.

—Tienes razón —dice José Manuel desperezándose—, es muy tarde. ¿Tú también te acuestas?

—Sí, ya he terminado la cortina, mañana me ayudarás a colgarla, ¿verdad? Va a quedar todo tan bonito; vamos a ser muy felices en nuestro hogar. Ya lo verás —ronronea ante la cara apática de José Manuel—. Debes tener confianza, yo estoy aquí. Te quiero, te quiero muchísimo… —masculla mientras lo besa en los labios.

Él la abraza y también la besa con dulzura. Cuando se separan, Gloria lo mira esperando ávida una respuesta a su declaración, pero él niega con la cabeza y, mientras se pone de pie, cansado y pesaroso, recita con ojos tristes:

—Aún no me pidas que te lo diga, Gloria… todavía no estoy preparado. —José Manuel es incapaz de mantener la mirada de la mujer ni un segundo más, y huye—. Hasta mañana.

Gloria se queda sola, arropada por la noche y por las tupidas cortinas que siguen reposando sobre sus rodillas. Siente un conato de tristeza y una puntiaguda angustia que hace cuña en su corazón, luchando por apoderarse de ella para que rompa a llorar, pero al instante se rehace. Ella puede con eso y con mucho más. Mañana será otro día, y tarde o temprano, él la amará como ella lo ama a él: con intensidad, casi con desesperación.

Mientras, José Manuel se ha acercado a ver a su hija antes de irse a la cama. La niña duerme tranquila abrazada a Bruno. Respira profundamente, murmurando algo entre sueños; lo hace tan bajito que José Manuel no es capaz de entender lo que dice. El hombre se arrodilla ante la pequeña y acerca el oído a los labios de la chiquilla. De refilón, le parece ver una sombra en el rincón que hay a los pies de la cama, pero cuando fija la mirada, no consigue ver nada. Acerca de nuevo la cabeza a la de su hija y escucha cómo la cría suspira relajada y en calma; junto a su cálido aliento, escapan cuatro palabras que suenan a despedida:

—Adiós, mamá. Te quiero.

67

Desnuda, me desplazo a mi parte de la cama buscando el fresco de las sábanas; Mario y yo acabamos de hacer el amor en su lado y aún guarda el calor de nuestros cuerpos. Él se ha ido a fumarse un cigarro y a ver un rato la televisión; me ha dado un beso y me ha deseado buenas noches, buenas noches… sí, señor. Ahora soy capaz de dormir a pierna suelta: sin aditivos, solo tengo que pensar en el mar, tal y como me dijo el doctor Arias. Acabé con el monstruo y ya no aparece en mis sueños, es como si nunca hubiera existido.

Cierro los ojos e inspiro la brisa que entra por la ventana; hace una noche fresca y mi cuerpo, poco a poco, se va desprendiendo de la tibieza del sexo. Me acurruco y me imagino en la orilla del mar, mis pies bañados por las olas, el sol brillando en el límpido cielo, el olor a salitre… Despacio, me voy sumergiendo, y cuando el agua llega a la altura de mi vientre, me zambullo por completo. Al instante, el sueño va cayendo sobre mí denso como una manta, mi imaginación comienza a crear figuras imposibles que tienden a la oscuridad y, por fin, me duermo.

Suena el despertador.

Mario se remueve a mi lado y se da media vuelta para mirarme somnoliento:

—Buenos días, mi amor. ¿Qué tal has dormido?

—Bien, como un tronco —respondo, estirándome perezosa—. Uhm… demasiado bien, me quedaría aquí contigo toda la mañana en lugar de ir a trabajar.

—Pues quédate un poquito más —rezonga Mario mientras sonríe al observar mi desnudez.

—Sabes que no puedo.

—¿Seguro?

—Seguro… —le digo a la vez que comienzo a levantarme, tapándome el cuerpo con falso pudor—. No me lo pongas más difícil.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Vale… —claudica Mario—. ¿Quieres que me levante y te haga el desayuno mientras te duchas?

—No, aprovecha y sigue durmiendo. Todavía te quedan un par de horas hasta que Minerva se despierte.

Antes de meterme en la ducha me acerco a ver a la niña; respira tranquila y relajada en su cuna, en su cuarto. Todo vuelve a estar en su lugar. La vida se ve de otra manera cuando uno está descansado,

los problemas son menos problemas y las inquietudes inquietan menos: me siento con fuerzas de nuevo. Le doy un beso a Minerva, mi preciosa muñeca, y me pongo en marcha para afrontar el día.

En la ducha, sin darme cuenta, comienzo a recordar la noche en la que el doctor me hipnotizó. Le pedí a Mario que me contara lo que había pasado durante la sesión, pero insistió en que no fue nada agradable y que por algo el médico hizo que lo olvidara; eso explica la cara pálida y descompuesta de Javier Arias y que se fuera rápidamente a su casa sin mediar palabra. Supongo que, si finalmente rocié al engendro con la gasolina y le prendí fuego, debí de dar un espectáculo dantesco, de hecho, me acuerdo de que la habitación olía a gasolina cuando desperté y de que, al comprobar que la lata y las cerillas seguían en mi bolsillo, me dio la sensación de que la lata, a pesar de estar perfectamente cerrada, se encontraba casi vacía. Es posible que faltara también alguna cerilla, aunque la verdad es que no las conté antes de acostarme.

A pesar de que Mario no me lo ha descrito, de vez en cuando, me regodeo en la imagen de la aberración consumiéndose por las llamas, desapareciendo de nuestras vidas para siempre. En ello estoy de camino al trabajo en el coche, cuando, obligándome a abandonar mi sadismo, llamo a mi padre para ver qué tal está. Ahora andan planeando el viaje de novios, prácticamente van a dar la vuelta al mundo y después se quedarán en la casa de Ibiza hasta que acabe el invierno.

Según avanza la conversación, noto cierto desánimo en la voz de mi padre; no aparenta la ilusión, casi infantil, que suele demostrar últimamente.

—¿Pasa algo, papá? —le pregunto.

—Bueno… es que Gloria quiere que nos quedemos a vivir en Ibiza, que sea nuestra residencia habitual.

—Pero entonces, nos veríamos aún menos de lo que nos vemos ahora —me quejo sin recato.

—Lo sé, hija, pero si lo piensas bien está muy cerca: en avión no se tarda nada en llegar a Madrid. Vendríamos muy a menudo, seguro, no me quiero perder nada de la vida de Minerva, ni de la tuya…

«Uy… por ahí no vayas, papá…. ¿Que no te quieres perder nada de nuestras vidas?, nada más, querrás decir…».

Suspiro conteniéndome, mientras pienso en qué contestar y piso el acelerador para adelantar a un abuelo, que conduce por la autovía como si paseara por el campo un domingo por la mañana. En realidad, no pienso en una respuesta, sino en cómo suavizar la que tengo, pero no lo consigo:

—Quedaros a vivir en la isla… muy típico de Gloria. Te quiere solo para ella, los demás sobramos. Por fin consigue casarse contigo y

ahora te separa definitivamente de nosotros.

—No sé para qué te cuento nada… Tú siempre se lo has puesto muy difícil, cuando estáis juntas saltan chispas y tu rechazo se nota a la legua.

—¿No estarás insinuando que el hecho de que no me lleve bien con ella está relacionado con que os quedéis a vivir en Ibiza? ¡Es Gloria quien insiste en aislarte de toda la gente que no le baila el agua! —Un conductor, que en ese momento me está adelantado, se ríe abiertamente al verme hablando sola y cabreada—. Lo intentó conmigo, pero no me amoldé a sus deseos como una ovejita sumisa, así que decidió que era hora de ir reduciendo nuestra inconveniente relación padre e hija; y antes, con Luisa, hizo tres cuartos de lo mismo: no podía compartirte ni arriesgarse a que ella te abriera los ojos.

—Hay muchas cosas que ignoras de lo que pasó después de la muerte de tu madre —me interrumpe mi padre—. Porque tú… tú me recuerdas… Me cuesta… me cuesta mucho…

—¡El qué te cuesta, papá! —le grito irritada—. ¿Luchar un poquito, enfrentarte a Gloria y no dejar que haga contigo lo que quiera?

—Bah, déjalo, da igual —se rinde—. No sé por qué no lo puedes entender… Todo fue muy complicado, no sabes cuánto… Y Gloria me ayudó mucho.

—Ya, ese argumento es el que usas siempre; y si hay cosas que no sé es porque tú no me las has contado.

—Para no hacerte sufrir, solo por eso. Fueron tiempos duros, yo… yo no estaba en condiciones de nada.

—Han pasado veintiséis años, papá, y yo ya no soy una niña. Creo que te ha dado tiempo suficiente para recuperarte de la muerte de mamá y para darte cuenta de lo que Gloria ha hecho contigo.

Alterada, busco mi identificación de la empresa en el bolso para pasarla por el escáner del aparcamiento; por norma, la tengo preparada mucho antes de llegar a la verja, pero la conversación con mi padre me tiene descolocada. Oigo como suspira al otro lado del auricular:

—Mira, esta no es manera de discutir el tema: por teléfono, sin vernos las caras y tú conduciendo.

—Tienes razón, mejor lo dejamos —admito. Realmente nunca parece ser el momento apropiado para que hablemos, bien sea porque yo evite la sensiblería, bien porque a mi padre no le interese romper la aparente dicha en la que vive sacando trapos sucios—. Ya estoy entrando en el garaje del trabajo y se va a cortar —le digo cansada.

—Espera, hija, escúchame un segundo…

Paro el coche en mitad de la rampa; se nota que la gente está de

vacaciones porque la mayoría de las plazas están vacías y no hay movimiento alguno dentro del aparcamiento.

—Dime.

—No quiero dejar la conversación así. Tienes que comprender…, ella me ha dado mucho y lo lógico es que yo se lo devuelva. Allí tenemos amigos y la casa está sola mucho tiempo. Es el curso natural de los acontecimientos, tarde o temprano, íbamos a acabar allí. De todas maneras, te prometo que voy a intentar convencerla de que nos quedemos en Madrid, por lo menos, un año más.

«Un año más… qué generoso».

Está bien, no voy a conseguir nada atacando a Gloria y a la falta de voluntad de mi padre con ella, así que me decido por usar armas más sentimentales –y totalmente sinceras– en el contraataque, aunque no sean mi fuerte y su uso me produzca bastante incomodidad:

—Lo siento, papá, perdona que sea tan brusca, pero es que no quiero que te alejes de nosotros, te echo de menos…

Mi padre se queda en silencio; casi puedo ver su cara de sorpresa a través del teléfono. Puede que haya dado en el blanco.

—Yo también te echo de menos —me responde pesaroso—. Voy a hablar con Gloria, aunque no te aseguro nada.

Nos despedimos y, mientras aparco, me pongo triste sin remedio. Con lo bien que había empezado el día… Me detesto por haber intentado que mi padre se sienta culpable, pero lo que le he dicho es totalmente cierto: no quiero que se marche a vivir lejos de nosotras, y es cierto: lo echo de menos.

Sin poder evitarlo, comienzo a recordar. Veo a mi padre cogiéndome de la mano frente a la tumba de mi madre, lo veo llorando sentado en su mecedora, noto su aliento en mi nuca mientras estoy sentada sobre sus rodillas en el bar del Cuco. Me imagino la foto de mi escritorio en movimiento: mi tía Virtudes pasándome de sus manos a las de mi padre, que me sostiene con delicadeza posando para la siguiente foto de familia, para una foto que nunca tendré. Si pudiera echar el tiempo atrás…

68

La planta está casi vacía, muchos de los empleados están de vacaciones y quedamos cuatro gatos en la oficina. Pilar teclea en el ordenador mientras da pequeños bocados a un sándwich. Su mesa, pulcra y ordenada, está junto a la puerta de mi despacho; yo siempre la mantengo abierta, así es como si estuviéramos juntas y solo tengo que llamarla para que acuda, y al contrario. La mujer está revisando algunos correos de manera mecánica, pensando en las vacaciones y en sus tres hijos: Miriam, Víctor y Teresa.

Miriam, la pequeña, está estudiando Biología Marina en Cádiz. Es la que menos le preocupa: es responsable y seria, también reservada como ella, lo cual le ayudará a tener menos problemas en la vida.

Pero luego están Víctor y Teresa. Víctor entra y sale del mundo de las drogas como Pedro por su casa y Teresa, la mayor, con una hija de año y medio, acaba de separarse.

Para variar en estas situaciones, Pilar y su marido se autoinculpan de los problemas de sus hijos: quizás, si hubieran estado más atentos, si se hubieran dado cuenta antes de que a veces desaparecía dinero en casa, de que su hijo se «resfriaba» más de lo habitual, de que había perdido el apetito o de las depresiones en las que entraba cada viernes, sábado o domingo por la mañana… quizás… Quizás si Pilar hubiera hablado más con Teresa, si le hubiera dicho que tener un hijo no es una solución a los problemas de pareja… Quizás, ahora sus vidas serían diferentes.

Víctor es un buen chico, es listo y extrovertido, pero ansía demasiado agradar a todo el mundo, estar rodeado de amigos constantemente y demostrarles lo divertido que puede llegar a ser. El problema está en que no sabe mantener ese nivel de aceptación que necesita para ser feliz, sin consumir cocaína. A sus padres les repite una y otra vez que lo puede dejar cuando quiera, que le dejen en paz y que no se metan en su vida; ellos se sienten incapaces de contrariarlo por miedo a que no vuelva a casa: ya se ha ausentado alguna vez durante varios días seguidos y, al volver, se encierra en su habitación otros tantos días más. Pilar no sabe qué hacer; cuando Víctor vuelve de sus escapadas, se queda con la cabeza apoyada en la puerta del dormitorio de su hijo, llorando sin atreverse a entrar y rogando a Dios para que los ayude.

Teresa, por su parte, es incapaz de aceptar un fracaso con madurez. Siempre ha luchado por triunfar en la vida, por acabar la carrera con notas excelentes, por conseguir un trabajo bien remunerado que le permitiese tener un coche de alta gama y una casa gigantesca, por casarse con alguien que compartiese sus expectativas, por tener una vida ideal; pero ahora, la ruptura de su matrimonio ha destruido esa «excelencia». Su marido no resultó ser tan perfecto; sí, era tremendamente atractivo, vestía y hablaba bien, tenía muchos contactos y se movía con soltura entre la gente adinerada, pero realmente era un vago y un tarambana: perfecto para ir de cóctel pero inútil para todo lo demás. Cuando Teresa lo descubrió, le exigió que se esforzase y se pusiera a trabajar en serio, pero él lo único que sabía hacer era aparentar; si eso le valía, bien, si no: puerta. Ella, finalmente, se conformó con las apariencias con tal de no tener que descomponer su admirable pareja. Teresa trabajaba y él *aparentaba*, pero entonces ella pensó que quizás tener un hijo haría que su marido

fuera más responsable. Craso error: solo sirvió para tener más enfrentamientos cuando Teresa, además de tener que trabajar, debía ocuparse de todo lo relacionado con su hija. La tensión entre la pareja se fue haciendo cada vez más insoportable, hasta que el maestro de las apariencias no aguantó más y una mañana se marchó de casa sin decir adiós, dejando a una Teresa desolada por el abandono y amargada por el fracaso.

Para colmo, Teresa también es la hermana perfecta, de manera que deja que Víctor se quede en su casa de vez en cuando, y hace la vista gorda cuando este le sisa dinero.

Pilar suspira cansada y levanta la cabeza para mirar hacia mi despacho: una de las investigaciones que dirijo está orientada a desarrollar un fármaco para tratar la dependencia de la cocaína. «Jugamos» con algo parecido al disulfiram, combinándolo con otros compuestos, para intentar conseguir que esa maldita droga no convierta en marionetas sin voluntad a más personas. Pilar se ha planteado en muchas ocasiones hablar conmigo sobre su hijo, sin duda podría ayudarla, pero le da miedo. Ya pidió auxilio hace algunos años a Ronconi, cuando trabajó para él como asistente en otra división de la farmacéutica, pero Ronconi, en lugar de socorrerla, la humilló contándole su problema a toda la oficina como si el muy estúpido fuera una vieja chismosa. Sin embargo, cree que puede confiar en mí: me considera una persona honesta y sin dobleces, y total, tiene que arriesgarse, su hijo no puede seguir así. A la vuelta de las vacaciones me lo contará. «Sí, será lo mejor», se dice a sí misma mientras se pone en pie y cruza mi puerta silenciosa:

—Jefa.

Levanto la vista por encima de la pantalla:

—Dime, Pilar.

—Sé que es un poco pronto, pero si no me necesitas, me gustaría irme ya.

—Claro, disfruta de tus vacaciones. Lo has dejado todo muy bien arreglado, como siempre.

—Ya sabes que puedes llamarme para lo que sea.

—Intentaré no hacerlo: creo que podré apañármelas; ahora te toca disfrutar de tu familia y descansar, te lo mereces.

—Gracias, jefa —me dice pensativa—. No te creas que se me ha olvidado lo de ayudar a Simón, solo es que quiero tenerlo todo bien atado antes de dar cualquier paso.

—Me consta, pero ya sabes que no tienes ninguna obligación.

—Lo sé, aun así, quiero hacerlo —insiste Pilar.

—Mil gracias. Y ahora márchate tranquila y olvídate del tema durante estos días.

Me levanto para darle un beso y despedirme; ella me estrecha entre sus brazos, como si fuera una madre: es bajita y mullida, su aspecto «achuchable» contrasta con lo seria y distante que se muestra habitualmente, encerrada en su concha para no dejar ver sus sentimientos; desde luego, el abrazo que me está prodigando no es digno de un molusco.

Mientras estamos unidas, pienso en que sé muy poco de su familia: ni siquiera me ha dicho a dónde se va a veranear. No importa, a la vuelta la invitaré a un café y que me cuente lo que a ella le apetezca.

Nos separamos y suena el teléfono en la mesa de Pilar. Me sorprende, porque llevamos una mañana muy tranquila; así da gusto trabajar, sin interrupciones y sin fuegos que apagar.

Pilar corretea hacia su mesa para coger el teléfono:

—Diga. —Se queda unos segundos en silencio y después se dirige a mí sonriendo; hasta me parece que da pequeños saltitos—. Es Mónica, de recepción: ¡dice que te busca Samuel Herrero! —grita conteniendo su entusiasmo—. Me pregunta que qué hace, que si lo deja subir.

—¡Samuel ha vuelto! —chillo, incrédula—. No, espera: dile que ya bajo yo, que ya voy, que no se mueva de allí.

Recojo atropelladamente el bolso y la chaqueta, freno en seco delante de Pilar y le doy un beso en la mejilla.

—¡Te debo un café! ¡A tu vuelta nos lo tomamos sin falta!

—Hecho —me responde con los brazos cruzados sobre su abundante pecho.

—¡Felices vacaciones!

Después de dejar a Pilar al lado de su escritorio, diciéndome adiós con la mano como si estuviera despidiendo a un trasatlántico lleno de viajeros que se van de crucero, me meto corriendo en el ascensor. Me muero de los nervios. Cuando salgo y llego a los tornos, veo a Samuel al contraluz, iluminado por los enormes ventanales del vestíbulo que quedan a su espalda. Está muy delgado, con su pelo castaño, largo y descuidado. Lleva barba de varios días, pero está tan guapo como siempre. Al verme, sonríe y me saluda como nadie me saludaba desde hacía mucho tiempo:

—Hola, Santobeña.

69

Otro abrazo, hoy es el día de los abrazos, pero este es especial: estoy abrazando a mi mejor amigo, a mi hermano. Noto sus omoplatos bajo mis manos y el olor tibio y agradable de su delgado cuello. Cuánto lo he echado de menos.

—Samuel, no me puedo creer que estés aquí…

—Pues aquí estoy: en carne y hueso, bueno, más en hueso que en carne. Tú, sin embargo, estás como siempre. —Me mira y, al despegarse de mí, frunce el ceño con una media sonrisa en los labios —. ¿No estarás llorando? Esta no es la Santobeña que yo conozco.

Sí que estoy llorando, no puedo evitarlo, pensé que no lo vería nunca más.

—Qué mal te ha tratado la India.

—La India y otras cosas más, pero ¿cómo sabes que he estado en la India? Tenemos mucho de qué hablar.

—Demasiado —respondo sonándome los mocos—. Vamos al coche.

Bajamos al garaje y, por el camino, Samuel se aprovecha de mi estado anímico y me abraza unas cuantas veces más. Yo me dejo hacer. Él siempre ha sido muy cariñoso; cuando éramos adolescentes se reía de mi desapego llamándome gato callejero. En el ascensor me pregunta por Mario:

—Me quedé en que seguíais enamorados como tontos y en que os ibais a vivir juntos. La verdad es que dabais un poco de asco con tanto amor en lo alto: demasiado perfectos.

—Pues seguimos siendo igual de asquerosos; nos casamos y hemos tenido una niña: Minerva. Ha cumplido un año hace poco, y aunque está mal que yo lo diga, está muy adelantada para su edad, ya anda y hasta chapurrea algunas palabras.

—Entonces es como su madre —me dice mientras salimos al subterráneo. Está muy tranquilo, me sorprende. Yo esperaba encontrármelo hecho un manojo de nervios a punto de explotar, pero habla pausado y me sonríe dulcemente de tanto en tanto. Sin embargo, la que está a punto de explotar soy yo; no puedo soportar la incertidumbre, pero tampoco quiero presionarlo.

Nos montamos en el Q8, y al abrir la puerta, Samuel suelta sin reparo:

—¡Vaya cochazo, Santobeña! —Se sienta y se abrocha el cinturón aspirando el olor a nuevo del coche—. Bien, ya sé que te has casado y que has tenido una hija listísima. Ahora me toca a mí: te voy a hacer un pequeño resumen de lo que me ha pasado en estos ocho años y después te cuento lo que me ha traído hasta aquí.

Ya no aguanto más:

—Lo sé, tus pesadillas.

Samuel me mira asombrado.

—Vaya, esa mujer tan antipática te pasó el recado.

—Pilar no es antipática, es solo que la asustaste mucho: pensó que eras un psicópata.

—Lo siento, yo también estaba muy asustado —susurra mientras

se revuelve incómodo en el asiento—. He vivido cosas muy raras últimamente… A finales de primavera empecé a tener unos sueños terribles y muy confusos. Al principio, no sabía qué o a quién estaba viendo: se me presentaba un ser deforme, blanco como el hueso, pero siempre estaba muy oscuro y solo conseguía ver sus manos alargándose hacia mí como si quisiera atraparme, y sus piernas, delgadas y torcidas, deslizándose sobre un charco de agua sucia… Pero después… después conseguí…

—Yo también he soñado con ese monstruo —lo interrumpo.

—¿También has soñado con tu madre? —me dice pasmado.

Iba a arrancar el coche, sin embargo, solo soy capaz de dejar las manos sobre el volante y de mirar a Samuel incrédula. He debido de entenderle mal.

—¿Mi madre?

—Sí, Santobeña. No sé si habremos soñado con lo mismo, pero yo he estado viendo a Angelines en mis pesadillas. ¿Qué veías tú?

Temblando, y casi llorando, le describo a la mujer que nos ha visitado a Minerva y a mí durante semanas. No me dejo ni un detalle sobre su aspecto ni sobre sus movimientos. Mientras hablo, revuelvo en el bolso buscando mi teléfono.

—No puede ser mi madre, Samuel, no puede ser…

—La bata de flores azules… —susurra Samuel perplejo.

—¿*Estas* flores azules?

Esperando una respuesta, enarbolo delante de sus narices el móvil con la foto que me envió Emilio Guzmán.

—Pero… pero ¿de dónde la has sacado? Esa es la bata que llevaba… tu madre. —Hace una pausa, recordar le causa dolor. Las lágrimas comienzan a asomar en sus ojos; intenta reprimirlas haciendo un esfuerzo, pero no puede—. La llevaba puesta el día en que murió; el día en el que me la encontré muerta en el rincón de la escalera: deformada por los golpes, con la sangre manando de su cabeza y la pierna rota doblada hacia fuera; rodeada de agua, con la bata de mi tía Luisa pegada al cuerpo… Recuerdo cómo la humedad hacía brillar las malditas flores azules.

—¿Tú la encontraste? Nunca me lo dijiste, nadie me lo dijo…

—¿De verdad hubieras querido que te contase cómo me la encontré muerta? ¿Para qué, para hacernos sufrir más? Llevo años intentado olvidarlo y ya casi lo había conseguido hasta que empecé a encontrármela en mis sueños.

—Pero no es posible, Samuel, ese engendro no puede ser mi madre —le repito angustiada—. ¡Yo lo destruí, acabé con él! Lo rocié con gasolina y le prendí fuego. ¿Le… le hice eso a mi madre?

Abro la puerta para salir del coche, necesito respirar. El garaje está desierto y nadie escucha mi grito de rabia y desesperación. La

emprendo a patadas con las ruedas del todoterreno sin parar de llorar y de preguntar a la oscuridad qué es lo que he hecho. Samuel también se baja del coche: no entiende nada.

—Para, Santobeña. ¿Qué es eso de que lo has destruido? —me dice mientras me abraza e intenta detenerme—. Vamos, te vas a hacer daño. Escúchame, no puedes destruir a un fantasma.

—Pero lo hice, dejó de aparecérseme y pude volver a dormir sin miedo. No era solo un fantasma, era algo real: un guardia civil encontró un trozo de la tela de su bata cerca de mi casa; es la foto que te he enseñado… Y yo… yo lo quemé también…

Los dos nos sentamos en el asfalto con las espaldas apoyadas en la carrocería. Samuel sigue abrazándome confuso, mientras le cuento cómo Javier Arias me hipnotizó y me ayudó a llegar hasta el fantasma para terminar con él.

—¿Cuándo fue eso? —me pregunta extremadamente serio.

—El veintiuno de julio, el día después del aniversario de la muerte de mi madre.

—Yo dejé de verla más o menos por entonces. Después seguí un tiempo muy asustado y no podía dormir; pero una madrugada, me cogí una buena borrachera y cuando desperté, me di cuenta de que ya no estaba, de que mis sueños habían transcurrido sin que Angelines viniera a verme.

—¿Ves? Yo… yo la maté de nuevo… A saber qué ha sido de ella. A dónde habrá ido a parar... No sabía quién era, Samuel, pensé que nos quería hacer daño. Ahora entiendo tantas cosas; ahora entiendo que besara a Minerva y que jugara con ella desde el rincón, y que me mirara con tristeza y como si me conociera… Dios mío, ¿qué es lo que he hecho? Cómo no me di cuenta… Mi madre me lo dijo una vez: «Nunca te fíes de las apariencias: detrás del aspecto más horripilante puede esconderse algo bello y amable»; ahora lo recuerdo…

Rompo a llorar de nuevo y Samuel me levanta casi en volandas.

—Venga, tranquila, vamos a casa —murmura mientras me sube al asiento del copiloto—. Yo conduzco, tendrás la dirección metida en el navegador, ¿verdad?

—Sí: «ir a casa» —le digo al coche mientras le alargo mi tarjeta identificativa a Samuel para poder salir del garaje.

Por el camino, miro hacia el cielo transparente de un recién comenzado agosto; veo las farolas pasando una detrás de otra por el rabillo del ojo y cómo los destellos del sol se reflejan en los coches y se multiplican en mis lágrimas. Me siento vencida, sin fuerzas… Era mi madre… Aquella a la que observaba durante horas en una foto manoseada, mientras lloraba encerrada en mi habitación del piso de estudiantes, maldiciéndome por no ser capaz de recordarla, por solo

contar con unos pocos retazos difusos e inconexos y no poder exprimir más mi memoria; aquella que vivía en una eterna pausa en la pantalla de mi ordenador; aquella mujer, hermosa hasta el exceso, que miraba hechizada a un bebé recién bautizado mientras su tía lo sostenía en brazos; y lo miraba con tanta dulzura y tanto amor, como el que solo una madre puede expresar.

Tengo la frente apoyada en el cristal de la ventanilla. El frescor del vidrio contrasta con el calor que irradia mi rostro, propio del que ha estado llorando mucho tiempo o con mucha intensidad. Miro sin mirar los edificios y sigo escarbando en mi memoria: capturando un atisbo del olor de mi madre, un atisbo de su sonrisa, del roce de sus manos, de sus labios sobre mi cara. Solo desvío la vista del paisaje unos segundos para mirar a Samuel y preguntarle:

—¿Te acuerdas de todas las veces que te decía que no creía que mi madre estuviera en un lugar mejor porque el mejor lugar en el que podía estar era aquí, conmigo, y que no existía ningún lugar después de morir, y menos «un lugar mejor»? Tenía razón a medias: sí existe, pero no es «un lugar mejor»…—concluyo pensativa—. ¿Por qué crees que se nos aparecía?

—No lo sé, Santobeña. Al principio, cuando por fin se me mostró y vi de quién se trataba, pensé que era como en las películas de fantasmas: por algo relacionado con su muerte, algún secreto oculto o algo así. Tenía cierto sentido, si tenemos en cuenta que fui yo quien la encontró y también lo del hombre al que vi junto a ella, pero después de veintiséis años… Es mucho tiempo, tiene que haber otra causa.

—¿Viste a un hombre?

—Sí. Esa tarde, como todos los días, bajaba a tu casa para jugar; recuerdo que llevaba las manos llenas de juguetes. Siempre iba a tu casa cargado de bártulos, ¿te acuerdas?

Asiento sonriendo ante el recuerdo; ahora vienen a mí cosas que había olvidado por completo ¿Cómo puede ser? La voz de Samuel ha conseguido que lo vea entrando en la garita con los brazos rebosantes de coches, muñecos y libros.

—Estaba bajando por las escaleras, luchando porque no se me escurriera de las manos el camión de bomberos que me regaló tu tía Virtudes, cuando escuché una conversación y luego unos cuantos golpes seguidos —continúa diciendo mientras conduce—; después, me paré en los últimos escalones antes de llegar al descansillo y desde allí lo vi. Creo que me hice pis encima… Tu madre estaba sentada en el rincón y a sus pies, agachado, había un hombre vestido con un mono de trabajo azul. Él no se dio cuenta de que yo estaba allí, ni siquiera giró la cabeza; simplemente se puso de pie y se marchó. Y entonces vi a Angelines. —Samuel aprieta tan fuerte el volante que los nudillos se le quedan blancos—. Es mejor que no siga, Santobeña…

—Pero lo del hombre, ¿por qué no se lo dijiste a nadie?

—Nadie me preguntó y tampoco tenía ganas de hablar; no sé, simplemente quería dejar de vivir en este mundo, quería irme a otro sitio, a un lugar solo para niños en el que únicamente existiesen cosas bonitas, y creo que allí me quedé durante un tiempo. No recuerdo mucho de esa época y, como sabes, durante muchos años lo único que he hecho ha sido intentar olvidar.

—No fue algo que un niño de cuatro años debiera ver.

—Tenía casi cinco, no lo olvides —replica elevando el mentón como un crío orgulloso.

—Sí, Samuel —le digo mientras sonrío con amargura—, eras todo un hombre…

—Parte de esa escena se ha vuelto a repetir en mi mente desde que comencé a soñar con Angelines —continúa Samuel—, bueno, más bien desde que ella se me mostró por completo y pude reconocerla. —Pensativo, arruga sus perfectas facciones para evitar que el sol de la tarde lo deslumbre—. Como te he dicho, al principio tan solo era una sombra en un rincón: únicamente veía sus manos y sus piernas pálidas y brillantes como si fueran de plástico, alargándose temblorosas hacia mí; pero después, poco a poco, la aparición fue saliendo de la oscuridad y en cada sueño se me mostraba un poco más, era como si cada pesadilla se iniciase en un nuevo fotograma más avanzado que el de la pesadilla anterior.

»En un sueño comencé a ver su cabello escaso y gris, y sus ojos húmedos y negros como el alquitrán; en el siguiente: sus pómulos y su cuello torcido; después, el bajo de la bata, con esas diminutas flores azules que empezaron a escarbar en la corteza de mi memoria; y finalmente, una noche emergió del todo y la reconocí sin vacilar. Fue entonces cuando intenté localizarte. Te encontré en la web de la farmacéutica y llamé sin pensar; estaba asustado y no sabía a quién acudir, pero ni se me pasó por la cabeza que tú también estuvieras soñando con ella.

—Eran más que sueños, Samuel, la vi de verdad. Una madrugada me la encontré en la carretera volviendo del trabajo. Pasé con el coche por su lado, tuve su rostro tan cerca del mío como tengo ahora el tuyo; no llegué ni a rozarla, pero estoy segura de que si hubiera alargado la mano hubiera podido tocarla. Allí fue donde el guardia encontró el trozo de tela de la bata. —Observo la pantalla del móvil, recordando el terror que sentí el día en el que Emilio Guzmán dejó sobre la palma de mi mano aquel montoncito de flores azules—. Y Minerva la veía totalmente despierta; se quedaba ida mirando un rincón sonriendo… Y yo, en lugar de reconocerla, hice todo lo posible por rechazarla hasta que acabé con ella.

—Vamos… No te culpes. ¿Cómo ibas a saber que era tu madre?

—Sus ojos, su mirada… Con eso debería haber sido suficiente. Simón tiene razón: soy muy lista para algunas cosas y muy tonta para otras.

—Muy sabio el tal Simón —me dice poniendo una mano sobre mi rodilla, dándome un suave apretón—. Ya está bien, Santobeña, deja de castigarte: Angelines estaba prácticamente irreconocible, era como si hubiese seguido envejeciendo después de muerta. A mí me costó darme cuenta de quién era, y eso que fui yo quien la encontró. Lo mío es peor porque, aun sabiendo quien era, le suplicaba todas las noches que me dejara en paz y que no volviera a mí.

—Pues aplícate el cuento, Samuel, no te culpes tú tampoco. Bastante has sufrido ya.

—La pobre… —prosigue Samuel como si no me hubiera escuchado—. La pobre no podía hablar; solo gemía o gritaba cuando intentaba comunicarme con ella. —Las lágrimas corren por sus mejillas; se las seca con el dorso de la mano sin ninguna delicadeza y fija la vista en la carretera—. Y no sé si sería por la falta de sueño, pero juraría que la veía mirándome desde la superficie del agua del lavabo cuando me afeitaba, o en la pila cuando fregaba los platos o lavaba la ropa… Me daba la sensación de que, en cualquier momento, su rostro y sus manos mortecinas emergerían de entre la espuma tiñéndola de sangre, y que agarraría mi cara para besarme en la boca, y que ese beso, de algún modo terrorífico y sombrío, me haría comprender.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Samuel…?

—Por lo pronto, dime cómo se abre la puerta del garaje de tu mansión.

70

—¡Samuel! ¿Eres tú? —grita Mario exaltado. Lleva a la niña en brazos y se lanza a la carrera atravesando el salón para abrazar a Samuel; entre los dos hacen un bocadillo de Minerva.

A pesar de la tristeza y el desaliento, no puedo evitar sonreír al verlos dándose palmadas en la espalda, mientras sortean la cara llena de potito de Minerva. La chiquilla intenta atrapar los cabellos de Samuel; este se detiene para mirarla a la cara y la coge en brazos besándola con cariño.

—Madre mía, Mario, es preciosa —murmura Samuel risueño.

—Sí que lo es, no voy a ser yo quien diga lo contrario —afirma Mario orgulloso—. Pero ¿qué haces por aquí después de… cuánto: diez años? Voy a sacar unas cervezas ahora mismo, ¡esto hay que celebrarlo! Macho, qué delgado estás, pensaba que estaba abrazando un saco de huesos en lugar de a un ser humano.

Mi marido no puede dejar de hablar; está acelerado y loco de contento por la aparición de Samuel, pero cuando se gira hacia mí para compartir su alegría –y presumiblemente para preguntarme qué quiero beber–, ve mis ojos hinchados y enrojecidos por el llanto:

—¿Qué pasa, preciosa? —me pregunta preocupado, mirándonos a Samuel y a mí alternativamente.

Mario se acerca a mí y me derrumbo buscando su cálido abrazo… más abrazos… Creo que nunca he recibido tantos en un mismo día.

Cuando por fin consigo recomponerme, entre Samuel y yo le ponemos al día. Su cara va ganando en asombro según le vamos desvelando que el espectro que se nos aparecía a Minerva y a mí era mi madre, que Samuel también soñaba con ella y que fue él quien la encontró muerta. Mario se va desacelerando y perdiendo el ánimo por momentos, hasta que solo le quedan fuerzas para musitar:

—Era Angelines…

—Sí, estamos totalmente seguros —confirma Samuel.

—Y yo la destruí —le digo a Mario llorando de nuevo—. Le prendí fuego como si fuera una bestia: le hice daño. ¿Cómo pude ser capaz? ¿Y si eso hace que desaparezca para siempre, que ya no tenga ningún tipo de existencia, ni siquiera como fantasma? ¿Y si le he quitado la oportunidad de descansar en paz?

—Espera, espera, cariño: ¡no lo hiciste! —me grita mi marido sujetándome con fuerza por los hombros—. Llegaste a rociarla con la gasolina empujada por el doctor; cuando el hombre vio que te echabas atrás porque el espectro te estaba dando pena, te animó a seguir con tu plan, pero cuando abriste la caja de cerillas solo encontraste un montón de jazmines. Te engañamos —me dice apesadumbrado—. El doctor Arias y yo creímos que lo mejor era dejarte pensar que sí la habías quemado. Él simplemente te dijo que te habías enfrentado a tus temores y que habías acabado con ellos, tus deseos hicieron el resto…

—¿Cómo pudiste, Mario? No te imaginas lo que me has hecho pasar —le reprocho histérica y enfadada.

—Vamos, ¿cómo iba a saber yo que se trataba de tu madre? Lo hice con mi mejor intención, ¡y funcionó! Empezaste a dormir a pierna suelta y todo volvió a la normalidad. Para mí tampoco fue fácil mentirte sin saber qué pasaría después: si tendría que mantener el engaño toda la vida, o si con el tiempo tu mente se debilitaría y el fantasma volvería a tus sueños… o si no había servido absolutamente de nada y a la madrugada siguiente te despertarías llorando aterrada y bañada en sudor. No soporto verte sufrir… Te quiero demasiado, por favor, perdóname.

Suspiro aliviada, Mario me ha quitado un peso de encima. Sé que de verdad lo ha hecho solo por mi bien:

—Está bien, no… no pasa nada. Yo hubiera hecho lo mismo en tu

lugar.

Me acerco a Mario y le doy un beso en los labios llorando, pero esta vez de alegría. Él me lo devuelve apresuradamente.

—Ahora sí que puedes sacar las cervezas —le digo riendo entre beso y beso.

—Siento interrumpir este momentazo tan romántico, y sí: quiero una cerveza, gracias, pero no entiendo una cosa: entonces, ¿por qué tu madre dejó de aparecer después de la hipnosis? —plantea Samuel mientras Minerva juguetea con su melena.

—Bueno, técnicamente lo hizo antes —discrepa Mario—. Desde que volvimos de Cádiz ya no volviste a soñar con ella —dice dirigiéndose a mí.

—Porque estaba atiborrada de pastillas, y te olvidas de la pesadilla en el teatro, Mario.

—Pero me dijiste que eso fue un sueño normal.

—Ya no estoy tan segura —confieso rendida—. En ese instante me lo pareció…

—Bueno, lo que sí que no me puedes negar es que Minerva no volvió a ver a Angelines. Tuvieron que ser los rituales de mi hermana o las bendiciones del sacerdote que trajo Marita.

—Un momento… ¿bendijisteis la casa? —salta Samuel conteniendo la risa a duras penas—. No me lo puedo creer, Santobeña, ¿tú lo permitiste?, ¿la científica?, ¿la reina del «Dios no existe y la vida eterna menos» y del «la palmas y solo sirves para criar champiñones»? ¡Menudo zasca en toda la boca! —dice sin poder parar de reír—. De todos modos, no creo que esas ceremonias sirvieran de nada: era tu madre, no un espíritu maligno que quisiera haceros daño.

Mientras Mario va a la cocina y vuelve con tres cervezas y el resto del potito de la niña, aguanto con paciencia las burlas de Samuel y le explico con más detalle todo lo que hicimos para luchar contra el espectro, y que nos sentimos a salvo durante un tiempo hasta que el guardia civil encontró el trozo de tela y él llamó a la farmacéutica hablando de sus pesadillas. También le cuento mi intento fallido por acercarme al fantasma y enfrentarme a él:

—De repente, la aparición, o sea, mi madre (aún me cuesta pensar que son lo mismo…), huía de mí, y no paraban de surgir los puñeteros jazmines por todas partes. Fue entonces cuando a Encarna se le ocurrió lo de la hipnosis, pero por lo visto, eso tampoco sirvió de nada.

—Los jazmines… —susurra Samuel pensativo—. Recuerdo que tu madre te ponía en el dormitorio una cestita llena de esas flores para que la habitación oliese bien.

—Dios, Samuel, no me acordaba de eso… Entonces, ¿en realidad mi madre dejó de aparecerse simplemente porque ya no quería

hacerlo?

—Para no asustarte más —apunta Mario mientras rebaña el potito de Minerva y esta chupetea la última cucharada—. La tarde en la que te quedaste dormida en Sancti Petri y la viste cogiendo a Minerva de la mano, y luego nos encontramos a la niña embobada mirando el rincón, con esa agua sucia manando de la pared, tuvo que ser demasiado para ella; aquello por lo que se viera obligada a volver del más allá no debía de compensar todo el sufrimiento que nos estaba causando y decidió retirarse.

—Y los jazmines eran su manera de «despistarme» para que dejara de perseguirla, quería dejarnos en paz. Por eso huía de mí… Tiene sentido… —susurro—. Debió pasarlo terriblemente mal viéndonos angustiados e incapaces de saber quién era. Mi pobre madre…

—Pues conmigo se rindió un poquito más tarde, y eso que me tenía totalmente acojonado —se queja Samuel.

—Porque tú sabías quién era, eras su última baza. Ahora ya nunca sabremos por qué venía a vernos… —le respondo.

—Tiene que estar relacionado con el hombre que viste, Samuel, es lo único fuera de lugar en todo este asunto. Quizás ese hombre la tiró por las escaleras… —elucubra Mario dándole un largo trago a la cerveza.

—Pudo ser un homicidio involuntario. Samuel, tú no viste que el hombre la empujara: quizás forcejeó con ella y cayó accidentalmente. No podemos asegurar que fuera él quien la empujara.

—Ya, Santobeña, pero se fue tan tranquilo… Uno no se marcha como si nada después de matar a alguien sin querer.

—Voy a llamar a mi padre: puede que nos aclare algo. —Me levanto y cojo a Minerva para repartir otro abrazo en el día de los abrazos—. Vamos a llamar al abuelo, ¿te parece, mi niña? Por aquí tenemos el móvil… ¿Quieres hablar con él? ¿Sí?

Después de marcar, dejo que Minerva coja el teléfono y se lo ponga en el oído; gorjea esperando escuchar a alguien al otro lado. Mi padre responde y la niña lo saluda cantarina:

—*Belo, oá, belo… oááá… maaamá, oá.*

Cuando considera que ya le ha dicho a mi padre todo lo que le tenía que decir, me devuelve el móvil y se da media vuelta para dedicarse a otra cosa. Se queda con Mario inspeccionando las piezas de un juego de construcción; da la vuelta a los cubos revisándolos minuciosamente para comprobar que todos tienen seis caras, no vaya a ser que falte alguna.

Samuel y yo salimos al jardín para tomar algo de aire. De camino al cenador, pongo el manos libres y saludo a mi padre.

—¡Hola, hija! Juraría que Minerva me ha dicho «hola, abuelo» —ríe asombrado.

—Yo diría que sí. ¿Cómo estás, papá?

—Pues igual que esta mañana. ¿Pasa algo? Todavía no he podido hablar con Gloria de lo de quedarnos en Ibiza…

—No, no es por eso por lo que te llamo. Es solo que… que Samuel está en Madrid y me ha dicho que le gustaría saludarte.

—¿Samuel, el sobrino de Luisa?

—El mismo que viste y calza —le respondo.

—Vaya, ¡pues claro que quiero verlo! ¿Hasta cuándo se queda? —Samuel me mira y se encoge de hombros—. Mañana mismo podría ir a tu casa, si es que el muchacho se queda allí con vosotros —continúa mi padre—, si no, donde él quiera.

—Se quedará aquí. Se pondrá muy contento cuando le diga que vas a venir; ahora está con Mario preparando algo de picar. Oye… hemos estado acordándonos de mamá y no hemos podido evitar acabar hablando del día en que murió. Me ha dicho que fue él quien descubrió su cadáver.

—Mmm…, hija, ¿no te habrás enfadado porque no te lo dijera…? Eras muy pequeña y después, con el tiempo, él mismo nos rogó que no lo hiciéramos… y estuvimos de acuerdo, pensamos que era lo mejor y que ya no merecía la pena remover asuntos tan dolorosos.

—No, no es eso, papá. No estoy enfadada —lo interrumpo—, es solo que me ha contado una cosa que me ha dejado inquieta: dice que vio a un hombre junto a mamá cuando la encontró.

—¿Un hombre…?

—Sí, un hombre vestido con un mono azul. ¿Nadie vio nada?

—Pero quién y a quién iba a ver nadie a las cuatro de la tarde en pleno julio…

—Pues Samuel dice que vio a un hombre.

—¿Samuel? Pero ¡por Dios!, si tenía solo cuatro años cuando se encontró a tu madre. —Samuel no puede evitar blandir su mano delante de mis ojos exhibiendo los cinco dedos y susurrando un «¡casi cinco!»—. A saber lo que vio: ese chico tiene que tener la cabeza destrozada después de lo de Angelines y luego con la muerte de toda su familia…

Samuel gesticula teatralmente como si llevara puesta una camisa de fuerza.

—¡Vivíamos en el mismo Madrid! —le rebato—. Siempre hay alguien en la calle, aunque sea verano por la tarde.

—Vamos, hija, déjalo ya, no le des más vueltas. Seguro que fueron imaginaciones de Samuel, la policía dijo que había sido un accidente.

—Pero porque no sabían lo del hombre. Venga, papá, piensa un poco ¿Qué te cuesta…? —insisto testaruda.

—Está bien. Veamos… Un mono… Podría haber sido don Alejandro: tenía un taller mecánico y a veces se ponía el mono para

«acercarse» a sus empleados. O el Duros: si la memoria no me falla, había quedado con tu madre ese día para hacer unos arreglos que tenía pendientes. Él usaba mono habitualmente, y además eran de los azules. Recuerdo que estaba cuando llegué allí; claro que también estaban el Cuco, Inés y Magdalena.

—Pues menos mal que había poca gente…

—Es que no sabes la que se montó allí, hija mía, con los coches de policía y la ambulancia, normal que acudiera medio barrio. También estaba Manolo, que era albañil, pero no recuerdo cómo iba vestido, ni el Duros tampoco. Solo me acuerdo de sus caras pálidas, mirándome mientras me dirigía al portal.

—Qué poco me gustaba a mí el Duros, tenía una mirada aviesa y extraña.

—Pues para ser tan pequeña, lo calaste antes que yo.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto.

—Al poco tiempo de morir tu madre descubrí que era un pervertido —aclara mi padre.

—¿Un pervertido?

—Sí, lo pillé mirando el culo de Gloria con ojos de salido —dice con rabia— y cuando le pregunté a Luisa, me dijo que a ella y a tu madre también las miraba así: como un cerdo baboso, bueno, que lo hacía en general con todas las mujeres.

—Pero ¿llegó a hacerles o decirles algo?

—No, según Luisa jamás se atrevió. Pero, hija, ¿a cuento de qué viene todo esto? Ha pasado mucho tiempo, no creo que lleguéis a nada a estas alturas.

—Es solo curiosidad, papá. ¿Vendrás entonces mañana? —le digo cambiando radicalmente de tema.

—Sí, aunque depende de Gloria.

Cómo no…

—Puedes venir tú solo, no hace falta que vayáis juntos a todas partes como si fuerais siameses.

—No empecemos… —me responde mi padre.

Samuel se ríe mientras se recoge el pelo en una coleta, hace un calor de mil demonios.

—Vamos, Santobeña, dale un poco de cancha —me susurra enarcando las cejas—. Veo que seguís igual.

Pongo el índice sobre mis labios pidiéndole que guarde silencio y decido que ya es hora de acabar la conversación con mi padre:

—Bueno, papá, avísame si venís. Un beso.

—Un beso, hija.

Nos vamos dentro de la casa; las cervezas se han calentado y hay que sustituirlas por otras más frescas.

—Así que tu padre y Gloria siguen juntos —me dice Samuel

mientras abre el frigorífico.

—Sí, y no te lo pierdas: se van a casar.

—Oh… qué bonito… Por fin se ha decidido la parejita.

—Menos cachondeo, Samuel —le regaño mientras rechazo la cerveza (me conozco el percal y esta noche toca borrachera).

—A lo mejor Angelines se nos ha aparecido por eso, por la boda.

—¿No te parece una razón demasiado simple para que mi madre se moleste en venir desde el otro mundo?

—Sí, la verdad es que no me la imagino leyendo las amonestaciones en el tablón de anuncios de la parroquia y preparándose para interrumpir la boda. «¡Uuuuhhh… me opongo a la celebración de este matrimonio… No quiero que esa mujer se quede con la casa payesa… Uuuhh…».

—Déjate de bobadas, Samuel, y céntrate: ¿no te acuerdas de cómo era el pelo del hombre o de alguna cosa más?, de sus manos, sus pies, yo qué sé… algo.

—No… el pelo podría ser castaño o moreno… No sé. Creo que tenía mucho y lo llevaba como apelotonado.

—Pues habrá que remediar esa escasez de detalles. Decir que tenía el pelo castaño o moreno, viviendo en España, es lo mismo que no decir nada.

—Santobeña… ¿no estarás pensando en hipnotizarme?

—No, tengo en mente algo más sencillo.

71

La noche está siendo muy larga.

Comenzamos en la piscina para remediar el calor y después seguimos en el cenador con algo ligerito: un buen chuletón. Las latas de cerveza no han parado de salir del frigorífico una tras otra y los ebrios inspector Estébanez y subinspector Herrero, junto con la sobria inspectora Santobeña, han iniciado una nueva investigación criminal.

Definimos y expusimos varias hipótesis, obtuvimos la más razonable, viable y objetiva con el fin de comprobar la realidad del delito, establecer las formas y circunstancias de su perpetración, averiguar las causas y móviles que lo provocaron, determinar los instrumentos que sirvieron para realizarlo e identificar al autor para, después, establecer una línea de investigación. El caballo ganador fue el Duros. Blanco y en botella. ¡Arriba la navaja de Ockham y la cerveza!: mono de trabajo azul, había quedado con mi madre esa tarde, era moreno y además un pervertido. La hipótesis más viable resultó ser que se acercó a mi madre, intentó abusar de ella, mi madre se negó, forcejearon y cayó por las escaleras. Dedujimos todo esto sin ninguna objetividad, sin inspección ocular de la escena del crimen, sin

una sola prueba ni ayuda de psiquiatras o psicólogos forenses y con un testigo que tenía cuatro años cuando halló el cadáver. Además, hay que tener en cuenta que la denunciante del presunto delito es la víctima y que, encima, está muerta.

A la hora de las copas, por fin hemos podido abandonar el monotema y Samuel nos pone al día de todo lo que le pasó desde que se marchó de su pueblo. Después del accidente, su vida se convirtió en un infierno. Estando solo y agobiado por un sentimiento de culpa que no podía controlar, su mente cayó en un bucle en el que le repetía incansablemente que él *tenía* que haber ido en el coche con sus padres y su tía.

En el pueblo no salía de la casona: se levantaba, comía, bebía, dormía, comía, bebía y volvía a dormir. La familia de su madre y los empleados acudían de vez en cuando a la casa para intentar que abandonase su encierro, pero ni siquiera les abría la puerta.

Durante semanas, Samuel solo se relacionó con Abel, el encargado del pazo y hombre de confianza de sus padres y lo hacía, única y exclusivamente, para tratar los asuntos relacionados con la gestión de la finca. El hombre llevaba muchos años al cargo y prácticamente solo necesitaba a Samuel para firmar los documentos; hablaban sobre dos o tres decisiones que tomar y Abel le daba una palmadita en la espalda antes de marcharse cabizbajo. Le dolía en extremo encontrárselo día tras día hecho un muñeco: sin voluntad y sin ganas de vivir; él que lo había visto crecer y lo consideraba como un hijo.

Una mañana, Abel cayó enfermo. Fue una sorpresa para toda la familia porque era un hombre tan sano como recio, que jamás había cogido ni un resfriado en sus sesenta años de vida. Muy a su pesar, porque detestaba delegar sus atribuciones, envió a su hijo Martín a la casa para sustituirlo. El chico era muy tímido y retraído; los primeros días cruzaban solo algunas palabras, las precisas, arreglaban los asuntos pendientes y cada uno a su avío: Martín a trabajar y Samuel a beber y a dormir. Con el tiempo, seguían hablando igual de poco, pero los silencios se rellenaron con miradas, con miradas que hacían que a ambos les latiese el corazón más deprisa y que sintieran un cosquilleo en el estómago. Samuel no podía evitar mirar a Martín, mirar sus manos descuidadas y endurecidas por el trabajo, mirar sus ojos dulces, tristes y a la vez esquivos.

En una de sus visitas, Martín encontró a Samuel tirado en el suelo borracho como una cuba, delirando y gritando. Estaba tan ebrio que era incapaz de ponerse de pie, y hasta se había vomitado y orinado encima. Lloraba desgarrado por el dolor con la botella en la mano, suplicando que alguien lo ayudase a matarse porque él no tenía valor. Martín lo desnudó, lo bañó y lo acostó mientras Samuel le rogaba que

acabase con su vida, hasta que finalmente se quedó dormido en sus brazos. Martín pasó la noche cuidando su sueño, abrazándolo y consolándolo con ternura, observando su perfecto rostro, ahora resquebrajado por la angustia y el sufrimiento; sentía tanta pena por ese muchacho, le infundía tanta compasión su dolor y su desvalimiento, y tanto… ¿amor?

Martín resultó ser la persona con la que Samuel consiguió recomponerse, alguien que lo quería sin condiciones y alguien a quien querer sin miedos. Samuel le enseñó que no hay un amor de segunda clase, que todo amor es valioso, independientemente de quien provenga, y le enseñó a sentirse cómodo con sus emociones, pero solo de puertas para adentro. En un pueblo pequeño y regido por las antiguas costumbres, no había lugar para su relación; Martín no paraba de repetirlo una y otra vez: «Samuel, a mi padre se le partiría el corazón si se enterase de esto, y después, nos mataría a los dos».

Y no los mató, aunque sí se le partió el corazón, cuando un amanecer se los encontró desnudos en la cama de Samuel. El gigante montó en cólera y todo se fue al traste. Samuel nunca olvidará la cara de asco y de desprecio de Abel al entrar en el dormitorio como una exhalación, insultando a su hijo como si lo hubiera encontrado ejerciendo de fulana en un tugurio de mala muerte. Desencajado y furibundo, luchaba por contener las lágrimas de rabia y humillación, mientras gritaba a Martín que se vistiese y saliese de la casa «cagando leches», si no quería que le partiese el lomo a palos. Samuel intentó razonar con Abel, pero era imposible enfrentarse a aquella mole de coraje e ira, estando desnudo y envuelto en una simple sábana.

Aquella noche Abel se fue apretando los puños, pero Samuel sabía que no solo era por la furia, sino también por la decepción. Los dos le decepcionaron, sus dos «hijos» lo hicieron; y desde entonces Abel no volvió a dirigirle la palabra. Buscó a otras personas para que lo sustituyeran a él, a su mujer y a sus hijos, y se marcharon del pueblo sin dar explicaciones. No hacían falta las explicaciones: los rumores comenzaron a difundirse por cada rincón y Samuel, de nuevo solo y aún más amargado por la ruptura amorosa, decidió marcharse y dejarlo todo atrás. Así se lo dijo a Susana en una de sus últimas conversaciones telefónicas con alguien de su antiguo mundo. Quería irse lejos, a un lugar donde la gente fuera más desgraciada que él; así podría olvidarse de su propia mierda y solo fijarse en la de los demás. Se fue a la India.

Samuel saborea su copa y nos mira a Mario y a mí con una sonrisa:

—Voy a dejar el melodrama porque me da que vais a empezar a llorar de un momento a otro. Todo eso ya pasó y la India, de alguna manera, me curó.

—¿No supiste nada más de Martín? —pregunta Mario.

—No, supongo que su padre se cuidó mucho de borrar cualquier rastro para que yo no lo pudiera encontrar. Se pondría en plan policía vigilándolo y controlándolo como si fuera un exconvicto toxicómano, que no debía tener contacto con su cómplice: el delincuente que, además, le pasaba la droga. —Recordando, a Samuel se le tuerce la sonrisa y suspira elevando la mirada—. No pudimos ni despedirnos…

Pongo mi mano sobre su hombro en un desmañado intento por consolarlo:

—Vamos... No quiero que te vengas abajo.

—Ni de coña. Además, ya he dicho que no quiero más melodramas. Hablemos de algo más alegre o interesante.

—Bien, pues entonces háblanos de la India —le pido mientras jugueteo con la etiqueta de la botella de ginebra—. ¿Te gustó?

—Puf… la cosa no es tan simple. De primeras es muy desconcertante para un cerebro amueblado al modo occidental como es el mío. Llegué pensando en las típicas imágenes de palacios majestuosos y gente pobre pero feliz, y me encontré con calles abarrotadas de personas felices e infelices y muy infelices, casi indolentes, rodeadas de montañas de basura donde vacas escuálidas pastaban bolsas de plástico.

»Y todos muy… muy «pegados»; parece un tópico, pero es cierto: la masificación y la falta de cuidado de lo común son lo más normal del mundo en la India. El espacio personal, esa burbuja casi intocable que mantenemos a nuestro alrededor y a la que estamos tan acostumbrados aquí, allí no existe. La gente se va chocando y rozando constantemente. Y el tráfico… una puñetera locura, un auténtico caos. Todos tus sentidos se ponen a trabajar a tope, los cinco: hay color por todas partes, olores, sabores, ruidos y roces, es una avalancha brutal de sensaciones. Judi Dench lo decía en la película *El exótico Hotel Marigold*: «La India es como una ola: si te resistes, te derriba; si te zambulles en ella te llevará nadando al otro lado». Y yo me zambullí.

»Eso sí, primero tuve que «rascar», que dejar de lado las apariencias y olvidarme de dónde venía; tuve que cambiar de pelaje y dejar de ser extranjero y turista porque si no era imposible pasar desapercibido y, sobre todo, llegar a entenderlos de verdad: su perspectiva de la vida no se parece en nada a la nuestra.

»La mayoría de los indios nos miran con fascinación, como si fuéramos especiales, pero también con recelo. Algunos de ellos piensan que por ser occidental eres rico y te exigen dejar propinazas o aceptar que te claven diez veces más de lo que cuestan las cosas. Hay sitios en los que hay dos listas de precios: una para los extranjeros y otra para los locales.

»Y luego están las clases sociales: las castas, muy rígidas y

deshumanizadoras, y para muchos, casi una obsesión. Recuerdo que en una ocasión paramos en la carretera en un puesto de *chai*, el té indio tradicional. El puesto no era más que una choza diminuta en la cuneta, en la que un «viejuno» nos hizo un té en un cazo que parecía salvado de un incendio; lo sorprendente es que estos puestos de *chai*, tan «guarrainas» y cochambrosos, son aptos para cualquier clase. Por aquel entonces, yo me movía con Chiranjiv Sharma.

—El «Chinarri», ¿no es el chico que conociste en Dublín cuando estuviste de Erasmus, el que trabajaba de camarero en una cafetería, pero les decía a sus padres que era el gerente? —lo interrumpe Mario.

—Sí, señor. A lo mejor os acordáis de que os conté que sus padres tardaron en concebirlo más de lo normal y que solo lo tuvieron a él; así que cuando nació fue, literalmente, un milagro: un regalo de Parvati, la diosa de la fertilidad. El resultado fue que el chaval era un príncipe al que se le permitía y otorgaba todo, y claro, no podía hacer trabajos manuales porque eso no era digno de su casta.

»El caso es que ese día íbamos con sus primos (cortados por el mismo patrón que Chiranjiv) y después de bebernos el té —básicamente una infusión oscura, hecha en leche hervida en lugar de agua, y con dos dedos, sin exagerar, de azúcar de caña—, para pagar le sueltan al hombre un billete de «sopocientasmilmillones» de rupias. Imaginaos pagar un café con un billete de cien euros. El viejito alucina, protesta, pero los primos, de muy mala manera, le dicen que se busque la vida con el cambio. Yo en ese momento no sabía lo que pasaba, con lo cual no tuve ni la opción de pagar; aunque después me enteré de que las reglas de hospitalidad no me lo hubieran permitido, así que la hubiera liado muy parda con los primos de Chiranjiv de haberlo intentado. Al final, el pobre hombre tuvo que caminar casi media hora hasta el hotel más cercano y volver con el cambio. Mientras esperábamos, en cuestión de minutos, una multitud se congregó a nuestro alrededor para ver al extranjero mientras que un montón de niños me pedían limosna.

»Cuando estábamos en Dublín, Chiranjiv era un chaval educado, cortés, tímido y bastante callado, aunque con ramalazos de la soberbia propia de su estatus. Y a pesar de que acabó despendolándose, aprovechando la libertad y los recursos de su familia, podía pasar por un joven normal, algo mimado pero normal. Sin embargo, cuando lo volví a ver en Shirdi, se había transformado en un tipo altanero y presuntuoso, encantado de conocerse a sí mismo. Incluso entre sus numerosos primos, a pesar de no ser el mayor, era considerado el más importante; cuando estaba con ellos, se pasaba el rato soltando chascarrillos y vacilándoles a todos como si fuera el rey del mambo.

»No obstante, en presencia de su padre o sus tíos, adoptaba una actitud totalmente sumisa. Delante de ellos, por ejemplo, no tenía

permitido beber. Me acuerdo de una vez que su tío Chaudhary me invitó a tomar güisqui indio (Royal Stag, no está nada mal, por cierto) y él y sus primos se quedaron de pie, detrás de nosotros, callados y sin participar... Si le hubieran visto en Dublín, hincándose botellas de Jameson como si fuera agua…

»Por suerte, en cuanto pasé la fase turista y comencé en la ONG, integrándome un poco con la gente, descubrí otra perspectiva. En la organización trabajé como profesor de español y como albañil construyendo una escuela. Necesitaban perfiles muy especializados y los trabajos menos cualificados se los asignaban a gente de allí; pero nunca sobraban manos, así que me dejaban trabajar con ellos en la construcción, pese a que, más que ayudar, entorpecía, ya que tenían que enseñármelo todo. Llevando sacos de cemento fue donde conocí a gente verdaderamente interesante y generosa, a gente que llevaba la hospitalidad al límite: cuanto menos tenían, más te daban.

»Todos eran muy currantes; solo había que ver a mi amigo Honey. Con setenta años, bastante mal llevados, cargaba carretillas de ladrillos que pesaban cuatro veces lo que pesaba él, como si fuera un veinteañero. Me invitó a su casa y me presentó a su familia y a sus cuatro hijas: todas niñas y todas escolarizadas gracias a la ONG; eran su orgullo. A pesar de que allí las mujeres son ciudadanos de segunda, Honey las adoraba, las miraba con amor, levantando el mentón más ancho que largo de satisfacción.

»Cada vez que iba a verlos, me trataban con tantas atenciones que casi era agobiante. Creo que no he conocido a personas más bondadosas que Honey y su familia, siendo tan pobres y llevando una vida tan dura como la que llevaban. En la India, sin dinero, consigues muy poco o nada porque todo se arregla a golpe de rupia, sea lo que sea: los sobornos forman parte de la vida como el respirar.

»Pasé mucho tiempo con ellos, trabajando y compartiendo sus vidas, y de repente, un día me di cuenta de que era feliz. Con poco uno puede ser feliz: sorprendente. Aunque he de decir que faltaba por completar un pequeño pero importante aspecto de mi idiosincrasia para llegar a la plenitud: creo que no he sido más machote en toda mi vida. La homosexualidad está muy mal vista en la India, sin embargo, allí los amigos se cogen de la mano para pasear; me costó acostumbrarme a eso… Era… raro.

Mario y yo hemos estado escuchándolo totalmente absortos. Samuel aún es capaz de pronunciar y de hablar con coherencia, pero a Mario comienza a trabársele la lengua:

—Tú cargando ladrillos y feliz… y machote… Sí que es sorprendente —dice riéndose—. ¿Y te vol… te volviste solo por las pesadillas?

—Claro, no podía dejarlo estar: aunque ya no veía a Angelines

tenía que averiguar qué estaba sucediendo y, sobre todo, tenía que hablar con Santobeña antes de que pensara que me había vuelto loco, aunque tampoco sabía si su asistente le había dado el mensaje. Y no os voy a engañar —admite agitando los hielos dentro de la copa—, existe otra razón. Hace años que no me preocupo de los negocios de la familia, ni del pazo ni del piso de la tía Luisa, y me he dado cuenta de que ellos lucharon muy duro para mantener o conseguir cada uno lo suyo y que no está bien que yo lo descuide; además, hay muchas personas que dependen de la finca.

—A lo mejor Martín ha vuelto al pueblo —farfulla mi marido—. ¿Os imagináis?: un encuentro romántico entre las vacas…

—Bien, hora de cerrar el chiringuito. Mario, estás desvariando y ha sido un día muyyy largo —lo corto rápidamente, pensando en que Samuel se pueda disgustar o ponerse triste de nuevo.

—No, tranquila, no importa, a mí también se me ha pasado por la cabeza —arguye Samuel.

—¿Ves? —me dice mi marido con un tonillo parecido al del niño repelente al que acaban de regañar injustamente.

—La verdad es que han pasado muchos años y no sería tan raro que hubiera vuelto al pueblo —conjeturo—. No es posible que su padre lo retenga durante toda la vida. ¿Por qué no lo buscas cuando vuelvas? Alguien tiene que saber a dónde fueron, es un lugar muy pequeño; seguro que hay algún vecino que se ha estado mordiendo la lengua durante estos años, desesperado por tener que guardar el secreto: la típica o el típico chismoso que se muere por contar los asuntos de los demás para demostrar lo enterado que está. Lo más seguro es que el paisano de turno no consiguiera contenerse, y que en realidad lo sepa todo el pueblo… ¿Por qué no indagaste en su momento?

—Pues por vergüenza… miedo… Llámalo como quieras. En cierto modo llegué a compartir el convencimiento de Abel de que yo había pervertido a Martín y lo había «amariconado». Él tenía solo dieciocho años y casi no había salido del pueblo; y yo, con veintiuno, tampoco tenía mucha confianza en mí mismo, así que preferí batirme en retirada.

—Y si su padre era tan grande como dices yo tampoco me hubiera atrevido a enfrentarme a él —asegura Mario—, me hubiera acojonado. Seguro que era un tío que cogía un fardo de paja con el meñique de la mano izquierda, a la vez que con la derecha ayudaba a una vaca a parir mientras decía: «*Éche o que hai*[5]».

—Sí que era grande sí: una mula parda. Además, acostumbraba a llevar un garrote de los gordos, así que imponía un montón; pero también era noble y a veces hasta se permitía ser cariñoso. A mí me quería mucho, y fíjate cómo le correspondí.

—Hombre, Samuel, tú no hiciste nada malo, solo te enamoraste y encima no estabas en tu mejor momento. Búscalo, ¿qué es lo peor que puede pasar?

—Que me lo encuentre casado y con hijos… o muerto.

—¡Joder!, qué optimismo —le respondo.

—No es pesimismo, Santobeña, es realismo: la gente se casa y también se muere.

—Pues claro, y también espabila y se da cuenta de que no pueden vivir haciendo siempre lo que le digan los demás.

—Tú lo ves muy claro porque siempre has sido muy independiente, pero Martín no era así.

—Puede que con los años haya cambiado, nunca se sabe. Yo he cambiado —le confieso sonriendo—, ahora me dejo abrazar y abrazo todo el rato y lloro en público y hasta hablo de mis sentimientos.

—Doy fe —apunta Mario.

Samuel se levanta pesaroso y abotargado, como si cargase sobre su espalda con un saco de doscientos kilos, después, se estira intentando alcanzar la luna con las manos e inhala profundamente. Los huesos de las costillas se le marcan tanto que parece una de esas tablas antiguas de madera que servían para lavar la ropa.

—Pues dame un abrazo —me dice lánguidamente— y vámonos a la cama que estoy reventado. Ya pensaré mañana en Martín.

—Me parece bien, a mí también me llama la cama a gritos —sentencio.

Y cada mochuelo se fue a su olivo.

72

Lola ha venido a casa en cuanto se ha enterado de la vuelta de Samuel; ambos conversan en el salón mientras Gatogordo se pasea ronroneando entre sus pantorrillas.

Todavía estoy digiriendo el hecho de que la aparición sea mi madre. No tengo muy claro cómo actuar ahora; sin embargo, Encarna ya ha propuesto que intentemos conjurarla. ¿De verdad quiero volver a verla así, deformada y muda? Tengo miedo porque sé que, si vuelve a mí, me voy a morir de dolor y de pena al encontrarla maniatada por esa suerte de embrujo del más allá, que le impide hablar o mostrarse de otro modo. ¿Me atreveré a tocarla, a abrazarla…?

Y luego está la posibilidad de que fuera un maldito pervertido quien acabara con su vida; todos esos animales deberían estar castrados, pero sin química: habría que dejarlos como a una muñeca Barbie y, a ser posible, sin anestesia; y después obligarlos a colgar sus vergüenzas en la puerta de sus casas para que todo el mundo sepa qué clase de basura son. Siempre he sido de esa opinión.

En ello estoy pensando, plantada en una tumbona cerca de la piscina, cuando veo que Gloria sale al jardín y se encamina hacia donde estoy sentada. Anda de puntillas, como si fuera una torpe bailarina entrada en carnes, porque sus sempiternos tacones se empeñan en clavarse en el césped.

Ella y mi padre han llegado a casa justo para la sobremesa. Más de lo mismo: mi padre alardeando de todas sus posesiones delante de Samuel y poniendo cara de descolocado, cuando este lo ataja contándole lo feliz que ha llegado a ser sin prácticamente nada, y Gloria, seria y estirada, manteniendo el tipo ante mi mirada de desaprobación cada vez que habla de la boda. Para colmo, Samuel se ha dedicado a preguntarle cómo va a ser su vestido o su ramo, o qué van a poner de comer en el banquete, solo para soliviantarme, lo sé, solo lo ha hecho por eso. ¡Por Dios!, si hasta me daba pataditas por debajo de la mesa. Por supuesto, él está invitado y solo le ha faltado fingir que lloraba de la emoción.

Gloria se sienta a mi lado. Sigue seria, tensa, hasta podría parecer que un poco enfadada. La tumbona tiene muy poca altura y se esfuerza en colocar las piernas dobladas, las mantiene tan pegadas entre sí, que parece que solo tuviera una y muy gruesa. Sigue llevando faldas de tubo y el pelo corto: ahora es una Ava Gardner madurita.

—¿Ya te ha dicho tu padre que vendremos la semana que viene para probarle el vestido a Minerva?

—Sí —respondo ceñuda.

—Sinceramente, pensé que ibas a oponerte a la boda. Estaba totalmente segura de que ibas a ponerte histérica y de que ibas montar un espectáculo, de que pondrías a tu padre entre la espada y la pared e intentarías convencerlo de que se echase atrás.

—Pues para que veas, no soy tan «tocapelotas» como crees. —Aunque sí lo soy, solo me contuve porque era el cumpleaños de Minerva y porque Mario y Simón se conjuraron para placarme, pero no pienso admitirlo delante de ella y darle la razón—. Sabes perfectamente que no me caes bien, que pienso que eres una manipuladora y una hipócrita y que jamás seremos amigas porque, además, hay algo turbio en ti que no consigo identificar.

—Vaya, cuánta sinceridad en una sola frase.

—Nunca te lo he ocultado: creo que siempre se me ha notado un poquito —le respondo con ironía—. Pero tranquila, aunque no me haga ninguna gracia que os caséis, no voy a intervenir, mi padre ya es mayorcito para tomar sus propias decisiones.

Gloria me mira con los ojos brillantes y fijos, con el ceño ligeramente fruncido, casi amenazante:

—Pues por eso mismo: ni se te ocurra insistir más en que no nos quedemos a vivir en Ibiza.

Madrid, verano de 2008

73

Madrid es un auténtico cocedero. La futura doctora Santobeña aguanta estoicamente el calor dentro de su coche; se ha estropeado el aire acondicionado y se niega a pedirle a su padre dinero para arreglarlo. Ha ido a buscar a Samuel a casa de su tía Luisa: hoy toca fiesta en el piso de estudiantes para celebrar por todo lo alto el final del curso, y en su caso, el final de la carrera y el comienzo de su postgrado.

Le incomoda estar ahí parada esperando delante del portal; si lo mira durante suficiente tiempo, acabará recordando que no recuerda. Comenzarán a venirle a la mente ramalazos aislados de su niñez y empezará a estrujarse el cerebro dolorosa e infructuosamente, así que se concentra en redirigir sus pensamientos hacia otra cosa: hacia la fiesta.

Mario estará allí, por supuesto. ¡Madre mía!, cómo le gusta y cómo le quiere, aunque todavía no se lo ha dicho. Él sí se lo ha susurrado al oído en un par de ocasiones, pero ella ha eludido responderle cambiando de tema o haciendo como si no lo hubiera escuchado.

Se lo presentó Susana hace poco más de un año en otra fiesta; ella lo conocía de clase de «Historia Moderna de Europa II» y de «Arqueología Hispanorromana» y, como además era amigo de su novio Joaquín, decidió invitarlo a la jarana. La primera vez que lo vio, le pareció un tipo la mar de atractivo, era alto, de facciones marcadas y con una sonrisa tan intensa que captaba tu atención irremisiblemente; pero después, cuando abrió la boca, se convirtió en un atolondrado sabiondo: hablaba sin ton ni son y aprovechaba cualquier excusa para soltar sus conocimientos sobre Historia. Luego, cuando se fue relajando –después Mario le confesó que ella lo intimidaba–, se centró y dejó la pose para ser él mismo y engatusarla sin remedio. Se enrollaron esa misma noche. El chico besaba muy pero que muy bien; se ve que lo suyo era abrir la boca, pero no para hablar. Quién le iba a decir que iban a durar tanto tiempo…

Por fin, ve salir a Samuel del portal resoplando.

—¡Joder! Qué «caloraco» hace —suelta mientras se mete en el coche—. ¿Y el aire? Coño, Santobeña, pon el aire, no seas rata.

—Pues el señorito tendrá que aguantarse: está roto, como tu cochazo —le recuerda ella con retintín—. Por eso he tenido que venir a buscarte.

—Vaaale. Tienes razón, si no fuera por ti, en lugar de cocerme en mi propia grasa dentro de un coche, lo estaría haciendo dentro de un

autobús —le dice Samuel mientras intenta sintonizar algo en la radio —. Gracias.

—No hay de qué. Vengo de ver a la tía Virtudes y me pillaba de paso.

—¿Cómo está?

—Bien, hecha una chavala. Sale y entra cuando le da la gana, y hasta la está cortejando un señor de Albacete que ha conocido en el baile. Todavía no le he hecho el tercer grado al hombre, lo tengo pendiente. Te manda muchos besos.

—Está despendolada, me alegro por ella.

—Pues sí. ¿Y tu tía Luisi?

Samuel tarda un rato en contestar; sigue luchando con la radio y al final se rinde y deja a Rihanna:

—Pues trabajando, como siempre. Mi padre le sigue diciendo que se vaya con ellos, que no sea tonta, pero no quiere ni *patrás*. Por cierto, dice que a ver si vas a verla antes de que se marche a Galicia con mis padres. Se ha enfadado un poco porque no has subido ahora…

—Ya vamos tarde, si llego a subir nos plantamos en la fiesta a las mil y encima no vamos a encontrar dónde aparcar. Luego le pego un telefonazo para disculparme. No se puede quejar: la llamo casi todas las semanas…

De repente, se ve obligada a girar bruscamente; una furgoneta ha invadido su carril en décimas de segundo. Sin ningún disimulo, y por la ventanilla abierta, le grita al conductor a pleno pulmón:

—¡Gilipollaaas, mira por dónde vaaaas!

—¡*Carallo*, Santobeña, que nos vas a matar! Menudo volantazo que has dado. Ahora mismo tengo el corazón en la garganta junto con los huevos. ¡Y el tío de la furgoneta era un mostrenco! Un día se va a bajar alguno y la vamos a tener.

—¿Pero no has visto cómo se me ha metido? Si no llego a girar nos lo comemos. Será desgraciado… —sigue refunfuñando—. Oye: ¿y tú no viajas al pueblo con tus padres y con Luisa?

—No, este año me quedo en Madrid, he suspendido algunas asignaturas y tengo que hacer varios trabajos. A lo mejor me voy en septiembre unos días. ¿Me puedo encender un cigarro?

—En mi coche, ni hablar.

—¿Y un porrito?

—Menos, ¿tú sabes lo que les estás haciendo a tus pulmones, y a tus gónadas?

—Qué más da, para lo que me van a servir… —le contesta Samuel resignado.

—Vamos, no te desanimes: a lo mejor en la fiesta conoces a algún tío bueno, como me pasó a mí.

—Lo vuestro no fue normal. Lo que no sé es cómo Mario te

aguanta con lo despegada que eres.

—Sí, como un gato callejero, ¿no? A él le gusto así.

—De pequeña eras más pegajosa, hasta que…

Se hace un silencio incómodo en el coche y Santobeña intenta romperlo, desviando la conversación hacia su tema favorito para descargar tensiones:

—Hasta que la dulce y maravillosa Gloria llegó a mi vida.

Samuel pone los ojos en blanco:

—¿Qué le has hecho esta vez?

—Yo nada. Fue un accidente. No te lo podrás creer, pero la semana pasada mi padre me llamó… Oooh, milagro milagroso… —se burla mientras serpentea entre el denso tráfico madrileño—, ¡y para quedar! Gloria le había concedido el permiso para verme. El caso es que nos citamos en una cafetería cerca de su casa, mi padre tenía órdenes estrictas de estar atento al móvil porque, en cuanto mi querida madrastra lo llamase, tenía que salir pitando para recogerla de la peluquería. Claro, la reina de los tacones interminables no puede volver andando a casa o coger un puñetero autobús, porque es demasiado plebeyo para ella y podría salirle urticaria o deshacerse en una nube de ceniza como si fuera un vampiro.

»Estábamos los tres tomando un café: mi padre, el teléfono y yo. El móvil no daba mucha conversación, aun así, mi padre lo miraba más que a mí. Cómo me jodió que, hasta sin estar delante, esa mujer limitara mi tiempo con él. Al rato empezó a llover, y ver las gotas caer forjó una preciosa e inspiradora imagen en mi mente: Gloria recién salida de la peluquería caminando bajo la tormenta con su frondoso cabello empapado por la lluvia. Y quiso el destino que, justo en ese momento, mi padre se levantara al baño, con tan mala suerte que se dejó el móvil en la mesa y a los pocos segundos este comenzó a sonar, y ¿adivina...?, como diría tu tía Luisa.

—Era Gloria la que estaba llamando.

—Exacto. Y casi sin querer… lo puse en silencio, y casi sin querer, borré la llamada.

—Menuda bronca se debió llevar tu padre. Pero qué bicho eres, Santobeña…

—Peor era lo que me hacía ella a mí, obligándome a llevar vestidos con lacito y zapatos de charol hasta los doce años.

—Sí, me acuerdo, era una crueldad —dice Samuel riéndose.

—Al final cogió un taxi, así que no fue tan grave. Creo que solo lo castigó con dos semanas sin tele y una sin sexo.

Están llegando al piso de estudiantes y, a pesar de que Santobeña ha pisado el acelerador, no hay sitio para aparcar delante de la casa.

—¡Pero cómo puede estar tan lleno, si es jueves por la noche y vives en un jodido PAU[6]! —salta Samuel indignado—. Solo hay dos

bloques habitados y el resto son edificios en construcción o escombreras.

—No sabes lo barato que sale vivir aquí: entre la crisis y que esto está perdido de la mano de Dios, casi nos pagan a nosotras por alquilar el piso. Lo del aparcamiento se lo debes a Elena, luego le das las gracias; se ha liado a invitar a gente como si se fuera a acabar el mundo, y también se lo puedes agradecer a los «viejunos» trasnochados que han montado una especie de *rave revival* en el centro comercial, ese que han dejado a medias por la crisis. ¿No lo oyes?, se puede escuchar esa mierda de música desde aquí.

—Pues tú dirás qué hacemos, porque se han puesto todos de acuerdo para venir a aparcar aquí.

—Vamos al descampado que hay detrás de casa, ahí seguro que hay sitio.

74

Susana, Joaquín, Lola, Elena, Rafa, Samuel, Mario y Santobeña, están todos y muchos más. El piso está abarrotado, no cabe ni un alfiler a pesar de que es bastante grande. La cocina hace las veces de bar y de zona de fumadores; es la parte de la casa donde se agrupan más almas por metro cuadrado, como asteroides atraídos por un agujero negro.

La noche y el alcohol avanzan a la par cogidos de la mano, pues son amantes inseparables. Los invitados, inmersos en profundas y ebrias conversaciones, comunes entre viejos y jóvenes cuando arreglan el mundo con una copa de más, se van desperdigando por las habitaciones, aunque no siempre es para hablar.

El único sitio, donde Santobeña y Mario pueden disfrutar de algo de intimidad, es en uno de los baños. Allí han respondido a la urgencia de sus cuerpos. Tumbados sobre un manojo de albornoces, se besan y se desnudan al mismo tiempo, buscándose ansiosos, movidos por un deseo casi adolescente. Al final, entre besos y arrumacos, Mario le susurra un «te quiero» y, por fin, ella se lo devuelve; y se lo devuelve mirándolo a los ojos –allí, desnuda entre sus brazos, expuesta, sin nada tras lo que ocultarse–, para asegurarse de que él comprende y entiende que está haciendo un gran esfuerzo y que está siendo totalmente sincera. Desde luego, no es el lugar más romántico para corresponder por primera vez a una declaración de amor, pero ella nunca ha sido muy romántica.

Mario se ha quedado a cuadros cuando ¿su novia?, sí, supone que sí, que puede llamarla «novia», le ha contestado «yo también te quiero». No esperaba esa respuesta de la aparente dama de hierro, porque de hierro nada, más bien está hecha de lava fundida. Enamorado hasta las trancas y sin ningún problema por demostrarlo,

se deja llevar en sus demostraciones de cariño, pero cree que eso a ella la asusta. Poco a poco, es mejor no presionarla, no vaya a ser que salga huyendo.

Todavía le galopa el corazón, cuando salen del baño y Lola los aborda preocupada:

—Tenéis que venir rápido, Samuel lleva un pedo hermosísimo. Está llorando tirado todo lo largo que es en el suelo de la terraza, diciendo no sé qué de un mono azul y de su pelo, y no deja que lo levantemos.

Al llegar, encuentran a Samuel aún tumbado sobre el terrazo, murmurando palabras sin sentido. Elena y Joaquín intentan tirar de él para que se siente, pero lo único que hace el chico es farfullar que lo dejen en paz. Sus amigos lo rodean y comienzan a dar sus particulares soluciones al problema, tal y como hacen los doctos borrachos en foro, cuando se enfrentan a una situación grave y complicada:

—Lo mejor es hacerle un café con sal bien cargado a ver si espabila —propone Joaquín mientras sostiene el brazo de Samuel.

—O mejor lo bajamos a la calle y le damos un paseo —dice Elena.

—No, lo más rápido va a ser meterlo en la ducha con el agua muy fría —sugiere Mario—. Tiene mala pinta. A lo mejor deberíamos llamar a una ambulancia.

—¿Y si le damos papel de estraza para que lo mastique? —se le ocurre a Lola.

—¿Pero de dónde has sacado esa idea? —pregunta Joaquín sorprendido—. ¿Es un método secreto de las enfermeras?

—Qué va, lo he leído en algún sitio de Internet —le responde ella contrariada—. Se supone que hace que se te pase el pedo rápido, pero la verdad es que nunca lo he probado.

Antes de que a alguno se le pase por la cabeza la opción de liarse a tortazos con el pobre Samuel, Santobeña se inclina sobre él y le coge la cara con las manos obligándolo a mirarla. En un momento de consciencia, sin conseguir fijar la vista del todo, el muchacho atina a decirle sollozando:

—Hola, Santobeña… Por *vavor*, llévame a casa…

Y entonces sí se deja levantar. Lo llevan cogido por debajo de los hombros entre ella y Mario. El muchacho sigue llorando desconsolado y, entre mocos y lágrimas, la mira con los ojos nublados:

—Un mono azul… Lo siento tanto, Santobeña… —balbucea gimoteando—. Un mono azul… y tiene el pelo muy brillante…

—Pero ¿qué se ha tomado este que está flipando todo el rato con un mono con el pelo azul y brillante? —pregunta Elena.

—*El Mono Azul* era una revista antifascista de la Guerra Civil —dice Mario.

—No creo que vayan por ahí los tiros… —aduce Joaquín

torciendo el gesto.

—No sé, y da igual, chicos. Dejadle respirar y no os preocupéis, que me lo llevo a casa. Venga, disolveos que aquí no hay más que ver.

—A sus órdenes, agente Santobeña —bromea Lola—. No tardes, ¡todavía queda mucha noche por delante!

Una vez en la entrada, Mario intenta convencerla de que es mejor que él acerque a Samuel a su casa:

—Vamos, es muy tarde. No me gusta que andes por ahí sola a estas horas.

Por un momento, ella se siente ofendida: el macho alfa pretende protegerla. Hubiera sido muy fácil iniciar una discusión sobre su capacidad de defenderse sola sin necesidad de un hombre a su lado, pero le encuentra cierto deje infantil a esa actitud. Mario no es machista, solo se preocupa por ella y, además, tiene un argumento más contundente que esgrimir.

—Mario, has bebido mucho. No estás para conducir.

—Pues que lo lleve otro o que se quede aquí.

—Pero si estáis todos como cubas —le contesta algo enfadada—, y en casa, ¿dónde lo meto? Se nos ha ido la fiesta de las manos. Lo mismo tenemos gente aquí hasta el mediodía y él necesita descansar.

—Me quiero ir a casa… —masculla Samuel.

—Que lo lleve Rafa —insiste Mario.

—Mario, tu primo se ha ido hace un buen rato. Ha dejado a Alicia sola con los gemelos y ya no podía quedarse más.

—Quién le manda ser padre tan pronto… Nos ha fastidiado el transporte. Espérame, voy a por las llaves de mi coche y lo llevamos juntos. Conduces tú.

Pero Santobeña no lo espera y se escabulle con Samuel que ya comienza a andar con algo más de autonomía. Prefiere hacerlo sola, tardará menos y le dará tiempo a pensar en lo que ha hecho. Se ha descubierto: le ha dicho a Mario que le quiere y ahora se siente incómoda e indefensa, como si aún estuviese desnuda.

75

Por fin consiguen llegar al descampado. Ahora hay menos coches y la calle se ve desierta. A lo lejos se adivinan las luces de la *rave* del centro comercial, y la brisa, sorprendentemente fresca para el calor que ha reinado durante el día, transporta el sonido de los sintetizadores hasta ellos.

Ya ha metido a Samuel en el coche y le está poniendo el cinturón de seguridad. Parece que se encuentra algo mejor, pero, nada más sentarse, se ha quedado profundamente dormido. Mientras le toma el pulso para asegurarse de que está bien y de que efectivamente solo se

ha dormido, dos hombres se le acercan por la espalda.

Tienen unos cuarenta años, uno es alto y gordo y está prácticamente calvo, el otro es delgado como un espantapájaros y luce una mata de pelo rubio y desgreñado. El flaco lleva una elegante camiseta de tirantes con la carita sonriente del *Acid house*. Los dos apestan a tabaco y a alcohol:

—¿Tienes fuego, guapa? —le dice el más grande.

—Yo no, pero mi amigo sí.

La chica vuelve a meter la cabeza en el coche y dice en voz alta:

—Samuel, déjame tu mechero.

Samuel sigue dormido y no se entera de que le está hablando, pero, con total templanza, ella finge que sí. Rebusca en los bolsillos de Samuel y le da las gracias también en voz alta. Pensaba echarle por encima la rebeca que lleva puesta, sin embargo, decide dejarlo para más tarde y marcharse de allí cuanto antes.

—¿Qué le pasa a tu amigo? Lleva un buen pedo, ¿eh? —le pregunta el calvo aproximándose a ella para recoger el mechero. Lo tiene tan cerca, que puede ver las gotas de sudor escurriéndose por su papada y los poros de su nariz abiertos como cientos de pequeñas boquitas grasientas.

—No, solo está un poco mareado —le responde ella.

Después, cierra la puerta del coche para montarse en el asiento del conductor, pero el gigantón la intercepta poniéndose delante:

—Toma, que te vas sin él —farfulla mostrándole el encendedor—. Vaya eres bastante guapa a pesar de lo flaca que estás, y tienes buenas tetas —le dice relamiéndose descaradamente.

—Venga, gilipollas, déjame en paz.

—Mira qué chulita… Anda, por qué no dejas a tu amigo y te vienes a tomar una copa con nosotros: te invitamos.

La muchacha manipula el móvil dentro del bolso, pero le es imposible abrir la tapa y marcar el número de emergencias; si al menos fuera más grande podría usarlo como arma arrojadiza y tirárselo a la cabeza. El grandote se percata de que está dándole vueltas al teléfono en el interior del bolso:

—Vamos, ¿qué haces?

La coge de la muñeca y se lo quita para después tirarlo al suelo. Ella se suelta inmediatamente y él alarga de nuevo la mano intentando cogerla de la cintura, pero la muchacha reacciona rápidamente y lo esquiva.

El hombre más delgado se mantiene en un segundo plano: no hace ni dice nada, solo los mira. Ella se da cuenta de que no la va a ayudar. Parece que su amigo es el que lleva la voz cantante.

—No seas tonta, solo queremos tomar algo contigo. Estamos muy solitos los dos…

El hombre se le va acercando cada vez más y ella va reculando lentamente, se adentra en el descampado, caminando hacia atrás sobre los escombros.

El flaco rubio por fin abre la boca; la chica tiene una pequeñísima esperanza de que sea para detener a su amigo, pero no es así.

—Eso, chochete, métete en el descampado, pónnoslo más fácil. Lo vamos a pasar en grande los tres: vas a disfrutar muchísimo —dice el flacucho mientras avanza tambaleándose; está visiblemente más ebrio que su compañero.

—Vaya par de desgraciados… Tú estás tan borracho que seguro que ni se te levanta y tu amigo está tan gordo que no se la va a poder ni encontrar.

En ese mismo instante, antes de que la pareja de violadores en potencia tenga tiempo de reaccionar, se da media vuelta y echa a correr mientras pulsa el botón de la llave que cierra las puertas del coche: no quiere que la tomen con Samuel. Qué pena que el suyo sea un modelo tan antiguo y básico que no tiene la opción de activar la alarma a distancia, aunque duda de que a esas horas alguien pasee por la zona y de que, además, ese alguien pudiera escuchar algo con la música de la *rave*.

Corre muy deprisa a pesar de que tiene que ir sorteando, e incluso saltando, los montones de escombro que se encuentra por el camino, pero enseguida los deja atrás; podría esconderse y hacer tiempo hasta que se aburran y se marchen para volver al coche con Samuel, pero se resiste a dejar que esos dos cabrones se vayan de rositas. Se quita la rebeca y la deja caer en el suelo; después se agazapa detrás de un contenedor abandonado para esperarlos. Mientras, recorre con la vista todos los objetos que tiene a su alrededor sopesando sus posibilidades como armas, o más bien, como elementos de castigo; hace poco ha leído una novela de un autor sueco y hay una escena en particular, que no para de reproducirse en su cabeza.

Al rato, los escucha:

—Joder la niñata, cómo corre la condenada, y así vestida toda de negro, parecía una cucaracha escurriéndose entre la basura. Juraría que la he visto meterse por aquí —dice Flacucho resollando, doblado sobre sí mismo—. Mira ahí está su rebeca. Me temo que nos hemos quedado sin el polvo de la semana; yo ya no puedo correr más. Con lo buena que estaba… Le hubiera dado bien *pal* pelo.

—Bah, no te vengas tan arriba —le contesta el gigantón medio asfixiado—, la cucaracha tenía razón: estás tan borracho que seguro que ni se te hubiera levantado.

—¡Serás gilipollas! Por lo menos la mía, cuando dice de levantarse se ve, no como la tuya que parece un cacahuete.

—Anda, cállate la puta boca y dame un cigarro.

Los dos hombres se sientan encima de unos bloques de hormigón que hay delante del contenedor de basura y se encienden un cigarro cada uno. Flacucho saca una petaca del bolsillo trasero del vaquero y la comparte con su amigo Cacahuete.

Flacucho y Cacahuete tienen un par de petacas más, y Cucaracha mucha paciencia y poca prisa. Samuel está tranquilito durmiendo la mona en el coche, y de Mario y los demás ni se acuerda: le interesa más ocuparse de la parejita. La chica confía en que sigan bebiendo allí mismo, sentados los dos al fresco de la noche; total, ya casi no pueden ni moverse entre el cansancio de la carrera y la borrachera. Solo es cuestión de tiempo.

Cucaracha espera paciente y cuando constata que se han quedado dormidos, los dos muy pegaditos –mucho mejor para lo que tiene pensado–, coge dos bolsas de plástico de distintos supermercados y se las pone en la cabeza con sumo cuidado. Después, las cierra suavemente alrededor de sus cuellos. Están tan dormidos y tan borrachos, que no se dan ni cuenta. Sabe que se está arriesgando mucho, que si se le va la mano los puede matar; además está la cuestión de que el alcohol puede agravar el efecto de la hipoxia y que ignora si han consumido algún tipo de droga, así que debe estar muy atenta para detenerse justo cuando Flacucho y Cacahuete pierdan el conocimiento. Va a ser difícil calcularlo porque están tan aturdidos que son capaces de pasar del sueño a la inconsciencia directamente; pero no, después de un pequeño pataleo, llega la inmovilidad y la flacidez que anuncian la pérdida de conocimiento. Es curioso porque, a pesar de la diferencia de peso que hay entre ellos, prácticamente se han desmayado a la vez.

Cuando confirma que están inconscientes, pero vivos, les retira las bolsas de la cabeza y los desnuda rápidamente. Solo llevan una camiseta y un pantalón corto cada uno, así que no tarda mucho; le cuesta un poco más atarlos. El descampado es un auténtico vertedero, es como si estuviera en una tienda de bricolaje, pero a lo cutre; usa una cuerda de tender para atarles las manos y los pies juntos a la espalda.

Se le está pasando el subidón de la adrenalina y del alcohol y comienza a notar el esfuerzo en todos y cada uno de sus músculos: estos le gritan que pare cada vez que levanta o tira de los cuerpos; aun así, obcecada, es capaz de tumbar el contenedor de basura y de empujar a los dos hombres a su interior. Para volver a poner el contenedor derecho, los desplaza lo más que puede hasta el fondo y busca algo con lo que hacer palanca sobre los bloques de hormigón. Lo intenta con un tablón de madera, pero este se parte en cuanto deja caer todo su peso; menos mal que ya tenía localizada una barra metálica que le sirve a la perfección. Cuando termina, mete la barra

también en el contenedor.

No piensa, es como si lo tuviera todo planeado y su cerebro fuera ejecutando el plan sin titubear, solo ha tenido un pequeño lapsus cuando le ha quitado los calzoncillos a Flacucho y a Cacahuete; justo entre las orondas piernas de Cacahuete, había un trozo de cristal con forma de triángulo lo suficientemente grande como para servir de cuchillo. Lo ha sostenido durante unos segundos en la mano, olvidándose de que cualquiera de los dos podía volver en sí en cualquier momento. Lo ha acercado al miembro fofo y enano del grandullón, pero en el último instante, se ha echado atrás: ha pensado en las consecuencias, en las consecuencias para ella, claro, lo que les pase a esos cabrones le es indiferente; si por ella fuera, podrían morir desangrados en mitad de la escombrera.

Empuja el contenedor con los hombres dentro por el suelo irregular del descampado. Justo cuando le están fallando las fuerzas y cree que no va a poder sacarlos de allí, reconoce en el suelo las rodadas de algún vehículo muy grande, quizás un camión: se desviará de su trayectoria y puede que el camino sea más largo, pero podrá acelerar el paso. Decide seguirlas.

La suerte está de su parte, ha ido a parar a una calle más cercana que la acera en la que dejó a Samuel, más cercana y con un edificio en construcción al lado. Perfecto. Animada por lo bien que le están saliendo las cosas, hace un último esfuerzo para volcar el contenedor; usa de nuevo la vara de metal contra el borde de la acera y deja desparramada su carga sobre el asfalto lo más cerca posible de la obra. Flacucho comienza a farfullar: es hora de irse, pero antes, los coloca a los dos de costado y saca un pintalabios del bolso. Con rapidez, escribe en la barriga de cada hombre el mismo texto: «Me gusta violar a jovencitas indefensas».

En cuanto termina, sale corriendo y se interna de nuevo en el descampado en dirección al coche. Qué pena no poder estar allí cuando lleguen los obreros, debe de faltar poco porque ya está casi amaneciendo.

Cuando llega a su coche, recoge el teléfono, que asombrosamente está intacto, y ve que tiene una llamada perdida de Mario. Decide contestarla de camino a casa de Samuel –un pinchazo de rueda podría justificar su tardanza–, este sigue roncando y babeando en el asiento del copiloto. Cucaracha se monta a su lado y arranca rápidamente.

76

—Vaya borrachera que lleva —susurra Luisa mientras levanta las piernas de Samuel y le quita las zapatillas.

Las dos mujeres están a oscuras en el dormitorio, procurando

acomodar al muchacho en la cama.

—Lo siento, he intentado no hacer ruido para no despertarte, pero creo que no hemos dejado ningún mueble sin el que tropezar.

—No te preocupes, cariño, los dejo en medio a posta para enterarme de cuándo llega. Gracias por traerlo.

—No hay de qué.

—Ven, ¿quieres un café?, te vendrá bien para espabilarte. Si no te lo tomas, no te voy a dejar volver a casa —le dice Luisa autoritaria.

—Está bien: te lo acepto.

En la cocina, Luisa prepara rápidamente la cafetera y, mientras hierve el agua, se acerca a la chica para acariciarle el rostro.

—Mi preciosa niña —le dice con dulzura—, tenía muchas ganas de verte... Pero ¿qué es lo que te ha pasado? Tienes un aspecto horroroso, parece que hubieras tenido un accidente. Estás muy… sucia.

—No, tranquila. Es solo que he pinchado y por eso estoy hecha un desastre. Pero estoy bien, y tú, ¿cómo estás?

—También bien, preparando las maletas y recogiendo la casa para marchar al pueblo. Mañana a la tarde, vienen Samuel y Raquel a buscarme y el lunes nos vamos. Esta vez se quedan muy pocos días. No quieren despistar a su hijo para que se centre en recuperar las asignaturas que le han quedado. Cuando lo vean mañana de resaca… Más le vale recuperarse o tendremos que inventarnos que está enfermo.

Luisa siempre le ha cubierto las espaldas a Samuel desde que era muy pequeño. Cuando hacía alguna trastada, ella buscaba el modo de que el niño saliera indemne, y más tarde, cuando murió Angelines y sus padres no lo volvieron a llevar a Madrid, le seguía cubriendo las espaldas cada vez que iba al pueblo a pasar las vacaciones.

La mujer mira a su sobrina postiza con ojos amorosos; daría lo que fuera porque todo volviera a ser como cuando eran pequeños, como cuando jugaban los dos felices y confiados en la garita de Angelines. Después, cambia el rictus y arruga el entrecejo con preocupación:

—Hija, estás muy delgada, ¿es que no comes bien?

—Como una lima del dos, Luisa, pero es que hago mucho deporte y lo gasto todo. No te preocupes por mí, estoy bien, de veras. Tú estás muy guapa.

—Qué dices, si estoy hecha una vieja. Me duele todo el cuerpo de tanto fregotear, y todavía me quedan diez años para jubilarme… Aprovecha bien la juventud, que pasa muy rápido —murmura mientras sirve dos cafés bien cargados—. ¿Y tu padre, está bien?

—Tonto perdido. Ahora «la doña» lo ha convencido de que se compre una casa en Ibiza. Ya ves tú, en plena crisis.

—Ya es director regional o algo así, ¿no?

—Yo que sé, Luisa; siempre me he liado con las jerarquías de los bancos y las cajas, un puesto gordo sí que tiene, pero no me preguntes más.

Luisa no ha vuelto a ver a José Manuel desde aquel día, hace ya casi ocho años, en el que fue a visitarlos a casa y Gloria la acusó de estar enamorada de él.

Cuando llegó, no estaban ni él ni la niña y se encontró a solas con Gloria sentada en su majestuoso salón, rodeada de terciopelos y de cojines primorosamente bordados, tomando café en una elegantísima taza llena de mariposas azules. Nunca se había quedado a solas con ella, de hecho, era algo que evitaba.

Gloria estaba tiesa como una vara y ella se removía incómoda sin encontrar una postura agradable entre tanto almohadón.

La conversación comenzó con normalidad, como tantas otras. Hablaron de banalidades y usaron todas las frases hechas correspondientes, pero en algún momento, algo se torció en la cabeza de Gloria:

—Gracias por el café, Gloria, está muy rico.

—Pues prueba las pastas, son de la mejor pastelería del barrio —le recomendó orgullosa—: te van a encantar.

—Es verdad, están riquísimas. Y dime, ¿cómo está la niña?

—¿La niña? Pues con catorce años ya te imaginarás: hecha una rebelde. Nunca es que me haya hecho mucho caso, pero ahora está peor que nunca, amenazando con que se va a ir de casa en cuanto pueda.

—Son cosas de adolescentes, es totalmente normal.

—De normal nada, Luisa, ya es toda una señorita y tiene muchos humos. Yo no hago más que darle gusto en todo lo que quiere y ella se dedica a despreciarme continuamente.

—Mujer, tienes que tener paciencia, y tratarla…

—¿Tratarla, cómo? —la interrumpió Gloria airada.

—Gloria, yo solo quería…

—¿Me vas a decir tú cómo tengo que tratar a la niña? Y de paso a su padre también, ¿no? No te creas que no me doy cuenta de que la cría y tú conspiráis contra mí a escondidas, de que la alientas para que sea cruel conmigo.

—Sabes que eso no es cierto —respondió Luisa alarmada; no entendía a qué venía esa acusación, así, de repente—. Eso… eso son imaginaciones tuyas —acertó a continuar.

—Sí claro, soy una paranoica, y también me imagino tus miraditas a mi marido y tus casuales roces con cualquier excusa: «Uy, perdona, José Manuel, no quería echarme encima de ti: solo quería ayudarte a recoger esas cosas. Oh, perdona, José Manuel, es que este ascensor es

muy estrecho y por eso estoy pasándote mis posaderas por la bragueta».

Luisa no aguantó más tanto ataque. ¿Pero qué le pasaba a esa mujer?, ¿estaba aprovechando que estaban solas las dos para soltar por su boca todo lo que había retenido durante años?

Recuerda que se levantó de un salto y que empujó sin querer una de las delicadas tazas de loza. La pieza acabó estrellándose contra el suelo ante el asombro y el desconsuelo de Gloria:

—¡Mira lo que has hecho! Es de la Cartuja de Sevilla, ¡es carísima!

—¡Gloria, estás loca! Cómo te atreves a insinuar que yo… que yo… ¡Dios mío, no puedo ni decirlo en voz alta!

Pero Gloria no la escuchaba: estaba de rodillas recogiendo minuciosamente los restos de la tacita, y llorándola… Llorándola como si fuera un ser vivo en lugar de un objeto inerte.

—¡Deja eso ahora mismo y escúchame! Yo nunca he tenido ninguna intención de ese tipo con José; si es eso lo que piensas, es que estás enferma.

En ese momento, Gloria levantó la cara, arrebatada y furiosa, con las venas de las sienes hinchadas por la rabia:

—No insultes mi inteligencia, Luisa. No estoy ni loca ni enferma; sabes muy bien que en el fondo de tu corazón siempre has estado enamorada de ese hombre —le dijo mientras se levantaba poco a poco, acercándosele como una serpiente—, mucho «qué buena era Angelines, era mi mejor amiga, cómo la quería», pero en realidad estabas deseando meterte en los pantalones de su marido: ¡igual que ahora!

—Eres peligrosa, Gloria, no estás bien de la cabeza. Ves cosas que no son. Esto… esto lo tiene que saber José Manuel.

—Ni se te ocurra acercarte a él, o te arrepentirás.

—¿Me estás amenazando?

—Sí ¿y qué? Solo defiendo lo que es mío y lo que me ha costado mucho conseguir, y ahora no vas a venir tú con tu pose de «mejor amiga del mundo» para quitármelo. Ya te he aguantado mucho durante estos años. Si intentas decirle algo a José Manuel, lo negaré todo y te echaré la culpa a ti: «No le hagas caso, cariño, solo quiere separarnos porque está sola y amargada y no aguanta que los demás seamos felices» ¿A quién supones que creerá? No puedes competir conmigo.

Luisa no salía de su asombro, intuía que Gloria no era trigo limpio, pero esto era demasiado, y lo peor es que ella estaba en lo cierto: José Manuel no la creería, no tanto por la influencia que Gloria pudiera tener sobre él, sino por lo inverosímil de la situación. ¿O acaso no era tan inverosímil…? Puede que Gloria tuviera una pizca de razón, puede que sus sentimientos hacia José Manuel hubiesen

cambiado desde aquel día en que lo consoló sentado en la mecedora, y que, con el tiempo, se hubieran convertido en algo más profundo, derivando en un querer que no deseaba confesarse ni a sí misma… Ahora, Gloria había cogido esos sentimientos y se los había restregado por la cara haciéndolos patentes, dolorosos… Fue como si le hubiera pasado una lija por el rostro: podía sentir cada grano del papel arañándole la piel con su obscena realidad, porque eran pasiones que no debían existir, y así seguiría siendo, al menos para los demás.

De todos modos, la solución no pasaría solo por convencer a José Manuel de que esa suposición únicamente era fruto de lo desquiciada que estaba su mujer; la solución estribaba en convencer a la misma Gloria de que ella no intentaba quitarle a su amante, y eso era imposible.

La situación no se resolvió positivamente para Luisa y, por descontado, tampoco para José Manuel y su hija. Gloria la echó de su casa y consiguió que José Manuel pensara que era Luisa quien no quería ir a verlos. Se le adelantó, le ganó por la mano, y cuando Luisa le llamó, él estaba tan confundido que no sabía qué pensar.

Los meses pasaron y la relación se fue debilitando. José Manuel y ella solo hablaban por teléfono, hasta que un día, ya ni eso. Él por fin estaba volviendo a tener una vida medianamente feliz: tenía de nuevo una familia y su trabajo iba viento en popa, así que no le quedaba tiempo para intrigas de telenovela.

Luisa se fue apartando paulatinamente de él y de la chica. Lo de la chica fue lo que más le dolió. Fue muy duro separarse de ella justo cuando más la necesitaba, justo, cuando más se necesitaban. La muchacha estaba entrando en la adolescencia y reclamaba a gritos a alguien que la entendiese y la aplacase a partes iguales. Y Luisa estaba sola: sin Samuel, sin Angelines, sola.

Y así siguió durante cuatro años más, hasta que un buen día, Samuel apareció en la puerta de su casa, maleta en mano, recién matriculado en Bellas Artes y con la Palomilla detrás. La chica fue a verla en cuanto huyó de su casa; Gloria intentó evitarlo, pero no pudo con ella.

Nunca se lo contó a nadie, ni siquiera a la Palomilla cuando esta abandonó el nido. Ya no tenía sentido después de tanto tiempo, y tampoco la quería enemistar aún más con su padre. Los años fueron limando las aristas de aquella conversación, convirtiéndola en una simple y mundana cuestión de celos.

—Luisaaa, «Tierra llamando a Luisa… Tierra llamando a Luisa».

—Perdona, hija.

—Te has quedado medio ida.

—Sí, aún estoy dormida. Anda, marcha que estarás cansada y yo

hoy tengo que trabajar. —Luisa se levanta y abraza a la muchacha mientras le planta en la mejilla un rosario de besos apretados—. Te quiero, mi niña.

La próxima vez que la volviese a ver, estaría fría e inmóvil dentro de un ataúd.

Al día siguiente, los padres de Samuel llegaron a casa de Luisa y ella y Samuel fingieron que el chico estaba enfermo. El lunes después de comer, el matrimonio y Luisa emprendieron el viaje, pero nunca llegaron a su destino: un camión se los llevó por delante a las 19:42 horas. Celso, un camionero de A Coruña que no había dormido suficiente la noche anterior, cerró los ojos durante 4,3 segundos, haciendo que su Scania R580 golpeara y aplastara contra la mediana el coche en el que viajaban los tres.

El grupo al completo acudió al entierro para arropar a Samuel, un Samuel ausente y destrozado.

Esa fue la última vez que estuvieron todos juntos.

77

Baja por las escaleras bostezando y desperezándose. Hubiera sido mejor coger el ascensor, preferiblemente el de la derecha, el que está más alejado de la garita. ¡Mierda!, ¿por qué no lo ha hecho? Santobeña acelera tanto el paso para evitar la avalancha de malos recuerdos, que no se da cuenta de que pisa un pequeño charco de agua turbia que se extiende sobre las baldosas, justo en el rincón del descansillo.

Al salir, se sienta en el banco que está delante del portal de su antigua casa. ¿Para qué huir de los recuerdos si siempre los está buscando? Es mejor dejarse llevar e intentar evocar solo los buenos.

Está amaneciendo; escucha los pájaros que comienzan a cantar y se imagina a su madre sentada a su lado, mirándolos y aspirando el aire limpio y fresco del nuevo día. Muchos fueron los atardeceres en los que habían estado así –aunque ella casi no los recordaba–, juntas, viendo pasear a la gente del barrio, saludando y charlando con todos.

Cierra los ojos y pasa la mano por la desgastada madera del asiento, sintiendo cada grieta en las yemas de los dedos…

78

Siento cada grieta y cada surco de la madera del banco, fruto de los más de cuarenta años que lleva allí, soportando resignado el sol, la lluvia y las heladas de Madrid.

Samuel se ha sentado a mi lado y me mira sonriendo:

—Y bien, Santobeña, ya estamos aquí. Hemos vuelto.

Los dos observamos la puerta del bloque con una mezcla de melancolía y animadversión, como si fuera la boca de un ogro rechoncho y de aspecto amable, que en realidad guardara la intención de engullirnos y torturarnos con sus jugos gástricos, hasta disolver nuestra carne y nuestros huesos para no dejar nada de nosotros.

—Venga, levanta. Vamos adentro —le digo, intentado animarlo.

—¿Seguro? No me gusta nada este rollo de detectives.

—Vaaamos… No seas cobarde.

Tiro de la mano de Samuel y este remolonea y se resiste como si estuviera pegado al asiento. Por fin, lo levanto y entramos juntos.

El portal está en penumbra y agradablemente fresco, siempre se ha mantenido unos cuantos grados por debajo del exterior en verano.

Dios! El olor… es el mismo… y el suelo y el color de las¡ paredes… Hace diez años desde la última vez que estuve allí y es .como si solo hubiese sido un suspiro

El cartero está junto a los buzones. Es un hombre alto y atlético. Me parece reconocer su compostura, su manera de sujetar los sobres y distribuirlos entre las ranuras. Está silbando alguna melodía irreconocible pero muy alegre. Tiene que ser…

—¿Diego?

—No, no soy Diego —me responde confuso—. Me llamo Jesús.

Se parece a Diego, o al menos al recuerdo que pueda guardar una niña de cinco años, modelado y procesado por el tiempo y por la mente de una adulta.

—Vaya, perdona, es que cuando yo vivía aquí, hace veintiséis años, nuestro cartero se llamaba Diego —me justifico—, y se parecía un poco a ti.

—Huy, ¡veintiséis años! A saber dónde estará ese señor… —me dice el cartero resoplando—. Yo cuando llegué sustituí a una tal Vanesa. Lo siento, pero no me suena ningún Diego.

—Disculpa —me excuso de nuevo avergonzada y a la vez defraudada.

Jesús balancea el carrito y me mira sonriendo:

—No pasa nada. Por cierto, si necesitáis al portero, más vale que os acerquéis hasta la garita y le deis un buen grito. El muchacho que

está sustituyendo a Beatriz es un universitario que se pasa el día estudiando con los cascos puestos; no se cosca de nada, podrían robar el edificio entero y él ni se enteraría.

Me quedo embobada, mirando cómo se va Jesús, y Samuel me da un codazo:

—Pues este es muy guapo también. Cuando sea mayor me quiero casar con él.

—Muy gracioso, Samuel.

—Estabas tonta perdida con Diego, me acuerdo de la cara de boba que se te quedaba cuando lo veías.

—No entiendo cómo puedes recordar esas cosas… Teníamos solo cinco años. Yo casi lo había borrado de mi mente hasta que lo he visto. Bueno, el olor que conserva este sitio ayuda, y mucho. Huele al mismo friegasuelos con aroma a limón que usaba mi madre.

—Sí, yo también me he dado cuenta —confirma Samuel.

Los dos miramos la escalera. Yo estoy decidida, tengo muy claro nuestro propósito, pero Samuel se resiste; al fin y al cabo, sus recuerdos son mucho más nítidos y terribles que los míos.

—¿Para qué me has traído?

Ha subido los peldaños hasta llegar al descansillo. Asciende unos pocos más, se sitúa justo en el lugar en el que descubrió a mi madre y alza la mirada frente el rincón.

—Para que recuerdes —le contesto tajante.

—Joder, Santobeña… Claro que recuerdo. —Se ríe, pero con una risa nerviosa, buscando algo gracioso que decir para enmascarar y expulsar la congoja que lo tiene aprisionado, sin embargo, no lo consigue—. Ahora mismo estoy viendo a tu madre muerta, y créeme, no está siendo nada agradable.

—Concéntrate, a ver si recuerdas algún detalle —insisto, mientras me aparto un poco y me alejo del rincón para dejar espacio a su rememoración—. ¿Cómo era el hombre?

—Lo estoy viendo, pero no distingo nada nuevo… Es inútil. Está ese puñetero mono azul y poco más. Ya te lo dije: estaba de espaldas... y enseguida comencé a llorar; las lágrimas me nublaban la vista y cuando tu madre… cuando la vi… —Samuel se sienta en el escalón y escurre los dedos por su melena, arañándose el cuero cabelludo. En su cabeza, mi madre está allí: muerta, rodeada de agua amarillenta y sucia, mirando al infinito con la mandíbula descolgada; vacía, despojada de todo lo que la hacía ser ella. Ya no era Angelines, era un maniquí roto y deformado—. Lo siento… lo siento mucho.

Está conteniendo el llanto. Sus preciosos ojos color caramelo se ven húmedos y enrojecidos. Me arrodillo delante de él y le abrazo la cabeza besándole la frente. Samuel alza el rostro exhibiendo una melancólica sonrisa:

—Me gusta esta nueva Santobeña que besa y abraza, pero ¿sabes qué me haría sentir mejor? —Niego con la cabeza sonriendo solícita —: una caña y un pincho de tortilla.

—Pues vámonos al bar del Cuco, invito yo.

Comienzo a bajar los peldaños y cuando ya estoy abajo, me doy cuenta de que Samuel no me sigue. Me giro para buscarlo y lo descubro con la cara metida en la esquina pasando los dedos por la superficie de la pared, como si estuviera leyendo braille.

—Mira, Santobeña, ¿no parece una mancha de humedad un poco rara? Casi no se distingue… Hay que fijarse mucho, pero una vez que la ves, no puedes dejar de verla. Si te alejas —dice tomando distancia —, es como si fuera perfectamente simétrica…

—Sale todos los veranos.

Los dos damos un respingo al oír la voz a nuestra espalda.

—¡Joder, tío! Qué susto —le dice Samuel al muchacho que nos mira serio e inmóvil desde los pies de la escalera. El chico va vestido con un chándal de esos que tienen el tiro hasta las rodillas y unas zapatillas con colores tan estridentes que hacen daño a los ojos.

—Por más que pinto una y otra vez, vuelve a salir. Soy el portero, ¿puedo ayudarles en algo?

—No, gracias. Ya nos íbamos —le contesto—. Yo vivía aquí de pequeña y solo hemos entrado por nostalgia. No queríamos molestar.

El portero suplente ni siquiera contesta, sigue ahí, quieto sin mover una ceja. Se ve que tantas horas de estudio han dejado a sus neuronas sin telecomunicaciones; y así continúa, mirándonos fijamente con los brazos caídos mientras lo rodeamos para salir.

—Fue en verano. Dicen que en ese rincón se encontraron a una señora muerta hace muchos años. Parece ser que se cayó desde el primero y fue rodando hasta el descansillo. Se partió todos los huesos del cuerpo, todos... —susurra el chico como hipnotizado—. Era la portera… Algunos vecinos cuentan que, en realidad, se tiró porque se le fue la olla al enterarse de que su marido ya no la quería y de que le estaba poniendo los cuernos con otra. Dicen que el crío que la descubrió se quedó tan tocado, que no volvió a hablar nunca más. También dicen que algunas tardes se la oye caminar por la escalera, arrastrando los pies... —Se queda callado durante unos segundos—. Yo la he oído… He oído la goma de sus zapatillas chirriando contra las baldosas, por eso siempre me pongo los cascos. Creo que este es el último verano que voy a trabajar aquí, me dan mucha grima esos ruidos y esa mancha… Menos mal que el día quince se acaba la cosa.

Samuel y yo no sabemos qué decir, nos hemos quedado petrificados ante la confesión del muchacho. Por fin, Samuel reacciona y, como si estuviera hablando con un demente a punto de tener una crisis, le pregunta despacio:

—¿Y la has visto alguna vez?

—¡No, tío! Y ojalá no la vea nunca —contesta nervioso—. Cuando oigo algo, simplemente subo el volumen de la música y me quedo muy quieto. Beatriz, la mujer a la que sustituyo, dice que estoy como una cabra, que ella nunca ha escuchado nada y que eso son solo rollos que se inventa la gente; pero claro, ella está sorda como una tapia.

—¿Y hay alguien que la haya visto? —lo interrumpo, ávida de información.

—Ver lo que se dice ver, nadie, pero el del tercero, Pedro, jura y perjura que la ha oído y que algunos días, cuando se va a las cinco a currar, se ha encontrado gotitas de agua en el suelo del portal. No es un tío muy listo, pero estoy seguro de que no miente. ¿Usted conoce la historia?

—¿Perdona? —le contesto confusa.

—Sí, ha dicho hace un momento que vivía aquí cuando era pequeña.

—Sí, vivía aquí, pero no recuerdo nada. ¿Hay algún vecino que conozca lo que pasó de primera mano?

—Ya no queda nadie de la gente que vivía en el bloque por entonces; eran todos muy viejos y han ido palmando con los años. Bueno, estoy mintiendo, queda don Alejandro, pero tiene la cabeza fatal y solo dice tonterías. A mí, cuando me ve las pocas veces que sale, me confunde con su hijo que ya es viejo: debe de tener por lo menos… cuarenta años.

De repente, el chico decide que la conversación se ha acabado; es como si alguien hubiera pulsado un interruptor en su cabeza, que le hubiera recordado que tiene algo pendiente que hacer. Gira sobre sus talones y musita un «que tengan buen día», a la vez que saca el móvil del bolsillo y comienza a teclear de camino a la garita.

—¡Esta juventud! —exclama Samuel riéndose—. Estaba atontolinado, como un zombi, arrastrando los pies, con la cabeza gacha y esos pantalones que parecía que se había cagado encima: como un verdadero muerto viviente.

Ignoro el comentario de Samuel, estoy rumiando el siguiente paso lógico de nuestra «investigación»:

—¿Por qué no subimos a ver a don Alejandro?

—¿Para qué? Ya has oído al zombi: el hombre está senil.

—Pues precisamente por eso. Recuerda lo que decía Marcia: que a los adultos solo se nos permite acceder al mundo de los muertos cuando dormimos, cuando perdemos la razón o cuando estamos a un paso de la muerte. Es posible que haya visto a mi madre o que también haya soñado con ella y pueda decirnos algo.

—La verdad, Santobeña, prefería la opción caña y pincho de tortilla. Casi puedo olerlo desde aquí…

Don Alejandro vive con Santos, un enfermero al que su hijo ha contratado como interno; el anciano pasa los días y las noches entre la lucidez y el delirio, pero cuando su mente no está nublada, tiene muy claro que no piensa pasar el resto de su vida en un asilo. Detesta la idea de verse encerrado en un lugar lleno de ancianos que le recuerden su propia decrepitud.

En su casa está mejor; Santos le asiste divinamente: lo saca a pasear todos los días con el andador, lo asea, lo ayuda a vestirse y hasta le limpia el culo, le da sus medicinas y lo lleva a los entierros. Todavía le quedan algunos amigos y conocidos en el barrio, pero van cayendo como moscas, y él siente cierto placer perverso en ir al cementerio y ver que sigue en pie, vivito y coleando, mientras que a sus coetáneos se los van comiendo los gusanos. El enfermero le compra todos los días el *ABC* para que pueda leer las esquelas. Las noticias le traen sin cuidado, hace tiempo que decidió que ya tenía muchos años para preocuparse de si el mundo se iba al carajo o no: ya solo le importa su propio mundo, y solo cuando es consciente de él.

Hoy tiene un día medianamente bueno, aun así, cuando Samuel y yo entramos en el salón, me confunde con su hermana.

—Don Alejandro, esta no es Eudoxia. ¿No ve que es muy joven? —lo corrige amablemente el enfermero.

—Y muy guapa, como mi hermana —afirma el anciano—. Pero si no es ella ¿quién es? ¿Y el fulano que la acompaña?

—Yo soy Samuel, el sobrino de Luisa Herrero, la segoviana que murió en un accidente de tráfico con su hermano y su cuñada. ¿Se acuerda?

Vaya con Samuel, directo al grano, sin remilgos; es como si quisiera acabar con el trámite cuanto antes. Sin embargo, es efectivo: don Alejandro frunce el ceño a la vez que asiente.

—Sí que me acuerdo, era una mujer estupenda y muy alegre. Qué buen mozo estás hecho. ¿Esta es tu esposa? —pregunta señalándome con un dedo tembloroso.

—No, ella es la hija de Angelines la que se…

—La portera, la mujer de José Manuel.

Detengo a Samuel antes de que haga un relato breve y conciso de cómo murió mi madre. Me incomoda un poco tanta crudeza, y eso que a mí a bruta no me gana nadie; es como si Samuel y yo nos hubiéramos intercambiado los papeles. Con todo, a don Alejandro no le hacen falta más detalles:

—Claaaro, cómo no me iba a acordar de Lines, si ayer mismo la vi.

—¿Dónde la vio, don Alejandro? —le pregunto con esperanza y

con miedo.

Santos, que ha estado saliendo y entrando de la habitación para traerle al octogenario un vaso de agua, o para buscar una servilleta con la que limpiarle el reguero de saliva que se le escurre por la barbilla, quiere dejarnos intimidad, pero a la vez le da reparo que el viejo se quede a solas con nosotros. Ahora permanece junto a la puerta como un perro guardián para vigilar nuestra conversación: no se fía de lo que parece, va a ser, una especie de interrogatorio.

El anciano se ha quedado en silencio solo un instante, y levanta la mano indicando a su enfermero que puede estar tranquilo, que no lo estamos importunando. Después, me mira sonriendo, resplandeciente, y con toda la naturalidad del mundo, me responde:

—Anoche estuvimos charlando un poquito, justo antes de dormir.

—Pero usted sabe que mi madre está muerta, ¿verdad?

—Claro que lo sé, si de algo llevo la cuenta es de los muertos del vecindario; podría enumerártelos uno por uno en orden cronológico según su fallecimiento. Además, la tarde en que murió Angelines yo estaba allí: llegué justo cuando apareció tu padre. No me acuerdo de lo que he hecho hace una hora, pero de eso sí.

Ante nuestro asombro –Samuel y yo somos incapaces de cerrar la boca y la cara de Santos es un número–, don Alejandro nos cuenta cómo mi madre se sentó a los pies de su cama y cómo, seria y pesarosa, le confesó entre susurros que estaba preocupada:

—Me dijo que tenía miedo por ti, que podías estar en peligro.

—¿Le dijo por qué?

—No, solo eso. Nunca había hablado con un muerto antes, pero parece que no tienen mucha facilidad de palabra. Aproveché para peguntarle cosas sobre el más allá, ya sabes: si hay cielo o infierno, o si duele o si te encuentras con otros difuntos; me queda poco para hacer «el viaje» y, aunque estoy preparado, no podía perder la oportunidad de averiguar esas cuestiones de primerísima mano; pero tu madre no estaba interesada en contestarme, solo repetía una y otra vez que debías cuidarte: «Mi preciosa palomilla debe tener cuidado, mucho cuidado». Me lo decía mientras pasaba las palmas de las manos sobre su bata, llevaba una bata con flores… con flores azules, sí, seguro que eran azules. Estaba muy guapa…

Siento unas irresistibles ganas de llorar: ese hombre ha visto a mi madre, no me cabe duda, no puede ser de otro modo; no puede ser una casualidad que justo la noche anterior de ir a verle, don Alejandro haya sufrido una alucinación relacionada con ella. Y la vio hermosa. Por más veces que el anciano la describe, no mienta en ningún momento deformaciones, piel desprendida u ojos hundidos y gelatinosos. Ella estaba sentada sobre la colcha junto a los pies de don Alejandro, joven y perfecta, trasmitiéndole su preocupación con frases

cortas, sin mirarlo, como si estuviera hablando sola. Cuando terminó, simplemente se levantó y se marchó.

La voz del viejo se va apagando poco a poco. Baja la mirada y se queda abstraído observando el suelo.

—Don Alejandro, ¿está bien? —le pregunta Samuel.

—Cristóbal, estoy cansado —murmulla el anciano—. Dile a esta gente que se vaya. Quiero que venga madre, tengo que hablar con ella de las cuentas del taller. No acaba de entender que los comienzos siempre son duros y que las pérdidas son normales.

—Lo siento, amigos, don Alejandro ya ha cambiado de canal —nos informa el enfermero—. Es mejor que se vayan.

—Pero me gustaría preguntarle otra cosa —le suplico.

—Es inútil, acaba de hacer un viaje en el tiempo. Ahora yo soy Cristóbal, su hermano pequeño, y ya no sabe quiénes son ustedes; lo único que puede pasar es que se desespere y acabe enfadándose.

Y allí dejamos al hombre preguntando por su madre, empecinado en que Santos se la buscara porque necesitaba pedirle más dinero para un negocio, que en su cabeza estaba en ciernes, pero que en la realidad llevaba casi veinte años cerrado.

Ya en la calle, resoplando inquietos y todavía desorientados, nos sentamos de nuevo en el banco frente al portal.

—Estoy alucinando. ¿Por qué crees que don Alejandro la ve normal y nosotros no?

—No tengo ni idea, Santobeña.

—Pues en cierto modo eso me consuela, me preocupaba que Minerva la viera también deformada. Puede que a la niña se le presente con un aspecto agradable. Tengo que conseguir soñar con ella otra vez.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—No sé, ya se me ocurrirá algo… o a Encarna…

—Pues a mí me intranquiliza más lo que ha dicho el viejo de que puedes estar en peligro —confiesa Samuel.

—¿Pero qué me puede pasar: que me caiga un ladrillo en la cabeza? Mi vida no es una película de espías.

—Pues algo tiene que ser, si no tu madre no se molestaría en montar semejante espectáculo *poltergeist*. Está claro que ha sido un aviso: ella sabía que se te ocurriría ir a ver a don Alejandro. A lo mejor tiene que ver con ese asunto que me contaste sobre la farmacéutica y Simón.

—Lo dudo, no me imagino a Ronconi o a Navarro tomando represalias por nuestro pequeño complot, aunque quizás no deba descartarlo.

Samuel se levanta y me hace un ademán con la cabeza:

—Ahora sí que necesito una cerveza, o cinco…

Las baldosas verde oscuro siguen estando allí, pegadas unas encima de otras, intentando mantener el equilibrio, y también la barra de aluminio; hasta hay algunos parroquianos jugando al mus. Por supuesto que son otros hombres y otras mujeres; los que ocupaban esos asientos hace treinta años puede que sigan jugando al mus, pero ya en el cementerio. No obstante, sus posturas, y hasta sus voces, podrían ser las mismas; se mantienen serios y concentrados, como si en cada partida se jugasen todas sus posesiones.

Es sorprendente lo poco que ha cambiado el bar, está prácticamente igual a excepción del camarero, que no es el Cuco. En su lugar hay un hombre que me resulta familiar, reconozco ligeramente sus rasgos y, sobre todo, su mirada y sus hoyuelos. Como una suave marea, las imágenes y los sonidos acuden a mí: imágenes de tardes de viernes sentada junto a un adolescente cerca de la barra, jugando a dibujar y a adivinar cuál era la finalidad de cada trazo antes de que la figura estuviese completada; sonidos que salían de los cascos de un *walkman*, concretamente el sonido de una voz profunda e hipnotizadora, que repetía machaconamente algo relacionado con Jesús. Si no me equivoco, el hombre que está frente a mí es el Cucochico.

—¡Hola, Alberto! —lo saludo divertida.

Lo miro a los ojos casi sin pestañear para ver si él también es capaz de reconocerme, pero no lo hace:

—¿La conozco? —me pregunta confundido.

Supongo que he cambiado mucho más que él, después de todo, yo solo era una niña cuando Alberto jugaba conmigo. Sé que la esperanza de que supiera quién soy ha sido algo bastante infantil por mi parte, pero su olvido me desilusiona durante unos segundos.

—Soy la hija de Lines: la portera del siete.

—¿Palomilla? Vaya… ¡Jamás hubiera dicho que eras tú! —exclama mientras sale de la barra—. ¡Mamá, mamá!, ven a ver quién ha venido.

—Alberto, hijo, no grites tanto que me vas a jorobar el audífono.

De la cocina sale una anciana restregándose las manos con un paño mugriento. Inés está muy mayor, anda cojeando y arruga los ojos escudriñándonos para averiguar quiénes somos.

—Mamá, es la hija de Angelines —le dice el Cucochico.

—Hola, niña… —susurra como embobada—. ¿Qué haces tú por aquí? Y tú eres Samuel, ¿verdad?, el sobrino de Luisa, que en paz descanse —continúa sin intención de parar. Samuel y yo intentamos confirmar nuestra identidad, pero la mujer sigue hablando y escupe las preguntas como si fuera una ametralladora—. ¿Y cómo estás, hija?,

¿ya te has casado?, ¿y tu padre? No lo vemos desde que murió Angelines; fuimos todos al entierro, ¿verdad, Alberto?

—Sí, mamá —consigue intervenir su hijo—. Bueno, luego le vimos un par de veces más antes de que os marcharais, pero por la calle porque ya no pisaba el bar.

—Las malas lenguas decían que se había ido con una mujer —lo corta Inés—, pero nunca tuvimos la certeza… Luisa no soltaba prenda por más que la pobre Magdalena, que en paz descanse, intentara tirarle de la lengua. Y mira que hablaba Magdalena: yo, solo por no oírla, le hubiera dicho lo que fuera.

—Anda, mamá —la interrumpe Alberto incómodo—. ¿Por qué no terminas de hacer la tortilla?

—Sí, hijo, que seguro que estos chicos querrán tomarse un pinchito. Ay, Palomilla… Me acuerdo como si fuera ayer de cómo los devorabas sentada encima de las rodillas de tu padre. Ahora no debes tomar muchos porque estás muy delgada… Bueno, pensándolo bien, de niña también estabas hecha un palillo, claro, no parabas.

—Mamááá, la tortilla…

—Ya voy, hijo, ya voy. Veréis qué rica me sale: igualita que siempre —continúa Inés a la par que camina hacia la cocina y desaparece en ella—. ¡Os vais a chupar los dedos!

Samuel y yo nos quedamos con la boca abierta, no hemos conseguido decir ni una sola palabra.

—Perdonadla, como está sorda no para de hablar; dice que para qué va a dejar a los demás contestarle, si total, no los va a oír… La pobre viene exclusivamente para hacer las tortillas: se le ha metido en la cabeza que las tiene que seguir haciendo ella porque, si no, la gente no vendrá al bar —Se mete de nuevo en la barra y nos señala dos taburetes que hay cerca del grifo—. Venga, sentaos que os pongo un par de cañas. Y bien, ¿qué ha sido de vuestra vida?

Entre cerveza y cerveza, Samuel y yo ponemos al día al Cucochico: le hablamos sobre mi trabajo, mi familia, el renovador viaje de Samuel a la India… Alberto nos escucha anonadado:

—Vaya… y yo aquí metido en el bar.

—Lo odiabas… ¿Cómo es que has acabado en el negocio de tu padre? —le pregunto curiosa.

—Pues porque enfermó y mi madre no podía ocuparse sola del bar. Los dos me pidieron por activa y por pasiva que me quedara y lo sacara adelante, y no tuve el valor de negarme. —Alberto se pone serio por momentos, se le ve resignado y vencido: claramente la vida no le ha dado lo que él esperaba—. En fin, es lo que hay, tampoco creo que me hubiera podido ganar las lentejas como dibujante de cómics. —Se gira hacia un señor que acaba de entrar jadeando por el calor—. Buenos días, Salvador. ¿Qué te pongo?

—Un botellín —pide el otro.

Rápidamente, Cucochico se lo sirve y Salvador se lo acaba prácticamente de un trago. Al instante, sin que tenga que pedírselo y a la velocidad de la luz como hacía su padre, Alberto le pone enfrente otro botellín mientras sigue conversando con nosotros:

—Pero no pienso dejar las cosas así, he ahorrado y voy a reformar el bar. Colocaré unas tablas estrechas y blancas, así como con aspecto desgastado, del suelo hasta el techo y baldosas hidráulicas, y voy a instalar unas lámparas hechas de garrafas de cristal verde y maromas —dice entusiasmado—. Lo tengo todo pensado, ya he diseñado un logo para el bar: la silueta de un cuco. Lo pondré en formato gigante en la pared del fondo y voy a encargar servilleteros con él en los laterales. Lo único que mantendré igual será la barra de aluminio.

—Tiene muy buena pinta, y eso atraerá a más gente —apunta Samuel.

—Esa es la idea —responde Alberto—, estoy harto de ver siempre las mismas caras. No te ofendas, Salvador.

—No me ofendo —admite Salvador—. Yo voy a seguir viniendo igual, de mí no te vas a librar.

—Y «los de siempre» ¿dónde están? Aunque ya no pueden quedar muchos… —comento intentado orientar la conversación.

—Este ya era un bar de gente vieja cuando tú eras una niña, así que imagínate en qué lugar descansa la mayoría. Florencio se fue a vivir a casa de su hija en Toledo; Damián y Candela murieron el uno detrás del otro, primero ella, y él, como el buen marido fiel y obediente que era, la siguió al poco tiempo; Manolo también murió de exceso de años, nada de enfermedades; y el año pasado cayó Magdalena, pero ella sí fue de un ataque al corazón: se quedó frita en su casa. Ahora la pollería la lleva Francisca, vende unos huevos buenísimos, son los que usamos para hacer la tortilla.

—¿Y el Duros, sigue vivo? —pregunto por fin.

—¿El Duros? Sí, sigue vivo, aunque está bastante enfermo y más solo que la una. Su mujer y sus hijos no quieren saber nada de él. Desgraciadamente se lo ha ganado a pulso. Lo pillaron intentando abusar de una chica; no quedó claro cómo fue el asunto, pero debió ser algo feo. Esperanza ya no lo aguantó más y lo abandonó arrastrando a sus hijos con ella. Da un poco de pena el hombre —dice mientras nos sirve otra caña—. Anda solo por el barrio deambulando de aquí para allá con su bastón, hablando solo…

El pulso se me acelera en segundos, lo pillaron acosando a una muchacha: tiene que ser el cabrón que mató a mi madre. Quizá sea ahora cuando me ponga en peligro, pero ¿qué me puede hacer un anciano enfermo a plena luz del día?, es casi de risa. Por fin tenemos algo sólido a lo que agarrarnos y me resulta casi imposible no coger

por las solapas al Cucochico para que vomite rápidamente dónde vive ese «pobre hombre»:

—¿Dónde podríamos encontrarlo?

—Espera, espera, no tan deprisa —me interrumpe Samuel.

Entonces le doy un rodillazo y le miro con cara de «Pero ¿qué estás haciendo? ¡Vamos a por él, YA!». Él me mira a su vez con cara de «Tranquila… No te me aceleres», mientras se dirige a Alberto para preguntarle con toda la calma del mundo:

—¿Qué es lo que le hizo?

—Pues no lo sé exactamente, ya os he dicho que la cosa no quedó clara.

—¿Cómo que no? —suelta Salvador—. Ese desgraciado le metió mano a Nuria, la hija de Eladio, y porque la chica se revolvió como un gato, que si no le hubiera metido otra cosa.

—Venga, Salvador, de eso hace un montón de años; tú ni siquiera vivías aquí —le reprocha el Cucochico bastante molesto.

—A mí no me suena esa historia —repone Samuel—, así que no pueden ser tantos años.

—No te suena porque ya te habías ido a tu pueblo —explica Alberto—. Hará unos nueve años, y por mucho que diga aquí mi amigo, que solo se nutre de los chismes y de la rabia que supura todo el barrio, no se demostró nada. Se dijo que pilló a Nuria sola en casa de sus padres cuando iba a hacerles una chapuza en la cocina y que al final, intentó hacerle la chapuza a ella. Pero yo lo conozco —insiste pesaroso— y no es capaz de hacerle daño ni a una mosca. ¿Y qué pasó después?, pues que Eladio tenía mucha mala leche y mucha influencia en el barrio, la mitad de los locales comerciales eran suyos en ese tiempo, y nadie rompió una lanza por el Duros.

—No me extraña —arguyo—. Su fama le precedía: si el río suena, agua lleva…

Alberto me mira con cara de tristeza, supongo que esperaba de mí algo más de misericordia y de fe en la presunción de inocencia; pero no puedo, lo siento.

—¿Y para qué lo buscáis? —me pregunta—. Os advierto que no está para muchos trotes.

—Solo quiero preguntarle algo sobre el día en que murió mi madre.

Alberto me observa extrañado, pero, de momento, decide que no va a ahondar en el asunto:

—A esta hora debería estar en el parque. Antes de comer suele bajar y se sienta en un banco para ver a los jubilados jugar a las cartas. Aguanta hasta que se marcha el último jugador; no sé cómo soporta el calor, los viejos están hechos de otra pasta: ni sienten ni padecen, así acabará deshidratándose o sufriendo una insolación sin ni

siquiera darse cuenta. Se ponen al final, donde las canchas de baloncesto porque allí hay mucha sombra y tienen una fuente junto a las mesas; así no tienen que gastarse ni un euro en el refrigerio ¿Recordáis la zona?

—Yo sí me acuerdo —afirma Samuel—; allí es donde os poníais tus amigos y tú a beber litronas y a fumar canutos.

—¡Qué sabrías tú de canutos, si solo tenías cuatro años!

—Cinco… —refuta Samuel con cara de resignación—, y me acuerdo perfectamente de cómo mi tía Luisa os ponía a caldo cada vez que pasábamos por allí y os veía liándoos los porros.

—Buena memoria, pero que no se entere mi madre —dice el Cucochico sonriendo, mientras nos acerca un par de cañas más—. A esta ronda invito yo.

81

El Duros está exactamente donde nos ha dicho Alberto y es cierto que tiene un aspecto bastante deprimente. Lleva una camisa vieja y sucia, y el pelo, ya escaso, le ondea largo y desgreñado meciéndose con el poco aire que corre a esas horas del día. Se aplasta inútilmente los mechones rebeldes con la palma de una mano, mientras usa la otra para juguetear con el bastón haciendo laberintos en la arena. Cuando nos ve acercarnos, detiene ambas tareas para fijarse en nuestras caras. Se muestra incrédulo y sorprendido de que alguien lo busque.

Por un momento se me encoge el corazón, y toda la ira que traía contenida se me va escapando en cada espiración. Sin quererlo, me viene a la mente lo que pensaba mi madre sobre el Duros, el que solo le inspirase conmiseración y pena, y que simplemente lo considerase un pobre hombre. Desde luego, ahora mismo es la viva imagen del abandono.

—Hola, Duros. ¿Cómo está? —le pregunto acercándome lentamente.

—Vaya, ya nadie de tu edad me llama así ¿Quién eres?

—La hija de Angelines, la portera.

—¡Anda, la hija de la Lines! Qué sorpresa. ¡Y tú eres Samuel! —señala el viejo con confianza—. De ti sí que me acuerdo, de cuando vivías con tu tía en la época en la que estabas estudiando.

Samuel asiente:

—Sí, soy yo; buena memoria. Cucochico nos dijo que podríamos encontrarle aquí. Hemos estado tomando unas cervezas en su bar, hablando un poco de la gente del barrio y…

—Espero que no vengáis a decirme lo hijo de puta que soy —lo interrumpe el Duros—, ya me lo recuerdan todos los días las caras de mis vecinos.

—No… no tiene nada que ver con lo que pasó con esa chica, con Nuria… —le dice Samuel sentándose en el banco—. Nosotros solo…

—Yo no llegué a hacerle nada a esa muchacha, solo le dije lo guapa que estaba y a lo mejor me acerqué demasiado; solo le rocé la mejilla: lo juro, pero ella se puso como loca y empezó a gritar y a decir que no la tocara —solloza conteniendo el llanto—. Intenté tranquilizarla, pero no hubo manera. No paraba de chillar y de llorar, así que salí de allí corriendo. —Se detiene unos segundos para barrer de un manotazo una lágrima escapista—. Cuando el Eladio llegó a su casa y su hija le contó lo que había pasado, me buscó por todo el barrio para matarme, y no lo culpo… —Despacio, levanta los ojos casi trasparentes buscando nuestra mirada—. Pero ¡bah!, nadie me creyó entonces y no espero que ahora lo hagáis vosotros. Ojalá pudiera volver el tiempo atrás, ese día jodí mi vida sin remedio… Me quedé sin amigos, sin mujer, sin hijos y prácticamente sin trabajo.

El Duros sigue llorando, su cuerpo se agita suavemente con cada gemido; se quita los mocos y las lágrimas descuidadamente con el dorso de la mano, que después se limpia en la pernera del pantalón.

Samuel se sienta a su lado y, con ternura, le pone la mano sobre el hombro:

—Yo sí le creo, Alfredo.

Y yo? ¿Le creo? Estoy delante del hombre que empujó a mi¿ madre por las escaleras y que después se marchó y la dejó allí muerta, tirada como un fardo como si no fuera nada… y solo siento… ?¿lástima? ¿Dónde están mi rabia y mi rencor

—Tranquilícese: solo hemos venido a hablar del día en que murió Angelines —sigue Samuel.

—Vaya… ¿y eso?, después de tantos años… —contesta el anciano.

—Esa tarde usted había quedado con ella, ¿verdad? —quiere confirmar Samuel.

—Sí, tenía que hacer unos apaños en casa de Almudena, mientras la mujer estaba de vacaciones, y allí me presenté.

—¿Vio a mi madre?

—Con vida no. Llegaba tarde para variar y me dije: «Bah, por unos minutos más no va a pasar nada»; así que me senté en el banco que hay enfrente del portal y me encendí un pitillo, y allí seguí sentado tranquilamente hasta que oí los gritos. Al rato pararon y fue cuando me atreví a entrar: me encontré a Luisa llorando, temblando como una hoja delante del cadáver de tu madre. Me quedé con ella hasta que apareció la policía, estaba muy preocupada por que tú no salieras del piso y por que a tu tía no le diera un desmayo.

—Alfredo —le susurro—, esto que le voy a preguntar es muy importante para mí: durante el tiempo que estuvo esperando, ¿vio entrar o salir a alguien del bloque?

—Sí, vi a un hombre salir.

—¿Cómo era? Haga memoria, por favor… —le suplico con las entrañas apelotonadas en la boca del estómago de puro nervio.

—Pues… era bajito y moreno, con el pelo muy engominado; tenía una buena mata y le brillaba muchísimo de tanta gomina como llevaba. Iba vestido con un mono de trabajo azul marino prácticamente nuevo; recuerdo que me llamó la atención su culo: a mí el mono no me hacía un culo tan estupendo —dice medio sonriendo —. No lo he olvidado porque cuando me di cuenta de que le estaba mirando el trasero al hombre, pensé: «¡Duros, a ver si te estás volviendo julandrón o algo así!». Después volví a ver un culo igualito a ese, pero no recuerdo dónde.

—¿Y no vio su cara, no se acuerda de nada más?

—No, lo siento hija. El hombre salió del portal andando bastante deprisa y con la cabeza gacha. Justo después de salir, se puso una gorra de esas con visera y se encendió un pitillo; para cuando me fijé bien, ya solo le veía la espalda, pero no debía de ser nadie conocido porque me hubiera dicho algo: yo trataba con casi todo el barrio, y por aquel entonces, todo el mundo me saludaba.

Despacio, y ya más calmado, saca un cigarro y se lo enciende con cierta dificultad:

—He conseguido dejar el juego, pero el «fumeque»… el «fumeque» es otro cantar, con ese sí que no puedo. ¿Queréis uno?

—No, gracias, Alfredo —responde Samuel mientras carga en la recámara la siguiente pregunta y acciona el gatillo para que esta recorra el ánima del cañón—. ¿Por qué no le dijo nada a la policía?

—¿Para qué, si fue un accidente? Además, nadie me preguntó. Cuando llegaron los primeros nacionales nos echaron a la calle a los pocos que estábamos allí, y cuando apareció José Manuel, aquello parecía una feria de la gente que había, así que me dije: «Duros, aquí ya no pintas nada, lo único que puedes hacer es estorbar a esta pobre familia» y me largué. Lo sentí mucho —me dice con tristeza—, de verdad. Tu madre era una buenísima mujer y no se merecía un final así. ¡Bah! Qué mal reparte las cartas esta puta vida.

Dejamos al Duros pensando en sus cartas y en el órdago que le lanzó la «puta vida», atusándose de nuevo los cabellos y sorbiendo los mocos ruidosamente; condenado sin juicio a vivir en una cárcel de soledad y desprecio.

De camino al coche, Samuel y yo rumiamos, casi masticamos, nuestros pensamientos:

—Yo le creo, Santobeña.

—Y yo.

—Pues después de esta agradable mañana geriátrica, volvemos a estar como al principio.

82

—Perdona que fuera tan brusco cuando me llamaste. Julia no quiere saber nada de esas cosas y mi hermano Emerson todavía menos. Te dije todo eso porque no quería contrariarlos y tener un enfrentamiento con ellos.

—No pasa nada, Felipe.

Mario y Felipe están casi escondidos en el jardín. Julia y yo estamos en el salón hablando de los avances de nuestras hijas: Talita ya ha terminado el grado en Enfermería, pero no deja que su padre la coloque en ninguna de las clínicas privadas en las que trabaja; por su parte, Minerva ya ha terminado el grado en caminar sin caerse y está por empezar el máster en correr. Mientras conversamos distraídas, Felipe ha aprovechado para captar discretamente a Mario y llevárselo fuera: no quiere que su esposa escuche lo que tiene que decirle a mi marido.

Si no fuera por la piel tostada y el cabello rizado y oscuro, el hijo de Marcia Maria Rocha da Silva podría pasar por un español más; no tiene ni pizca de acento y sus ademanes y su manera de vestir y de comportarse son de lo más europeo.

Felipe –fruto de una violación– llegó a España en el vientre de Marcia. La mujer huyó de su país buscando un futuro mejor para ella y su incipiente progenie, y fue dando botes de casa en casa, de hotel en hotel y de supermercado en supermercado, hasta que por fin dio con Catalina y Esteban. A ellos no les importó que, a pesar de los años que llevaba viviendo en España, no fuese capaz de hablar bien el castellano; de hecho, cuanto más tiempo pasaba en su nueva patria, menos español hablaba, pero para Catalina y Esteban lo más importante era que cuidara de Mario como si fuera su propio hijo.

Para entonces, Felipe ya tenía diez años y Emerson también estaba en el mundo; también llegó a él sin conocer a su padre, aunque Emerson no se quedó sin padre por ser engendrado con violencia, sino por ser engendrado con despreocupación.

El mayor afán de yaya *Marsia* era que sus hijos estudiaran; era su finalidad en la vida y luchó trabajando como una mula para conseguirlo y, con su esfuerzo y la ayuda de los padres de Mario y Encarna, lo logró.

Felipe es médico y Emerson abogado. Ambos se han casado y tienen una vida acomodada con hijos luchadores como ellos, y sobre todo como su abuela: la sangre de la mulata Marcia empuja con fuerza en las venas de todos los Rocha da Silva; ni siquiera la sangre del hombre que la violentó o la del que la sedujo y después la abandonó

han podido diluir su coraje.

Las que sí se han diluido son sus creencias sobre los espíritus y su contacto con los vivos. Solo Felipe, a pesar de su formación científica, conserva un ápice de esa tradición y, además, no la desprecia con vehemencia ni se niega en redondo a hablar de ello como hacen su hermano, su hija o sus sobrinos.

Él es el que más tiempo escuchó las historias de su madre, se las contaba cuando volvía de trabajar, rota de cansancio, a cambio de que él acabara sus deberes. A Felipe le entusiasmaban y le asustaban a la vez; de niño se las creía a pies juntillas y de adolescente, las absorbía para después contárselas a sus amigos del instituto en falsas sesiones de espiritismo, en las que disfrutaban de la comunión del miedo.

Marcia le hablaba de cómo su madre, Paulina, cuando era solo una bebé, lloraba por las noches porque sentía el llanto de los espectros de los mellizos bastardos de Susana Calheiros, ahogados al nacer en un barreño por su propia «abuela» para ocultar la deshonra de su nuera. Paulina estaba segura de ello porque, aunque no recordaba lo que había visto siendo solo una criatura de meses, no conseguía desterrar de su memoria a su madrina que, aquejada desde muy joven por una enfermedad mental hereditaria, contaba la misma historia todas las tardes antes de cenar: contaba cómo una madrugada que acudió a consolar a su ahijada, se encontró en la cuna junto a Paulina a dos pequeños bebés pálidos y arrugados, sollozando como dos gatos recién nacidos. Esos bebés, sin duda, eran los nietos bastardos de la malnacida de Scila Fegueiredo porque, detrás de la cuna, sentada en una silla, pudo distinguir a la suicida Susana Calheiros llorando por sus hijos perdidos. La pobre loca se quedó con los tres pequeños, meciéndolos hasta que se quedaron dormidos.

Yaya *Marsia* defendía que cuando un bebé llora y no es por dolor, hambre o sueño, es simplemente porque está viendo u oyendo a un difunto.

En la primavera del año noventa y uno, le contó a Felipe que la hija de su comadre Luciana soñaba con niños preadolescentes, que se lamentaban horrorizados porque habían sido violados y estrangulados por un hombre joven que después se había bebido su sangre. En diciembre de ese mismo año, un tal Marcelo Costa de Andrade fue detenido y acusado del asesinato de catorce niños de entre seis y trece años: lo apodaron el Vampiro de Nitéroi.

Marcia era un pozo sin fondo de relatos sobre fantasmas, pero él, gracias a Dios, jamás vio ni oyó ninguno: parece que la maldición estuviese solo reservada a las mujeres de la familia. Conforme fue creciendo, dejó de escuchar las historias de su madre y comenzó a posicionarse del lado de Emerson, que jamás prestó oídos a sus *fábulas* sobre apariciones. Es más: regañaba a Marcia abiertamente y sin

remilgos, y hasta la amenazaba con no dejarla ver a sus nietos si se empecinaba en hablarle a los niños de semejantes *tonterías*. Julia, una maestra del barrio de San Blas, se unió al club antiesotérico fundado por Emerson nada más casarse con Felipe, aunque en su caso fue más por miedo que por incredulidad.

Ante la presión de «sus familias» –Catalina también le prohibió tajantemente cualquier mención sobre las apariciones en su casa–, la yaya *Marsia* dejó de hablar del tema y se mordió la lengua hasta el mismo día de su muerte. Ni siquiera les dijo a sus hijos y a sus nietos que su madre le sonreía dulcemente desde los pies de la cama del hospital, esperando con paciencia a que ella le hiciese compañía.

—Es sorprendente todo eso que me cuentas —masculla Felipe—, pero parece que ya llego tarde, no sé cómo puedo ayudaros.

—Mi mujer quiere ponerse en contacto con Angelines.

—Uy, Mario, ahí sí que no puedo hacer nada; no tengo ni idea de cómo se hace eso. De todos modos, hasta mi madre se negaría: según ella, a los muertos hay que dejarlos donde están, convocarlos puede ser peligroso. ¿Y si aparece otra persona en lugar de tu suegra?, no todos los difuntos son amigables.

—No había pensado en eso… —admite Mario.

—Los difuntos «no amigables», y estoy usando un eufemismo, aparecen siempre que pueden; cuando se les llama y también cuando no y, sobre todo, cuando se llama sin conocimiento, aunque sea a otros muertos. Ellos nunca pierden la oportunidad. —De vez en cuando, mira hacia la puerta del jardín por si su mujer apareciera, si lo pilla hablando de esas cosas van a tener una buena bronca: la aterran—. Igual que olisteis la gasolina, o visteis el agua entre las baldosas o apareció el trozo de tela, esos entes pueden hacer llegar a este mundo otras cosas menos inocuas. Mi madre estaba segura de que muchas de las muertes que se consideran accidentales, en realidad, no lo son, que en algunas de ellas intervienen las manos de los muertos ayudando con un empujoncito: el cigarrillo que cae sobre la manta cuando uno se queda dormido y, sorprendentemente, prende como si la manta estuviera hecha de estopa, o el charquito de agua que aparece de forma inesperada en el borde de la piscina… Y luego están las pesadillas… Tú lo has vivido muy de cerca, imagínate a un monstruo de verdad atormentándote todas las noches…

—Esa es otra cosa que no entiendo, ¿por qué ven a Angelines así, como un monstruo, deformada y envejecida?

—Mi madre decía que nosotros damos forma a los muertos en función de nuestros miedos y que ellos se nos muestran también condicionados por sus temores, ¿no me has dicho que su vecino Alejandro la vio perfecta?

—Sí, es cierto, e intentó hablar con ella como si estuvieran

tranquilamente charlando en una cafetería.

—Ahí lo tienes: sin miedo, sin aprensión.

83

«…no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal, amén…».

Marita observa el rincón que, a estas horas, ya está en penumbra: los días se acortan y las sombras lo han absorbido como si en realidad la oscuridad emergiera de él. Ella fue quién limpió aquella agua sucia y pútrida de los rodapiés y del suelo en la casa de la playa, y cada vez que atisba un brillo o un destello en la superficie de alguna baldosa, automáticamente se le eriza el vello de la nuca y espera verla brotar de nuevo.

«No me gusta estar tan cerca…, me da miedo. ¿Y si la veo? ¿Y si surgiera de repente de la oscuridad? Los muertos no deberían ocupar el mismo espacio que los vivos».

La música del abuelo Esteban resuena por toda la casa. Mario se la pone a la niña a menudo, a él las melodías de su padre le procuran paz y tranquilidad, pero en Marita, acentúan la sensación de indefensión y de tristeza.

La mujer está de pie frente al armario, escuchando las lentas notas del piano con la cesta de la ropa limpia de Minerva entre las manos; tiene que acercarse para colocarla en los cajones, sin embargo, eso le llevará más tiempo del que puede soportar cerca del maldito rincón. Debe ordenar la ropa interior de la niña por longitud de manga y color –como le enseñó Catalina–, ha tenido la precaución de adelantar parte del trabajo en el cuarto de la colada para reducir el lapso de tiempo, pero, aun así, se le antoja demasiado.

Por fin se acerca y se agacha para abrir los cajones. De vez en cuando, echa una ojeada fugaz al rincón, pero enseguida retira la mirada lo más rápido que puede por si acaso viera algo. Prefiere no mirarlo, pero, al mismo tiempo, no lo puede evitar; se siente atraída por él, y una vez fija sus ojos en el hueco, nota cómo le tiembla la cabeza y cómo se le agarrota el cuello, del mismo modo que se queda paralizado un conejo frente a los faros de un coche o un actor con pánico escénico delante de una cámara.

«Mira que volver a poner el cuarto de la niña aquí… Me da igual que la difunta sea su madre, no lo soporto. Y cuando entra en la habitación y se pone a hablar con ella como si nada… Está perdiendo el juicio: hablar con los muertos…».

—¡Marita!

La mujer da un respingo y se pone en pie de un salto; su corazón galopa como un purasangre.

—Estoy aquí, señor, en el cuarto de Minerva.

Mario asoma por la puerta del dormitorio con la niña en brazos:

—Perdona, Marita ¿Te he asustado?

—Un poco, señor.

—No te gusta estar aquí, ¿verdad?... A mí tampoco —le dice, mientras recorre con la vista la pared cercana al armario—, me pone los pelos de punta. Pero ¿cómo te las arreglas el resto del día?

—Pues la verdad es que solo entro cuando hay que despertar a Minerva o acostarla, si puedo, la visto abajo o en el cuarto de los juguetes. Espero que no le importe…

—Cómo me va a importar —responde Mario pensativo—. Sabes que puedes dejarnos si no aguantas más. —La niña sonríe en sus brazos; lleva un peluche cogido de la oreja y lo balancea como un péndulo, emitiendo agudos gritos de alegría—. Vete al menos en verano, mi mujer ha cogido esta semana de vacaciones y yo hasta septiembre no empiezo en el instituto; quizás para entonces esto ya haya pasado…

—No quiero marcharme, no podría abandonarlos. —Se detiene unos segundos—. Bueno, en realidad no podría abandonar a Minerva —dice Marita mientras acaricia el rostro de la cría—. Le voy a ser sincera, como acostumbro: no sé cómo va a terminar esto. Lo de la idea de la señora de buscar a su madre, de encontrarse con ella… Eso no está bien, los muertos tienen que estar en su lugar, llamarlos a este mundo va contra natura… y contra Dios.

—Por ahora dejemos a Dios fuera de este asunto, pero estoy de acuerdo contigo —afirma mi marido pasándose la mano por la frente, como suele hacer cuando está cansado o preocupado—; está obsesionada y encima mi hermana le sigue la corriente, y eso que su amigo el doctor no quiere saber nada más sobre «hipnosis paranormales». Samuel tampoco está conforme: dice que ya ha tenido bastante ración de apariciones en esta vida, sin embargo, eso a ella le da igual… No sé qué hacer.

—Apoyarla e intentar protegerla. Si no puede convencerla de que no lo haga, tendrá que estar con la señora y afrontar junto a ella lo que venga.

Ambos, de común acuerdo, pero sin verbalizarlo, han ido saliendo poco a poco de la habitación y bajan las escaleras casi susurrando, para que yo, la loca, no los oiga.

—Por un lado, la entiendo —sigue Mario—: es su madre y la quiere. La ha echado mucho de menos y ha sufrido lo indecible por no poder recordarla, por no tener nada a lo que aferrarse para estar cerca de ella de algún modo. Yo creo que hasta se siente culpable y ahora piensa que tiene la oportunidad perfecta para «redimirse». Y también hay que pensar en el mensaje de Angelines, en realidad eso es lo que más me preocupa.

—Ya —contesta Marita muy seria—, que pueda estar en peligro… Pero su suegra ha dejado de aparecerse, es posible que ese peligro ya no exista y que acaben convocando otros nuevos metiéndose en esos berenjenales.

Mario sonríe sin poder evitarlo —le hace mucha gracia cuando Marita utiliza esas expresiones tan españolas— y agita la cabeza suspirando resignado; tiene muy claro que no podrá hacerme cambiar de idea.

—Es tan terca —susurra—. Ahí está, pintando la valla del jardín en pleno agosto a las siete de la tarde en uno de sus pocos días de vacaciones… y seguro que está dándole vueltas en su preciosa cabecita a cómo volver a ver a su madre, no para de hablar de ello.

—Yo ya me voy a casa, señor, pero volveré mañana, y pasado… y rezaré todos los padrenuestros que hagan falta para que el Señor nos ayude.

—Gracias, Marita.

—¿Qué es lo que quería de mí? —pregunta la mujer.

—Oh, nada; solo que me dijeras dónde está la gorra de Minerva: vamos a salir a dar una vuelta hasta el centro.

—Tengo que comprar algunas cosas que necesito. Si no le importa, le acompaño.

84

Hace un rato que Minerva, Mario y Marita se marcharon a dar su paseo vespertino y a hacer los recados. Ya casi he terminado mi obra maestra.

Voy deslizando la brocha suavemente por los barrotes, intentando no pensar en nada y en todo a la vez, dejando vagar mis pensamientos sin ninguna dirección en concreto.

Todo ha cambiado tanto… Se me ha dado a conocer otro universo, un plano cuya existencia no puedo rebatir ni con toda la racionalidad y la lógica del mundo porque lo he *sentido*: lo he visto, lo he oído, lo he olido, lo he saboreado y lo he tocado. Yo, que consideraba esas creencias fábulas reconfortantes, que los hombres se han contado a sí mismos durante siglos para mantener a raya el miedo a la muerte y consolarse «de haber tenido que nacer para morir». Yo, que me reía abiertamente de aquellos que decían que habían visto o hablado con sus seres queridos ya fallecidos…

Y Dios?, ¿dónde queda Dios en todo esto? Siempre he rechazado¿ la idea de amar y ser amado, de ofender y ser castigado o perdonado, por un ser superior cuya existencia *solo* se sustenta en la fe, en algo que yo nunca he poseído ni comprendido. Y continúo sin entender qué es la fe, supongo que solo puede hacerlo quien la ha experimentado

.alguna vez

Yo no he tocado ni he saboreado a Dios. En ese sentido nada ha cambiado para mí, o quizás sí…, quizás se haya abierto una pequeña ventanita en mi mente, quizás, igual que un día no creía en los espíritus y después se me mostraron, algún día se me muestre Dios. Puede que suene presuntuoso, pero, por lo pronto, le estoy concediendo un margen de duda que antes no le daba.

Desde luego, si existe, no es el Dios o los dioses que han moldeado los hombres según sus necesidades o, al menos, el Dios del que me han hablado: un Dios capaz de inundar el Mundo por completo, ahogando a todas sus criaturas sin distinción para acabar de un tajo con la violencia y la maldad que las consumía; un Dios capaz de mandar a un ángel a asesinar a unos niños con la excusa de liberar a su pueblo; un Dios que envía a su Hijo a la Tierra para sufrir lo imposible y así redimir a sus otros hijos de sus pecados. ¿Acaso sirvió de algo todo eso?, ¿no siguen los hombres quebrantando sus Leyes gracias al libre albedrío que generosamente nos concedió? ¿Y qué virtud tiene ser bueno bajo coacción, serlo solo por miedo a ir al Infierno o a no obtener la Vida Eterna junto a Él? ¿Para qué nos creó y nos dejó en un lugar lleno de amargura y de penurias, acaso somos su parque temático? ¿Qué necesidad tenía de crearnos para después vernos sufrir si tanto nos ama?

Deja a un lado el tema de Dios, de momento ¿No ves que sigue siendo una vía muerta para ti, con demasiadas preguntas que no te conducen a ninguna parte? Céntrate en este nuevo y desconocido mundo al que te enfrentas; es como si hubieras vuelto a nacer y tuvieras que reconstruir tu universo desde cero, un universo «recién pintado», con olor a nuevo, un universo en el que las manchas de óxido y las imperfecciones han quedado cubiertas por varias capas de pintura, ocultas para ser olvidadas y no estorbar en el nuevo montaje.

Quiero ver a mi madre.

Quiero saber dónde está y si está bien. Tengo que cerciorarme de que no está perdida y de que ha llegado, o puede llegar, a algún lugar donde encontrar la paz.

Me surgen tantas preguntas que me resulta impracticable formularlas todas, y menos con una brocha en la mano; no parece un momento adecuado para filosofar o para establecer hipótesis y teorías sobre el paradero de mi madre, o sobre todas las incógnitas e incertidumbres que han germinado a su alrededor.

Quiero ver a mi madre.

Quizás necesite al gato…

Recojo las latas de pintura y la brocha y me meto en casa. Para variar, no encuentro ni un solo rotulador que no esté seco y poder escribir el

cartel de «recién pintado» y ponerlo junto a la valla.

Mientras estaba filosofando y dando los últimos retoques a la reja de la puerta, me he dado cuenta de que un coche —un Sandero de color azul con matrícula 3261-FIY— ha pasado tres veces por delante de la casa. Lo conducía una mujer joven con gafas de sol; avanzaba despacio observándome, pero no se paraba.

Remoloneo recolocando una y otra vez el cartel sobre los barrotes a la espera de que el coche pase otra vez; si lo hace, pienso acercarme y preguntarle qué es lo que quiere y llamar a la policía si hace falta.

Han pasado al menos veinte minutos, cuando me doy por vencida. A lo mejor es una agente inmobiliaria o algo así, tengo que dejar la paranoia: ya me estaba imaginando que esa mujer era una secuaz de Ronconi vigilándome para ver a qué me dedico en mi tiempo libre; espiándome para ver si me reúno con mi compinche Simón, con la intención de maquinar un retorcido plan con el que dejar al descubierto los desvíos de dinero de la empresa.

—Buenas tardes. Es usted la esposa de Mario, ¿verdad?

Estoy medio tonta: me pongo a jugar a los espías y a creerme la tía más lista del mundo y no me doy ni cuenta de que la misma mujer, que me inspeccionaba desde el Sandero, se me ha acercado por la espalda.

Me giro y la miro sorprendida, la verdad es que ha sido más silenciosa que un gato:

—Sí, soy yo —respondo.

—Hola, yo soy Clara, la madre de Jacobo.

—Encantada. Perdona que no te dé la mano, las tengo llenas de pintura.

—Perdóname tú a mí por presentarme así, sin avisar, pero, si te soy sincera, no me habría atrevido de otra manera; me da mucha vergüenza… —musita bajando la mirada—. No obstante, es algo que debía hacer: venir a agradeceros a Mario a y ti lo bien que os habéis portado con mi hijo.

Entramos en casa y, después de los protocolarios ofrecimientos de bebida y comida, nos quedamos sentadas en la cocina.

La música del abuelo Esteban sigue sonando en el salón. A Mario se le ha olvidado apagar el equipo antes de irse, y su padre sigue acariciando las teclas de su viejo piano sin que nadie lo escuche. No me doy cuenta hasta que no estamos las dos sentadas la una frente a la otra, calladas y serias, con las manos envolviendo las tazas de nuestras bebidas como si estuviéramos en pleno enero y buscásemos su calor.

—¿Te molesta la música? —le pregunto—. La quito ahora mismo.

—No, está bien. Me gusta, es bonita.

Clara es una mujer menuda, con el pelo castaño y rizado y algunas pecas diseminadas sobre las mejillas y la nariz. Está muy delgada y sus

ojos transmiten tristeza y derrota. Sigue apretando su té; se diría que utiliza ese gesto para darse valor y atreverse a continuar hablando:

—He pensado muchas veces en venir a veros, pero luego me arrepentía y siempre acababa dejándolo para otro día. La única manera de hacerlo ha sido cogiendo el coche sin meditarlo y presentándome aquí sin más. No sé qué pensarás de mí…, de una madre que ha tenido abandonado a su hijo durante tanto tiempo… y a un hijo tan maravilloso como Jacobo.

—Clara, no tienes que justificarte de ninguna manera…

—Sí, sí que debo —me interrumpe—. Ahora me doy cuenta de lo desconsiderada que he sido fijándome solo en mí: «yo, mí, conmigo», en eso se resumen los últimos meses de mi vida. Pero me sentía tan mal… tan sola y tan inútil…

—Creo que estás siendo injusta contigo misma. No quiero ser brusca, pero una depresión y un marido alcoholizado pueden con el más pintado. No debes avergonzarte, al contrario, lo has superado y estás poniendo los medios para solucionarlo, eso no lo hace cualquiera.

—Es que la cosa no acaba ahí…

La mujer inspira profundamente y juguetea con el cordoncillo de la infusión. Me temo que me ha visto cara de confesor y que va a desahogarse conmigo hasta quedarse vacía; es algo que me suele pasar, no sé porque la gente me escoge para contarme sus penurias o, más bien, sus faltas; supongo que con un desconocido resulta más fácil.

—¿Te has imaginado alguna vez cómo sería tu vida si hubieras elegido otros caminos?

—Un millón de veces —le confirmo.

—¿Te has planteado qué hubiera pasado si hubieras estudiado otra cosa, si hubieras acudido a aquella entrevista de trabajo a la que no fuiste porque estabas enferma, o si hubieras aceptado la proposición del atrayente desconocido que te encontrabas todos los días en el autobús al ir al trabajo, en lugar de rehusarla porque ya estabas comprometida…? Yo me lo preguntaba todos los días.

—Pero eso no tiene nada de malo. Todo el mundo se plantea alguna vez dónde estaría si hubiera llevado a cabo otras elecciones.

—Ya, pero es que yo fui un poquito más allá —murmura Clara con tristeza—. Llevo con Juan desde la universidad, llevamos juntos… ¿Cuánto… mil años…? y siempre ha tenido problemas con la bebida; de hecho, según él, yo fui quien lo salvó de ella cuando nos conocimos, y ahora he sido yo quien lo ha vuelto a condenar. —Apura el té y se limpia los labios con torpeza, acuciada por los nervios—. Es difícil de explicar, no sé cómo pasó, cómo me dejé llevar, pero una mañana volví a encontrarme en el autobús con aquel desconocido. El

tipo había ganado en atractivo, si eso era posible; volvimos a hablar y un día me invitó a un café. Me decidí, esta vez no quería quedarme con la duda, quería saber lo que me había perdido en el pasado y lo que podía ofrecerme en el presente, aunque después lo rechazara de nuevo; quería saber qué habría sido de mi vida si en lugar de haber elegido a Juan lo hubiera elegido a él. Él también estaba casado, pero se ve que se quería quitar la espinita igualmente. Dios… era tan encantador… —musita sonriendo—. Me decía continuamente lo hermosa y *sexy* que era, me hacía sentir deseada de nuevo, pero con el deseo del principio, de ese que te vuelve loca porque no puedes retenerlo. No paraba de decirme que me deseaba. A mí… —Sigue sonriendo, pero con desgana, como si le hubieran contado un mal chiste—. Y su deseo, irremisiblemente, acrecentaba el mío; era una sensación fantástica y aterradora a la vez. Por aquel entonces, mi autoestima estaba por los suelos y Juan no es que me hiciera mucho caso; andaba liado con el trabajo y veía más a sus clientes que a mí. Sin embargo, no quiero culparlo a él, fui yo la que *cayó*.

Clara lleva un rato llorando. Su diminuto cuerpecillo cada vez se hace más pequeño, se va replegando sobre sí mismo conforme va soltando lastre.

—Mujer, no es necesario que me cuentes todo esto… —le digo aprovechando la pausa—, de verdad. Yo no soy quién para…

—No —me interrumpe—, deja que termine. Se lo tengo que contar a alguien «normal», sin psicoanálisis de por medio porque, si no, voy a explotar; llevo meses desesperada, guardando el secreto reconcomida por sentimientos encontrados, dividida entre la culpa y el remordimiento y el ansia por dejarme llevar y abandonarme de una vez por todas al deseo; hablando sola conmigo misma, discutiendo hora tras hora con mi conciencia, manteniendo largas conversaciones en las que me rebatía continuamente. Me imaginaba posibles escenas en las que acababa acostándome con él y su mujer nos descubría, o lo contrario: a Juan fisgoneando y encontrándose con algún mensaje delator.

—Pero entonces, ¿no te has ido a la cama con él? —le pregunto sorprendida.

—No, solo nos besamos en un par de ocasiones, pero eso fue suficiente.

—¿Suficiente para qué? Vamos, Clara, que solo fueron unos besos…

—Suficiente para que Juan nos viera y se fuera todo a la mierda.

Nos quedamos calladas las dos durante unos instantes. Clara se limpia los mocos con un pañuelo arrugado que ha recuperado del bolsillo de su pantalón; después, hace una pelotita con él y lo deja embutido en el puño apretándolo con saña.

—Si no nos hubiera descubierto, igualmente se lo habría dicho —me confiesa—; no aguantaba vivir en constante tensión y sentirme culpable todo el tiempo y, además, yo no quería a ese hombre: yo quería y quiero a Juan, lo que sentía por «el desconocido» solo era atracción física pura y dura, y estoy casi segura de que a él le pasaba lo mismo. Lo mejor era ser sincera con mi marido y acabar con esa relación.

—¡Si solo fueron unos besos!

—Pero yo quería más, ¿no lo entiendes? ¡Estuve a esto de dar el paso en varias ocasiones! Era como una droga, anhelaba su deseo, anhelaba que quisiera tenerme por encima de cualquier cosa y, si hubiera cedido, no hubiera podido perdonármelo jamás; por eso estaba decidida a contárselo a Juan: muerto el perro, se acabó la rabia.

—Podrías haber roto tu matrimonio y encima no hubiera servido para nada.

—Qué va, Juan es muy comprensivo y me quiere; le hubiera costado, pero me habría perdonado y, además, si se lo llego a decir a tiempo, él hubiera estado de acuerdo contigo y habría pensado que no había tanto que perdonar. La cosa no se habría complicado tanto.... Y si no me hubiera perdonado, a lo mejor es porque no me lo merecía.

—Estás siendo muy dura contigo misma.

—Sí, eso mismo dice mi psiquiatra… Pero todo eso ya daba igual porque Juan nos vio y no me dijo nada. Supongo que se imaginó lo que se hubiera imaginado cualquiera al ver a su mujer comiéndose a besos a otro hombre. Comenzó a beber, a estar todavía más tiempo en el trabajo o tomando copas con sus clientes; volvía borracho y me daba la callada por respuesta; nos ignoraba a Jacobo y a mí, hacía como si no existiéramos... —afirma mientras empieza a revolver en su bolso—. ¿Puedo encenderme un cigarro?

—Aquí no, mejor salgamos al jardín. ¿Quieres otro té?

—¿Qué tal algo más fuerte?

—¿Ginebra —ofrezco— o un güisqui?

—Si tienes Jack Daniel's me tomaría uno solo con hielo.

Vaya, cómo se las gasta Clarita.

—Vas a tener suerte, creo que hay una botella.

Ya en el jardín, Clara paladea el Jack Daniel's con deleite. No me pega nada ver a una mujer tan pequeña y frágil con un güisqui *on the rocks* y un cigarro en la mano.

—Hacía tanto tiempo que no me tomaba uno… —me dice mientras echa el humo por la nariz, regodeándose en la sensación de placer que le produce la nicotina—. Oye, si quieres me callo ya; estarás pensando: «¿qué hace esta tía loca usándome como paño de lágrimas si ni siquiera me conoce…?».

—No, sigue, no puedes dejarme sin saber el final.

—Pues el final es que después de meternos cada uno en nuestro mundo y de pasar olímpicamente de nuestro hijo, una noche Juan reventó y me soltó en la cara todo lo que se había estado guardando, aderezado con unos cuantos insultos y unos cuantos litros de alcohol sin flambear. Intenté explicarle la verdad, pero en ese momento, como es normal, no me creyó. Mientras, Jacobo se tuvo que apañar solo; intentaba cuidarme, pero yo no le dejaba y Juan ni lo miraba a la cara…

—Es un chico muy fuerte y maduro, e introvertido —añado—. Jamás le contó nada a Mario. ¿Y qué es lo que os hizo reaccionar?, si no te importa la indiscreción.

Clara sonríe, juraría que está menos pálida, que parece menos *pequeña*. El tabaco, el alcohol y el acto de contrición le están sentando bien; incluso se permite algo de humor.

—Capítulo tres —continúa—: las cosas llegaron a un extremo en el que o se arreglaban o se derrumbaba todo definitivamente. Un martes cualquiera, pillé a Juan llorando mientras hacía las maletas para marcharse; sorprendentemente estaba sobrio… Me acerqué a él y nos sentamos juntos en la cama; estuvimos llorando como media hora, sin decir nada, solo llorando el uno apoyado en el otro. Finalmente, entre «te quieros» y «perdóname», vomitamos nuestros sentimientos sin cortapisas, con total sinceridad… Y él me creyó; y lo más importante: me comprendió, así, sin más, y entonces la realidad nos dio un bofetón y nos sacó de nuestros micromundos para enfrentarnos a lo verdaderamente importante: que le estábamos jodiendo la vida a nuestro hijo.

»De modo que decidimos ponernos en marcha, cada uno con sus problemas, juntos, pero no revueltos. Él quería su espacio para recomponerse y dejar la bebida, y yo tenía que buscar ayuda para salir de la depresión, así que no me pareció mala idea. Casi volvemos a estar como cuando éramos novios, solo que tenemos que cargar con una maleta más grande y más pesada. Está siendo duro, pero avanzamos, aunque sea poco a poco… Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Por un momento no sé si aplaudir o levantarme diciendo «te queremos, Clara». Ella simplemente alza el vaso a modo de brindis y apura de un trago lo que queda del güisqui.

—Qué bien me he quedado… Lo necesitaba —musita sorbiéndose los mocos—. Sé que soy patética… Vivo en un carrusel de emociones, lo mismo lloro a moco tendido como me pongo a reír o le cuento mi vida a una extraña. Bueno, que sepas que no lo hago con *cualquier extraña*.

—Lo sé, lo sé, lo nuestro es algo especial, conmigo no es igual que

con las otras *extrañas*. No, bromas aparte: ha sido un placer escucharte y si quieres lo puedo hacer más veces.

Siento que me cae bien y que de algún modo hemos conectado.

—Gracias, gracias por escucharme, gracias por el güisqui y, sobre todo, gracias por cuidar de Jacobo e incluirlo en vuestras vidas —me dice mirándome directamente a los ojos—. Se ha pasado los días diciéndome lo maravillosos que sois y veo que es verdad. —Se levanta con decisión—. Me marcho antes de ponerme dramática de nuevo. Siento no ver a Mario y a la niña, pero tengo que irme ya; ¿les darás un beso de mi parte?

—Claro, pero ven otro día y se los das tú misma.

—Hecho. Por cierto, tengo en el coche algunas cosillas para vosotros. ¿Me acompañas y te las doy?

Las «cosillas» han resultado ser una preciosa orquídea, una botella de Marqués de Riscal con pinta de ser muy cara y otro cuento peludo. Esta vez, la portada es un cúmulo de plumas grises entre las que se adivinan un par de gigantescos ojos azules. Se titula: *Nébula*.

—Es muy gracioso, dentro tiene unas marionetas de dedo de los monstruitos —me informa Clara señalando el libro—. Jacobo le ha regalado uno igual a su novia. Me ha dicho que os diga que vendrá a leérselo a Minerva otro día, ya que hoy no le he dejado acompañarme.

—Minerva se pondrá muy contenta, le encanta estar con él y hace mucho que no lo vemos.

—Entre Laina y la custodia compartida del gato, tiene una vida muy ajetreada. —Hace una pequeña pausa antes de continuar—. Sobra que te lo diga, pero preferiría que no le contases a mi hijo nada de lo que hemos hablado hoy.

—No te preocupes por eso…, ni se me ocurriría —le respondo despistada—. Había olvidado que esta semana le tocaba tener al gato. ¿Crees que podría traerlo una de estas tardes?

85

Gatogordo ronronea sobre la alfombra mientras persigue el coche de madera de Minerva. He retirado el armario alejándolo del rincón y he desperdigado algunos juguetes alrededor; los dos llevan enredando un buen rato: el gato es el entretenimiento con más paciencia que pueda tener Minerva, siempre le responde y nunca se cansa de repetir una y otra vez los mismos juegos.

Sentada en el suelo bajo la ventana, los vigilo mientras ojeo unos informes sin fijarme, pero ninguno de los dos ha dirigido ni siquiera una mirada hacia el rincón.

Los minutos pasan y no pasa nada. Aun así, yo sigo mirando, sigo esperando que *ocurra*, con paciencia: poquito a poco, hila la vieja el

copo.

Continúo concentrada fijando la vista en la niña y el animal, cuando veo que mi móvil comienza a bailar sobre las baldosas. En la pantalla aparece el nombre de Simón. ¿Lo cojo o no lo cojo…?

Lo cojo:

—Hola, Simón. ¿Cómo estás?

—Bueno, podría estar mejor… —Suena nervioso, algo pasa—. Ya sé que estás de vacaciones, pero necesito verte.

—¿Qué ocurre?

—Me han echado, me cogieron fisgando en el despacho de Navarro.

—¡Qué! ¿Pero estás loco?

—Sé que tiene los papeles en su despacho —me interrumpe rápidamente—, ¡lo sé! Es tan idiota que lo mismo los tiene en un cajón junto a la caja de pañuelos de papel. Ni siquiera se habrá molestado en escanearlos. Hoy ha venido una partida de material y se ha quedado un buen rato hablando con Pastrana, discutían y se pasaban unos documentos del uno al otro como si quemasen y ninguno de los dos quisiese quedarse con ellos. Finalmente, se los ha llevado Navarro y se ha metido en el despacho con cara de cabreo. Luego ha salido con las manos vacías.

—Simón… ¿Qué has hecho…? De esto sí que no te puedo salvar.

—Me ha faltado tiempo, jefa… Con unos minutos más los hubiera encontrado. La pobre Elaine Jardine ha intentado avisarme, pero ha sido demasiado tarde.

—¡Navarro tiene el despacho más grande y más desordenado de toda la planta! Te hubiera llevado siglos por muy mal que los haya escondido. ¿No podías haber esperado a que Pilar volviera y a que yo también estuviera allí?

—Era una oportunidad de oro —afirma convencido—: mi instinto me decía a gritos que esos papeles eran importantes, que podían ser la clave. ¿Podemos vernos?

—Simón, ahora no puedo, me pillas mal. Estoy… estoy con algo importante entre manos.

Simón guarda silencio, después emite un hondo suspiro de resignación y me responde abatido:

—Está bien, jefa. Sé que te dije que no quería meterte, pero ahora que yo me he quedado fuera…

—No te preocupes, voy a ayudarte, pero tendrá que ser… ¿mañana o pasado? ¿Te parece bien?

—Sí, claro. Llámame cuando puedas.

—Un beso, Simón.

No me ha dado tiempo ni de sentirme culpable, cuando Mario aparece en la puerta del dormitorio:

—¿Qué estás haciendo?

—Nada…, revisando unos informes mientras vigilo a «los niños».

—¿Crees que soy idiota? —me dice señalando el rincón—. ¡Por Dios, esto se te está yendo de las manos! Acabas de decirle a uno de tus mejores amigos que no tienes tiempo para él.

—Vamos, no te pongas así... Es importante, sé que solo tengo que ser paciente y esperar. Solo estoy… probando.

—¿Probando? Llevas días probando, solo te has cogido las vacaciones para hacer esto. —Va bajando la voz progresivamente—. Últimamente solo piensas en… en convocar a tu madre, se está convirtiendo en una verdadera obsesión.

—No es para tanto, tienes...

Mario levanta la mano y me interrumpe alzando las cejas.

—¡Shhh!… Mi madre está aquí —me dice susurrando—. Está subiendo por las escaleras.

A los pocos segundos aparece Catalina a su lado, luciendo una sonrisa de oreja a oreja; le brota de manera involuntaria y automática siempre que ve a Minerva:

—Hola, mis niñas. ¿Cómo estáis?

—Bien, Catalina —le respondo mientras me levanto para darle un beso y me esfuerzo por cambiar el gesto; no quiero que note la tensión heredada de mi pequeña conversación con Mario.

—Qué buena cara tienes, hija. Así da gusto verte. —Sostiene mi mentón haciendo pinza con el pulgar y el índice, mirándome a los ojos llena de contento—. ¿Y mi Minerva? ¡Lo más bonito de la casa! —Ya se está abalanzando sobre la niña, cuando hace una pequeña parada en el recorrido para fijarse en Gatogordo—. ¿Pero qué haces jugando con ese gato ceporro? Seguro que está comido de pulgas.

—Que no, mamá, está desparasitado y vacunado. Lola hasta lo ha mandado castrar, y no te digo yo que no le haya dado cierto gustito el hacerlo… —Mario me mira e inclina ligeramente la cabeza hacia la puerta, después se dirige a Catalina—. Mamá, ¿puedes quedarte con Minerva un rato?

—Claro, para eso he venido.

Salimos los dos al pasillo, ya sé lo que viene ahora: más reproches.

—¿Por qué no lo dejas estar, cariño? ¿No ves que puede ser peligroso? ¿Y si se presenta una vieja asesina de bebés o un vampiro?

—¿Un vampiro? ¿Pero de qué estás hablando, Mario?

No puedo contener la risa y eso lo enerva aún más.

—¡Sí! —me grita en voz baja—. ¿Y si aparece otra cosa, alguien peligroso? Estamos jugando con algo que no conocemos, que realmente nadie conoce.

—Vamos, es mi madre, no va a pasar nada, nunca nos ha pasado nada ¿Por qué iba a ser ahora diferente? Compréndelo, no puedo

desentenderme, necesito verla… Si acude a jugar con Minerva quizás vuelva a soñar con ella.

Por fin parece que Mario se desinfla, que se resigna; pero aun así tiene otra pega que ponerme:

—¿Y qué me dices de su aspecto? ¿Podrás soportar verla como un monstruo?

Eso es algo que ya me había planteado y aunque, como es obvio, Mario no me contó toda la conversación que tuvo con el hijo de Marcia, la parte que ahora me interesa utilizar, sí.

—Solo tengo que enfrentarme a ello con otra perspectiva, sin prejuicios, como si mi mundo estuviera… recién pintado.

—No se puede contigo… —me dice mientras me besa sosteniendo mi rostro entre sus manos—. Tienes la cabeza como un peñón.

—Yo también te quiero.

Mario me pasa el brazo por encima de los hombros y comenzamos a bajar las escaleras. Quizás aprovechemos la visita de Catalina para ver algo en la tele, o simplemente para charlar de nuestras cosas en el jardín y conseguir mantener una conversación que vaya más allá de los diez minutos.

—Pero me tienes que prometer una cosa —objeta Mario—: que te lo tomarás con más calma y que, ahora mismo, vas a llamar a Simón y le vas a prestar la atención que se merece.

—Estoy marchándome contigo en lugar de quedarme en el dormitorio como un perro pachón ejecutando la muestra ante un rastro, ¿no? Yo creo que eso ya es…

—¡Mario! ¡Mario! ¡Ven enseguida!

La voz de Catalina nos asalta casi en el último peldaño. Mario sube las escaleras de dos en dos; ambos corremos alarmados. Cuando llegamos a la habitación, nos encontramos a Catalina aterrada mirando a Minerva. Esta, a su vez, observa el rincón seria y concentrada; el gato la acompaña en su éxtasis. El animal y la cría están envueltos en un silencio y un estatismo tan palpables, que parece que alguien hubiera pulsado el botón del *pause*, ni siquiera se oye a los pájaros en el jardín.

—¿Qué le pasa, Mario? No hace caso, por mucho que la llamo no me atiende.

—Está ocurriendo—musita Mario sin poder cerrar la boca.

—¿El qué está ocurriendo? Me estás asustando —le dice Catalina, angustiada al ver que su hijo no ha reaccionado de la manera que cabría esperar—. La cojo ahora mismo y me la llevo.

—No, Catalina, tranquila —le susurro—. La niña está bien. Esto es lo que te contamos…

Me acerco a Minerva; sigue seria, con la mirada traspasando la pared, ignorándonos a todos como si estuviera sola en el cuarto. Me

preocupa que no cambie la expresión: su rostro parece de cera, impasible; temo que en cualquier momento rompa a llorar o a gritar asustada, pero, justo cuando me arrodillo delante de ella, la movilidad vuelve a su cara y es para esbozar una sonrisa que, paulatinamente, se va convirtiendo en una risa alegre y cantarina. Mueve los bracitos hacia el rincón y me mira para contarme algo:

—¡*Aió*!, mamá, *bela*.

—¿La ves, Minerva? —le pregunto llena de expectación—. ¿Es la abuela Angelines?

La niña gira la cabeza hacia mí y hacia el rincón alternativamente, gritando llena de entusiasmo:

—¡*Bela*, *bela*!

—¡La ve! —exclamo llorando de alegría—. ¡Dios mío, la ve!

Catalina no sale de su asombro, está presenciando algo increíble y maravilloso a la vez. No puede dejar de observar a Minerva sonriendo y balbuceando con su media lengua la palabra «*bela*»; la niña realmente está viendo a su abuela, y eso le produce tanta ternura que acaba llorando conmigo. Se sienta en el suelo embobada contemplando la escena boquiabierta, rendida a una verdad que, como yo, había negado desde siempre. No lucha contra ella, no puede; algo prodigioso flota en el ambiente y lo siente como un escalofrío persistente en cada milímetro de su piel. Simplemente se rinde a la evidencia, se deja llevar mansamente.

Los pájaros siguen sin cantar.

Todo se ve nítido, hiperdefinido, como un fractal de Mandelbrot.

Alzo la vista hacia el rincón y confío con todas mis fuerzas en que ella pueda oírme:

—Mamá, ¿dónde estás? Deja que sueñe contigo —ruego a la pared —; ven a verme esta noche.

86

Escucho *Riders on the Storm*.

Mario se ha reído de mí cuando le he dicho que pensaba ponérmela con los cascos alguna noche para dormir, pero no sabe que lo pensaba hacer esta misma noche; así que se ha ido tan tranquilo a llevar a Catalina a su casa. Puede que la voz de Morrison no implique ningún resultado positivo –llevo varias noches durmiéndome mientras pienso en mi madre y la llamo sin éxito–, pero tengo la esperanza de que hoy va a ser diferente.

Cierro los ojos e intento relajarme. En lugar de irme al mar, vuelvo a la carretera de la urbanización e intento ser fiel en mi imaginación a cada detalle: el asfalto, brillante y húmedo, el crepitar de las ramas de los árboles, el olor a tierra mojada…, pero no sirve de

nada, no me duermo y, además, repetir la canción una y otra vez me está poniendo nerviosa. Los siete minutos de jinetes cabalgando sobre la tormenta no surten efecto.

Me rindo.

Apago la música y me sumerjo en el mar. El condicionamiento, o como quiera que se llame lo que me hizo el doctor Arias, sigue funcionado. Poco a poco, me adormilo y voy perdiendo el control sobre mis pensamientos que vagan a la deriva.

Hace una noche perfecta, cálida y tranquila. La habitación está en tinieblas, solo entran unos hilos de luz por la ventana. A mi alrededor, las sombras se mueven como si las agitaran manos invisibles; la poca luz, que se filtra por la persiana, las hace bailar al compás de la misma brisa que zarandea las ramas del magnolio. Pero no solo hay sombras: hay algo más, hay alguien más.

Una presencia oscura me observa dormir desde los pies de la cama, ese debe ser el sitio predilecto de los muertos para mirarnos. Está allí, inmóvil y voluminoso, con la cabeza agachada tendiendo una mano hacia mí para tocarme.

La piedra está húmeda y fría. No sé qué hago sentada en el murete del puente escuchando el agua del arroyo correr, siempre tiene que haber agua… Por fin me levanto y me pongo a caminar; siento frío, el relente de la noche hace que la ropa se me pegue al cuerpo y el viento se lleva el poco calor que guardan mis músculos.

Por dónde empiezo? Quizás lo más fácil sea llamarla y punto, así es¿ como buscas a una persona en el mundo real; así que comienzo a llamar a mi madre a gritos. Nadie responde, solo hay silencio; pero, de repente, me da la sensación de que no solo puede oírme ella, de que hay alguien más cerca de mí... Siento miedo, estoy al descubierto en mitad de la carretera y he gritado tan fuerte que cualquiera podría saber dónde estoy en dos .kilómetros a la redonda

Soy consciente de que estoy dentro de un sueño. Ya he tenido sueños lúcidos antes y hasta he conseguido controlarlos un poco a base de practicar; me resultaba divertido y liberador. También sé que, en teoría, no puede pasarme nada malo, sin embargo, no me atrevo a seguir llamándola: esto no es un sueño normal.

Varios escalofríos recorren mi espalda y se concentran en mi nuca, contribuyendo a la sensación de que estoy siendo observada; pero no veo a nadie por más que miro a mi alrededor.

En lugar de gritar, me decido por buscarla directamente en el claro del bosquecillo en el que me la encontraba una y otra vez en mis pesadillas, deambulando entre los árboles con la cabeza agachada como si fuera una niña perdida. En esta ocasión no tengo como banda sonora Riders on the Storm*, solo silencio y la innegable sensación de que alguien me espía, y no*

precisamente con buenas intenciones.

Allí no hay nadie. Camino entre las zarzas y la maleza filtrando cada metro cuadrado con la mirada, reviso el trecho que va hasta la carretera y la parte que se aleja de ella; esta parece eterna, un tenebroso mar de árboles y arbustos sin fin. Algo se mueve en ese mar, algo brillante flota en la negrura: una mota incandescente como una pequeña ascua anaranjada, que por momentos gana en intensidad y después vuelve a atenuarse. Distingo la enorme silueta de un hombre, permanece semioculto por los troncos de los álamos, pero eso es algo circunstancial porque él no se esconde, al contrario, me observa con descaro mientras se lleva la brasa a la boca y la consume lentamente.

—¿Hola…?

Para qué le hablo si lo que quiero es que se marche…? No importa,¿ ya que no me contesta, sino que comienza a acercarse arrastrando consigo las volutas de humo que desprende su cigarro. Cada vez está más cerca, algunas hojas caídas crujen bajo sus pies, a otras, las arrastra produciendo .un sonido áspero y seco

Retrocedo poco a poco:

—¿Quién eres?

No hay respuesta. Sigue avanzando a la vez que yo me alejo, y conforme se acerca al claro, su cuerpo se va descubriendo ante mí: está totalmente desnudo, desnudo y pálido, sus carnes fofas y arrugadas se bambolean a cada paso que da…, igual que su pene, un colgajo blancuzco e indefinido que se asemeja más a un dedo meñique que al órgano reproductor masculino.

La visión de su rostro me deja petrificada, sé quién es…

Llorando y furioso a la vez, tiende las manos hacia mí mostrándome unas largas e informes cicatrices, que le recorren los brazos desde la muñeca hasta casi la mitad del antebrazo.

—Mira lo que me hiciste, Cucaracha…

Llora sin parar, las lágrimas y los mocos recorren sus orondas mejillas y caen sobre su barriga. Sigue acercándose a mí sin visos de detenerse, y cuanto más se aproxima, más quieta me quedo, agarrotada por el miedo y la incredulidad.

—Esto es culpa tuya, Cucaracha —gime sollozando como un loco, exhibiendo ante mí las heridas rosáceas e inflamadas—. ¡Todo esto es culpa tuya! ¡Todo esto es culpa tuya! ¡TODO ESTO ES CULPA TUYA!

Me tapo los oídos y me acuclillo doblándome sobre mí misma, como lo haría una cría asustada, de hecho, es exactamente así como me siento, como si tuviera de nuevo cinco años. El fantasma sigue gritando la misma frase cada vez más alto y cada vez más cerca, hasta que llega un punto en el que noto su saliva caer sobre mi nuca y el olor a alcohol avinagrado inundando mis mucosas.

Cacahuete se agacha junto a mí y, cogiéndome fuertemente de las

muñecas, me obliga a mirarlo a la cara:

—¡TODO ESTO ES CULPA TUYA!

Después, me suelta las muñecas para agarrarme directamente del cuello, aprieta cada vez más mientras sigue chillando triste y rabioso.

El dolor es insoportable. Unos puntos negros aparecen bailando sobre el rostro del fantasma, cada vez son más numerosos…

—¡TODO ESTO ES CULPA TUYA!

Necesito respirar… Creo… creo que me estoy… ¿muriendo?

Duele…

El coloso muerto continúa con su letanía sin parar de aprisionar mi garganta:

—¡TODO ESTO ES CULPA TUYA!¡TODO ESTO ES CULPA TU…

De repente, su cabeza gira sobre sí misma ciento ochenta grados y se queda torcida y descolgada de una manera grotesca. Mientras su cuerpo se desmorona pesadamente sobre la maleza, levanto la vista y descubro al espectro, que una vez fue mi madre, blandiendo un leño inmenso sobre la cabeza. Lo sujeta con las dos manos, tensa y alerta, preparada para asestar otro golpe al monstruo. La pobre respira como si fuera un bebé asmático, los nervios y el miedo le oprimen los pulmones y no deja de temblar.

—Mamá… —la llamo llorando—. Mamá…

Por fin se relaja, deja caer los brazos y suelta el arma para arrodillarse frente a mí. Me abraza y la abrazo, siento su delgado cuerpo bajo mis manos, sus huesos marcándose a través de la tela cuajada de pequeñas flores azules. Su rostro sigue estando deforme y sus ojos, hundidos y negros, se ven más húmedos que nunca anegados por las lágrimas; pero sonríe, sonríe y me consuela pasándome los dedos delicadamente por las mejillas, como hacía cuando me tropezaba de pequeña y acudía diligente a socorrerme y curar mis heridas con la medicina de las madres.

Cierro los ojos y me esfuerzo por dejar mi mundo como recién pintado, pero no lo logro. Lo único que consigo es que la mole de carne del desgraciado acosador suicida desaparezca dejando un rodal de hierbajos aplastados, donde antes yacía su cuerpo, y ni siquiera sé si eso es mérito mío.

Mi madre sigue mostrando el mismo aspecto que en mis primeras pesadillas y continúa muda: solo es capaz de emitir sonidos guturales como si fuera un animal. Definitivamente me he pasado de lista, no era todo tan fácil ni yo tan fuerte como me creía, y al final he perdido el control. Mario y Felipe tenían razón, pero tanto sufrimiento ha merecido la pena porque sé que, debajo de toda esa monstruosidad, está ella; la siento tan cerca como cuando vivía junto a mí. Si cierro los ojos nada ha cambiado. Y eso es lo que hago: los cierro y dejo que me abrace y me acune mientras me arrulla.

La gigantesca sombra que no debía estar allí ha desaparecido. Sigo durmiendo, pero esta vez ya nadie me acompaña en la habitación. Sonrío, aunque todavía inspiro profundamente como si aún me faltara el aire. Poco a poco, llegan a mí la calma y la placidez, y ni siquiera el dolor, que empieza a latir en mi cuello y en las magulladuras de mis muñecas, consigue disiparlas.

A ver cómo le explico yo a Mario mañana lo de mi nuevo collar morado con las pulseras a juego.

Clic y se acabó

87

Dos cafés, un té, un par de cervezas, pastas, aceitunas, patatas, el azúcar, las servilletas… Sí, está todo. Ahora toca hacer malabarismos desde la cocina hasta el jardín y luego hasta la segunda parada: el salón. Lo tengo todo perfectamente distribuido sobre la bandeja, soy toda una profesional; me pongo en marcha.

Solo he dado unos pasos, cuando mi móvil emite dos silbidos seguidos desde el bolsillo trasero de mis vaqueros. Muy oportuno. Al sonar el tercero, vuelvo a la cocina para dejar la bandeja en la encimera, prefiero no jugármela haciendo equilibrios con ella mientras intento ver quién me ha escrito.

La pantalla del teléfono me muestra la siguiente notificación: «WhatsApp · ahora ˇ Samuel (3 mensajes)»:

Adivina
18:04

Adivinanza
18:04

Tengo pelos en la panza.
18:04

Qué? Lo has encontrado?
18:05

Sí, tenías razón! Volvió, pero como no pudo encontrarme se marchó a Santiago. No está muerto ni casado. Mañana me voy para allá, una chica del pueblo tenía su teléfono y hemos quedado.
18:05

Genial!
Qué te ha dicho? Estaba simpático?
18:05

Sí, aunque tímido, en su línea.Hemos hablado muy poco. Vive solo y trabaja en un bar. Estoy de los nervios, Santobeña
18:05

Tranquilo, todo va a salir ok. Quiero un informe detallado del reencuentro.
18:06

Qué tal por ahí?
18:06

Pues han venido mi padre y Gloria, así que imagínate qué juerga… Le va a arreglar a Minerva el vestido que le ha comprado para la boda. Se ha traído el costurero y todo, como si yo no tuviese agujas e hilo, y unas tijeras feas de grandes.
18:06

Qué desconsiderada!
18:07

Ja, ja, qué gracia me haces… Pues ahí están: la reina de la moda y Catalina cogiendo bajos y metiendo

sisas, me tienen mareada. Mario y papá están en el jardín pasando de todo.

18:07

Le has vuelto a mencionar a tu padre lo de Ibiza?

18:07

Sí, un par de veces, de pasada, pero rehúye el tema.

18:07

Me parece a mí que llevas las de perder.

18:08

Ya, tampoco íbamos a notar mucho la diferencia…

18:08

Y Minerva y Mario, qué tal están?

18:08

Minerva bien, encantada de tenernos a todas alrededor, pero a Mario lo tengo cabreado.

18:08

Por?

18:08

Llevo varios días detrás de ver a mi madre.

18:09

Lo sé.

18:09

Pues lo he conseguido y ha sido un poco accidentado. Había otro muerto que ha intentado matarme, Mario se había ido y se ha enfadado por hacerlo sin que él estuviera.

18:09

Qué dices?! Otro muerto?
Quién era?

18:09

No tengo ni idea, pero casi me mata. Intentó estrangularme y ahora parezco una adolescente idiota, voy con las muñecas llenas de pulseras y cuello alto en pleno agosto.

18:09

Pero qué te ha hecho?
Estás bien?

18:10

Sí, tranquilo, estoy bien. Mi madre lo paró a tiempo.

18:10

Que tu madre lo paró?

18:10

Sí, oye, por qué no me llamas? Esto de hablar así es un tostón. Me estoy poniendo de los nervios.

18:10

No puedo, estoy con los abogados y Cristina firmando papeles. Te iba a llamar después, pero no he podido aguantarme.

18:10

Quién es Cristina?

18:11

Es la mujer que se va a ocupar de la finca a partir de ahora. No sé si me estoy precipitando, y si Martín quiere volver conmigo? Podría venirse a casa y ocuparse del pazo y lo demás, y viviríamos felices y comeríamos perdices… Se me está yendo la pinza, verdad…?

18:11

Dale tiempo al tiempo. Ya veremos qué pasa.

18:11

Me siento como un quinceañero, no paro de imaginarme cómo será cuando nos veamos… Pero cuéntame lo de tu madre y el muerto asesino!!!

18:12

Paso, que es muy largo, luego me llamas. Si te aburres con los abogados juega al Candy Crush que yo estoy muy ocupada peleándome con mi futura madrastra.

18:12

Cómo eres…
Ok, me quedaré con la intriga. Luego hablamos.

18:12

18:12

Después de salir de la aplicación, cojo aire, cojo la bandeja y me voy a hacer el reparto.

88

En el salón, Gloria y Catalina hacen girar a Minerva sobre sí misma como si fuera una peonza, comprobando que el vestido se ajusta a la perfección al cuerpo de la niña. La pequeña adora ser el centro de atención y se deja manejar por las dos mujeres sin ninguna queja.

—Creo que se lo he dejado demasiado largo —objeta Gloria—. Si le subo un poco más el bajo estará más graciosa.

—Sí, así parece más mayor. ¿Tú qué crees, hija? —me pregunta Catalina mientras recoge el café de mis manos.

—Como veáis vosotras —respondo sin interés—. ¿A ti te gusta así, Minerva?, ¿o prefieres enseñar más pierna como una pequeña cabaretera?

Minerva me contempla como si le estuviera hablando en chino, bueno, en realidad, si le hablase en chino seguramente estaría riéndose como una loca. Catalina, por su parte, me lanza una mirada reprobatoria.

—Tienes razón, Gloria —admito doblegándome a la censura de Catalina—, estará más bonita si se lo dejas más corto.

—Pues manos a la obra —me responde orgullosa y satisfecha de que le haya dado la razón.

Con manos ágiles y expertas, le quita el vestido a Minerva y lo coloca sobre sus rodillas, luego, coge las inmensas tijeras de costura Palmera (yo diría que de unos dieciocho o veinte centímetros de longitud, es ostentosa hasta para eso) y se dedica a deshilvanar el bajo de la prenda. Mientras, le pongo una camisetita a Minerva y la dejo sentada delante de nosotras jugando con el libro de Nébula: a la monstruo ya le quedan pocas plumas que lucir.

—Estoy tan nerviosa… —suspira Gloria—, y eso que todavía quedan dos meses para octubre, pero hay tanto que preparar…, y la mayor parte de las cosas me toca hacerlas a mí.

—Vamos, mujer, si lo tienes todo más que atado —la consuela Catalina—, no conozco a ninguna persona más previsora que tú.

—Catalina tiene razón —confirmo—: eres muy previsora, lo tenías todo bien planeado. —Para Gloria no pasa desapercibida mi puya. La veo levantar la vista del vestido con la intención de contestarme, pero continúo hablando antes de que abra la boca; hoy me he levantado guerrera—. Como lo de estableceros definitivamente en Ibiza.

Ahora le toca a ella darme la réplica:

—Sí… Ya sé que has vuelto a la carga con tu padre y que le has dicho otra vez lo muchíííísimo que lo vas a echar de menos si nos vamos. Muy tierno por tu parte…

—Tierno y cierto —le contesto—. Pero ya veo que no te ha convencido y que te lo vas a llevar a Ibiza en cuanto volváis del viaje de novios.

—Yo no *me llevo* a tu padre; no es un paquete, tiene voluntad propia y es él quien toma sus decisiones, aunque estas no se amolden a tus caprichos.

—¿Caprichos? ¿Es un capricho querer que mi padre esté cerca de su nieta?

Catalina se remueve incómoda en el sofá, puedo oír los engranajes de su cerebro intentando pensar en algo que decir para diluir la tensión, pero ya es demasiado tarde y yo sigo en la brecha:

—Pase que te cases con él, pero que lo manipules para iros lejos… ¿Qué embustes le has contado?

—No me llames mentirosa, ¡eso sí que no te lo consiento! —me grita arrebatada—. Aquí la manipuladora eres tú: no quiero que le vuelvas a hablar a tu padre de nuestros planes, ¡son *nuestros planes*! Ya te lo advertí.

—Tú a mí no me adviertes nada, y si me da la gana hablar con mi padre, pues hablo. He tenido mucha paciencia contigo y también he callado mucho porque, últimamente, me has pillado en horas bajas; pero hoy estoy de buen humor. He dormido de maravilla, he medio resuelto un asuntillo que tenía pendiente y resulta que me apetece charlar, ¡fíjate tú! Y la verdad es que casi no le he comentado nada a mi padre de lo de Ibiza, pero, ahora que me has tocado la moral por decimoctava vez, pienso volver sobre el tema tantas veces como sea necesario; porque no quiero que se vaya solo porque tú se lo impongas y, sobre todo, porque sé que él quiere quedarse a vivir en Madrid.

—Pero ¿será posible? ¡Qué sabrás tú de lo que quiere tu padre, si la que ha estado a su lado durante veinticinco años y medio he sido yo! ¡Tú te largaste en cuanto tuviste la oportunidad!

No he pasado por alto el tonito con el que Gloria ha remarcado cuántos años lleva con mi padre. ¿Acaso quiere dejar entrever algo más…? ¿Me está buscando las cosquillas? No pienso entrar al trapo; ella está perdiendo el control, pero yo no voy a seguirle el juego, así que le respondo con toda la tranquilidad del mundo:

—Me fui porque no había quién te aguantara, querida mía, y prácticamente me echaste tú; de hecho, no te recuerdo pidiéndome que me quedara.

¡Bingo! Gloria continúa perdiendo el control, mi parsimonia la está sacando de quicio. Creo que hasta me estoy divirtiendo un poquito viendo cómo va encendiéndose por momentos.

—¡Déjanos en paz! —chilla de nuevo casi llorando—. ¿Es que no puedes vivir tu vida sin meter las narices en la nuestra? No sé para qué hemos venido; yo no hago más que intentarlo, pero contigo es imposible. ¡Si sigues así lo único que vas a conseguir es no volver a ver a tu padre nunca más! ¡Te lo aseguro!

Esa amenaza ya no me hace tanta gracia, me debato entre reírme en su cara y seguir provocándola o echarla a patadas de mi casa y terminar con la discusión.

Catalina, que ha estado girando la cabeza de la una a la otra como si estuviera en un partido de pimpón, se da cuenta de que estoy apretando los puños y, como si conociera las dos opciones que tengo en mente y supiera que cualquiera de las dos va a acabar mal, decide que ya es hora de intervenir:

—Por favor, Gloria, no hace falta que te pongas así —dice por fin —. Tranquilizaos las dos, seguir así no va a llevaros a ninguna parte…

—No, Catalina —la interrumpe Gloria—. Estoy harta, sabía que esto iba a pasar tarde o temprano: con su cabezonería no podía dejar que José Manuel y yo fuéramos felices. —Rabiosa, se levanta y camina hacia mí sin dejar las tijeras—. Tenías que oponerte y luchar contra mí, como siempre —continúa mientras me apunta con ellas—. Maldita niñata malcriada. ¡No te mereces todo lo que he hecho por ti! Eres una desagradecida…

De repente, los pájaros dejan de cantar. De nuevo la quietud y la extrema nitidez… y ese cosquilleo en la nuca… Gloria también lo ha notado, sin embargo, lo que más la perturba es que Minerva la está observando fijamente, pero lo hace como si fuera transparente; en realidad, mira *a través* de ella.

Al instante, olvido a Gloria, olvido lo que le iba a contestar y olvido sus tijeras:

—¿Qué ves, cariño?

Minerva permanece impasible, seria y abstraída, mirando sin mirar a la mujer. Ella se revisa a sí misma, buscando en su ropa lo que atrae la atención de la cría de esa manera.

—¿Es la abuela Angelines, Minerva?

—Pero... ¿qué estás diciendo? —me pregunta Gloria atónita.

Minerva no me contesta; sigue contemplándola, traspasándola sin moverse ni un ápice, hasta que, sin más, enfoca la vista y la mira directamente. Con gesto grave, va levantando su cabecita poco a poco para acabar clavando sus ojos en los de la mujer.

—Espera… —murmuro—, eres tú… eres tú la que hace que se aparezca.

—Que se aparezca, ¿quién?

—Mi madre.

—¿Tú madre…? —Gloria sonríe incrédula—. Lo que te faltaba: también estás loca.

—Tú eres el peligro del que ella me quería advertir —prosigo ignorándola—. Porque eres realmente peligrosa, Gloria, ahora lo veo... ¿Hasta qué punto eres capaz de llegar para conseguir lo que quieres?

—Ni te lo imaginas —afirma con una medio sonrisa.

De pronto, todo cuadra en mi cerebro:

—Fuiste tú… Samuel te vio y el Duros también: ¡por Dios, si hasta reconoció tu trasero debajo del maldito mono de trabajo!

Gloria se queda callada de repente, su rostro es todo confusión y asombro.

—¿Qué mono? —masculla aturdida—. Pero, pero ¿cómo…? —El ímpetu y la rabia que la manejaban se van desvaneciendo por momentos; angustiada, busca respuestas en la cara de Catalina, luego en la mía y finalmente en la de Minerva—. ¿Por qué me mira así la niña?

Aunque se desplaza intentando alejarse, Minerva sigue contemplándola impasible, girando la cabeza como un antiguo y tosco muñeco de ventriloquía: ni siquiera pestañea.

—Tú la empujaste por las escaleras —la acuso aproximándome—. Eso también lo planeaste. Te disfrazaste y fuiste a verla cuando sabías que iba a estar sola… y la mataste.

—José Manuel, ¡ven, por Dios! —grita Gloria hacia el jardín, demandando desesperada el apoyo de mi padre—. Mira lo que dice tu hija, ¡está desvariando!

—¿De qué estás hablando, Gloria? ¿Qué pasa aquí?

Mario y José Manuel han entrado en el salón, ahora los dos forman parte del cuadro, de un cuadro de caza de algún pintor flamenco en el que Gloria es la presa a punto de ser abatida.

—Mario, fue ella… —musito. Las palabras se me atragantan, las noto secas, arañándome el paladar según salen de mi boca.

Catalina y yo acorralamos a Gloria como si fuéramos los perros de la cacería; la jabalina, a su vez, se va alejando despacio hacia la puerta amenazándonos con las tijeras.

—No sé de qué estás hablando —dice temblando de coraje—, yo ni siquiera conocía a tu madre.

—¡NO MIENTAS! —le chillo.

En ese instante, un reguero de agua sucia y turbia surge de entre las baldosas y se desliza por el suelo hasta alcanzar los pies de Gloria. Sudorosa y pálida como el papel, sigue reculando mientras sus zapatos chapotean en el líquido.

—¿Qué es esto…? —gime mirando el charco grisáceo—. ¿Qué está pasando?

—Mi madre está aquí —le anuncio—: ha venido a ajustar cuentas contigo.

—Estás mal de la cabeza… —responde aterrada—. Por Dios, José Manuel, ayúdame… ¡Escúchala: dice que tu mujer está aquí y que yo la maté!

—Hija, esto es una locura. Para ya, te lo ruego.

—No, José Manuel —lo corta Mario mientras se agacha y recoge a Minerva del suelo sin perder de vista a Gloria—, me temo que tu hija tiene razón. Por favor, Gloria, deja esas tijeras y hablemos.

—No pienso dejar nada ni hablar de nada —contesta alzándolas todavía más hacia Catalina y hacia mí—. ¡¿Y qué es esta agua tan asquerosa?! ¿De dónde sale? ¡Haz que pare! —me exige fuera de sí.

—Asesinaste a mi madre —recito insistente—. Y después saliste del portal y te encendiste un cigarro como sin nada, como si no acabases de arrebatarle la vida a un ser humano.

—¿Cómo puedes saber todo eso…? —masculla furiosa—. Maldita seas… No podías estarte quietecita, ¿verdad…? No podías… Tenías que husmear y escarbar. Debí haberte matado a ti también en lugar de intentar que me quisieras.

Silencio.

—¿Lo ves, papá? Has estado viviendo con un monstruo.

—No puede ser… Es mentira… —José Manuel niega con la cabeza mientras camina hacia atrás, alejándose de la escena como si aumentar la distancia disminuyera el grado de realidad—. Gloria, dime que no es cierto, por favor…

—No me mires así, amor mío… No lo soporto… Todo lo hice por tu bien —responde ella—. Angelines solo era una portera. Mira hasta dónde habéis llegado tu hija y tú gracias a mí. Ella no era nada, no tenía aspiraciones, era un ancla para vosotros. Os quiero y por eso os tenía que rescatar de esa vida de mediocridad. Te quiero y te merezco, José Manuel, te merecía más que ella, más que cualquiera.

—Gloria, en serio, deja las tijeras —le pide Mario—, podrías hacer daño a alguien. Ya todo ha acabado… No tienes a dónde ir.

—No os acerquéis ninguno —advierte Gloria mientras camina hacia atrás buscando la salida—, ¡si lo hacéis, os juro que no me va a

temblar el pulso a la hora de defenderme!

—¡Ya está bien! —la interrumpe Catalina—. Voy a llamar a la policía ahora mismo, esta mujer está como una cabra; lo mejor es que vengan y se la lleven.

—¡Ni se te ocurra! —exclama Gloria acechándola con las inmensas tijeras; ha conseguido llegar hasta la puerta e incluso forcejear con el picaporte, pero ha tenido que detenerse para amenazar a Catalina con más ímpetu—. No des ni un paso más… Esto no lo puedes arreglar, Catalina, y menos llamando a la policía. ¿Qué crees que me van a hacer? —responde sonriendo—: han pasado veintiséis años y mi «favor» ya ha prescrito.

No lo soporto más, quiero despedazarla, arrancarle la carne de la cara con mis propias manos, trozo a trozo.

Sin más, me abalanzo sobre Gloria decidida a acabar con ella; pero, en el último instante, Catalina se interpone en mi camino.

—Ni se te ocurra, chiquilla. ¿Qué quieres? —me pregunta sumamente seria—. ¿Acabar en la cárcel? Piensa en Minerva y en Mario: no te puedes permitir quince años encerrada… pero yo sí.

En una décima de segundo, Catalina me suelta y enviste a Gloria con la fuerza de un animal enloquecido. La agarra de las muñecas y ambas forcejean, la una tirando de la otra con los dientes apretados por la ira y el esfuerzo. La punta de las tijeras se acerca peligrosamente a los ojos de mi suegra en varias ocasiones; mientras, Mario no para de gritarle a su madre que se aleje, pero ella no lo escucha, solo arremete contra Gloria con más rabia todavía. Esta, a su vez, consigue liberar la mano con la que sostiene las tijeras y las agita con violencia de un lado a otro, buscando hacer blanco en el cuerpo de Catalina.

Mi padre está paralizado, como si lo que está viendo solo fuera un sueño; ni siquiera se inmuta cuando Mario le deja a Minerva en los brazos y lo empuja alejándolos de la pelea para abalanzarse después sobre las dos mujeres; pero me temo que es demasiado tarde… que no va a llegar a tiempo… Gloria ya está lanzando su brazo directamente hacia el costado de Catalina: el filo de las tijeras brilla en la trayectoria dejando una estela a su paso, una estela que acaba en mi vientre. Yo sí he llegado a tiempo…

Noto a la perfección cómo los ocho centímetros de acero se clavan en mi carne, incluso siento el puño caliente y sudoroso de Gloria sobre mi piel. Después, solo oigo los gritos de Catalina y de Mario.

Rápidamente Gloria saca las tijeras y las vuelve a hundir en mi abdomen antes de girarse y salir huyendo. Juraría que se ha tomado la molestia de cerrarlas dentro de mí antes de irse.

Me desplomo. El dolor es insoportable. La sangre se escapa del interior de mi cuerpo, cubriendo el exterior como si fuera una manta

tibia y acogedora.

Catalina sigue gritando, su cara aparece gigantesca frente a mí; llora y me llama mientras presiona con su mano la herida, rodeando con los dedos el mango de las tijeras. Levanta la cabeza para decir algo a alguien… Es curioso: tiene un cuello perfecto, blanco como el mármol…

—¡Mario! —chilla asustada —. ¿A dónde vas? ¡Vuelve!

—¡Se va a escapar! —escucho decir a mi marido.

—Deja que se vaya al infierno —le responde Catalina— y llama a una ambulancia. Por Dios, Mario, ¡está muy grave!

—Pero…

—¡No discutas!

Sí, Mario, no te vayas, quédate a mi lado.

Entonces oigo la voz de mi padre, mi padre… Le quiero tanto…

—Toma a Minerva, hijo, Catalina tiene razón. Lo primero es lo primero: yo iré a por Gloria.

Papá…

Siento cómo balbucea mi niña entre los brazos de Mario y los pasos de este, retumbando sólidos y rápidos sobre el suelo, mientras corre hacia el teléfono entre reniegos y maldiciones.

—Catalina… Creo que me estoy muriendo…

Esta sensación me resulta familiar; ya la he soñado antes, aunque ahora duele más y da mucho más miedo.

—No te vas a morir, vida mía, no lo voy a permitir —me promete acunándonos a las dos—, no voy a permitir que se cumpla la maldición de las madres de tu familia.

Cuando Catalina termina su juramento, ambas escuchamos claramente el frenazo de un vehículo; el sonido proviene de la calle. A la vez, se oye un golpe seco de algo duro contra otro algo denso y blando.

—Oh, Dios mío… —masculla Catalina girando la cabeza hacia la puerta—. ¡Mario, creo que un coche ha atropellado a Gloria!

Y mi padre, ¿está bien…? Dime que está bien, Catalina, que no le ha pasado nada…

—Tu padre está bien. —Catalina ha leído mis pensamientos—. No te preocupes, mi niña.

Vuelvo a ver su cuello y la parte inferior de su mentón alargándose sobre mi cara, puedo distinguir su mandíbula, rígida y tensa ante el esfuerzo por averiguar lo que está pasando en la calle.

—Tu padre está bien —me repite—, pero creo… creo que Gloria está muerta…

Está muerta… Muerta… Las palabras de Catalina retumban en mi cerebro, huecas y lejanas… Tengo frío. No aguanto más… Que venga Mario, por favor…, por favor.

—Mario… —consigo decir.

Catalina reacciona al instante y lo llama; el rostro de ella se transforma en el de mi marido y mi hija.

Minerva, mi preciosa niña, te quiero más que a nada en el mundo... No puedo dejaros, no concibo ir a donde quiera que vaya sin los dos amores de mi vida.

El dolor aprisiona mi corazón, pero no es un dolor físico. Casi deseo morir del mismo sufrimiento que me procura el pensar estar sin ellos; pero morir de la otra manera, tal y como yo lo concebía: clic y se acabó, sin un «después» donde seguir padeciendo. Simplemente, pasar a ser nada.

—Aguanta, cariño mío —me susurra Mario entre lágrimas—. Aguanta…

Qué dulce es su aliento…

Poco a poco dejo de oler su aliento, de oír su voz, de ver sus caras… La negrura avanza como una mancha de tinta en un lienzo amarillento, engullendo la realidad lentamente.

He provocado justo lo que mi madre pretendía evitar.

Quizás ahora me reúna con ella: así tendría algo que agradecerle a la muerte.

Madrid, lunes 20 de julio de 1992

89

Está siendo muy duro para ella cruzarse con él todos los días en la oficina.

Al principio, José Manuel no la ignoraba; pero después, cuando vio que ella intentaba agarrarse a cualquier «buenos días» más prolongado de lo habitual, o lo buscaba excusándose con asuntos del trabajo para insinuarle o demostrarle, dependiendo de las circunstancias, su total disposición a volver con él, comenzó a evitarla y a hacer como si no existiera.

No lo soporta, no soporta no significar nada para él, cuando para ella, José Manuel es todo su universo; ni siquiera cuando duerme, las pocas horas que consigue hacerlo, deja de pensar en él. Revive una y otra vez el tiempo que pasaron juntos y repasa el que habrían de pasar; se agota regodeándose sin tregua en su agonía, le duele profundamente vivir sin él.

Solo se sintió así cuando perdió a su hermano. León también la abandonó: se suicidó.

La lista de aquellos que un día se marcharon y la olvidaron es interminable: Luis, Fabián, Mauricio, Julio, Carlos, Andreu, Israel... A todos ellos les dio su amor incondicional y todos ellos la usaron y la desecharon. Todos son hombres, aunque hay una excepción en esa lista: la encabeza el nombre de una mujer, el de su madre. Ella fue la primera.

Irónicamente, su madre se llamaba Concepción. Pocas mujeres ha habido en el mundo tan poco preparadas para concebir como ella y, para colmo, fue reincidente. Concepción era una borracha sin remedio, a sus dos hijos los engendró borracha, borracha los parió y borracha los abandonó, pero a Gloria eso nunca le importó porque la quería con toda su alma. La quería tanto que obviaba sus insultos cuando Concepción volvía de madrugada, casi en coma etílico, y ella la subía a la cama y la ayudaba a vomitar en un barreño; la quería tanto que, cuando por la mañana no era capaz de levantarse para llevarlos al colegio, ella se ocupaba de dar de desayunar a León y de vestirlo para ir juntos a clase, justo antes de dejarle a su madre una pastilla en la mesilla de noche; la quería tanto que no le importaba repetirlo una y otra vez, hasta que una noche, Concepción ya no volvió.

Gloria se lo dio todo y su madre le correspondió con nada y, aun así, Gloria la seguía queriendo.

La adolescente, que era por aquel entonces, fue a la taberna donde trabajaba su madre a buscarla, sin embargo, allí no sabían nada de

ella. Preguntó a los parroquianos de uno en uno, ganándose malas respuestas y miradas obscenas pero ningún resultado. Volvió durante varios días seguidos, hasta que por fin alguien le dijo que su madre se había ido con un marchante de arte, que aparecía por la taberna una vez al mes y que acostumbraba a llamarla su «maja vestida», mientras la agarraba por la cintura, y por más sitios si era menester.

Concepción, dotada de menos instinto maternal que la rata que devora a parte de su camada, empujada por la intuición de que no va a poder alimentar a todos sus hijos si no sacrifica a unos pocos, no volvió a dar señales de vida; al menos por un medio que pudiera ser bidireccional. Puede que en realidad tuviera más instinto maternal del que aparentaba, o puede que quisiera acallar su conciencia o evitar las consecuencias del abandono, pero, sorprendentemente, se tomó la molestia de llamar un día por teléfono a su hija. Lo hizo para decirle dónde guardaba una considerable cantidad de dinero, despedirse y explicarle brevemente el motivo de su abandono: Concepción sabía que no era buena madre, que nunca lo podría llegar a ser y que Gloria y León iban a estar mucho mejor sin ella. Para terminar, le dijo que les enviaría dinero periódicamente, que no les iba a faltar de nada; pero no hubo ni un «te quiero», ni un «te voy a echar de menos».

Durante los siguientes años, cada dos o tres meses, aparecía un sobre en el buzón con un fajo de billetes en su interior, pero sin remitente; y Gloria, despreocupada de las cuestiones económicas, se centró por completo en el segundo sujeto que habría de ser el objeto de su asfixiante control y de sus exageradas atenciones, desde el abandono del sujeto número uno: en su hermano León. Sin embargo, este tampoco le devolvió su abnegada entrega con amor o cariño, sino que eligió el mal camino, quizás inducido por algún gen autodestructivo aún no descubierto por la ciencia y heredado de su madre, y solo le procuró disgustos y sufrimiento, hasta que un día se lo encontró colgado de la viga de la cocina.

Gloria se lo dio todo y su hermano le correspondió con nada y, aun así, Gloria lo seguía queriendo.

Después llegó el tercer sujeto, y luego el cuarto y el quinto… y ella se lo dio todo y ellos le correspondieron con nada, pero a ellos ya nos los siguió queriendo. Ya estaba cansada: esos hombres no fueron capaces de entender su manera de amarlos, la malinterpretaban y le exigían libertad, cuando Gloria lo único que hacía era mirar por su bienestar y su felicidad. Malditos desagradecidos.

Y entonces conoció a José Manuel y, con él, la oportunidad de amar y ser amada como ella se merecía. Hasta que José Manuel también la abandonó.

Pero ya no importa, su instinto de superviviente sentimental la ha arrastrado a tomar una decisión que llevará hasta sus últimas

consecuencias. Está harta de perder.

Se mira y se remira en el espejo de los servicios. Su reflejo la observa triste y consumido; tiene los ojos hinchados de tantas noches en vela llorando, no obstante, se esfuerza en disimular los estropicios del sufrimiento con generosas cantidades de maquillaje. Mientras se lo aplica, se anima a sí misma pensando en que ya le queda poco para cambiar su destino.

—¿No estás mejor, Gloria?

Gloria niega despacio levantando la vista hacia Montse. Su compañera acaba de entrar en el baño, como hace todos los días diez minutos antes de que se acabe la jornada. La mujer se muestra sinceramente preocupada:

—Llevas muchos días con el estómago mal, deberías ir al médico —le dice mientras se mete en el cubículo del inodoro—. Me imagino que no te vienes a la fiesta sorpresa de Paco.

—No, Montse, solo tengo ganas de irme a casa y descansar, no me encuentro nada bien. Puede que te haga caso y vaya a la consulta esta tarde.

Si supiera la verdad, que su mal no se cura con medicinas y que hoy va a ponerle fin... De hecho, esa resolución hace que se sienta más fuerte que nunca; es su exterior el único que muestra lo contrario, lo cual, por otra parte, le resulta sumamente conveniente.

—Es una pena que no vengas, creo que eres la única que va a faltar. ¡José Manuel ha reservado en pleno centro!, en uno de esos restaurantes a los que va a comer con los otros directivos, a todo lujo. Paco va a alucinar. Qué suerte tiene… —suspira Montse—: jubilado y saludable como si fuera un chaval.

La orina de Montse repiquetea contra la porcelana. A Gloria le incomoda el sonido y no quiere esperar a escuchar cómo corta el papel higiénico y se limpia con él:

—Me marcho, guapa. Ya he cuadrado la caja y todo. No te dejo ninguna cosa pendiente. Pasadlo muy bien y discúlpame con Paco. Se lo diría yo ahora, pero como es una sorpresa…

—Sí, no te preocupes.

—Hasta mañana.

—¡Chao, Gloria! Cuídate.

En la oficina se escabulle rápidamente para evitar más explicaciones de las necesarias. Ya ha dejado bien claro que está enferma y que se va a ir directamente a casa o al médico. Grita un «hasta mañana» al aire y recibe las consabidas contestaciones, automatizadas por los años de rutinas.

José Manuel está en su oficina hablando con Sebastián y, a pesar de que la puerta está abierta, ni siquiera levanta la cabeza para

responder a la despedida.

Eso tampoco importa, muy pronto solo tendrá ojos para ella.

90

El hombre camina de una manera extraña: calza unas enormes botas que le molestan al andar. Lleva manga larga, a pesar del calor que hace hoy en Madrid, y el mono que viste está demasiado nuevo; aún se notan las rayas de estar doblado en el embalaje.

Gloria ha intentado envejecer el mono de trabajo manchándolo con pintura y yeso, al igual que ha hecho con su cara. Se ha puesto un maquillaje más oscuro del habitual y se ha tiznado el rostro de grises y negros, ocultando sus facciones lo máximo posible. También se ha engominado el cabello y se ha puesto una gorra y unas gafas de sol baratas.

«Vamos, Gloria, tranquila —se dice a sí misma—. Las calles están desiertas y nadie te conoce en este barrio y, aunque se fijaran en ti, ¿quién iba a saber que eres tú?».

La mujer se frota los ojos, el calor la hace sudar copiosamente y nota cómo las gotas de sudor se escurren desde su frente mezclándose con la gomina: el escozor es insoportable. Debajo del mono azul lleva una toalla a modo de cinturón para deformar su cintura; siente como, poco a poco, las fibras del algodón se van humedeciendo alrededor de su cuerpo. También siente sobre su muslo el contorno tranquilizador del plan B: un estilete de diez centímetros de longitud.

El hombre-mujer se detiene unos segundos frente a la puerta del bloque número 7; como era de esperar, está abierta. Al entrar en el portal, percibe un profundo olor a limón; la entrada está desierta y fresca, lo que resulta un alivio, además, en la garita no hay nadie. Perfecto.

Mientras avanza hacia las escaleras con determinación, se coloca unos guantes, también demasiado grandes para él-ella, se quita las gafas y la gorra y las guarda en el bolsillo trasero.

Todo está en silencio y puede oír con claridad un mocho deslizándose sobre las baldosas. Sube despacio, peldaño a peldaño, y cuando por fin ve a Angelines, se la encuentra en cuclillas rascando con sus propias manos alguna mancha infecta del suelo.

—Buenas tardes, Angelines —saluda el hombre-mujer.

Angelines le contesta confusa y visiblemente sorprendida: parece que esperaba a otra persona, y el disfraz, de cerca, no debe ser tan convincente, porque se le escapa una mueca de extrañeza cuando se pone de pie para mirar a la cara al recién llegado:

—Buenas tardes, ¿le puedo ayudar en algo?

—Sí que podrías y de una manera muy sencilla, además.

—Pues usted dirá —responde dejando la fregona apoyada en la pared, mientras observa curiosa e indiscreta el cabello del desconocido. Angelines intenta disimular, pero se le van los ojos, no puede evitar fijarse en todos los detalles que no cuadran en el aspecto del individuo; hasta su voz resulta fuera de lugar: parece la de una mujer.

El hombre-mujer sonríe ante su perplejidad y sigue hablando con total tranquilidad; tiene muy claro cuál va a ser el desenlace de la escena y le tiene sin cuidado que Angelines descubra su secreto.

—Verás, ¿qué dirías si te dijera que José Manuel tiene una aventura con otra mujer?

Angelines no da crédito a lo que está escuchando.

—¿Esto es una broma? ¿Quién es usted? —pregunta aturdida. La buena educación, incrustada en su cerebro desde bien pequeña, le impide formular la pregunta que en realidad está deseando hacer: ¿*qué* es usted?

—No, no es una broma —responde el otro—. Estoy hablando completamente en serio, tu marido está liado con otra mujer.

—No tiene ninguna gracia, no puede usted presentarse aquí y decirme eso a la cara, así, sin más. No entiendo qué significa esto.

—Vamos, Angelines, es algo muy fácil de entender —insiste el hombre-mujer—. José Manuel te ha estado poniendo los cuernos con una cajera de su oficina.

—¿Por qué debería creerle?

—Porque te estoy dando la información de primera mano; verás, resulta que esa cajera soy yo: Gloria. Por cierto, encantada de conocerte. —Gloria agacha la cabeza con ironía haciendo una leve reverencia—. Solo he venido a sugerirte que te retires antes de que él te deje y la cosa sea todavía más humillante.

—Está usted loca y además es una mentirosa —arguye Angelines con convicción—: mi marido no sería capaz de eso.

—¿Estás segura…? ¿De veras no te suena mi nombre…? Él lo ha pronunciado muchas veces en mi oído mientras me hacía el amor. Venga, Angelines, no te escandalices, los hombres son volubles, tu querido esposo no es distinto a los demás y ahora me quiere a mí —afirma con malicia—. De hecho, me ha prometido que te abandonaría para irse conmigo. *C'est la vie*…

—Sigo sin creerte.

—Me lo imaginaba… No podía ser tan fácil —continúa Gloria mientras se aproxima a Angelines, obligándola a acercarse cada vez más al borde de las escaleras—. Quiero que dejes a José Manuel: él me ama, ¡me ama a *mí*! —pronuncia con rabia—. Me llevará al piso de Chamberí, en realidad, lo ha elegido para nosotros…

—Esta conversación se acaba aquí. —Los talones de Angelines ya

están prácticamente en el aire—. Nunca me separaría de mi marido, aunque esa sarta de mentiras fuera verdad.

—¡Pues lo siento por ti!

Gloria solo tiene que alargar el brazo para empujar a Angelines, esta pierde el equilibrio y cae de espaldas sobre los peldaños.

«Se oye un grito interrumpido, unos golpes fuertes y repetitivos intercalados con un chasquido, con crujidos y gemidos. Los gemidos se detienen, pero los golpes se prolongan unos segundos más».

El cuerpo de Angelines ha bajado rodando como si fuera el de un muñeco, sin control, golpeando una y otra vez con las paredes y los filos de los escalones, hasta que finalmente ha frenado en el descansillo para quedarse encajonado en el rincón.

Gloria la ha visto precipitarse desde lo alto, el cubo se mece volcado a sus pies y el agua comienza a acercase peligrosamente a sus botas. La mujer, que hasta hacía unos minutos era un hombre, retira los pies para que el líquido no la alcance, no quiere dejar huellas. Después, baja con cuidado, sorteando el reguero turbio que se desliza escaleras abajo como una pequeña cascada, y se agacha para contemplar a su víctima.

Incorpora el cadáver dejándolo sentado con la espalda apoyada en el esquinazo, se quita el guante de la mano derecha y comprueba el pulso en el cuello de Angelines: está muerta.

Ya está, todo ha terminado.

Al salir a la calle, Gloria se asusta momentáneamente porque hay un hombre sentado en el banco que hay frente al portal; rápidamente se pone la gorra y acelera el paso a la vez que se enciende un cigarro. Mientras se aleja, nota cómo se clava en su espalda la mirada escrutadora del Duros.

Y yo a ti, Virtudes, más que a nada en el mundo

91

La luz traspasa mis párpados haciendo que todo a mi alrededor sea un mundo rosado. Tres hebras bailotean en él; si miro hacia arriba, ellas suben arrastradas por mi mirada, luego, comienzan a caer lentamente como copos de nieve, para ascender de nuevo cuando vuelvo a elevar la vista.

Chaikovsky resuena en mis oídos, es raro que Mario ponga música clásica en lugar de *rock and roll*… Noto cómo el ronroneo mecánico, que me acuna persistentemente, se empeña en adormecerme otra vez. Estoy tan a gusto…

Un bache.

Abro los ojos.

—Hombre…, ya estás despierta. ¿Qué tal tu pequeña siesta, cariño? Te has quedado frita nada más salir. ¿Estás cómoda? ¿Te reclino más el asiento? Tendríamos que haber venido más tarde, no hace tanto que saliste del hospital.

—Esta mañana para el sexo matutino no has tenido tantos remilgos, ¿eh, Mario? —contesto sonriendo.

—El médico dijo que el reposo prolongado podía ser contraproducente… y no es lo mismo que tirarse dos horas sentada en un coche —se justifica mi marido.

—Tranquilo, estoy bien, de verdad —le digo mientras reviso el GPS para asegurarme de que vamos por el camino correcto: acabamos de entrar en la provincia de Soria—. Quiero ir a verla. Imagínate que sus hijos se la llevan a otra residencia y Belén no puede avisarnos.

En realidad, Mario exagera, hace ya casi un mes desde que me dieron el alta. Los médicos dijeron que sobreviví gracias a la rapidez de la UVI móvil, a mi buen estado físico y a los cuidados de Catalina, que intentó retener la hemorragia sin quitar las tijeras, pero que, aun así, estoy viva de milagro. Yo creo que mi madre también intervino con un empujoncito, como decía la yaya *Marsia* de los malos espíritus, aunque ella lo hizo para evitar una muerte en lugar de provocarla.

Estuve ingresada veintidós días en los que mi cuerpo fue recomponiéndose dolorosa y meticulosamente. Antes, los cirujanos le habían adelantado bastante trabajo mediante una primera operación de control de daños. Más tarde, llegó la segunda, en la que me hicieron algunos retoques y finiquitaron lo que no pudieron arreglar en la primera, por estar ocupados en mantenerme con vida. Llegué a un grado IV de hemorragia; Mario y yo vamos a tener que donar sangre hasta que nos muramos para poder saldar la deuda contraída. También tuve suerte con las infecciones, mi cuerpo y los antibióticos

salieron vencedores de esa batalla adicional.

Gloria, sin embargo, no tuvo tanta suerte, aunque estamos prácticamente seguros de que lo que le ocurrió no fue exactamente una cuestión de suerte. Todo sucedió muy rápido. Cuando mi padre salió a buscarla, ella ya había atravesado el jardín delantero y estaba quieta en la puerta; mi padre dice que se quedó un rato mirándolo antes de girarse y salir corriendo otra vez. Cuando consiguió llegar hasta la acera, la vio de nuevo inmóvil, observándolo impasible junto a la carretera como una estatua de sal; fueron solo unas décimas de segundo, pero mi padre asegura que, después de ese instante de parálisis, echó un vistazo fugaz a su derecha y dio dos pasos atrás para acabar siendo arrollada por una furgoneta.

Murió en el acto. Solo mi padre acudió a su entierro.

Ahora viajamos Mario, Minerva, Gatogordo y yo por unas carreteras de curvas cerradas sobre empinados despeñaderos no aptos para acrófobos: vamos camino de la residencia donde vive doña Carmen. Me prometí volver a verla y es algo que no puedo retrasar más.

La primera vez que la visité —preguntándome desesperada por qué demonios venía a vernos una muerta, si ella estaba viva—, hubo una auxiliar que pensó que yo era familiar de la anciana: se llamaba Belén García. Después, telefoneé a la residencia para interesarme por la salud de doña Carmen y dio la casualidad de que fue Belén quien me cogió el teléfono. Todo me salió rodado. Sorprendentemente se acordaba de mí, así que cada vez que llamaba preguntaba directamente por ella. Belén se mostraba confiada y con un ánimo desbordante y sin criba por ayudar, de modo que me daba toda la información que le pedía sin ningún tipo de cortapisas. Finalmente, me sentí culpable por estar engañándola: si alguien se enteraba de que le estaba dando información médica sobre una residente a una persona que no era de su familia, podía perder el trabajo, así que le confesé la verdad. Pero a Belén no le importó: «¡Que le den a las reglas! Esa pobre mujer necesita de alguien que se preocupe de verdad por ella; es más, sé que quieres venir a verla…, te lo noto cada vez que hablamos. Ven, estaría dispuesta a hacer la vista gorda y olvidarme de los consentimientos de los familiares, con tal de que mi Carmen reciba una visita que la haga feliz».

Hace dos días Belén me llamó para decirme que dos de los hijos «palíndromos» de doña Carmen habían decidido trasladarla a otra residencia más barata; pero que no sabía a cuál ni si podría llegar a averiguarlo, de modo que nos pusimos de acuerdo entre las dos y programamos el encuentro en uno de sus turnos.

Cuando entramos en la recepción, la auxiliar que esta mañana se

ocupa de atender a las visitas nos mira con cara de pocos amigos. Antes de saludarnos, triangula entre Mario, el gato y yo con el ceño fruncido.

—Buenos días.

—Buenos días —le respondo lo más edulcorada que puedo, mientras Mario coloca a Minerva encima del mostrador para ablandar el corazoncito de la recepcionista—, quisiéramos hablar con Belén García.

—Lo siento, pero no se puede entrar con animales en la residencia sin permiso expreso de la dirección, y se visita a los ancianos, no a las auxiliares; nosotras estamos trabajando.

Está visto que el uso de menores adorables no sirve con esta mujer, y eso que Minerva la está mirando con unos ojitos tan tiernos que derretirían a cualquiera.

—No te preocupes, Sagrario —la interrumpe Belén. La chica ha aparecido detrás de nosotros y nos sonríe resplandeciente con los brazos abiertos—. Yo me ocupo de atenderlos, y del gato también. ¿Cómo estás? —me dice abrazándome—. ¿Recuperada?

—Sí, ya estoy mucho mejor —contesto apretándola con la mano que me queda libre.

Al final me he quedado yo con el trasportín de Gatogordo. Esta mañana Mario y yo hemos tenido serias dudas con respecto a la repartición de gato y niña, ya que prácticamente pesan lo mismo: solo nos ha faltado sacar una báscula que dilucidara la cuestión.

—Mira: estos son Mario, mi marido, Minerva, nuestra hija, y Gato…, el gato.

—Me alegro muchísimo de que hayáis podido venir los cuatro; es curioso porque doña Carmen lleva unos días preguntando por el animal, ¡y Minerva le va a encantar! —exclama cantarina mientras besa a la niña entre palabra y palabra—: se va a poner superfeliz. No sabéis lo triste que es verla sola durante semanas, se me rompe el corazón… Y cada vez que se presenta la interesada de su hija Ada, con esas ínfulas exigiéndonos que le cambiemos la medicación o cualquier otra chorrada por el estilo, me dan unas ganas de mandarla a tomar por saco…

—Sí… sé de qué estás hablando… —suspiro recordando.

—¿Y cómo se encuentra? —pregunta Mario.

—Pues vais a tener suerte. Tiene un buen día y está bastante lúcida, pero hoy ha venido a verla su hija Ana, así que tendréis que esperar porque, si no, me puedo meter en un lío. Es la única que no visita a su madre en busca de dinero, pero vive en Lisboa y le queda un pelín lejos… —dice Belén apesadumbrada—. Los otros dos, Ada y Natán, solo aparecen para dar guerra o con papeles que firmar, y el tal Otto, ni siquiera ha dado señales de vida… La pobre Ana se la quiere

llevar a Portugal, sin embargo, la parejita negociante no le deja porque así perderían el control. En fin, una pena… Bueno, no sé si lo habéis visto, pero hay un parque infantil justo en la entrada de la residencia y hoy, sorprendentemente, hace un día muy agradable, teniendo en cuenta que es octubre y que estamos en Soria. Podéis esperar allí si queréis.

Comenzamos a andar hacia la salida acompañados por Belén. La luz entra a raudales por los amplios ventanales del pasillo y se refleja en las gigantescas costillas de Adán, que flanquean el camino junto a hermosos ficus benjamina. Algunos viejitos pasean acompañados de sus hijos, nietos o hermanos: unos, en silla de ruedas; otros, en andador; y, los menos, ayudados solo por un bastón o por el brazo cariñoso de un familiar, es como una representación animada de la involución del ser humano.

Cuando salimos, nos encontramos con un par de ancianos sentados en los bancos de la entrada, tomando el sol con las caras arrugadas y la mirada perdida.

—Cuando llegué aquí, me llamó mucho la atención que hubiese una zona de juegos justo en la puerta de una residencia de mayores —nos cuenta Belén—. En cierto modo, es hermoso ver cómo los viejos se entretienen observando a los niños jugar, verlos juntos, unos comenzando el camino y otros casi terminándolo. —Hace una pausa para suspirar y después, dando un saltito, gira sobre sus talones para volver a entrar en la residencia—. Os vendré a buscar cuando no haya moros en la costa. Luego os veo.

Doña Carmen se acuerda de Gatogordo, cuando lo ha visto se le ha iluminado la cara de alegría. Sin embargo, no sabe quiénes somos los humanos del grupo, pero nos atiende cariñosa, intentando no dejar vislumbrar que no nos reconoce.

Según pasa el tiempo, comienza a relajarse, a recordar, a reír. Micifuz ronronea tranquilo sobre su regazo, mientras ella nos cuenta historias de cuando era pequeña como si hubieran sucedido ayer. Su rostro refleja felicidad, solo se ensombrece durante unos segundos cuando nota que Minerva mira fijamente hacia el cuarto de baño de la habitación; sabe perfectamente lo que la niña observa en la penumbra, ella también lo ve: es su padrastro sentado en la silla de ruedas, con los muñones como dos bolas de carne enrojecidas y llenas de costurones deformes. A pesar de la oscuridad, puede distinguir su cara crispada por el dolor y la furia. Exhibe el mismo semblante con el que las aterrorizaba a ella y a sus hermanas, cuando las acorralaba en su despacho para molerlas a palos. Está allí para recordarle que muy pronto también llegará su hora, pero no importa; dentro de cinco minutos olvidará que lo ha visto, y hasta le reconforta saber que ese

hijo de mala madre está sufriendo allá donde esté.

Poco después de las doce, Belén regresa a la habitación para llevarse a «su Carmen» al comedor. Es difícil saber quién de las dos está más contenta: se nota que la auxiliar adora su profesión y que la anciana la adora a ella.

Lamentablemente, la visita fue un éxito que no pudimos repetir.

92

—Mira, Minerva… ¿dónde está Nébula?, ¿adónde ha ido?

Laina esconde el libro emplumado detrás de la espalda. Mi hija y el gato la miran serios e inexpresivos, ante el bajo nivel del reto que les ha presentado, y permanecen sentados sin moverse.

—Dame, *Ina* —le exige Minerva.

—¿Yo?, pero si yo no tengo nada… ¿Se habrá ido de viaje con Bartoleque?

—¡No! Dame, *e* mía.

—No, es mía; me quedo con Nébula porque me gusta mucho y me la voy a llevar a casa.

—No, *e* mía.

—Jacobo, mira qué clarito lo tiene y qué clarito lo dice; al idiota de mi hermano, con diecisiete años que tiene, no se le entiende ni la mitad de bien. Es alucinante lo adelantada que va esta niña.

—Pues ten cuidado porque me parece que se está enfadando —le responde Jacobo, señalando a Minerva con la barbilla.

Laina mira a la cría que, efectivamente, ha empezado a lloriquear. La pequeña se toquetea los dedos regordetes, mientras arquea las cejas y comienza a gimotear con más intensidad. Gatogordo se pone de pie y la olisquea buscando animarla.

—Oh, vamos, Minerva, no llores —le ruega la chica—. Toma, toma, te devuelvo a Nébula. Solo era una broma.

Cuando la niña tiene en sus manos el libro, alza la vista y cambia el rictus drásticamente: ahora sonríe triunfal.

—Creo que te acaba de engañar; a ti y al gato —señala Jacobo.

—Ya, y tú la has ayudado siguiéndole el rollo… —refunfuña molesta Laina—. Muy graciosos los dos, pensé que se había puesto triste de verdad.

—Venga… —susurra Jacobo acercándose a la muchacha—, no te me enfades.

Jacobo sigue aproximándose a ella y con suavidad le planta un breve beso en los labios. Automáticamente se acuerda de la noche anterior, cuando su madre los pilló haciéndose arrumacos cerca de su casa. Dios…, qué vergüenza y justo cuando había conseguido rozarle un pecho a Laina… Estaba a punto de ir a por más, cuando Clara

apareció. Menos mal que su madre se hizo la despistada —Jacobo está seguro de que los vio— y disimuló ahorrándoles el mal trago a los tres.

Qué piel más suave tiene Laina, y huele tan bien…, con solo tocar un centímetro cuadrado de su vientre se vuelve loco. Tiene un cuerpo precioso y es especialmente bonita, pero no solo eso, además es valiente y lista. Jacobo puede hablarle de sus libros sin sentirse incómodo e incluso intercambian lecturas; no le llama empollón, al contrario: ella se asombra de sus conocimientos y le pide que le cuente más cosas sobre historia o literatura.

Laina es madura y fuerte, no se deja amedrentar por nada ni nadie y Jacobo a su lado, también se siente así. Ella lo ha hecho libre, libre del miedo a no ser admitido por los demás, libre de no admitirse a sí mismo, libre del querer ser perfecto; ella le ha enseñado que la perfección no existe y que precisamente son sus pequeñas y perfectas imperfecciones, las que lo hacen especial.

El molesto tic, que le hacía arrugar la boca como si pronunciara una «u» ininterrumpida, no ha vuelto a hacer acto de presencia; solo intentó colarse a traición entre sus labios y los de la chica, justo antes de besarla por primera vez; pero ella, que andaba con los ojos entrecerrados emulando a la protagonista de alguna de sus series favoritas, ni se dio cuenta.

Jacobo está deseando que la vean sus compañeros del instituto: se van a morir de la envidia; se acabó el Besaviejas o el Bocachocho.

El beso robado, junto con la rememoración de su mano derecha (porque fue la derecha: ¡bendita mano!) paseándose por el seno de Laina, hace que sienta cierta presión en el pantalón. Jacobo mira hacia abajo sonrojado e intenta ahuecar la tela de los vaqueros y bajarse el jersey todo lo que puede.

En ese instante llaman a la puerta.

—¡Jacobo! —chilla Mario desde la cocina—, ¿puedes abrir? Es mi suegro.

«Vaya, qué oportuno…», piensa el muchacho mientras se levanta y camina incómodo hacia la entrada con Gatogordo como escolta.

Cuando abre la puerta, se encuentra a mi padre frotándose las manos con energía:

—Buenas tardes, Jacobo.

—Hola, José. Pasa.

—Sí, que hoy hace un frío que pela. ¿Cómo estás, hijo? —pregunta agitando los dedos entre el cabello del chico como si fuera un crío—. ¿Y los dueños del castillo?

—Pues el rey está preparándonos algo de merendar en la cocina, la reina está liada con las plantas en el jardín y la princesa está aquí: jugando con nosotros.

El hombre dirige la mirada hacia la alfombra del salón donde están sentadas Minerva y Laina. Antes de abalanzarse sobre su nieta, le pega un codazo a Jacobo y le dice con tono socarrón:

—¿Y esta chica tan guapa? Será tu novia, ¿no?

Jacobo se pone rojo como un tomate:

—Sí, esta es Laina.

—Encantado, preciosa.

—Igualmente —le responde ella mientras se levanta y le da dos besos.

—Y educada, ¡sí, señor! Así da gusto. ¿Y mi niña?, ¿cómo estás, Minerva?

—*Mu men, belo*.

Mi padre se arrodilla junto a la niña y la amenaza varias veces seguidas con comérsela, empezando por distintas partes de su cuerpo. Minerva celebra todas y cada una de las intentonas caníbales de su abuelo con risitas y gritos llenos de entusiasmo.

—Buenas tardes, señor.

Marita acaba de bajar las escaleras con seis kilos de ropa, dispuestos para ser planchados y ordenados meticulosamente por longitud de manga y color. Apoya el cesto en la cadera y se agacha para recoger un juguete de Minerva con la mano que le queda libre, al mismo tiempo, mira de reojo al gato para ubicarlo y comprueba que la niña está en perfecto estado: sin nada peligroso en la boca o en las manos y convenientemente sentada, lejos de picos puntiagudos y filos afilados.

La normalidad ha vuelto por fin a Villa María; la normalidad sí, pero ¿y la tranquilidad…? Todos hacen como si no hubiera pasado nada, como si no hubiesen vivido un hecho extraordinario y perturbador. Marita aún se descubre a sí misma examinando el rincón de la habitación de Minerva, temerosa y a la vez atenta, rezando a Dios para que le dé fuerzas para continuar junto a su niña. Marita tiene que estar a su lado, si no, ¿quién velará por su alma? ¿Y por la de Angelines?

«Señor, recibe a tu sierva en el Paraíso».

Dios debe tener una razón para dejar que los muertos se comuniquen con los vivos, y aunque ella no lo entiende, lo admite porque los juicios del Señor son incomprensibles e inescrutables son sus caminos.

—Buenas tardes, Marita. Me alegro de verte —la saluda mi padre mientras se pone de pie resollando.

—Lo mismo le digo, señor.

—¿Te importaría acompañarme al coche? —Marita asiente con la cabeza—. Necesito que me ayudes con una cosa, y vosotros —les dice a Jacobo y Laina—: vigilad que la reina de las plantas no entre en

casa.

93

Cuando mi padre sale al jardín a buscarme, me encuentra regando los pensamientos que acabo de trasplantar. Me he puesto la chaqueta de lana más gruesa que tengo y las botas verdes de goma encima del chándal: soy el culmen del buen gusto de la moda jardinera.

—¿No hace demasiado frío para que andes por aquí fuera?

—Hola, papá —le contesto mientras me besa en la mejilla.

—¿Cómo estás?

—Pues aburrida, con ganas de trabajar... y fofa… muy fofa, yo voy por un lado y mis carnes por otro. Quiero empezar ya a correr, pero me tengo que conformar con andar, y a veces me acompaña la vecina, que no tiene nada que hacer y me da la vara con una completa exposición sobre asuntos domésticos y puericultura, mezclados con consejos sobre meditación y descubrimiento del yo interior. —Caminamos despacio hacia el cenador, Mario aún no ha recogido la mesa y las sillas y todavía podemos sentarnos tranquilamente—. Imagínate: dos horas de descubrimientos del yo interior, ¡pero si no dejas de hablar cómo vas a descubrir ningún yo, ni interior ni exterior!; bueno sí, yo he descubierto el suyo, ahora la conozco casi mejor que a mí misma. Y encima, Mario y Marita se han puesto de acuerdo para no dejarme hacer nada, ni siquiera con Minerva.

—Sí que necesitas un cambio de aires… —afirma mi padre—. Debes tener paciencia, hija, y a lo mejor no te vendría mal meditar.

—¿Tú también, papá?

—No, mujer, es broma. Solo quería verte la cara. Tú siempre has preferido la acción antes que la contemplación.

—Sí que medito —respondo ligeramente molesta—, pero a mi manera, trabajando, y así mato dos pájaros de un tiro.

—Ya… —sonríe mi padre escéptico—, trabajando… Y tu amigo Simón, ¿qué sabes de él?

—Está desesperado: él está fuera, yo de baja y Pilar totalmente desubicada haciendo lo que puede para ayudar a mi sustituto. Encima le está costando encontrar trabajo porque Ronconi y Navarro se están dedicando a ponerlo verde allí donde pueden. Yo, por mi parte, estoy hablando con proveedores y laboratorios amigos a ver qué es lo que puedo hacer por él.

—Te vas a acabar embarrando tú también.

—¡Venga ya, papá! No pienso dejarlo tirado —replico enfadada.

—Espera… —me frena mi padre—. Déjame acabar. Piensa: si saben que lo estás ayudando a encontrar trabajo, en la empresa nadie va a confiar en ti y así no vas a poder descubrir nada. Ya bastante

difícil te lo ha puesto él mismo dejándose coger con las manos en la masa, siendo *vox populi* que sois amigos. Ahora toca alejarte de él abiertamente y mantenerte al margen. Tengo un par de colegas que me deben favores importantes y que sabrán ser discretos; despreocúpate de Simón en ese aspecto, eso déjamelo a mí, y tú céntrate en sacar a la luz los trapos sucios de esos dos.

—Tengo unas ganas de echarles el guante..., pero no sé cómo hacerlo: ahora mismo tenemos muy poco margen de maniobra.

Me siento impotente y rabiosa. No tenemos a quién acudir; yo siempre he ido a mi avío y nunca he hecho buenas migas con otros directores de proyectos o con los gerentes o la presidente; llevo años evitando invitaciones a barbacoas y a cenas, y manteniendo conversaciones superficiales en el ascensor o en la comida de Navidad. Me consta que algunos de mis homónimos me llaman la Raspa. Confieso que soy bastante antipática y que nunca me ha interesado hacer amigos en la empresa: ya tengo los que necesito y Simón, por ahora, es la única excepción.

—La verdad es que prefiero no hablar de eso, papá, me agobia no ver una salida. Mejor cuéntame cómo estás tú.

—Pues no estoy muy bien… —me dice inspirando profundamente para coger fuerzas—. Necesito que me perdones. —En ese instante abro la boca para interrumpirlo—. No, espera —me ordena mi padre —, que te conozco, déjame hablar. Yo suelto lo que te tengo que decir y luego, si quieres, seguimos como si nada, como si te hubiera estado hablando del tiempo. —Carraspea él, carraspeo yo (a él también le cuesta trabajo expresar sus sentimientos) y continúa—. Sé que durante todos estos años no me he comportado como debiera… Cuando murió tu madre yo me fui con ella, aquí solo quedó un pelele sin voluntad, una carcasa; lo último de lo que tenía ganas era de tomar decisiones y Gloria las tomó por mí. Ella se hizo cargo de nosotros: yo estaba solo, tus abuelos eran muy mayores y mis hermanos no podían dejar sus vidas para ocuparse de mí. Era tan fácil… Ella hacía y deshacía, y yo solo tenía que… solo tenía que existir. No me sentía con ganas de nada y la vida ya no me importaba…

—¿Y yo, papá...?

—Ay, mi palomilla. Tú fuiste lo único que evitó que me tirara por la ventana el día menos pensado.

—Y entonces, ¿por qué la elegiste a ella? Yo estaba ahí también —le reprocho conteniéndome. No quiero llorar, ¡me prohíbo llorar!

—Yo no la elegí a ella, ella me eligió a mí y yo me dejé llevar. —Hace una pausa para recomponerse—. Tú… tú eras tu madre, ¿lo entiendes, mi vida? Contemplarte a ti era contemplar a tu madre: tu rostro, tus ojos, tu sonrisa; cada vez que te miraba el dolor volvía a mi corazón de una manera insoportable. Por eso me alejé de ti.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Cómo le iba a decir a una niña de cinco años, que el mero hecho de mirarla hacía que me quisiera morir de dolor porque me recordaba a su madre…? Y después creciste y te volviste tan independiente que, cuando quise acercarme de nuevo a ti, ya era demasiado tarde... Perdóname, sé que es difícil, pero creo que ya es suficiente castigo seguir adelante, sabiendo que he convivido durante años con la mujer que mató a mi esposa, llegando a amarla como un imbécil sin ser capaz de ver qué clase de monstruo era.

—No es mal sastre el que reconoce el paño. Claro que te perdono, papá, de corazón. No obstante, nos engañó a todos.

—No, a ti no. Recuerdo muy bien cómo la mirabas cuando eras pequeña, como si vieras su interior, como si supieras leer sus pensamientos.

—Solo era una niña, me sentía abandonada y lo pagaba con Gloria: psicología de primer curso.

—Después de todo lo que ha pasado, yo no estaría tan segura. Soñabas con tu madre y hasta hablabas con ella; quizás intentó avisarte también por aquel entonces, pero se rindió por ser tú tan pequeña. Hubiera sido una carga demasiado pesada para ti…

Las hojas secas corretean por las losas que circundan el cenador, el viento de la tarde las arrastra perezoso haciendo que se persigan las unas a las otras en pequeños remolinos. Echo de menos el verano, aunque este, precisamente, no ha sido el mejor de mi vida.

Mi padre observa pensativo el jugueteo de las hojas. Continúa mirándolas como hipnotizado, cuando me dice con voz queda:

—¿Sabes…? Tu abuela Isabel también veía a los muertos. Por lo visto, se le aparecían sus padres cuando ya estaba muy enferma. Virtudes me lo contó.

—Vaya familia —respondo medio sonriendo—; otro detalle que nunca me habías mencionado.

—No era una historia para contársela a una niña, y cuando te hiciste mayor, eras tan racional y tan reacia a esas cosas que decidí callármelo: total, me ibas a llamar estúpido o loco.

—Y mírame ahora, que por muy poco no he montado una sesión de güija para hablar con mamá…

—Te has caído del caballo, ¿eh, hija mía? No exactamente como san Pablo, pero casi.

—Vaya si me he caído —admito mientras me subo el cuello de la chaqueta—, y me he dado de bruces contra el suelo.

—Hay algo más que debo decirte…

—¿Más? No soy adoptada, ¿verdad?

—No, aunque a veces lo parece… No te he contado muchas cosas por ahorrarte sufrimiento —confiesa poniendo su manaza sobre mi

espalda, frotándola contra ella para procurarme algo de calor—, pero ahora me doy cuenta de que eso ha sido un error; así que ya no pienso ocultarte nada más: ¿preparada?

—Creo que sí.

—Tu madre estaba embarazada cuando murió.

—Pues no, no estaba preparada. Ha sido como un puñetazo en el estómago. —Incluso siento que se me ha parado la respiración durante un instante—. Eso hace su muerte todavía más dolorosa, si cabe. Ojalá Gloria se esté pudriendo en la nada, perdida y sola, muerta de miedo en algún agujero oscuro…

Agito la cabeza para expulsar esos pensamientos tan sombríos; realmente me la imagino con el cráneo destrozado, caminando mientras arrastra una pierna rota por tres partes; no puedo evitar enfocar mi atención en sus pies: los veo enfundados en unas medias negras llenas de agujeros y sangre, descalzos, sin sus tacones…

Mi padre se levanta y, tendiéndome una mano, intenta interrumpir el enfermizo bucle en el que estoy inmersa:

—Ven, vamos a tu habitación. Quiero que veas una cosa.

94

Cuando abro la puerta de mi dormitorio, lo primero que veo es una mecedora junto a la ventana con un pequeño peluche sentado en ella: es Bruno, mi gato.

—Recuperé la mecedora del trastero —me explica mi padre—. Me extrañó mucho que Gloria no la hubiera hecho pedazos y mandado quemar. Yo mismo la he lijado y barnizado.

—Dios mío, papá… No sé qué decir. Está preciosa, es… es… ¡Mierda!… Me has hecho llorar…

Casi no me atrevo ni a tocarla, como si al hacerlo, pudiera deshacerse el hechizo y desaparecer la mecedora para siempre. Está perfecta, tiene el mismo brillo y el mismo color que cuando mi madre la utilizaba. Por fin, cojo a Bruno y me decido a sentarme en ella. Su tacto es suave y aún huele a barniz.

—¿Te gusta, hija?

—Me encanta: me has hecho muy feliz trayéndola, y Bruno… Me lo regaló Samuel para mi cumpleaños, ¿te acuerdas…? Bueno, en realidad lo compró Luisa.

—Luisa…, qué mal me porté con ella también —recuerda mi padre con tristeza. Me da la espalda mientras mira por la ventana. Sus hombros tiemblan levemente—. Y con Virtudes… Qué ciego he estado. Hubiera sido todo tan distinto de haberme apartado de Gloria, si hubiera sido más fuerte y no…

—Calla, papá —le suplico—. No sigas… —No quiero escuchar

más, me niego a escuchar más.

—Todo lo que ha pasado ha sido culpa mía: una cosa tras otra, y cada vez iba metiendo más la pata y formando una bola de errores que ahora se me han quedado atascados en la garganta, como una gigantesca pelota de culpa y remordimientos. Fui dejando que Gloria me alejara de Luisa y de Virtudes, y casi me aleja definitivamente de ti.

Me levanto para abrazarlo e intentar darle algo de consuelo:

—Ya te digo yo que eso no lo hubiera conseguido. Escucha, papá: no te mortifiques más; ¿de qué te sirve? Ellas no te guardaban rencor y estoy segura de que comprendían perfectamente por lo que estabas pasando. ¿Y quién podía imaginarse que Gloria era una tarada psicópata? —le digo, obligándolo a mirarme a la cara—. Es muy probable que el desenlace de esta historia hubiera sido el mismo, independientemente de tus acciones, solo se habría evitado si no os hubieseis conocido.

Él me envuelve con sus brazos y me besa suavemente en la frente. Todavía está muy lejos de perdonarse a sí mismo; puede que nunca sea capaz de quitarse esa losa de encima, pero me sonríe como si ya la hubiera levantado unos centímetros. Sé que solo lo hace para hacerme creer que mis palabras le han procurado algo de alivio.

—Gracias, hija. —Mi padre aguarda unos segundos en silencio. Noto cómo resopla mientras me estrecha con más fuerza, como si temiera perderme, y cómo modela en su cabeza, palabra a palabra, la pregunta que teme pronunciar—. ¿Has pensado en que Gloria pueda aparecerse a Minerva o a ti y haceros daño?

—Sí, muchas veces, y he de admitir que es algo que me obsesiona, de hecho, la veo a menudo en mis pesadillas, aunque son solo sueños, nada más. Me preocupa, sobre todo por la niña, yo creo que podría arreglármelas, pero ella…

—Pues a mí me da que ella se las iba a arreglar mejor que tú… No obstante, ya han pasado dos meses y habéis estado muy tranquilas. Tu madre seguro que cuida de vosotras.

O al menos eso es lo que queremos creer…, y con eso nos tranquilizamos, o nos engañamos.

95

Me he quedado dormida en la mecedora mientras me acunaba a mí misma, al tiempo que recordaba a mi madre. El balanceo y la calidez del dormitorio han ido llevándome por las veredas del sueño, un sueño tranquilo, plagado de mares, de besos, de jazmines y de romero; un sueño del que no quiero despertar. Y entre esa bruma de olores y caricias, siento unos labios suaves y cálidos sobre mi sien. Cuando

abro los ojos para corresponder a Mario con otro beso, es a mi madre a quien veo.

—Hola, palomilla.

Los últimos rayos del sol se filtran entre sus rizos. Está hermosa: sus ojos, vivaces y luminosos, me sonríen con dulzura; su piel desprende una agradable tibieza y hasta puedo percibir su olor, el olor de mi madre. Está de rodillas frente a mí con sus manos apoyadas en mi regazo.

—Mamá —musito embelesada—. Estás aquí…

—Sí, no me preguntes cómo, pero estoy aquí. He venido a despedirme y esta vez creo que es la definitiva.

Levanto mi mano con gesto torpe:

—¿Puedo tocarte?

—Supongo que sí, yo te he tocado a ti.

Paso los dedos por su rostro y ella sonríe como si le estuviera haciendo cosquillas. La siento con la misma intensidad con la que he sentido a mi padre hace una hora. Está ahí, delante de mí, exactamente igual a cuando estaba viva, exactamente igual a cuando posaba para el fotógrafo el día de mi bautizo.

—Qué guapa estás… —acierto a decir y, después, me arranco en una ristra de frases que salen de mi boca sin control: quiero decirle millones de cosas y me da mucho miedo no tener tiempo para hacerlo —. Cómo me alegro de que estés aquí. Te he echado tanto de menos que me dolía. Te quiero, te… te quiero con toda mi alma, mamá. Me he acordado tantas veces de ti…, he deseado que estuvieras conmigo en tantas ocasiones. Me quedé muy sola… Me levantaba cada mañana pensando que todo había sido un sueño y que ibas a aparecer en mi cuarto, oliendo a leche caliente y a galletas, para decirme que era hora de desayunar. Y cada mañana, volvías a morir. Solo los adultos deberían perder a sus padres, los niños no tendrían que sufrir ese trance jamás.

—Vamos, hija, todo eso ya pasó, tú eres fuerte; mira todo lo que has conseguido: tienes una familia preciosa, eres generosa, valiente y luchadora; estoy muy orgullosa de ti. También yo te he echado mucho de menos; no te imaginas cuánto, aunque debes saber que, de alguna manera, siempre he estado contigo, al menos, yo lo sentía así.

Al instante me doy cuenta de que no debo seguir hablando de cosas tristes, de que por fin tendré un recuerdo perfecto y definido de mi madre al que asirme siempre que lo necesite, y de que ni mi madre ni ese recuerdo se merecen que los manche con sentimientos viejos y oscuros. Sin embargo, mi cerebro y mi boca me traicionan y sigo vomitando preguntas y disculpas amargas como la hiel:

—¿Y por qué yo no te sentía, mamá? ¿Por qué no supe que eras tú? Perdóname… perdóname por haber huido de ti…, y por atacarte:

Dios mío… ¡Si hasta intenté quemarte!

Ella procura callarme, apretando mis manos con las suyas y secándome las lágrimas con ternura.

—Basta ya, cariño mío. No llores más que me muero de dolor al verte así.

Pero yo sigo con el llanto y las súplicas:

—Perdóname por no haberte reconocido, lo siento… lo siento mucho… Yo manejaba mis sueños…, tenía que haber sido capaz…

—Tú no eres la responsable, palomilla. —Terca, sigo negando con la cabeza—. Escúchame —insiste mi madre—: yo no fui capaz de mostrarme de otra manera que no fuera como un monstruo deforme y balbuceante. Tú estabas llena de miedo y de temor, y era lógico que fueras incapaz de vislumbrarme entre tanta muerte. Pero yo… —Aprieta los ojos y busca las fuerzas para eximirse, también hace falta valor para poder perdonarse a uno mismo, y ella, como yo, desea huir de los malos recuerdos y del dolor de la culpa—… yo estaba perdida y asustada, quería acudir a ti, pero a la vez luchaba por alejarme para no hacerte daño; sin embargo, algo me empujaba hacia vosotras una y otra vez. Era como si fuera una marioneta, como si alguien me hubiera cortado los tendones que sujetan los músculos a los huesos y hubiera cercenado mis cuerdas vocales. Sentía que me estabas olvidando, sabía que Gloria quería alejaros de tu padre para que también lo olvidaras a él. Tenía miedo de que te interpusieras en sus planes y de que te hiciera daño e intentara matarte como hizo conmigo. Mi miedo y tu miedo generaban en mí una lucha continúa, un tira y afloja incontrolable. Pero ya es suficiente, no quiero más sufrimiento. Estamos juntas, y vosotras y tu padre estáis bien —suspira aliviada apoyando su cabeza en mis rodillas—. Estás aquí, vivita y coleando, dispuesta a seguir dando guerra y a seguir salvando vidas, o al menos, haciendo que esas vidas sean más llevaderas…, aunque casi nos sale el tiro por la culata.

—Sí —admito sonriendo—. La situación se nos fue de las manos; un poco más y te hubiera hecho compañía.

—No digas eso ni en broma, y menos ahora.

—¿Ahora?, ¿por qué?

—Porque estás esperando un hijo, lo siento dentro de ti. Tu padre se va a poner loco de contento: es un niño, estoy segura. Y no seas boba, no le pongas el nombre de nadie de la familia, ponle el que tú desees.

—Me parece que se va a llamar Pablo.

—¿Por aquello de que te has caído del caballo? —me responde sonriendo—. Me gusta.

Jugueteo con los rizos de mi madre y me agacho para abrazar su cabeza y respirar su aroma. Nos quedamos las dos en silencio

disfrutando del momento, de la buena noticia; no es preciso decir mucho más, solo aprovechar el tiempo que nos quede juntas.

—Palomilla.

—¿Qué, mamá?

—¿Te dice algo el apellido Navarro?

—¿Navarro? —pregunto asombrada.

—En su despacho hay unos papeles que te harán falta. Están en un armario bajo la ventana, dentro de un archivador gris con un logo verde, creo que son unas manos formando un círculo sobre un globo terráqueo. La llave de la estantería está en el bolsillo izquierdo de una bata blanca que está colgada detrás de la puerta del despacho. Todos los lunes, a las once en punto, acostumbra a salir a por un café y no cierra la oficina.

—¿Cómo puedes saber todo eso?

—Ni idea, simplemente lo sé.

—Es… es increíble, has pasado demasiado tiempo en mi trabajo —bromeo acordándome de mi primer encuentro con ella.

—Tengo que irme, mi niña —me dice alzando la mirada.

—¿Te volveré a ver?

—Eso tampoco lo sé, pero espero que sí. —Ambas nos abrazamos, el tiempo se acaba—. Por favor, dile a papá que le quiero y que le perdono todo, absolutamente *todo*, que no ha de sentirse culpable. Y dale un beso a Minerva, me ha encantado jugar con ella en el rincón de su habitación. Me voy muy feliz, hija mía.

Mi madre se levanta lentamente y se pone de pie. Me veo a mí misma desde sus ojos, durmiendo tranquila en la mecedora, arrebujada en la chaqueta de lana con las manos en el vientre, como si fuera una copia actualizada de la Angelines del pasado.

Mis ojos están cerrados y mi boca también, pero oigo mi voz preguntando:

—Mamá, ¿has visto a Dios?

—No, no lo he visto, así que no voy a poder darte una respuesta tal y como tú la buscas: no lo he visto, no lo he tocado y no lo he medido, pero sí te puedo decir que siento que tengo que ir a alguna parte y que allí estaré bien. Puede que lo encuentre en ese lugar.

—Si lo encuentras, estoy segura de que te acogerá en sus brazos; no creo que exista nadie tan bueno como tú. Te quiero, mamá.

—Y yo a ti, Virtudes, más que a nada en el mundo.

Epílogo

—¡Virtudes!

—Minerva, te he dicho mil veces que me llames mamá.

La niña sonríe pícara; sabe que a su madre no le gusta que use su nombre de pila, solo lo hace para chincharla y reírse un poquito de ella. Sostiene un libro entre las manos. Últimamente, siempre se lleva lectura cuando van al parque y, a pesar de que parece que se abstrae y se imbuye en las historias que lee, está atenta a todo lo que ocurre a su alrededor:

—No veo a Pablo, creo que está detrás de la caseta del guardés.

—¡Qué! Este niño… con lo tranquilita que eras tú. Siempre anda haciendo trastadas —se queja Virtudes mientras se levanta del banco para ir a buscar al torbellino de su hijo.

Pablo ya tiene cuatro años. Le encanta jugar en la zona de columpios que está junto a la pequeña casa, donde el encargado del parque guarda las herramientas y demás aperos. Es una construcción baja de no más de diez metros cuadrados, con solo una ventana y una puerta vieja de madera. Cuando Virtudes la rodea, se encuentra a Pablo intentando sacar algo de entre las rejas de una alcantarilla, armado con un palo. Solo se ha despistado unos segundos y, en ese tiempo, el niño ha sido capaz de encontrar un caracol, tirarlo a la alcantarilla, arrepentirse de haberlo hecho e idear y ejecutar un plan para rescatarlo. Le cuesta Dios y ayuda convencerlo de que abandone al caracol a su suerte, pero por fin lo consigue, y lo deja subiéndose a las escaleras del tobogán antes de volver junto a su hija.

—Minerva, ¿por qué no juegas con Jimena y con Marta?, ya han venido dos veces a decírtelo.

—No, mamá, estoy leyendo. Ahora no tengo ganas de jugar.

Al principio, a Mario y a Virtudes les preocupaba que Minerva fuera tan madura para su edad; a veces parecía que estaban hablando con una mujer de cuarenta años dentro del cuerpo de una niña de seis. Pero ella es una personita feliz, no tiene carencias afectivas y se desenvuelve bien en el colegio y con sus amigos y amigas, así que, por ahora, le han dado una tregua. De hecho, ella misma los tranquiliza e insiste en que no deben preocuparse más: otro rasgo de su inusual madurez.

La niña sigue leyendo mientras su madre rebusca en la mochila; alguien la está llamando, y cuanto más revuelve entre todos los objetos, con los que Pablo y ella la han atiborrado, más lejano e inalcanzable suena el móvil. Para variar, cuando logra encontrarlo, ya ha dejado de sonar; resopla frustrada y levanta la vista para comprobar la situación de Pablo: no está.

—¡Otra vez ha desaparecido tu hermano! Seguro que se ha ido a buscar el caracol, como si lo estuviera viendo.

—Espera, mamá —le dice Minerva con su habitual flema—, no pasa nada porque no lo tengas a la vista durante unos minutos. Ya voy yo, no te agobies.

Es igualita que su padre, los dos hacen lo mismo cuando Virtudes pierde el control con el niño: tratarla como a una desquiciada. Minerva le guiña un ojo antes de marcharse –sabe justo lo que está pensando su madre– y tranquilamente se dirige hacia la esquina de la caseta en busca de Pablo. Virtudes vuelve al móvil para comprobar quién la ha llamado; últimamente es su padre el que más aparece en la pantalla del teléfono, otro que, según Mario, abunda en el exceso de preocupación por sus nietos.

Mientras, Minerva camina en paralelo a la pared de la casita, va rozando con su mano izquierda el zócalo marrón que la rodea, hasta que llega a la puerta del chamizo. Está abierta.

El interior está oscuro y huele a tierra y a polvo, las paredes ni siquiera están enlucidas y del techo cuelga solo un casquillo con una triste bombilla. Los rayos de sol se cuelan por la contraventana de madera, dejando entrever las siluetas de varias herramientas amontonadas y desordenadas: rastrillos, azadones, palas, una carretilla…, también hay sacos de abono y de tierra, una sopladora, una motosierra, varios cubos y espuertas, guantes y botas viejas y sucias y montón de utensilios más que Minerva no es capaz de reconocer. La curiosidad puede a la prudencia y a la responsabilidad y entra olvidándose por completo de su objetivo inicial.

Cuando los ojos se le acostumbran a la falta de luz, puede distinguir al fondo de la estancia una tosca mesa de madera llena de recortes, de restos de serrín y de una mugre parduzca inidentificable. Muy despacio, camina hacia ella, la arena cruje bajo sus zapatillas a cada paso que da. Siente como si el tiempo se hubiera detenido, como si un minuto se convirtiera en una hora: todo está envuelto en una quietud abrumadora.

—Minerva, ¿qué haces ahí dentro? —Pablo y Virtudes la miran desde la puerta: el niño, curioso, y ella, enfadada, asustada y sorprendida—. Me he puesto de los nervios cuando he visto que no volvías y que tu hermano seguía agachado junto a la alcantarilla. Pensé que te había pasado algo. —La niña no la mira, ni siquiera gira la cabeza—. ¡No puedes desaparecer así porque así! Os lo he dicho mil veces, no…

Minerva la ignora, está junto a la mesa de herramientas mirando la superficie de madera, seria y concentrada.

—Cariño, ¿qué ves?

—Es un niño, mamá —susurra—. Es como Pablo, quizás algo

mayor… Está tumbado sobre la mesa y tiene los ojos cerrados.

Minerva sigue describiendo al crío que ve postrado encima de los tablones: sobre su delgado cuerpo, solo lleva unos calzoncillos y una camiseta blanca de tirantes manchada de tierra. Tiene las mejillas ligeramente inflamadas y la boca abierta, la niña puede ver su lengua. Las extremidades y la cabeza del pequeño están unidas a su cuerpo como si fuera un muñeco, como si le hubieran cortado brazos y piernas y después, torpemente, se las hubiesen intentado unir al tronco de nuevo. La carne se ve como fundida en las junturas, brillante, rosácea y arrugada.

Podría estar dormido, pero Minerva sabe que no: que está muerto.

De repente, el niño abre los ojos.

Tres Cantos, 28 de abril de 2019

Agradecimientos

Siempre he dicho que los agradecimientos de *La habitación de Minerva* ocuparían más que la novela en sí misma, porque sois muchos los que me habéis ayudado a iniciarla, a continuarla, a terminarla y a que viera la luz. Pero, como el precio del ejemplar depende del número de páginas, he intentado ser breve.

Gracias, Fer, por ver potencial en esas primeras líneas que te enseñé y por animarme a seguir y, sobre todo, por aguantarme durante casi los dos años que ha durado el proceso. Sé que he sido muy pesada.

Gracias, Gracia. Sin que ninguna de las dos nos diésemos cuenta, pusiste en mi cerebro el germen del que surgió *La habitación de Minerva*. Recuerdo perfectamente la mañana en la que me dijiste que los mellizos se quedaban mirando al infinito porque veían a los espíritus. A cualquier otra madre le hubieras dado un buen susto, pero a mí me diste una gran idea.

Gracias a Mariola, a Alicia y a mi hermano Diego, que la leyeron capítulo a capítulo según la escribía, dándome sus correcciones e impresiones. Menuda paciencia habéis tenido.

Gracias, Josete, por tu exquisito y minucioso repaso del manuscrito, y gracias, Leandro: entre los dos lo pulisteis y enriquecisteis.

Gracias a todos los que se la leyeron una vez terminada: Tere, Jorge, Marisa, Mari Tere, Casulleras, María José, Eduardo, Noemi, Luis, Almudena, María, José Antonio, Maribeli, Javi, Paco, Guillermo, Edurne y, por supuesto, a mi madre. Con vuestras valoraciones me alentasteis a dar un paso más e intentar publicarla. Gracias también a los que se la leyeron y no me enteré, y a los que todavía están en ello.

Gracias, padre y madre, por apoyarme y acompañarme siempre y por regalarme tiempo para que pudiera escribir mientras jugabais con vuestros nietos.

Gracias de nuevo a Diego y a Sergio, que crearon el fantástico fractal que adorna la primera página de la novela. Gracias, Sergio y Paco, por ayudarme a luchar contra la inteligencia artificial del Facebook. Gracias a Miguel Ángel y también a Sergio por enseñarme lo que es un «dominio» un «*hosting*» o un «http» (sigo sin tenerlo muy claro, pero con vosotros no me ha hecho falta). Gracias por conseguir que la página Web de *La habitación de Minerva* sea una realidad.

Gracias a Pilar Adón y a Elena Martínez, editora la primera y librera la segunda y, ambas, fabulosas escritoras. Gracias por orientarme en el complicado mundo de la edición, me habéis enseñado mucho.

Gracias a la Editorial Maluma. A Marga, por darme una oportunidad, por esa llamada el 23 de diciembre de 2019 que hizo que el corazón se me saltara del pecho de la ilusión, y a Lupe, por mimar el texto de mi pequeña criatura. Me consta que las dos trabajáis como leonas de lunes a domingo para dar voz a los que comenzamos el complicado y solitario camino de la escritura.

Y gracias a los que habéis comprado y leído esta novela e igualmente a los que solo la habéis comprado (aunque nunca llegaréis a este punto para recibir mi gratitud). Espero de todo corazón que, los que sí habéis llegado hasta aquí, hayáis disfrutado de la historia leyéndola tanto como yo escribiéndola.

.

[1]- Evaluación para el Acceso a la Universidad. Procedimiento que sustituyó a las Pruebas de Acceso a la Universidad (PAU), la popularmente conocida como selectividad.

[2]- Abreviatura de «favorito». Se utilizaba en la red social Twitter para indicar interés por una entrada en concreto.

[3]- En inglés, expresión equivalente a *guay*; que está de moda o resulta atractivo.

[4]- Estrambótico parapsicólogo español que alcanzó cierta popularidad televisiva en determinados programas de humor de los años noventa.

[5]- Expresión gallega equivalente a «es lo que hay, solo queda aguantarse».

[6]- Programa de Actuación Urbanística.